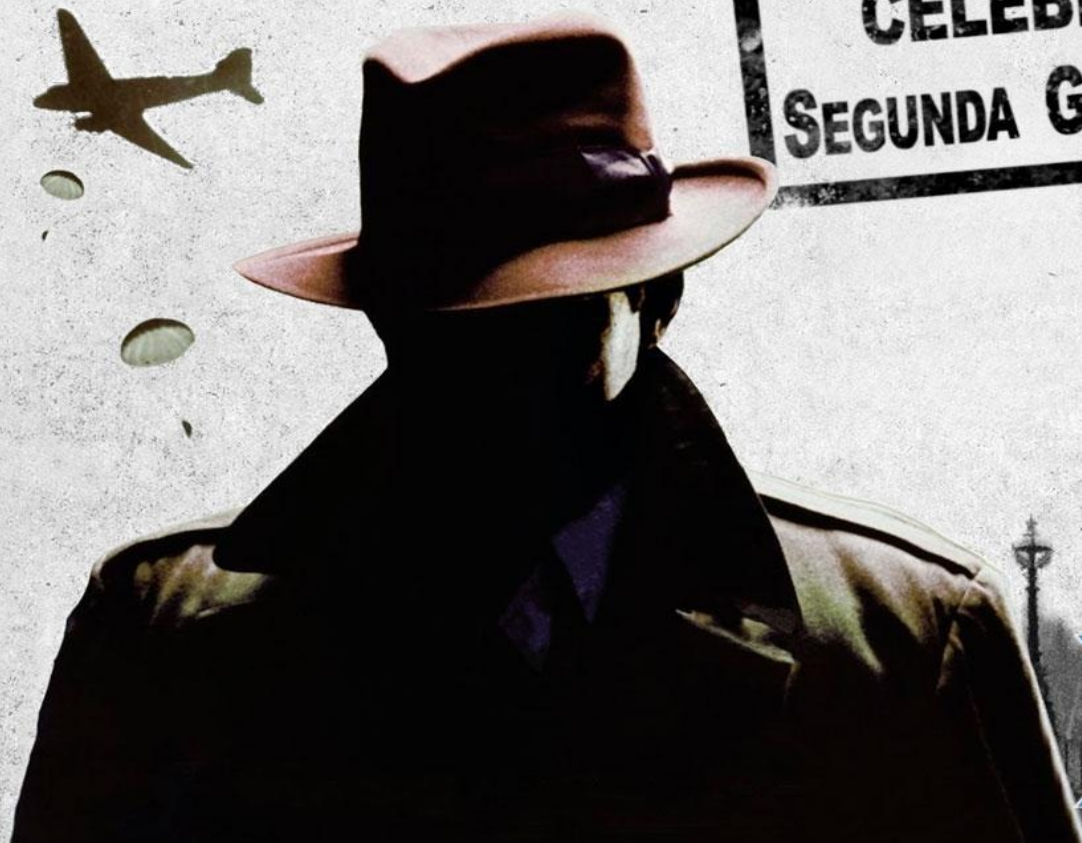


BEN MACINTYRE

EL AGENTE ZIGZAG

EL
AGENTE DOBLE MÁS
CELEBRE DE LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



Lectulandia

La verdadera historia de Eddie Chapman, ladrón de cajas fuertes, aventurero, mujeriego y el espía más asombroso de la Segunda Guerra Mundial. La noche del 1 de diciembre de 1942, un paracaidista alemán aterrizó en un campo del condado de Cambridge. Su misión: sabotear el esfuerzo de guerra británico destruyendo una fábrica de aviones. Su nombre era Eddie Chapman, y pronto se convertiría en el Agente Zigzag del MI5 británico iniciando una sorprendente carrera de agente doble: recibió la Cruz de Hierro alemana, desvió los ataques de las bombas volantes V1 sobre Inglaterra y hasta se ofreció a los británicos para asesinar a Hitler. Intrépido y decadente, valiente e impredecible, Chapman ocultaba a un héroe dentro del traidor, y a un hombre con conciencia detrás del villano. El problema que tenía Chapman, así como sus muchas amantes y sus jefes de espionaje, era distinguir dónde terminaba uno y empezaba otro.

Su historia, que inspiró la película Triple Cross, dirigida por Terence Young, era sólo parcialmente conocida hasta ahora, porque se le prohibió dar detalles de sus misiones a favor de Gran Bretaña. Ben Macintyre ha reunido diarios, cartas, fotografías, memorias y por primera vez documentos secretos del MI5 para crear este hilarante relato sobre el más sensacional agente secreto británico.

John Le Carré ha dicho de este libro: «Soberbio. Investigado con meticulosidad y espléndidamente contado, es siempre divertido y, en muchas ocasiones, resulta conmovedor».

Lectulandia

Ben Macintyre

El agente Zigzag

**La verdadera historia de Eddie Chapman, el espía más
asombroso de la segunda guerra mundial**

ePub r1.0

Titivillus 04.05.2019

Título original: *Agent Zigzag*
Ben Macintyre, 2007
Traducción: Rosa Salleras Puig

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre.org

Índice de contenido

Cubierta

El agente Zigzag

Nota del autor

Prólogo

1 Hotel de la Plage

2 La penitenciaría de Jersey

3 La isla en guerra

4 Romainville

5 Villa de La Bretonnière

6 Doktor Graumann

7 Criptógrafos

8 El Mosquito

9 Bajo una mirada oculta

10 El salto

11 La emocionante noche de Martha

12 Camp 020

13 35, Crespigny Road

14 ¡Vaya manera de irse!

15 Freda y Diane

16 Abracadabra

17 Cuanto mayor la aventura...

18 El espía polizón

19 Joli Albert

20 Petardo Mojado

21 El frente de hielo

22 La chica del Ritz

23 Asesor en sabotaje

24 Almuerzo en el Lutétia

25 El delincuente pródigo

26 Bombas volantes

27 A los perros

28 Caso cerrado

Epílogo

Epílogo a la edición inglesa en rústica

Apendice. El código de Chapman

Nota

Imágenes

Bibliografía

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas a pie de página

Nota del autor

Esta historia real está basada en documentos oficiales, cartas, diarios, informes periodísticos, crónicas coetáneas y memorias.

Una necrológica en *The Times* me alertó por primera vez de la existencia de Eddie Chapman. Entre las vidas de los grandes hombres a quienes se admira, he ahí un personaje que había conseguido una cierta grandeza, pero de un modo que distaba mucho de ser lo que se suele considerar, por convención, bueno. El obituario resultaba fascinante, sobre todo, por lo que no decía, y que no podía saber, acerca de las hazañas de Chapman en la segunda guerra mundial, cuyos detalles permanecieron bajo el más estricto secreto en los archivos secretos del MI5^[1]. En aquel momento, el de su muerte, parecía que la historia de Eddie Chapman nunca podría ser explicada.

Sin embargo, poco después, y al amparo de una nueva política aperturista, el MI5 empezó a desclasificar, de forma selectiva, documentación que no pudiera comprometer a los vivos ni amenazar la seguridad nacional y que hasta aquel momento había permanecido clasificada. Los primeros archivos «Zigzag» fueron desclasificados y cedidos al archivo nacional, los *National Archives*, en el año 2001. Estos archivos desclasificados contienen más de 1700 páginas de documentos relacionados con el caso Chapman: transcripciones de interrogatorios, transcripciones minuciosas de las transmisiones de radio interceptadas, informes, descripciones, diagramas, informes internos, actas, cartas y fotografías. Los archivos son extraordinariamente detallados y describen, no sólo acontecimientos y personas, sino además, los pequeños detalles de la vida del espía, sus cambios de humor y sentimientos, sus esperanzas, temores y contradicciones. Los diligentes supervisores de Chapman emprendieron la tarea de esbozar un retrato completo del personaje mediante una crónica meticulosa (en ocasiones de hora en hora) de sus acciones. Le estoy particularmente agradecido al MI5 por aceptar mi petición de desclasificar archivos adicionales relacionados con el caso, y a Howard Davies de los *National Archives* por contribuir a la desclasificación de estos documentos adicionales.

Las memorias de Eddie Chapman fueron publicadas después de la guerra, pero la ley de secretos oficiales le impidió explicar sus hazañas como agente doble, y su propia versión de los acontecimientos solía ser más entretenida que fiable. Según observaron sus controladores, no tenía ningún sentido de la cronología. En las notas proporcionamos las referencias de todas las citas pero, a efectos de una mayor claridad, he estandarizado la ortografía y he utilizado de manera selectiva el discurso indirecto transformado en discurso directo. La historia de Chapman ha aflorado también de la memoria de los vivos, personas afectadas, directa o indirectamente, por los individuos o acontecimientos descritos, y les estoy muy agradecido a las docenas de entrevistados en Gran Bretaña, Francia, Alemania y Noruega, entre ellas Betty Chapman, que estuvieron dispuestos a hablar conmigo a lo largo de tantas horas, recordando un pasado que ahora ya tiene más de medio siglo de antigüedad. Por razones evidentes, algunos de aquellos que formaron parte del área más clandestina de la vida de Chapman han solicitado permanecer en el anonimato.

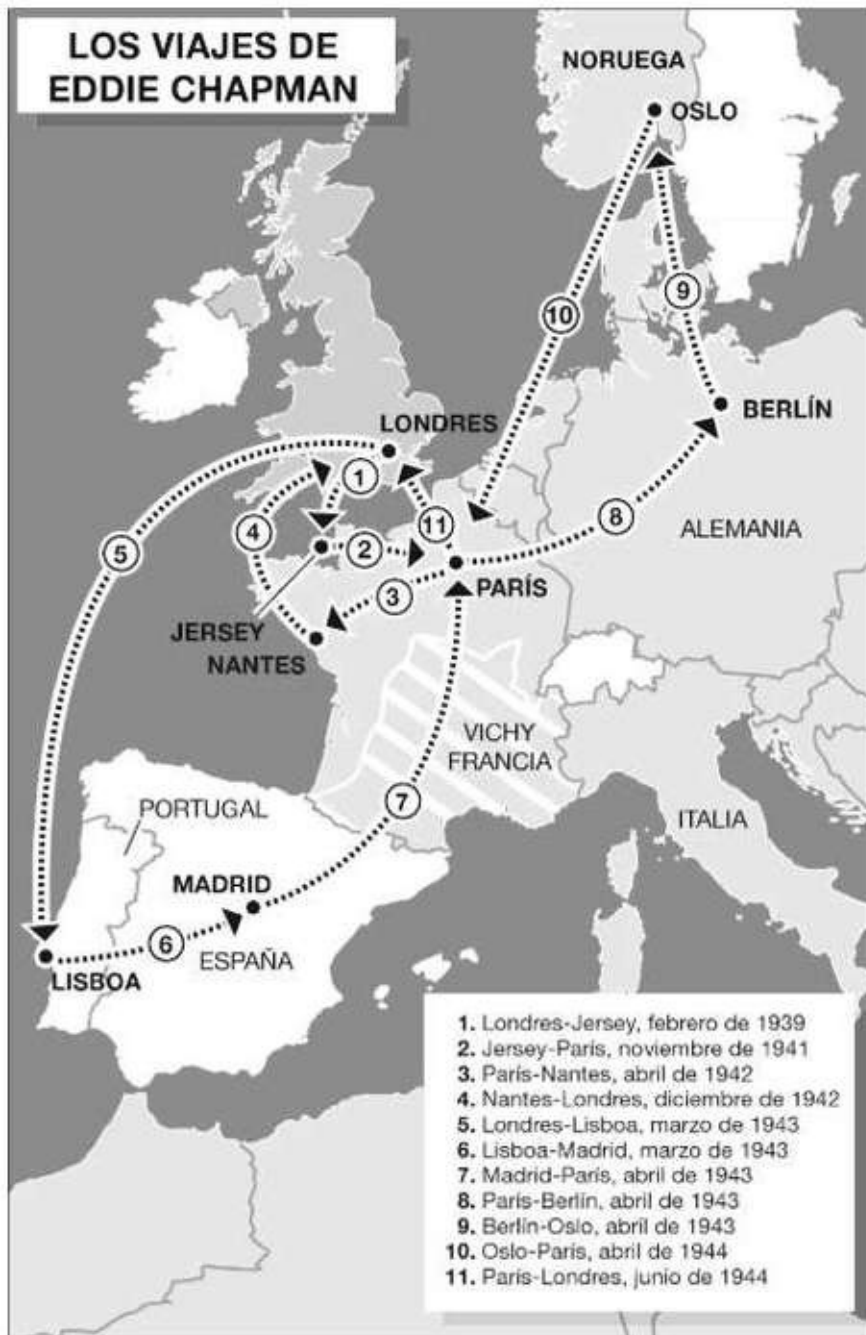
Pocas semanas antes de que este libro entrara en prensa, el MI5 descubrió un archivo secreto completo que se les había pasado por alto en anteriores cesiones a los archivos públicos, y tuvo la amabilidad de permitirme acceso total a su contenido. Este archivo (que quedará a disposición del público en el archivo nacional) proporciona un extraordinario análisis del carácter de Chapman, tal y como lo vieron los oficiales que le supervisaron. Tal vez sea la pieza que faltaba en el rompecabezas de Zigzag.

Zigzag: ... patrón formado por muchos pequeños ángulos agudos que forman un trazado entre dos líneas paralelas; puede describirse tanto como dentado y bastante regular.

Zigzag, m. Línea que en su desarrollo forma ángulos alternativos entrantes y salientes. || **en~**, loc. Adj. U. para denotar movimiento, colocación, etc., en esta clase de línea. U.t.c loc. adv. (DRAE, 22.^a edición).

Resulta esencial que busques agentes enemigos que hayan venido a espiarte a ti, y que los sobornes para que te sirvan. Dale instrucciones y cuídalos bien. Éste es el modo en que se reclutan y utilizan los agentes dobles.
Sun Tzu, El arte de la guerra

La guerra hace ladrones y la paz los ahorca.
George Herbert



Prólogo

16 de diciembre de 1942, 2 horas y 13 minutos de la madrugada.

Un espía alemán se deja caer, desde un avión de reconocimiento Focke-Wulf negro, sobre la llanura del condado de Cambridge. El paracaídas de seda se abre con un suave crujido y el espía desciende en silencio durante doce minutos. Las estrellas brillan en el cielo, pero en la tierra bajo sus pies, envuelta en las tinieblas de la guerra, reina una gran oscuridad. La nariz le sangra abundantemente.

El espía llega muy bien equipado. Lleva casco y botas de paracaidista del ejército británico, y en uno de sus bolsillos, la cartera de un soldado británico, muerto en Dieppe cuatro meses atrás, y que contiene dos tarjetas de identidad falsas y una carta de su novia Betty, ésta, genuina. En su mochila transporta cerillas impregnadas con quinina para «escritura invisible», un equipo radiotransmisor, un mapa militar, 990 libras en billetes usados de diversas denominaciones, un revólver Colt, una pala y unas gafas de cristales neutros para disfrazarse. Tiene cuatro dientes de oro pagados por el Tercer Reich de Hitler, bajo su mono de salto viste de paisano, un traje que en su tiempo estuvo de moda, pero que ahora se ve algo gastado, y en el dobladillo de la pierna derecha del pantalón lleva cosido un pequeño paquete de celofán que contiene una única píldora de cianuro potásico.

El nombre del espía es Edward Arnold Chapman. La policía británica lo conoce también como Edward Edwards, Edward Simpson y Arnold Thompson. Sus instructores alemanes le han dado el nombre clave de «Fritz», o el algo más cariñoso «Fritzchen», pequeño Fritz, aunque el servicio secreto británico todavía no tiene ningún nombre para él. Esta noche, el jefe de la policía del condado de Cambridge, tras una llamada urgente de un caballero en Whitehall, la sede del gobierno, les ha dado instrucciones a todos sus agentes de mantenerse en alerta y buscar a un individuo al que sólo conocen como «agente X».

A las dos y veinticinco de la madrugada, Eddie Chapman aterriza en un campo que ha sido arado hace poco tiempo y cae inmediatamente de bruces sobre el terreno empapado. Aturdido, se libera de su paracaídas, se quita su mono de salto salpicado de sangre y lo entierra todo. Se mete el revólver en un bolsillo y hurga en la mochila en busca de un mapa y una linterna. El mapa ha desaparecido, tal vez se le haya caído en la oscuridad. Tras gatear y buscarlo a tientas, se sienta en la tierra fría, echando pestes en medio de la profunda oscuridad, mientras se pregunta dónde se encuentra, quién es, y del lado de quién está.

1

Hotel de la Plage

En el año 1939, la primavera se había adelantado en la isla de Jersey, y el sol que entraba a raudales a través de los ventanales del comedor del Hotel de la Plage rodeaba de un halo deslumbrante al hombre que, sentado frente a Betty Farmer de espaldas al mar, reía mientras atacaba el plato principal del menú del domingo, un asado especial «con toda su guarnición» que costaba seis chelines^[2]. Betty, una campesina de dieciocho años recién escapada del condado de Shrop, sabía que este hombre era muy diferente a cualquiera que hubiera conocido antes.

Aparte de eso, y de que tenía veinticuatro años, conocía poco a Eddie Chapman, un hombre alto y atractivo, que lucía un fino bigote, exactamente igual que el de Errol Flynn en *La carga de la Brigada Ligera*, y cuyos ojos eran de un castaño muy profundo. Su voz, fuerte y de un tono algo agudo, dejaba entrever un leve acento del noreste. Era muy vivaz y siempre reía y hacía travesuras. Sabía que debía de ser rico porque trabajaba en «la industria cinematográfica» y conducía un Bentley^[3]. Llevaba trajes caros, un anillo de oro y un abrigo de cachemira con cuello de visón. Hoy lucía una corbata amarilla de topos y un chaleco de punto. Se habían conocido en un club en Kensington Church Street y, al principio, había rechazado su invitación a bailar, aunque no tardó en ceder y aceptar. Eddie se había convertido en su primer amante, y luego había desaparecido explicando que tenía negocios urgentes que atender en Escocia. «Tengo que irme —le dijo—, pero siempre volveré»^[4].

Eddie, fiel a su palabra, había reaparecido de repente en la puerta de su vivienda, sonriente y sin aliento. «¿Te apetece hacer un viaje a Jersey, y después, quizá, al sur de Francia?», le preguntó. Betty se había precipitado a hacer las maletas^[5].

Le sorprendió descubrir que viajarían acompañados. En el asiento delantero del Bentley que esperaba en la calle vio a dos hombres: el

conductor, un hombre grande, feo, de aspecto brutal y de rostro arrugado, y otro menudo, delgado y de tez oscura. La pareja no parecía la compañía ideal de unas vacaciones románticas. El conductor puso en marcha el motor y se lanzaron a una velocidad de vértigo a través de las calles de Londres en dirección al aeropuerto de Croydon, adonde llegaron en un chirriar de neumáticos sobre el asfalto y aparcaron detrás del hangar, justo a tiempo de embarcarse en el avión de Jersey Airways.

Aquella noche se alojaron en un hotel frente al mar; al llegar, Eddie le explicó al recepcionista que habían ido a Jersey a rodar una película y firmaron el registro como el señor y la señora Farmer de Torquay. Después de cenar, se dirigieron al West Park Pavilion, un club nocturno en el muelle donde bailaron, jugaron a la ruleta y siguieron tomando copas. Para Betty, había sido un día de *glamour* y de decadencia sin precedentes.

Se avecinaba una guerra, todo el mundo lo decía, pero en el comedor del Hotel de la Plage, aquel soleado domingo, reinaba la paz más absoluta. Más allá de la playa dorada, las olas rompían suavemente entre una multitud de pequeños islotes mientras Eddie y Betty saboreaban un postre a base de frutas, bizcocho y crema, servido en platos que ostentaban una elegante corona azul. Eddie estaba explicando otra divertida historia, cuando se calló de repente, dejando la historia a medias. Un grupo de hombres con abrigo y sombrero oscuros acababa de entrar en el restaurante y uno de ellos estaba manteniendo una conversación con el *maitre*. Antes de que Betty pudiera decir esta boca es mía, Eddie se levantó, se inclinó, la besó y acto seguido saltó por la ventana cerrada, creando un guirigay de cristales rotos, vajilla estrellándose contra el suelo, mujeres chillando y camareros gritando: lo último que vio Betty Farmer de su novio fue a Eddie corriendo a toda velocidad por la playa perseguido por dos hombres con abrigo.

He aquí algunos de los hechos que Betty ignoraba de Eddie Chapman: estaba casado, otra mujer estaba embarazada de su hijo, y era un ladrón. No un ratero cualquiera, sino un criminal profesional totalmente entregado a su trabajo, un «príncipe del submundo», según su propia evaluación^[6].

En Chapman, quebrantar la ley constituía una vocación. En años posteriores, cuando pareció necesitar algún tipo de excusa que justificara la elección de su carrera profesional, afirmaría que la muerte prematura de su madre en el ala de tuberculosos de un hospital de indigentes había provocado su «descarrilamiento» y le había vuelto en contra de la sociedad^[7]. Si bien, en

ocasiones culpaba a la enorme pobreza y al desempleo del norte de Inglaterra durante la Depresión por forzarle a llevar una vida de crimen, lo cierto es que el crimen era algo natural en él.

Edward Chapman nació en Burnopfield, una pequeña población junto a las minas de carbón de Durham, el 16 de noviembre de 1914, unos pocos meses después del estallido de la primera guerra mundial. Su padre, un maquinista naval demasiado viejo para combatir, había acabado dirigiendo *The Clippership*, un bar de mala muerte en Roker, del que se bebió una gran parte de las existencias. Eddie, el mayor de tres hermanos, creció rodeado de pobreza, escasa orientación y aún menos cariño, y apenas recibió una educación elemental. No tardó en demostrar talento para la mala conducta, y en desarrollar un desprecio hacia la autoridad. Inteligente pero perezoso, insolente y fácilmente aburrido, el joven Chapman hacía novillos muy a menudo y prefería recorrer la playa a la caza de botellas vacías de refresco por las que podía conseguir un penique por cada una, y luego pasar la tarde en el cine en Sunderland: *La pimpinela escarlata*, y las películas de Alfred Hitchcock, *Chantaje*, y el drama de espionaje, *El hombre que sabía demasiado*.

A la edad de diecisiete años, tras un breve e insatisfactorio período trabajando de aprendiz sin sueldo en una empresa mecánica de Sunderland, Chapman se alistó en el ejército, pese a no tener la edad suficiente, e ingresó en el segundo batallón de los Coldstream Guards^[8]. Al principio de su período de formación en Caterham, resbaló mientras jugaba a balonmano y se lesionó la rodilla: la cicatriz que quedaría de este accidente le proporcionaría a la policía una exclusiva, y muy útil, característica distintiva. El sombrero de piel de oso y el elegante uniforme rojo provocaban risas tontas entre las jovencitas boquiabiertas, pero montar guardia en el exterior de la Torre de Londres le parecía muy aburrido, y sentía la llamada de la ciudad más allá.

Chapman vistió el uniforme de la guardia nueve meses hasta que le concedieron seis días de permiso. Le explicó al sargento mayor que regresaba a su casa, sin embargo, en lugar de ello, y en compañía de un guardia más veterano, se dedicó a recorrer el Soho y el West End, lanzando miradas ansiosas a las mujeres elegantes a quienes hombres vestidos con trajes bien cortados rodeaban con sus brazos. Un día, en un café de Marble Arch, vio a una mujer bonita de cabello oscuro, y ella también le vio a él. Fueron a bailar a *Smokey Joe's* en el Soho y aquella noche Eddie perdió la virginidad. Ella le convenció de quedarse otra noche: Eddie se quedó dos meses, hasta que agotaron todo el dinero de su paga. Si Chapman se había olvidado del

ejército, el ejército no se había olvidado de él. Estaba convencido de que la chica de cabello oscuro había avisado a la policía. Chapman fue arrestado por ausentarse sin permiso y confinado en la prisión militar de Aldershot, donde le hicieron limpiar orinales durante ochenta y cuatro días. Su primera condena de cárcel y su último trabajo estable tocaron a su fin cuando fue excarcelado y licenciado con deshonra. Chapman tomó un autobús a Londres con tres libras en el bolsillo, un traje gastado y un «corte de pelo carcelario», y se fue directo al Soho^[9].

En la década de 1930, el Soho era un refugio en el que convivían el vicio manifiesto y la diversión espectacular, un cruce de caminos de la sociedad londinense donde los ricos e insensatos confraternizaban con los criminales e imprudentes, un lugar el que reinaba un *glamour* inacabable y estridente. Chapman encontró trabajo como camarero, y después como figurante en la industria del cine, un empleo en el que ganaba tres libras por tres días de trabajo^[10]; ejerció diversos oficios: masajista, bailarín, incluso boxeador aficionado, y peleó en combates de lucha libre. Era un buen púgil de físico robusto, y su «cuerpo delgado y ligero» tenía la agilidad de un gato^[11]. Era un mundo de proxenetas, corredores de apuestas, carteristas y artistas de la estafa, de largas noches en Smokey Joe's y de tempranos desayunos con champán en Quaglino's. «Me codeaba con todo tipo de fulleros —escribiría Chapman más tarde—^[12]. Apostadores tramposos, ladrones, prostitutas, y los despojos de la vida nocturna de una gran ciudad». Al joven Chapman, la vida en este sórdido y bullicioso enclave le parecía muy excitante, pero también muy cara. Aprendió a disfrutar del coñac y de los juegos de azar y no tardó en quedarse sin blanca.

Sus inicios en el oficio de ladrón fueron discretos: un cheque falsificado por aquí, una maleta afanada por allá, algún que otro pequeño robo de poca envergadura. Sus primeros delitos no fueron nada extraordinario, los primeros pasos vacilantes de un aprendiz.

En enero de 1935 fue capturado en el jardín trasero de una casa en Mayfair y multado con diez libras. Un mes más tarde, fue declarado culpable de robar un cheque y de conseguir un crédito de forma fraudulenta; en esta ocasión el tribunal fue menos benevolente y condenó a Chapman a dos meses de trabajos forzados en la cárcel de Wormwood Scrubs. A las pocas semanas de su liberación, ya estaba de regreso, esta vez en la prisión de Wandsworth, cumpliendo una sentencia de seis meses por allanamiento de morada e intento de robo.

Chapman pasó después a crímenes de una naturaleza más morbosa. A principios de 1936, fue condenado por «comportamiento de un modo que podía ofender al público» en Hyde Park^[13]. La sentencia no especifica qué era exactamente lo que podría haber ofendido al público, pero parece casi seguro que fue descubierto en flagrante delito con una prostituta. El tribunal le impuso una multa de cuatro libras y le obligó a pagar quince chelines y nueve peniques al médico que lo examinó para ver si padecía alguna enfermedad venérea. Dos semanas más tarde, se le acusaba de fraude tras intentar salir de un hotel sin pagar la cuenta.

Un coetáneo suyo recuerda a un hombre joven «atractivo y alegre, de mente rápida, ágil, en cuyo carácter se apreciaba una cierta desesperación que atraía a los hombres y resultaba muy peligrosa para las mujeres»^[14]. Tal vez fuera la desesperación lo que le condujera a utilizar la atracción que ejercía sobre los hombres y aprovecharse de ella, porque, en una ocasión, insinuó haber tenido, en su juventud, un encuentro homosexual. Al parecer, las mujeres lo encontraban irresistible. Según una crónica, se ganaba la vida seduciendo a «mujeres en los márgenes de la sociedad»: las chantajeaba con fotografías comprometedoras tomadas por un cómplice, y después amenazaba con mostrarles las fotos a sus maridos^[15]. Se llegó incluso a decir que tras haberle «contagiado una enfermedad venérea a una joven de dieciocho años, le hizo chantaje amenazando con explicarles a sus padres que había sido ella quien le había contagiado la enfermedad a él»^[16].

Chapman se encontraba en una previsible espiral descendiente de pequeños crímenes, prostitución, chantaje y condenas de prisión cada vez más largas, puntuadas por episodios de salvaje extravagancia en el Soho, cuando un descubrimiento científico en el mundo criminal vino a alterar su destino de forma abrupta y radical.

A principios de la década de 1930, los criminales británicos descubrieron la gelignita y, más o menos en la misma época, durante una de sus estancias en la cárcel, Chapman descubrió a James Wells Hunt, «el mayor experto de Londres en cajas de caudales»^[17], un «personaje frío y controlado» que había perfeccionado una técnica para desmontar cajas fuertes taladrando un agujero en la cerradura e insertando en ella un «condón» relleno de gelignita y agua^[18]. James Hunt y Chapman se asociaron, y al cabo de poco tiempo se les unió Anthony Latt, alias «Darrington», alias «Darry», un ladrón medio birmano cuyo padre, según decía, había sido juez en aquel país. Más tarde, contrataron a un joven delincuente, Hugh Anson, para conducir el coche que utilizarían en las huidas.

La joven «Jelly Gang», la banda de la gelatina, seleccionó como primer objetivo una elegante tienda de peletería, Isobel, en Harrogate. Hunt y Darry forzaron la entrada y robaron cinco visones, dos capas de piel de zorro y doscientas libras esterlinas de la caja fuerte. Chapman permaneció en el coche «temblando de miedo e incapaz de ayudar»^[19]. El siguiente golpe lo dieron en el local de un prestamista en Grimsby. Mientras Anson hacía rugir el motor del Bentley en el exterior para cubrir el sonido de las explosiones, Chapman y Hunt se introdujeron en una casa vacía contigua forzando la puerta, abrieron un butrón en la pared por el que pasaron al local del prestamista e hicieron saltar las puertas de las cuatro cajas de seguridad. El botín, vendido a través de una valla en el West End, alcanzó las quince mil libras esterlinas. A este golpe le siguieron otros: desvalijaron el cine Swiss Cottage Odeon, donde entraron utilizando una barra de hierro; atracaron las oficinas de la empresa Express Dairies; y llevaron a cabo un robo relámpago, rompiendo los cristales del escaparate de una tienda en Oxford Street. En el transcurso de su huida de la escena de este último golpe, Anson estrelló el coche robado contra una farola de la calle. La banda se dio a la fuga y un grupo de curiosos se apiñó alrededor del vehículo humeante; uno de ellos, que resultó ser un ratero de poca monta, cometió el error de poner la mano en el capó. Los archivos de Scotland Yard identificaron sus huellas dactilares y fue condenado a cuatro años de cárcel. A la banda de la gelatina le pareció de lo más divertido.

Chapman ya no era un ladrón temerario del tres al cuarto, sino un criminal con medios, que gastaba el dinero al mismo ritmo que podía robarlo y que se codeaba con la aristocracia de los bajos fondos, mujeriegos jugadores, actores libertinos, periodistas alcohólicos, escritores insomnes y políticos poco fiables atraídos por este mundo de cortesanas de lujo. Trabajó amistad con Noel Coward, Ivor Novello, Marlene Dietrich, y el joven cineasta Terence Young (que más tarde dirigiría la primera película de James Bond). Young era un personaje sofisticado que se enorgullecía de su ropa elegante, de conocer los buenos vinos y de su reputación de seductor. Tal vez imitando a su nuevo amigo, Chapman también empezó a comprarse trajes en Savile Row y a conducir un deportivo. Tenía mesa reservada en permanencia en el restaurante The Nest, en Kingly Street, donde reunía a su corte y se rodeaba de botellas y de mujeres jóvenes. Young observó: «Podía hablar de prácticamente cualquier tema^[20]. La mayoría de nosotros sabíamos que era un delincuente, pero aun así nos gustaba, por su forma de ser y por su personalidad».

Young encontraba a Chapman enigmático: no ocultaba su oficio, aunque en su carácter se observaba una integridad que al cineasta le parecía curiosa.

«Es un ladrón y siempre lo será —le comentó Young a un abogado amigo suyo—, pero es posible que tenga más principios y sea más honrado que cualquiera de nosotros»^[21]. Chapman era capaz de robarte el dinero de tu propio bolsillo incluso mientras te invitaba a una copa, sin embargo nunca abandonó a un amigo ni le hizo daño a nadie. En una profesión brutal, él era un pacifista. «No estoy de acuerdo con el uso de la violencia —declararía muchos años más tarde—. Siempre conseguí vivir muy bien del crimen sin necesidad de utilizar la violencia»^[22].

Chapman, despreocupado, ajeno a cualquier sentimiento de culpa y ateo, gozaba con la fama que había adquirido en el mundo de los bajos fondos. Recortaba los artículos de prensa que informaban de sus delitos y los pegaba en un álbum. Disfrutó especialmente cuando los medios informaron que la policía, al descubrir goma de mascar en la escena del crimen (la banda de la gelatina utilizaba un sencillo chicle para adherir la gelignita a las cajas fuertes), sospechaba que una banda norteamericana se hallaba tras la reciente oleada de robos de cajas fuertes. Al llegar el verano de 1935, habían robado tanto dinero que Chapman y Darry decidieron alquilar una casa en Bridport, en la costa de Dorset, y pasar allí unas largas vacaciones, pero después de seis semanas empezaron a aburrirse y «regresaron al “trabajo”»^[23]. Chapman, disfrazado de inspector de la compañía metropolitana de aguas, se introdujo en una casa en Edgaware Road, abrió a golpes un butrón en la pared por el que se introdujo en la tienda vecina y se llevó la caja fuerte, que sacó por la puerta principal y cargó en el Bentley; se la llevaron al garaje de Hunt en el número treinta y nueve en St. Luke’s Mews, en Notting Hill, donde hicieron saltar la puerta de la caja fuerte.

Chapman, al codearse con escritores y actores, tomó conciencia de su falta de educación. Anunció que tenía la intención de convertirse en escritor y empezó a leer mucho, saqueando la literatura inglesa en busca de conocimiento y guía. Cuando le preguntaban a qué se dedicaba, Chapman respondía con un guiño que era «bailarín profesional». Bailaba de club en club, de trabajo en trabajo, de libro en libro y de mujer en mujer. A finales de 1935, anunció que se casaba con Vera Freidberg, una exótica joven hija de madre rusa y de padre judío alemán, junto a quien Chapman aprendió algo de alemán. Sin embargo, al cabo de pocos meses ya se había trasladado a una casa de huéspedes en Shepherd’s Bush con otra mujer, Freda Stevenson, una bailarina del Southend cinco años más joven que él. Se enamoró de Freda, una joven informal y de gran vivacidad, aunque, después de conocer a Betty

Farmer, su «chica de Shropshire», en el Nite Lite Club, también se enamoró de ella.

Los miembros de la banda de la gelatina podían burlarse todo lo que quisieran de los polis lerdos que estudiaban sus chicles abandonados en busca de pistas, pero Scotland Yard estaba empezando a mostrar un gran interés por las actividades de Edward Chapman y creó una «patrulla gelignita». En 1938, la revista *Póllice Gazette* publicó una fotografía de Chapman junto a fotos de Hunt y Darry, a quienes consideraban sospechosos de la reciente oleada de robos de cajas de caudales de salas de cine. A principios de 1939, conscientes de que la policía se les estaba acercando, los miembros de banda cargaron varias bolsas de golf repletas de gelignita en el maletero del Bentley y se dirigieron hacia el norte. Tras registrarse en un hotel de lujo, desvalijaron las oficinas de la sociedad cooperativa de Edimburgo y vaciaron la caja fuerte. Chapman rompió sin querer uno de los paneles de cristal de la claraboya por la que estaba saliendo y un policía que pasaba por allí, al oír el ruido, hizo sonar el silbato. Los ladrones huyeron saltando el muro trasero y se dirigieron hacia la línea de ferrocarril; uno de ellos resbaló y se rompió el tobillo, quedándose atrás. Los otros llegaron hasta donde esperaban el automóvil y el conductor y, de inmediato, emprendieron la huida hacia el sur; un coche de la policía los interceptó entre aullidos de la sirena y Chapman puso pies en polvorosa saltando una pared, pero fue capturado. Los cuatro ladrones fueron arrojados en una prisión de Edimburgo, y luego, por razones que nadie ha sabido explicar, el juez le concedió a Chapman la libertad bajo fianza durante catorce días, tras pagar ciento cincuenta libras.

El día que se presentó el caso número diecisiete en el tribunal de Edimburgo, los jueces descubrieron que Chapman y sus cómplices se habían fugado. Se difundió una alerta general, se distribuyeron fotografías, y todas las fuerzas de seguridad del Reino Unido recibieron la orden de buscar a Eddie Chapman, delincuente habitual y reincidente, adúltero, chantajista y ladrón de cajas fuertes, residente del Soho y ahora uno de los hombres más buscados del Reino Unido. El 4 de febrero de 1939, la banda despojaba cuatrocientas setenta y seis libras y tres chelines de una tienda cooperativa de Bournemouth. Darry le había enviado una carta a su novia insinuando que la banda se dirigía a Jersey; la policía interceptó el correo y advirtió que los sospechosos podrían dirigirse a las Islas del Canal, y después al continente: «Estén preparados para tener problemas ya que, al menos uno de esos hombres puede ir armado y todos están dispuestos a resistirse a su detención»^[24].

Y así es como Eddie Chapman se encontraba ahora huyendo a la carrera por la playa de Jersey, perseguido por dos policías de paisano, y dejando atrás a una joven consternada y un postre de frutas, bizcocho y crema sin acabar.

2

La penitenciaría de Jersey

The Evening Post.

Lunes 13 de febrero de 1939

SORPRENDENTE ESCENA EN UN HOTEL DE
JERSEY

—
REDADA POLICIAL A LA HORA DEL ALMUERZO
—

Dos clientes detenidos

El ladrón huye por la ventana

Presunta banda de peligrosos ladrones de cajas fuertes

Una carta enviada a una joven de Bornemouth condujo ayer a la detención de dos miembros de una banda buscada por «hacer saltar» la caja fuerte de una tienda cooperativa, utilizando gelignita, y por el robo de cuatrocientas setenta libras esterlinas. Un tercer miembro de la banda, al enterarse de la inminente redada policial en el Hotel de la Plage, en Havre-le-Pas, se dio a la fuga.

Los clientes del Hotel de la Plage estaban almorzando cuando el oficial C. G. Grant de Saint Helier, y otros seis miembros de la policía, de paisano, entraron en el comedor y, antes que la mayoría

de los comensales se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo, habían detenido y esposado a dos hombres e iniciaban la persecución de un tercero, el presunto líder de la banda, quien, aparentemente más espabilado que el resto, consiguió escapar saltando por la ventana del comedor que da al paseo marítimo.

La policía sigue buscando al tercer hombre, que responde a la siguiente descripción: Edward Chapman, alias «Arnold Edward Chapman», «Edward Arnold Chapman», «Edward Edwards y Thompson», bailarín profesional, delgado, alrededor de un metro ochenta, tez clara y pequeño bigote; el sospechoso vestía camisa blanca, corbata amarilla de topos, chaleco de punto azul, pantalones de franela gris y sandalias marrones sin calcetines. Se le considera un individuo peligroso. Es posible que a estas alturas haya conseguido en algún lugar una chaqueta o un abrigo, puesto que lleva dinero encima.

La búsqueda de Chapman continúa y se está controlando el acceso a todos los barcos. Se pide a la población que cualquiera que haya podido ver a ese hombre, o que pueda proporcionar alguna pista acerca de su paradero, informe de inmediato a la policía.

Aunque la policía no tardó en abandonar la persecución, Chapman siguió corriendo alrededor de un par de kilómetros más por la playa antes de girar y dirigirse hacia el otro lado de la isla. Encontró una escuela, vacía aquel domingo, y se ocultó en su interior. Aquella tarde, y llevando un abrigo con el cuello subido que había descubierto en un perchero, se dirigió a paso tranquilo a Havre-le-Pas. Al llegar a la entrada del pueblo entró en una casa de huéspedes, pidió una habitación y se afeitó el bigote con una navaja enjabonada. Al bajar a la recepción, la señora Corfield, la propietaria, le pidió que le pagara por adelantado. Chapman le dio el dinero que llevaba en el bolsillo y prometió pagarle el resto por la mañana. Sin dinero estaba atrapado, y necesitaría robar algo más.

Al caer la noche, Chapman volvió a salir y se dirigió hacia el club nocturno West Park Pavilion, el local en el que la banda había pasado la noche anterior. Tan pronto como su huésped hubo salido, la señora Corfield se puso el sombrero y se encaminó hacia la comisaría de policía.

Chapman encontró el Pavilion vacío. Forzó la ventana del lavabo de caballeros, halló la caja fuerte de la oficina y la llevó hasta el sótano donde, tras ponerla boca abajo, golpeó la base con un hacha y, con la ayuda de un par de tenazas que había encontrado en la sala de calderas del edificio, consiguió abrirla. En su interior había quince libras, trece chelines y nueve peniques en monedas de plata, varias libras en peniques de cobre, y doce billetes de diez chelines. Chapman regresó a la casa de huéspedes con los bolsillos llenos y se fue a dormir decidido a robar o sobornar con tal de conseguir embarcarse a la mañana siguiente.

The Evening Post.

Martes 14 de febrero de 1939

PRESUNTO LADRÓN DE CAJAS FUERTES ANTE EL JUEZ

EL HOMBRE BUSCADO FUE DETENIDO EN LA CAMA Y ACUSADO DE ALLANAR EL WEST PARK PAVILLION

El acusado pide clemencia para su «novia».

La búsqueda de Chapman, el hombre que escapó de la redada de la policía en el Hotel de la Plage, ha tocado a su fin. Gracias a la información recibida por la policía de Saint Helier, Chapman fue descubierto ayer por la noche, durmiendo en una casa de huéspedes en Sand Street, y confirmó su identidad ante los agentes de policía. También reconoció que había entrado a robar en el West Park Pavilion la noche anterior.

Chapman no le causó ningún problema a la policía y confesó voluntariamente haber forzado la caja fuerte.

Por la mañana Chapman fue puesto a disposición judicial; tras ser condenado a prisión preventiva, preguntó si se le permitiría a su novia salir de la isla. «Tengo una novia aquí —explicó, hablando en un tono educado—, y se encuentra en una posición muy embarazosa. La policía la ha interrogado y la ha investigado y me gustaría pedirles que por favor dejen de interrogarla puesto que ella ignora por completo los motivos por los que estamos aquí».



El magistrado: «Si hubiera sido más inteligente ya se habría marchado. No la queremos aquí, no tenemos nada contra ella y es libre de marcharse de la isla cuando lo desee».

A continuación, el imputado fue trasladado a la cárcel y su «novia», una joven atractiva, rubia, de ojos azules que responde al nombre de Betty Farmer, también abandonó el tribunal.

A lo largo de las cuarenta y ocho horas anteriores, Betty había sufrido toda clase de humillaciones: había sido cacheada por la directora del Hotel de la Plage, esos horribles detectives la habían sometido a un intenso interrogatorio y después había tenido que trasladarse al Royal Yacht Hotel, más pequeño, más barato y mucho más destartado. Cuando Chapman entró esposado en el tribunal, Betty le entregó a uno de sus guardias una nota de amor, escrita en el papel del hotel, para que se la hiciera llegar. Eddie se la guardó en el bolsillo, sonrió y la saludó con la mano.

Entrar a robar en el club nocturno West Parle Pavilion había sido un golpe de una estupidez asombrosa, aunque, y a juzgar por las apariencias, también un inmenso golpe de suerte. Darryl y Anson ya habían sido enviados de regreso a Gran Bretaña para enfrentarse a acusaciones múltiples en el tribunal criminal de Londres. Chapman, sin embargo, había quebrantado la ley en Jersey, que tenía un código penal muy antiguo y sus propias costumbres autonómicas, y, en consecuencia tendría que enfrentarse a la justicia de la isla.

El 11 de marzo de 1939, Chapman fue juzgado en el tribunal de justicia de Jersey y se declaró culpable de la acusación de allanamiento y robo. El fiscal general de Jersey citó el extenso historial criminal de Chapman y apuntó que el asalto al club nocturno había sido «realizado con premeditación y habilidad, lo que demostraba una gran experiencia y demostraba también que estaba decidido a seguir dependiendo de este tipo de conducta para ganarse la vida»^[25]. El fiscal solicitó que se condenara a «peligroso criminal, que había renunciado a aceptar las oportunidades que la vida le había proporcionado» a la pena máxima de dos años de trabajos forzados. El jurado aceptó^[26].

Chapman no tardó en descubrir que la penitenciaría de Jersey era una «jaula inhóspita» donde el pequeño grupo de internos se dedicaba a rellenar colchones ocho horas al día, y dormían en tablones a pocos centímetros del suelo de hormigón^[27]. El régimen de la prisión era extraordinariamente relajado. Su director, el capitán, Thomas Charles Foster, un militar retirado, opinaba que los prisioneros constituían una incomodidad en una vida, que, de no ser por ellos, le hubiera sido muy agradable y que giraba alrededor de las visitas a sus vecinos, tomar el sol y pescar. Foster después que Chapman le explicara que había sido soldado, sintió simpatía hacia el nuevo recluso, y al cabo de poco tiempo lo puso a trabajar de ordenanza en su casa, adosada al hospital, regando el jardín y limpiando^[28].

La soleada tarde del 7 de julio, el capitán Foster, la señora Foster, y su hijo de dieciocho años, Andrew, se subieron en el coche familiar y pusieron rumbo a la costa en dirección a Saint Brelade para asistir a la fiesta veraniega anual de la sociedad escocesa de Jersey, uno de los puntos culminantes del calendario social de la isla. El director de la prisión le dio instrucciones a Chapman de limpiar la cocina durante su ausencia. El jefe de la guardia, Briard, se había tomado el día libre, dejando al guardia Packer a cargo de todo. Packer abrió la puerta principal para dejar salir al coche del director. El capitán Thomas, radiante, vestido con su *kilt*^[29] le susurró a Packer, mientras salían, que debería «vigilar a Chapman»^[30].

Cuando el sonido del coche del director de la prisión se hubo desvanecido en la distancia, Chapman abandonó su fregona, y se lanzó escaleras arriba a toda velocidad hasta la habitación vacía de Andrew Foster. Sacó del armario del joven un traje gris a rayas, zapatos marrones, un sombrero de fieltro marrón y dos gorras de cuadros confeccionadas por Leach & Justice de Perth. Aunque el traje le quedaba un poco estrecho en las axilas, le sentaba razonablemente bien. También encontró una maleta en la que introdujo las gafas del director, un bote lleno de monedas de seis peniques que guardaba la

señora Foster, trece libras del cajón del despacho del director, una linterna y un atizador de fuego. Se encaramó y salió por una claraboya, gateó sobre el tejado y se dejó caer en el recinto del hospital, escaló después un muro coronado por cristales, y salió caminando. La señora Hamon, que trabajaba en la lavandería, vio a alguien sobre el tejado, pero supuso que debía ser algún trabajador.

Una hora más tarde, el guardia Packer, que había estado muy atareado coqueteando con la señorita Lesbird, la hija de la matrona, entró como quien no quiere la cosa en la cocina del director a fin de ver el progreso de Chapman en sus tareas. No le preocupó en exceso encontrar la casa vacía. «En aquel momento —recordaría—, todavía seguía pensando que Chapman me estaba gastando una broma y que se escondía en la prisión»^[31]. Buscó por el jardín y en el exterior de la casa, y luego pidió colaboración al resto de los guardias para que le ayudaran a buscar en el interior de la prisión. Entonces le entró el pánico. Le costó al menos dos horas localizar al capitán Foster en la fiesta de la sociedad escocesa y, en el club de golf, al jefe de la policía, quien envió un pelotón al mando del joven Andrew Foster a vigilar el aeropuerto. Se registraron a conciencia los hoteles y las casas de huéspedes, se impidió zarpar a los barcos, y todos y cada uno de los policías y los voluntarios de la isla fueron movilizados en la mayor caza al hombre que se recuerda en la isla.

Walter Picard, residente de Five Mile Road, era una de las pocas personas en la isla que no se había enterado de la evasión de un prisionero. Había pasado la tarde bajo un seto junto a una mujer que no era la señora de Walter Picard y tras este encuentro, Picard y su amante se dirigían paseando tranquilamente hacia su coche en la oscuridad cuando vieron, sorprendidos, a un hombre con un traje que le quedaba pequeño, inclinado sobre el capó abierto de su coche y que, a tenor de las apariencias, intentaba arrancarlo haciendo un puente.

El hombre, sobresaltado, declaró: «¿No saben quién soy? Soy agente de policía»^[32]. Picard se abalanzó sobre el «ladrón de coches», su amiga se puso a gritar, y a continuación se inició una pelea: Chapman superó a Picard, lo arrojó por encima de una pared y después desapareció en la noche. En el asiento del pasajero de su coche, el conmocionado Picard descubrió un sombrero de fieltro marrón, una linterna y tres cartuchos de gelignita.

Chapman había temido un día muy ajetreado. A menos de dos kilómetros de la cárcel, la amable señora A. A. Pitcher le había ofrecido llevarle en su coche y le había acompañado hasta una cabina telefónica desde la cual había telefonado al aeropuerto, tan sólo para descubrir que el último avión ya había

salido. Pitcher le dejó después en el muelle. Tras almorzar en el Café Milano, Chapman se registró en el hotel La Pulente, pidió un taxi y le explicó al conductor de la compañía Luxicab que estaba «interesado en ver canteras»; el taxista le llevó a hacer un recorrido turístico de las minas de la isla y Eddie seleccionó su objetivo. Aquella tarde, cuando los trabajadores salieron de la cantera L’Etaqc, al oeste de Jersey, Chapman escaló la puerta, encontró el pequeño bunker reforzado en el que se almacenaban los explosivos, y abrió la puerta haciendo palanca con una barra de hierro que había conseguido en el almacén de herramientas de la cantera. Salió del lugar llevando consigo dos kilos de gelignita y doscientos detonadores y, mientras caminaba aquella tarde por la carretera con su botín de explosivos, Chapman había visto el coche aparcado de Walter Picard y decidió robarlo.

Chapman, consciente de que su encuentro sería denunciado de inmediato, siguió caminando hasta llegar a una casa vacía propiedad de Frank Le Quesne. Forzó la puerta, entró, se hizo una taza de té (utilizando bolsitas «para cincuenta personas», se quejaría más tarde el propietario) y se echó a dormir.

Entretanto, Walter Picard informaba a la policía, alterando un poco la verdad, y declaraba que:

Regresaba a su casa en su automóvil cuando una joven desconocida le detuvo y le preguntó si podía llevarle hasta el bungalow de Five Mile Road. Él le contestó que podía acompañarla hasta donde él vivía, y eso hizo, pero entonces ella insistió en que le acompañara un poco más lejos; tras conducir una corta distancia, le fallaron los faros sin motivo aparente. Detuvo el coche y su pasajera le explicó que la casa a la que deseaba llegar estaba relativamente cerca y le pidió que la acompañara a pie. Tras algunas reticencias, aceptó, aunque sólo la acompañó la mitad del camino y entonces, al darse la vuelta, vio que las luces de su coche se habían vuelto a encender. Se acercó al automóvil y vio a un hombre joven inclinado sobre el capó. El forastero se dio la vuelta, le golpeó y salió huyendo.

Incluso la policía opinaba que la complicada historia de Picard era «extraña», y no resulta difícil imaginar lo que pudo haber pensado la señora Picard.

A la mañana siguiente temprano, un pescador caminaba a pasos firmes por la playa de Plémont llevando a la espalda una gran red de pescar gambas.

Una inspección más cercana habría revelado que, bajo el mono de pescador, llevaba traje y corbata, y debajo, un traje de baño a rayas procedente del armario de Frank Le Quesne. Chapman había imaginado que, puesto que había turistas de vacaciones que disfrutaban del sol de verano, un traje de baño sería un buen disfraz. En sus bolsillos llevaba explosivos suficientes para librar una pequeña guerra.

Más tarde, aquella misma mañana, la divina señora de Gordon Bennet, informaba que un hombre, cuya descripción encajaba más o menos con la del recluso fugado, había visitado su salón de té, situado en el acantilado sobre la playa. El oficial Percy Laurie, un policía voluntario, y el agente de policía William Golding fueron enviados a investigar, vestidos de paisano. Golding decidió inspeccionar la playa, al mismo tiempo que Laurie registraba las cuevas del acantilado. En la arena, algunos turistas jugaban al fútbol observados desde corta distancia por un pescador alto que llevaba una red. Golding se acercó al espectador y le dijo:

—Su nombre es Chapman^[33].

—Mi nombre no es Chapman —respondió el pescador retrocediendo—. Está usted cometiendo un grave error.

—¿Va a venir sin armar jaleo?

—Tendrá que obligarme —le contestó. Golding le cogió del brazo, momento en el cual Chapman se puso a gritar que le estaban atacando y pidió auxilio a los jugadores de fútbol. Laurie salió de las cuevas y se precipitó en ayuda de su compañero, varios espectadores intervinieron y se montó una buena refriega en la que la policía intentaba colocarle las esposas a Chapman mientras una multitud de turistas medio desnudos se les echaba encima a ellos^[34]. El puñetazo en el estómago que Golding consiguió colocarle a Chapman puso fin al alboroto. «El golpe pareció angustiarle», explicaría Golding^[35]. La angustia de Chapman tenía su razón de ser, sin duda, en los ocho cartuchos de gelignita y los quince detonadores que llevaba en el bolsillo, y sabía que un golpe en el lugar equivocado podría haberle destruido a él, a los policías, a los jugadores de fútbol y a una buena parte de la playa de Plémont.

The Evening Post.

Viernes 7 de julio de 1939

FUGA DE UN PRESO DE LA CÁRCEL

—
LA CRÓNICA DE LA ESPECTACULAR BÚSQUEDA POR TODA
LA ISLA

—
PRESUNTA AGRESIÓN A UN AUTOMOVILISTA

—
GELIGNITA ROBADA DEL ALMACÉN DE UNA CANTERA

—
CAPTURADO TRAS UNA PELEA EN LA PLAYA CON UN
AGENTE DE POLICÍA

Tras haber gozado de libertad menos de veinticuatro horas, la policía capturó de nuevo a un recluso que se había fugado de la cárcel. Todos los agentes disponibles en la isla han estado de servicio permanente durante una búsqueda que ha abarcado toda la isla.

El evadido, Edward Chapman, utiliza diversos alias y tiene un historial de condenas anteriores; calificado como un individuo peligroso y cómplice de ladrones y personajes peligrosos, es un experto en la utilización de dinamita.

Chapman fue detenido a las dos de esta tarde tras una pelea con un oficial de policía en la playa de Plémont.

Una gran multitud esperaba la llegada del furgón celular para poder ver a Chapman, quien apareció perfectamente compuesto y miró con interés a la gente a su alrededor, esbozando una pequeña sonrisa.



Más tarde, el jefe de la policía de Saint Helier les expresó su agradecimiento a todos los agentes que participaron en la búsqueda más apasionante de un delincuente que se ha visto en Jersey en muchos años.

El capitán Foster, el director de la prisión, estaba furioso y se sentía humillado. El consejo de la prisión le sancionó por su «burda equivocación, al permitir que un prisionero, con antecedentes criminales tan deplorables como los de Chapman, hubiera gozado de tanta libertad, y sin supervisión»^[36]. Foster descargó su cólera en los guardias, en los prisioneros y, sobre todo, en Chapman, quien, tras ser llevado de regreso a la prisión, recibió un sermón del director, que le acusó amargamente de inventarse un pasado militar a fin de congraciarse con él:

—Usted nunca ha sido un soldado, tal como me dijo, en consecuencia es usted un mentiroso y merecería ser azotado —le vociferó—^[37] ¿Por qué lo hizo?

Chapman reflexionó un momento, y le respondió:

—Primero, no me gusta la disciplina de la cárcel, y segundo, puesto que estoy convencido de que, una vez cumplida esta sentencia, me espera otra en Inglaterra, se me ocurrió que podría hacerlas todas de un tirón.

De regreso a su celda, Chapman hizo un cálculo desolador. Cuando saliera de la cárcel de Jersey, le enviarían de regreso a Inglaterra donde le juzgarían por toda una serie de delitos, igual que a Darry y Anson, que ahora cumplían condena en la prisión de Dartmoor. Dependiendo de lo que Scotland Yard pudiera demostrar, Chapman calculaba que se pasaría la mayor parte de los siguientes catorce años en una u otra prisión.

La comunidad de Jersey era una comunidad unida y respetuosa de la ley, y las autoridades judiciales no veían con buenos ojos a este recluso que había osado robar al director de la prisión, arrojar a uno de sus habitantes por encima de una pared y que había provocado una batalla campal con sus policías.

El 6 de septiembre de 1939, Chapman fue llevado de nuevo ante la corte de justicia y condenado a un año más de prisión, que debía cumplir al terminar la primera condena. La sentencia tan sólo se mereció un único párrafo en el *The Evening Post*, algo que en cierto modo irritó a Chapman; lo cierto es que en aquel momento los habitantes de Jersey tenían otras cosas de

las que preocuparse: tres días antes, el Reino Unido le había declarado la guerra a Alemania.

3

La isla en guerra

Todas las guerras, y esta guerra en particular, tienden a ser vistas en blanco o negro: buenos y malos, ganador y perdedor, héroe y cobarde, leal y traidor. A la mayor parte de la gente, no obstante, no le parece que la realidad de la guerra sea así, sino más bien de una monótona variedad de grises de incomodidades y compromisos, con destellos ocasionales de colores violentos. La guerra es demasiado sucia para producir héroes y villanos fáciles; siempre hay hombres y mujeres valientes en el lado equivocado, hombres y mujeres malvados entre los vencedores y, entre ellos, una masa de gente común y corriente que lucha por sobrevivir y comprender. Lejos de los campos de batalla, la guerra obliga a los individuos a realizar elecciones insostenibles en circunstancias que no crearon y que jamás hubieran imaginado. La mayoría de ellos se adaptan, algunos colaboran, y unos pocos descubren una brújula interior que nunca antes supieron que tenían y que les indica el camino correcto.

Las noticias de la guerra apenas penetraron los muros de granito de la cárcel de Jersey. El rancho de la cárcel, habitualmente repugnante, empeoró con el racionamiento. Algunos de los guardias abandonaron la prisión para alistarse, y los que se quedaron proporcionaban información fragmentaria y poco fiable. El *Blitzkrieg*, la guerra relámpago nazi, la invasión de Noruega y Dinamarca en abril de 1940, seguida por la de Francia, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos, no afectaron a Chapman; su mundo apenas sobrepasaba los dos metros cuadrados. Cuando los alemanes entraron en París el 14 de junio de 1940, no había cumplido más que la mitad de su sentencia de tres años.

The Evening Post.

Sábado 29 de junio de 1940

VIOLENTAS INCURSIONES AÉREAS SOBRE LAS ISLAS DEL CANAL

EL ENEMIGO BOMBARDEA LOS PUERTOS
GRAN NÚMERO DE BAJAS EN AMBAS ISLAS

Las autoridades han informado que nueve personas han muerto y muchas más han sufrido heridas en un ataque con ametralladoras y con bombas llevado a cabo por, al menos, tres aviones alemanes sobre Jersey en la noche pasada.

El puerto era el objetivo principal y una bomba estalló en el muelle, causando daños considerables a propiedades que pertenecen únicamente a civiles.

Chapman leyó los doscientos libros que había en la biblioteca de la prisión, y después los volvió a leer. Con la ayuda de algunos antiguos manuales de gramática, emprendió la tarea de enseñarse a sí mismo francés y de mejorar su alemán. Aprendió de memoria los poemas de Tennyson, y leyó Breve historia del mundo, de H. G. Wells, un libro de texto que pretendía describir el pasado, pero que se hallaba impregnado de la filosofía de este escritor. Le llamó particularmente la atención el concepto de Wells de «un estado mundial federal» en el que todas las naciones trabajarían en armonía: «El dios del nacionalismo debe seguir el mismo camino al olvido que siguieron los dioses tribales. Nuestra auténtica nacionalidad es la humanidad», había escrito Wells^[38]. Mientras tanto, el maléfico dios del nacionalsocialismo se acercaba a paso de marcha.

Chapman leyó y releyó la carta de amor de Betty escrita en el papel de cartas del Royal Yacht Hotel, aunque poco tiempo más tarde le llegó otra carta que le hizo olvidar temporalmente a Betty. Freda Stevenson, la bailarina con

quien había vivido en Shepherd's Bush, escribió a Chapman, desde una dirección en Southend-on-Sea, a fin de informarle que se había convertido en el padre de una niña nacida en el hospital municipal de Southend en julio de 1939 y a quien había bautizado con el nombre de Diane Shayne. Adjuntaba una fotografía de madre e hija. Freda explicaba que estaba en la miseria y que apenas podía sobrevivir con las raciones de guerra, y le pedía a Chapman que le enviara dinero. Chapman solicitó permiso para escribir a Freda, pero el capitán Foster, despechado, se lo negó. Las cartas de Freda, a las que no podía contestar, expresaban una angustia cada vez mayor que más tarde se convertiría en cólera. Frustrado por la imposibilidad de ayudar a Freda o de sostener a su primera hija en sus brazos, y aislado del resto de la humanidad en una prisión junto al mar, Chapman se hundió en una profunda depresión.

Chapman estaba acostado en su catre de tablones cuando oyó el estruendo de los primeros aviones de la Luftwaffe que sobrevolaban la isla. Tres días más tarde, las Islas del Canal se ganaron la triste distinción de convertirse en la única zona del Reino Unido en ser invadida por los alemanes durante la segunda guerra mundial. Las últimas tropas que defendían las islas se habían retirado y los alemanes no encontraron ninguna resistencia. La mayor parte de la población optó por quedarse, pero a Chapman no se le permitió elegir. Se entretuvo preguntándose si alguna bomba estallaría en la prisión, causándole la muerte, o bien proporcionándole la oportunidad de escapar. Los habitantes británicos de Jersey recibieron instrucciones de no oponer resistencia y el alguacil, Alexander Moncrieff Coutanche, que había presidido el juicio de Chapman, les aconsejó obedecer las órdenes de los alemanes, regresar a sus casas y hacer ondear la bandera blanca de la rendición. Hitler había decidido que Jersey podría ser el lugar de vacaciones ideal, una vez que Alemania hubiera ganado la guerra.

Después de la ocupación alemana, el servicio de la prisión de Jersey y la policía fueron absorbidos por la administración nazi y los prisioneros, confinados tras las piedras y el hierro, quedaron relegados al olvido. El rancho carcelario se hizo más precario que nunca mientras los habitantes libres de Jersey competían por los escasos recursos que les dejaban los invasores alemanes. Las cartas de Freda dejaron de llegar y Chapman se consoló pensando que, si los alemanes seguían controlando Jersey cuando él saliera, por fin, en libertad, no le enviarían de regreso a Inglaterra y a los grilletes que allí le esperaban.

Los alemanes tenían sus propios tribunales, paralelos al sistema judicial civil. En diciembre de 1940, un joven friegaplatos del hotel Miramar,

Anthony Faramus, se enfrentó a ambos sistemas judiciales. Faramus, de veinte años, un isleño de Jersey, tenía la reputación de alborotador y el tribunal de Jersey le condenó a seis meses, acusado de haber obtenido nueve libras utilizando falsas alegaciones según las cuales reivindicaba el derecho a recibir una pensión por un familiar dependiente que no existía. El tribunal alemán añadió un mes más de condena, después de descubrir que Faramus llevaba encima un folleto de propaganda antialemana.

Faramus era un personaje furtivo y delicado, llevaba un fino bigote y tenía unos ojos grises de mirada huidiza, un tipo extraño, pero que se hacía querer y, en observación de Chapman, era un delincuente desastroso. Se ruborizaba fácilmente y emanaba una «especie de amabilidad», aunque poseía un ingenio agudo y obsceno^[39]. Alto y delgado, parecía como si una racha de viento se lo pudiera llevar volando. Antes de aceptar el puesto de friegaplatos en el hotel, había trabajado de peluquero en un salón de Saint Hélier. Chapman y Faramus compartían la celda y trabaron una sólida amistad.

El 15 de octubre de 1941, pocas semanas antes de cumplir veintiséis años, Chapman fue por fin liberado. Estaba pálido y demacrado, y su peso había bajado a escasos cincuenta y siete kilos. Faramus había salido unos meses antes y le esperaba en la puerta de la cárcel. Chapman ignoraba por completo la invasión nazi de Grecia y Yugoslavia, el hundimiento de Bismarck o el sitio de Leningrado, pero pudo darse cuenta de los efectos visibles de la guerra al ver la transformación que había sufrido Jersey. En su último día de libertad, Chapman había paseado por una playa atestada de turistas felices y bien alimentados. Ahora, era una isla oprimida por la ocupación, exhausta y hambrienta, y acuciada por la confusión moral que deriva de tener que elegir entre la resistencia, la aceptación o la colaboración.

Faramus había alquilado un pequeño local en Broad Street, en Saint Hélier, y con algunas sillas, algunos espejos viejos, tijeras y cuchillas de afeitar, él y Chapman abrieron lo que ambos llamaban, no sin una cierta pomposidad, salón de peluquería. Su clientela estaba compuesta en su mayor parte por oficiales alemanes, puesto que las Islas del Canal, el trampolín desde el que Hitler planeaba llegar a Gran Bretaña, se habían convertido ahora en un inmenso y muy bien defendido cuartel que albergaba al mayor regimiento de infantería del ejército alemán.

Faramus les afeitaba la barba y les cortaba el pelo a los invasores mientras Chapman mantenía una cortés conversación en alemán rudimentario. Uno de los pocos clientes británicos habituales era un antiguo corredor de apuestas de Birmingham de mediana edad, Douglas Stirling, un oportunista de los que

siempre produce cualquier guerra, un estraperlista que les compraba cigarrillos, té y bebidas alcohólicas a los alemanes, productos que luego revendía a los residentes locales. La barbería constituía la tapadera ideal para lo que no tardó en convertirse en un floreciente negocio que combinaba los beneficios ilegales con acicalar al enemigo.

Una mañana, Chapman salía en su bicicleta del piso que compartía con Faramus encima de la tienda, y olvidó por un momento una nueva ley alemana que exigía que todo el mundo circulara por la derecha; al tomar una curva, se estrelló contra una motocicleta conducida por un mensajero alemán que venía a toda velocidad. Aunque los dos salieron ilesos, el alemán se puso furioso. Chapman fue convocado a la comisaría de la policía e interrogado por tres oficiales de la *Feldgendarmerie*, la policía militar alemana. Uno de ellos, un hombre bajo que hablaba un inglés correcto, le lanzó a Chapman una mirada muy desagradable y le dijo:

—Verás, tenemos razones para creer que tienes armas alemanas en tu poder. Así que dime ¿dónde está el rifle alemán?[40]

—Yo no tengo rifles alemanes —contestó Chapman, perplejo.

—¿Que no tienes armas?

—No.

—Mira, te tengo calado, así que, te lo advierto: si creas algún problema, nosotros también te los crearemos a ti.

—Le agradezco la advertencia —respondió Chapman, y salió rápidamente.

No se trataba de ninguna advertencia, sino de una amenaza. Fue multado con ochenta marcos alemanes por infracción de tráfico pero, mucho más preocupante, la entrevista parecía insinuar que le creían un miembro sospechoso de la resistencia, o incluso un saboteador. El enfrentamiento con la *Feldgendarmerie* le había desconcertado, y Chapman empezó a urdir otro plan que le permitiera salir de esta isla-prisión. Les explicó su idea, a grandes rasgos, a Faramus y a Stirling. ¿Y por qué no se ofrecían a trabajar como espías para los nazis? Si aceptaban su propuesta, cabía la posibilidad de que, tal vez, les enviaran a territorio británico como agentes clandestinos. Al menos, rompería la monotonía. A Stirling le entusiasmó la idea y dijo que le propondría la estratagema a su hijo. Faramus se mostró más cauteloso, aunque estuvo de acuerdo en que valía la pena intentarlo.

Echando la vista atrás, al cabo de muchos años, Chapman admitió que sus motivos en el año 1941 eran imprecisos y confusos. Más tarde, afirmaría que el simple y sincero deseo de escapar y de reunirse con Diane, la hija que

nunca había visto, fue lo que le indujo a ofrecerse a espiar para los alemanes: «Si lograra convencer a los alemanes, probablemente me enviarían a Inglaterra», escribió^[41]. Sin embargo, Chapman comprendía lo suficiente su propia naturaleza y sabía que detrás de esta decisión se ocultaba algo más. «Ahora, así explicado, suena muy bonito —admitiría más tarde—^[42]. Tal vez no se tratara más que de pura hipocresía, incluso en aquel momento, y no puedo negar que, tras mis planes, había otros motivos. Tampoco fue consecuencia de algún impulso momentáneo ni de algún estado de ánimo». Eddie sentía un genuino resentimiento hacia el sistema británico. Como muchos criminales encarcelados en toda justicia, se consideraba a sí mismo víctima de una cruel discriminación. Es más, la disciplina y la cortesía general de los alemanes, vestidos con sus elegantes uniformes, le habían impresionado. La propaganda nazi insistía, incansable, en que sus fuerzas eran invencibles y que la ocupación era permanente. Chapman tenía hambre, estaba aburrido, y ansiaba algo de emoción. En sus días del Soho, se había codeado con estrellas del cine, y durante mucho tiempo se había imaginado ser el protagonista principal de su propia obra. Había representado el papel de un gánster de altos vuelos y ahora, asumía uno nuevo, el del espía glamuroso. No le dedicó mucho tiempo a reflexionar, si es que lo hizo, si este camino era correcto o incorrecto. Esta reflexión llegaría más tarde.

Chapman y Faramus escribieron una carta en un alemán muy trabajado, y la enviaron al puesto de mando de Saint Hélier, dirigida al general Otto von Stulpnagel, el oficial de mayor rango al mando de las tropas de ocupación en Francia y en las Islas del Canal. Unos días más tarde, Faramus y Chapman fueron convocados al despacho de un comandante alemán donde Chapman explicó, jovial, que a él y a su amigo les gustaría incorporarse al servicio secreto alemán. Enumeró sus crímenes, hizo hincapié en las órdenes de detención pendientes a las que se tenía que enfrentar en el Reino Unido, subrayó su experiencia con explosivos y concluyó con una vehemente diatriba contra los británicos. «Toda su argumentación se fundamentaba en la venganza —escribiría Faramus más tarde—. Explicó que ya no aguantaba a la clase gobernante inglesa y que sólo buscaba la ocasión de tomarse la revancha»^[43]. El comandante asentía sin entusiasmo con la cabeza, mientras un secretario tomaba notas y escribía los nombres y la dirección de los dos jóvenes. El asunto, les dijo el comandante, sería estudiado por los «oficiales superiores».

Después, pareció que no ocurría nada. En el transcurso de los días posteriores, cada vez que un alemán entraba en la barbería, Chapman insistía

en recitar su «historia de odio hacia una sociedad que le había perseguido, y su aversión hacia los ingleses y hacia todas sus obras», con la esperanza de que esta información se filtraría y alcanzaría a las autoridades alemanas^[44]. Sin embargo, los días pasaban y no llegaba ninguna noticia del general von Stulpnagel. Parecía evidente que su propuesta había sido rechazada, o tal vez simplemente ignorada, en base al bien conocido hecho de que cualquiera que solicite ingresar en un servicio de espionaje debería ser rechazado.

Chapman casi había olvidado su plan, y se hallaba muy atareado preparando uno nuevo, abrir un club nocturno en el que venderían bebidas alcohólicas procedentes del mercado negro, cuando, una húmeda noche del mes de diciembre, unos golpes furiosos en la puerta y gritos en alemán sacaron de la cama a Faramus y a Eddie. Ante su puerta había dos oficiales alemanes. Chapman supuso de inmediato que su solicitud para espiar al servicio de los alemanes había dado fruto, pero no podía estar más equivocado. Los oficiales no pertenecían a los servicios de inteligencia alemanes sino a la Gestapo, y no iban a reclutar a Chapman y a Faramus, sino a detenerlos. Los esposaron, les hicieron subir a empujones al interior de un Vauxhall que esperaba bajo la llovizna y les condujeron hasta el muelle. El oficial al mando, un capitán, o *Hauptmann*, les informó con brusquedad de que a partir de ese momento eran prisioneros y que, si intentaban escapar, dispararían contra ellos. Desde el coche, caminaron a paso de marcha hasta una pequeña lancha de desembarco donde los esposaron a una barra de hierro junto al timón. El motor de la barca arrancó, y salieron del puerto, rumbo al sur, y en la lejanía, tras la bruma y la lluvia, se podía adivinar la costa de Francia. Los oficiales de la Gestapo se sentaban al calor bajo la cubierta, mientras que Chapman y Faramus tiritaban, ateridos de frío, bajo la lluvia persistente.

Las siguientes horas transcurrieron en movimiento y en medio de un opresivo ambiente de temor: el puerto de Saint Malo en el frío amanecer; dos horas esposados a un banco en la comisaría de policía donde un gendarme les dio una barra de pan y un poco de queso rancio; encerrados en el interior de un compartimiento en el tren a París; y, por último, la llegada a la Gare du Nord, la estación del norte, donde les esperaban un camión militar y una escolta armada. Sus guardias alemanes no les dirigían la palabra, y cada vez que les hacían alguna pregunta, se encogían de hombros y no respondían. Faramus, pálido de terror, gemía por lo bajo y se sujetaba la cabeza entre las manos mientras circulaban a gran velocidad, escoltados por la Gestapo, por los amplios bulevares de la capital francesa ocupada. Finalmente, el camión

cruzó unas grandes puertas de hierro protegidas por grandes anillos de alambrada de espino, y entraron en otra prisión.

Mucho más tarde, Chapman describiría lo ocurrido. En las semanas anteriores a su arresto, varios cables telefónicos en la isla habían sido cortados, las últimas acciones de una serie de actos de sabotaje. Las autoridades alemanas habían consultado a la policía de Jersey, algunos de cuyos miembros eran ahora colaboracionistas activos y que de inmediato señalaron con el dedo a Chapman y a Faramus, los más evidentes de los sospechosos habituales. Chapman pensó con tristeza: «La policía británica les dijo que, si había algún problema, sin duda yo tendría algo que ver»^[45].

Para el joven delincuente, ésta constituía una experiencia completamente nueva: había sido detenido por un crimen que no había cometido.

4

Romainville

El fuerte de Romainville domina, siniestro, los barrios periféricos de París, brutal gigante de piedra transformado en el año 1941 en otra visión nazi del infierno. El pesado bastión fue construido en la década de 1830 sobre una colina de poca altura para albergar tropas que pudieran ser desplegadas en caso de alguna insurrección popular, y formaba parte del anillo defensivo que rodeaba París y que protegía la ciudad de los ataques extranjeros; se trataba de una exagerada monstruosidad impugnable rodeada de un foso. Los nazis utilizaron el antiguo fuerte con un similar propósito psicológico: campo de detención de rehenes, centro de interrogatorio, tortura y ejecución sumaria, y símbolo visible e ineludible de la intimidación. Romainville era «la sala de espera de la muerte», una prisión para civiles: combatientes de la resistencia, prisioneros políticos, comunistas e intelectuales, judíos destacados, sospechosos de espionaje, subversivos políticos y «alborotadores», y, en general, cualquiera que simplemente no hubiera mostrado la suficiente deferencia hacia los nuevos gobernantes de Francia.

La población variable de la prisión constituía un elemento integral y significativo de la brutal aritmética de la ocupación nazi: en represalias por cada acto de resistencia, se seleccionaba un determinado número de prisioneros de las celdas y se les fusilaba. Se calculaba que un ataque a soldados alemanes, por ejemplo, en el cine Rex de París, valía las vidas de ciento dieciséis rehenes de Romainville. Cuanto más seria la provocación, tanto mayor el número de muertos en el depósito de rehenes. A veces, les explicaban a los rehenes qué acto específico iban a pagar ellos con sus vidas, la mayoría de las veces, no se molestaban.

A Chapman y Faramus, prisioneros políticos y sospechosos de sabotaje, les hicieron desnudarse y vestirse con el mono de la prisión, tras lo cual les llevaron ante la presencia del comandante del campo, el capitán Brüchenbach, un hombre bajo y robusto que llevaba gruesas gafas y cuyos ojos parecían

«dos agujeros de bala en una puerta metálica». Brüchenbach masculló entre gruñidos que tenía órdenes de la Gestapo de mantenerlos presos hasta nueva orden. Faramus, siempre detallista, observó que el hombre «apestaba a alcohol»^[46].

A continuación, fueron conducidos hasta un edificio de barracones rodeado por una valla de alambrada de espino de cuatro metros de altura vigilada a ambos extremos por centinelas con focos y armados de ametralladoras. Chapman y Faramus entraron a empujones en una habitación sin calefacción que contenía media docena de catres vacíos, iluminada por una única bombilla y donde los soldados les encerraron. Echados en los colchones de paja podridos, los dos amigos analizaron sus posibilidades de supervivencia, uno con optimismo y el otro sumido en la más profunda depresión.

—¿Te gustaría que te fusilaran, Eddie? —preguntó Faramus^[47].

—No me preocupa demasiado —respondió Eddie, evasivo— he llevado una vida bastante buena.

A la mañana siguiente, mientras formaban fila en el patio, Chapman y Faramus averiguaron, a partir de los murmullos de los otros prisioneros, que dieciséis presos habían sido ejecutados aquella mañana en represalia por el asesinato de un oficial alemán en Nantes por miembros de la resistencia. En la puerta de cada celda había un aviso: «*Alles Verboten*», prohibido todo^[48]. No se trataba de ninguna exageración. No se permitía escribir ni recibir cartas, los paquetes que enviaban la Cruz Roja y los cuáqueros eran interceptados y los guardianes propinaban palizas feroces e inexplicadas. Los reclusos, a quienes se les había negado todo contacto con el mundo exterior, medían el tiempo por el movimiento de los guardias y del tráfico en las lejanas calles de París. Las raciones eran estrictas e invariables: medio litro de sopa de verduras aguada, ciento veinte gramos de pan negro y treinta gramos de margarina o de queso rancio. Al principio, los dos recién llegados apartaban los gusanos que encontraban en la sopa, aunque al cabo de pocos días, ellos, al igual que todos los demás, se lo tragaban todo.

Los prisioneros, hombres y mujeres, tenían permiso de reunirse en el enorme patio del fuerte, pero las relaciones sexuales estaban rigurosamente prohibidas, algo que uno de los guardias les dejó claro el día de su llegada, mediante una elaborada bufonada multilingüe: «*Madame prisonniers. Parler, promenade ja! Aber NIX, verboten, fig-fig, — NIX!*» Y a continuación, por si el asunto no había quedado del todo claro, añadió: «*NIX. Keine fig-fig!*» — Chapman se lo tomó como un desafío^[49].

Los reclusos de Fort de Romainville configuraban un surtido bastante peculiar. Ricos y pobres, valientes y traidores, culpables e inocentes. Chapman y Faramus eran los dos únicos ingleses. Había una cierta Paulette, una rubia detenida por espiar, y Ginette, cuyo marido ya había sido ejecutado por espionaje. Otras mujeres, cuyos maridos o padres se habían unido a la Francia libre, o eran conocidos miembros activos de la resistencia, estaban retenidas en calidad de rehenes. Kahn, un acaudalado banquero judío alemán, Michelin, el magnate de los neumáticos, dos comerciantes belgas de diamantes, y un misterioso individuo que respondía al nombre de Leutsch, un periodista suizo alemán que llevaba gafas con montura metálica y afirmaba haber trabajado para los servicios de inteligencia británicos, también se encontraban entre los reclusos. Entre los prisioneros franceses se hallaban el exministro de Información y un periodista radiofónico, llamado Le François, encarcelado por negarse a difundir propaganda alemana. Una mujer, camarera de un café en Montparnasse, estaba ahí, según decía, porque había abofeteado a un oficial de las SS que le había metido mano. Un individuo ya mayor, llamado Weiss, un excéntrico políglota que sentía un miedo patológico al agua, había sido arrestado por escribir un artículo en el que argumentaba cómo debería ser dividida la Alemania derrotada. Muchos simplemente estaban ahí porque se habían enfrentado a los invasores. Algunos afirmaban no tener ni la más remota idea de por qué les habían encerrado.

Cada reo tenía una historia diferente, aun así, todos vigilaban sus palabras; algunos se negaban a revelar su identidad más allá de su nombre de pila: la prisión también estaba repleta de informadores, chivatos cuya tarea consistía en extraer la verdad de los espías y de los agitadores y entonces, desenmascararlos. Entre los prisioneros, las mayores sospechas recayeron sobre un belga llamado Bossuet. Afirmaba haber nacido en Cardiff, y hablaba un inglés excelente, aunque infestado de argot. Al principio, Chapman había sentido simpatía hacia el belga, hasta que le explicaron que Bossuet era un «chivato profesional», un *mouchard*^[50] que se había ganado el mote de «diamante negro»^[51]. Se rumoreaba que sus traiciones habían enviado a veintidós prisioneros a la muerte. La mayoría de los reclusos lo rechazaban y algunos, cuando los guardias no miraban, le agredían. Bossuet abandonaría finalmente la prisión, lo que se interpretó como la demostración de su culpabilidad, pero el ir y venir de prisioneros, sin avisos ni explicaciones, formaba parte del neurótico régimen de Romainville. Un hombre de mediana edad llamado Dreyfus, un judío descendiente de aquella otra famosa víctima del antisemitismo, estuvo en la prisión un breve tiempo antes de ser

inexplicablemente liberado, y se supuso de inmediato que debía de haberse convertido en un traidor. «No era seguro hablar con nadie —explicaría Chapman—, nadie sabía quién era quién. Nadie decía nada»^[52].

Aun así, y junto a la corrosiva atmósfera de temor de desconfianza, los presos sentían un deseo apremiante y poderoso de intimidad. Los reclusos, no sólo hacían caso omiso de la prohibición de practicar el sexo entre prisioneros, sino que además la violaban sin ningún comedimiento. Hombres y mujeres buscaban cualquier oportunidad: en los lavabos, bajo las escaleras, en la carbonera o en los rincones más oscuros del patio. Los barracones no habían sido diseñados como celdas, y las cerraduras eran muy fáciles de abrir. Los reclusos elaboraban complicados planes para encontrar liberación sexual. Nadie escapó nunca de Romainville, no obstante, por breve que fuera, existía una vía de escape. A las pocas semanas de llegar a Romainville, Chapman ya se había emparejado con la rubia Paulette, unos diez años mayor que él, y Faramus había iniciado una relación sexual con otra reclusa llamada Lucy. Examinando el pasado, ambos exageraron, sin duda, la amplitud de sus «conquistas». Chapman, más sofisticado que su compañero, parecía aceptar que la extraña combinación de sexo y temor pertenecía al orden natural de las cosas, pero Faramus, sexualmente ingenuo, insistiría en que se trataba de «auténticos amores, apasionados y sinceros»^[53]. En esta sociedad cerrada y traicionera, donde la muerte llegaba sin aviso ni explicación, la expresión sexual era la única libertad que les quedaba.

Mientras Chapman y Faramus pergeñaban complicados encuentros con las prisioneras, su oferta de espiar para Alemania, de la cual ellos hacía ya tiempo que se habían olvidado, progresaba paso a paso a través de la burocracia militar alemana. De Jersey, su carta había llegado a Berlín, desde donde pasó a una división del servicio secreto alemán en Hamburgo, y de nuevo había regresado a Jersey. Chapman estaba cumpliendo dos semanas de aislamiento en las mazmorras del fuerte cuando, finalmente, en diciembre de 1941, la carta le alcanzó. Chapman había sido confinado en los *cachots*^[54] las mazmorras, por haberse peleado con el odiado Bossuet. A los prisioneros confinados en la celda de castigo se les daba una comida de pan y sopa cada tres días. El calabozo carecía de luz y era frío y húmedo, y Chapman, a fin de intentar conservar su calor corporal, arañó la grava del suelo y se cubrió con ella hasta el cuello.

Eddie había cumplido ya una semana de su castigo en solitario, cuando unos guardias le sacaron de los calabozos, le escoltaron hasta el despacho de Brüchenbach y le encerraron bajo llave en una habitación contigua.

Momentos después, tenía frente a él a un oficial de las SS que, con gran cuidado, cerró la puerta con llave tras él. El visitante era alto y delgado, tenía ojos azul pálido y unas venas rojas le cruzaban las mejillas. Antes de hablar, permaneció en pie durante algunos momentos, observando a Chapman. Entonces, en un inglés perfecto, sin rastro de acento, se presentó como el teniente Walter Thomas. Sin preámbulo ni explicación, se sentó a una mesa y empezó a interrogar a Chapman acerca de sus crímenes pasados, su experiencia con explosivos, su encarcelamiento en Jersey, y su nivel de alemán. De vez en cuando consultaba una carpeta. Parecía conocer el historial delictivo de Chapman en todo detalle, no solamente los crímenes por los que había sido condenado, sino además aquellos que tan sólo se le sospechaban. El oficial parecía conocer bien el Reino Unido, y hablaba con familiaridad de los años de Chapman en el Soho, su detención en Edimburgo y su huida a Jersey; mientras hablaba, entrecruzaba los largos dedos de sus manos. Su expresión permanecía inmutable, pero parecía satisfecho por las respuestas de Chapman. Chapman observó más tarde que su interrogador parecía ser del tipo «erudito»^[55]. Pasada una hora, el hombre indicó que la reunión había terminado y Chapman salió escoltado del despacho, aunque no regresó a la celda de castigo, sino a los barracones.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Faramus, sorprendido por la salida anticipada de Chapman de la celda de castigo^[56].

Chapman le hizo jurar que guardaría el secreto antes de describir su encuentro con el oficial de las SS. Eso podía significar, continuó, que su propuesta de trabajar para Alemania había suscitado, por fin, una respuesta.

—Eso está muy bien —dijo Faramus, sintiendo un repentino temor—. Seguro que a ti te van a utilizar, pero ¿y a mí? ¿Qué es lo que yo valgo para ellos?^[57]

Chapman intentó tranquilizar al joven, ahora bien, ambos sabían que Faramus tenía razón. Era posible que los nazis pudieran encontrarle alguna utilidad a un criminal experto, astuto y en buena forma, y que tenía un amplio historial y una razón convincente por la que odiar a la clase gobernante británica. Sin embargo, ¿de qué le podía servir al Tercer Reich un peluquero flacucho de veintidós años cuyo único crimen había consistido en un intento fallido de conseguir nueve libras mediante el engaño?

Algunos días más tarde, apareció un fotógrafo militar armado con una cámara Leica que tomó docenas de fotografías del prisionero, de cara y de perfil, y que después se marchó, otra demostración del interés que los nazis sentían por Chapman.

A principios de enero de 1942, Chapman fue convocado de nuevo al despacho del comandante. El oficial que le interrogó en esta ocasión no podía haber sido más diferente del teniente Thomas, el de la mirada muerta. En el sillón del comandante se sentaba, algo ladeada, una visión del encanto femenino: grandes ojos castaños y largas uñas pintadas de rojo; a su lado tenía un abrigo de lana negro muy caro, y, en opinión de Chapman, parecía recién salida de un plato de cine. La aparición le sorprendió por un instante. Junto a ella, un hombre vestido de paisano permanecía en pie. Chapman observó su físico atlético y rostro bronceado; ambos, con su ropa elegante y la expresión de ligero aburrimiento que lucían, podían perfectamente haber sido modelos en una revista de modas.

El hombre le hizo preguntas en alemán, que la mujer tradujo al inglés con acento norteamericano. No intentaban disimular la razón por la que habían ido allí. Chapman fue sometido a un intenso interrogatorio en el que le preguntaron acerca del trabajo que él creía que podría realizar para el servicio secreto alemán, y por los motivos que le habían impulsado a ofrecer sus servicios. Exigieron saber cuánto esperaba cobrar, y qué es lo que estaría preparado a hacer si le enviaban al Reino Unido como agente clandestino. La mujer fumaba cigarrillo tras cigarrillo con una larga boquilla negra.

—¿Supongamos que usted no deseara regresar con nosotros? —le preguntó de repente^[58].

—Tendrían ustedes que confiar en mí —respondió Chapman^[59].

Cuando la mujer, al marcharse, cogió su abrigo, Chapman pudo ver la etiqueta en su interior: Schiaparelli, la diseñadora y modista italiana. Estaba claro, se dijo a sí mismo, que los espías nazis, si es que éste era el trabajo de esta pareja, podían permitirse la moda más lujosa.

Durante unas pocas semanas, se reanudó la rutina habitual de la prisión, rota solamente por los feroces bombardeos de la RAF sobre la gigantesca factoría de automóviles Renault en Boulogne-Billancourt, instalada frente a Romainville, al otro lado del Sena. La factoría formaba ahora parte de la maquinaria de fabricación de munición de los nazis, construyendo camiones para el ejército alemán. El 3 de marzo, la RAF lanzó doscientos treinta y cinco bombarderos de baja altura sobre la factoría, el mayor número de aviones dirigidos contra un único objetivo en el transcurso de la guerra. Desde las ventanas de sus barracones, Chapman y Faramus vieron las bengalas, los proyectiles luminosos y el fuego antiaéreo iluminar la noche, sintieron la vibración en el aire del ruido sordo de los explosivos, y observaron cómo el

cielo sobre la ciudad adquiriría un maligno color naranja. Chapman podía sentir el miedo de su compañero.

—Probablemente te envíen a un campo de internamiento para civiles —le dijo—, o tal vez te mantengan aquí, si me aceptan. Oye Tony, no te preocupes: déjalo en mis manos. Confía en mí^[60].

Los dos ingleses llevaban en Romainville casi cuatro meses cuando Chapman fue conducido al despacho de Brüchenbach por última vez. Le esperaba el teniente Thomas, en esta ocasión, acompañado por un oficial superior, vestido con el uniforme de *Rittmeister*, capitán de caballería, que lucía en el cuello la Cruz de Hierro. El teniente Thomas le presentó: «*Herr Doktor* Stephan Graumann». Con un gesto casi elegante, Graumann invitó a Chapman a sentarse y a continuación inició un interrogatorio en un inglés anticuado y preciso, y en un tono de voz suave en el que se adivinaba el acento de la clase alta británica. Le preguntó a Chapman qué tal le habían tratado en Romainville; el inglés le describió el tiempo que había pasado en las mazmorras por orden de Brüchenbach y Graumann hizo un gesto muy despectivo observando que el comandante no era más que «un animal bien entrenado»^[61].

Graumann tenía un aire altivo y benévolo al mismo tiempo, y Chapman descubrió que sentía una cierta simpatía hacia el personaje. Sonreía a menudo para sí mismo, como si estuviera disfrutando de una broma privada. Analizaba al detalle las respuestas de Chapman, recostándose en la silla, con el dedo índice de una mano enganchado en el bolsillo lateral de su uniforme, mientras con la otra mano se mesaba el cabello, cada vez más escaso. De vez en cuando se colocaba unas gafas de montura gruesa y le echaba una ojeada a la carpeta que tenía abierta frente a él. Chapman decidió que debía ser «un hombre comprensivo y tolerante»^[62].

Graumann interrogó a Chapman una vez más sobre su pasado: su catálogo de crímenes, su comprensión del alemán y del francés, sobre los miembros de la banda de la gelatina y su paradero actual. Una y otra vez regresó a la pregunta de si Chapman estaba más motivado por su odio hacia Gran Bretaña o por la promesa de un beneficio económico. Chapman respondió que su deseo de espiar para Alemania estaba motivado por ambos factores. El interrogatorio se prolongó tres horas.

Por último, Graumann fijó la mirada de sus claros ojos azules sobre Chapman y fue directo al grano. Si Chapman aceptaba seguir un período de formación en técnicas de sabotaje, radiotelegrafía y trabajo de inteligencia, y después, llevar a cabo una misión en el Reino Unido, podría prometerle una

generosa recompensa económica a su regreso. Chapman aceptó de inmediato, y preguntó entonces si Tony Faramus le acompañaría. La respuesta de Graumann fue terminante. Faramus no le era «de ninguna utilidad» al Servicio Secreto alemán^[63]. Graumann escogió sus palabras con mucho cuidado: «En tiempos de guerra debemos extremar la cautela, y uno de ustedes debe permanecer aquí»^[64]. Pese a la opacidad de su lenguaje, lo que Graumann estaba intentando decir había quedado bien claro: Faramus debía quedar atrás en calidad de rehén, y en garantía del buen comportamiento de Chapman.

Al estrecharle la mano, Chapman se percató del grueso anillo de oro con cinco puntos negros en el dedo meñique de Graumann, y observó para sus adentros la suavidad de sus manos. Eran manos que nunca habían conocido el trabajo manual. La voz, las manos, el sello en el anillo: era evidente que debía de tratarse de un aristócrata. Si Chapman podía evitar meterse en más líos, le advirtió Graumann mientras cruzaba la puerta, en dos semanas saldría de Romainville.

Chapman regresó eufórico a su celda en el barracón, aunque también intranquilo por la velada «amenaza» a Faramus^[65]. No le repitió las palabras del alemán a su compañero de celda, pero a Faramus, tras enterarse de que Chapman pronto se marcharía solo, no le quedó ninguna duda de que se quedaba en una posición peligrosa.

—Supón que tienes un percance —apuntó Faramus—, entonces me voy a encontrar en un buen lío. ¿Qué pasa si una vez en Inglaterra no quieres regresar, Eddie? No tengo ningunas ganas de que me fusilen. Y además, soy demasiado joven para morir^[66].

Chapman intentó tranquilizarle.

—Mira, Tony, déjame hacer las cosas a mi manera. Yo también me estoy jugando la vida, no lo olvides. —La verdad de esta observación era innegable: sus destinos estaban ahora vinculados. La mayor parte de las víctimas de Romainville nunca descubrieron por qué habían sido seleccionadas para morir. Si a Faramus lo fusilaban, él sí que sabría que Eddie Chapman le habría traicionado. En privado, Faramus opinaba que «acceder a jugar el juego de Eddie podía costarme la vida». ¿Podía acaso este «audaz farol» tener algún éxito? Faramus escribió, «yo esperaba, sumido en la desesperación y en el temor, que así fuera, por mi propio bien, y por el suyo».

El 18 de abril de 1942, Chapman salió de su celda escoltado.

—Adiós, y ¡buena suerte! —se despidió sonriente, dándole una palmadita en la espalda a Faramus—. Después de la guerra, búscame en Londres^[67].

—Adiós y buena suerte —respondió el isleño de Jersey, tan animado como pudo.

El teniente Thomas esperaba a Chapman en el despacho del comandante. Las escasas pertenencias que se había llevado consigo de Jersey le fueron devueltas junto a su ropa civil, y Brüchenbach firmó los documentos de su liberación. Chapman cruzó a pie las puertas de Romainville, y Thomas le hizo subir a un coche que les esperaba. Era libre, pero, le previno Thomas tras instalarse en el asiento trasero del coche y mientras el conductor se dirigía hacia el oeste, ésta era una libertad muy especial.

—Está usted entre amigos y vamos a ayudarle —le dijo el oficial alemán, en su preciso inglés—, así que, por favor, no haga nada estúpido, como por ejemplo intentar escapar, porque voy armado^[68].

A partir de aquel momento, añadió Thomas, en público, Chapman debía hablar únicamente en alemán.

En la estación de Montparnasse, los dos hombres se instalaron en un compartimiento de primera clase reservado del tren de Nantes. En el vagón restaurante, Chapman se atiborró. Thomas, de aspecto ascético, comió poco y Chapman se terminó su cena por él.

La noche había caído ya cuando el tren llegó a Nantes, el puerto occidental de Francia donde el gran río Loira desemboca en el Atlántico. Un fornido joven vestido de paisano y con una impresionante nariz rota les esperaba en el andén. Se presentó como «Leo», cogió la maleta del teniente Thomas, y la bolsa con las pertenencias de Chapman, y les guió hasta un gran Mercedes que les estaba esperando.

Chapman se dejó caer en los asientos de cuero, y Leo condujo el coche a gran velocidad por las calles sinuosas y adoquinadas de Nantes; salió a campo abierto, en dirección al noroeste, pasando junto a pequeñas y cuidadas granjas y campos salpicados por vacas del Limousin. En un bar junto a la carretera, en un pequeño pueblo, un pequeño grupo de campesinos observaron imperturbables al Mercedes cruzar el pueblo a toda velocidad. Unos siete kilómetros más tarde, Leo redujo la marcha y giró a la derecha. Pasaron junto a lo que parecía ser una fábrica y cruzaron un puente sobre el ferrocarril antes de detenerse frente a unas puertas de hierro verde que tenían un alto muro a ambos lados. Una espesa barrera de álamos protegía de la mirada de los curiosos en el exterior lo que fuera que se hallara tras el muro. Leo saludó al centinela uniformado, y éste abrió las puertas.

Después de un corto recorrido, el coche se detuvo ante una gran mansión de piedra. Chapman fue conducido a su interior y escaleras arriba hasta un

estudio que tenía las paredes cubiertas de libros donde una figura conocida, vestida de un traje de tres piezas a rayas, estaba sentada inclinada y escribiendo sobre un escritorio. «Bienvenido a la villa de La Bretonnière —le dijo el doctor Graumann, levantándose para estrechar la mano de Chapman—. Venga, tomemos una copa de excelente *brandy*»^[69].

5

Villa de La Bretonnière

Después de Romainville, la finca de La Bretonnière parecía el paraíso. El edificio de tres plantas había sido construido en la década de 1830, la misma década en la que había sido construida la prisión de París, pero el contraste entre ambas no podía ser mayor. Se trataba de lo que los franceses describen como una *maison de maitre*^[70] algo mayor que una mansión aunque más pequeña que un castillo o un palacio. Tenía todas las marcas distintivas de una casa de descanso de un hombre acaudalado. Suelos de roble, enormes chimeneas de mármol, arañas de cristal, y dobles puertas que se abrían a un gran y muy bien cuidado jardín. La casa había pertenecido a un millonario judío, propietario de salas de cine de Nantes, antes de ser requisada y su propietario, «reubicado». El edificio, rodeado de árboles y un alto muro, se adecuaba a la perfección a los propósitos de los servicios de inteligencia nazi.

Aquella tarde, eufórico por el *brandy* y por el recibimiento de Graumann, le enseñaron a Chapman lo que sería su habitación en la planta superior. Por primera vez en cuatro años, la puerta no estaba cerrada con llave. Durmió en sábanas de hilo planchadas y almidonadas y le despertó el canto de un gallo. Chapman no creía haber visto nunca un lugar tan hermoso. Al oeste, la tierra descendía suavemente a través de bosques y campos hacia el río Erdre. Las aves acuáticas jugaban en un estanque ornamental, mientras una camada de cachorros de alsaciano retozaba sobre el césped.

El teniente Thomas escoltó a Chapman hasta la mesa del desayuno. En el comedor, Graumann, sentado a la cabecera de la mesa, leía un ejemplar de *The Times* y comía un huevo pasado por agua. Saludó a Chapman con un gesto de la cabeza, pero no dijo ni una palabra. (Chapman no tardaría en averiguar que el aristócrata no mantenía ninguna conversación durante el desayuno). Alrededor de la mesa, media docena de hombres atacaban un festín de tostadas, huevos, mantequilla, miel y café recién hecho, todo servido en la mejor porcelana del antiguo propietario. Chapman reconoció a Leo, el

chófer de la nariz aplastada, que le devolvió la sonrisa a través de sus dientes rotos.

Una doncella francesa despejó el desayuno, los cigarrillos circularon alrededor de la mesa y Thomas presentó a los otros miembros de la casa. Cada uno de esos hombres le dio un nombre falso, aunque Chapman no podía saberlo. Un tipo rubicundo y fornido, que llevaba una aguja de corbata con una perla, se presentó como «Hermann Wojch»; le siguió «Robert Keller», un joven rubio y esbelto de poco más de veinte años, sentado junto a «Albert», un hombre de mediana edad, calvicie avanzada y semblante risueño. Ante la gran sorpresa de Chapman, la siguiente persona que se presentó, vestido con pantalones de golf, y llevando un reloj de pulsera de oro, le saludó en un inglés con un marcado acento *cockney* y dijo llamarse «Franz Schmidt».

Más tarde, en el estudio del primer piso, Graumann adoptó su postura habitual, con un dedo en el bolsillo del chaleco, y explicó que Chapman ahora formaba parte de la Abwehr, el servicio alemán de espionaje, y que había sido destinado a la sección de Nantes, «uno de los centros de formación en sabotaje más importantes de los servicios secretos alemanes en Europa»^[71].

En el transcurso de los tres próximos meses, continuó Graumann, Chapman sería sometido a un riguroso entrenamiento bajo su dirección: Keller sería su instructor de radiotelegrafía; Wojch y Schmidt le enseñarían técnicas de espionaje y de sabotaje; y con Leo, aprendería a saltar en paracaídas. Por último, si superaba unas pruebas determinadas, le enviarían a una misión en el Reino Unido y, si ésta tenía éxito, recibiría una generosa recompensa. No se habló en ningún momento de qué podría ocurrir si Chapman no superaba las pruebas.

Entretanto, era libre de recorrer el recinto de La Bretonnière, aunque Thomas le acompañaría siempre y en todo momento. Debía evitar confraternizar con los habitantes locales, y bajo ninguna circunstancia podía llevar mujeres a la casa. En presencia de los franceses debía hablar sólo en alemán y, si algún alemán le interrogaba, debía explicar que era alemán de nacimiento, pero que había vivido la mayor parte de su vida en Estados Unidos. Oficialmente, formaba parte del *Baustelle Kerstang*, una unidad militar que se dedicaba a reparar carreteras y edificios en la Francia ocupada.

Chapman necesitaría un nombre clave de espía, declaró Graumann, para proteger su verdadera identidad. ¿Cuál era el nombre que los ingleses les solían dar a los alemanes? ¿Fritz? Éste, dijo entre risas, sería el nombre clave del nuevo espía de la Abwehr, el número V-6523.

Mientras intentaba absorber todo ese caudal de información, a Chapman se le ocurrió que el doctor Graumann, con su traje a rayas, parecía más «un respetable hombre de negocios» que el director de un servicio de espionaje^[72]. Su tono era enérgico, pero benevolente, sus ojos centelleaban bajo los pesados párpados y, cada vez que hablaba, sacudía ligeramente la cabeza, de adelante a atrás. A Chapman le pareció que la voz de Graumann tenía «una suavidad que, en un alemán, sorprendía»^[73], aunque el tono se endureció cuando el alemán observó:

—Mire, verá usted muchas cosas, sin embargo, sepa que en nuestra sección, esas cosas deben permanecer secretas. Le estoy pidiendo que no sea usted demasiado curioso^[74].

La Abwehr llevaba meses buscando a un inglés a quien pudieran entrenar como espía y saboteador, y enviar a Inglaterra. La persona adecuada debía carecer de escrúpulos, saber ocultarse, y debía ser inteligente, despiadado y mercenario. La llegada de Chapman a La Bretonnière no constituía un simple accidente del destino, sino que representaba el último y más audaz golpe en la furiosa guerra que se estaba librando entre los servicios secretos del Reino Unido y de Alemania, invisible pero incesante, desde hacía dos años.

Antes del estallido de la segunda guerra mundial, la Abwehr (que literalmente significa «defensa») gozaba de la fama de ser el servicio de inteligencia más eficaz de Europa. Una primera evaluación por el MI5, el servicio de seguridad que controlaba el contraespionaje en el interior del Reino Unido y en todo el imperio británico, describía la Abwehr como una «organización de primera clase en cuanto a calidad de la formación y de su personal»^[75], una evaluación halagadora en exceso. Uno de los aspectos más asombrosos de los servicios de inteligencia de ambos países consistía en lo poco que cada lado sabía del otro. En el año 1939, el SIS (Secret Intelligence Service), el servicio secreto británico de inteligencia (también conocido con las siglas MI6, que opera en territorio extranjero) ignoraba el nombre que utilizaba el servicio alemán de inteligencia militar, y ni siquiera sabía quién lo dirigía. En una honesta autoevaluación llevada a cabo tras el fin de la segunda guerra mundial, el MI5 reconoció que «en el momento de la caída de Francia, la organización de los servicios de seguridad, en general, se hallaba en un estado que sólo puede ser descrito como caótico... e intentaba desarrollar métodos de detección de agentes alemanes pese a ignorar por completo el funcionamiento interno de la organización alemana»^[76].

La Abwehr no se quedaba a la zaga en cuanto a falta de preparación. Hitler no había previsto, ni tampoco había querido, declararle la guerra al

Reino Unido, y la mayor parte de las operaciones de inteligencia nazi se habían dirigido al este. La red de espionaje de la Abwehr en el Reino Unido era prácticamente inexistente. Al mismo tiempo que el Reino Unido y Alemania se preparaban para la guerra, una extraña danza en la sombra estaba teniendo lugar entre los servicios de inteligencia de ambos países: ambos se lanzaron a una frenética construcción de redes de espionaje casi a partir de cero, para un despliegue inmediato del uno contra el otro. Cada uno de ellos le atribuía al otro un alto grado de eficacia y preparativos muy avanzados, y ambos estaban equivocados.

La primera escaramuza significativa tuvo lugar a propósito de un menudo, turbio y muy molesto electricista galés llamado Alfred Owens. En la década de 1930, Owens, un fabricante de acumuladores de batería, había realizado frecuentes viajes de negocio a Alemania, al regreso de los cuales, solía traer información técnica y militar que transmitía al Almirantazgo. En el año 1936 se incorporó oficialmente al servicio de inteligencia británico utilizando el nombre clave de agente «Snow» (un anagrama parcial de Owens). Sin embargo, al mismo tiempo y en secreto, Owens había tomado contacto con la Abwehr. El MI6 interceptó su correspondencia y cuando la agencia expuso ante él las pruebas de su doble juego, Owens insistió en que estaba trabajando en interés de los británicos. El MI6 aceptó su explicación, de momento. Owens, siguiendo instrucciones recibidas de Alemania, recogió un radiotransmisor en la consigna de la estación Victoria que proporcionó información técnica valiosa acerca de la construcción de radiotransmisores alemanes. Después, desapareció en Hamburgo, y se dio por supuesto que se había «estropeado».

El día inmediatamente posterior al que el Reino Unido le declaraba la guerra a Alemania, el galés reapareció y telefoneó al servicio especial solicitando una reunión. En la prisión de Wandsworth, a Owens le dieron a elegir entre la ejecución o bien trabajar como agente doble y, una vez más, juró lealtad al Reino Unido. En septiembre de 1939, viajó a Holanda, en esta ocasión acompañado por un inspector de policía jubilado, Gwilym Williams, que se hacía pasar por un nacionalista galés ansioso por liberarse del yugo de los ingleses. Se reunieron con Nikolaus Ritter, un oficial de la Abwehr, y regresaron a Londres con información valiosa, que incluía las claves de los diferentes códigos de radio de la organización alemana.

Los británicos seguían dudando del agente Snow, y estas dudas se intensificaron tras una extraordinaria serie de acontecimientos en el mar del Norte. Ritter le había pedido a Owens que reclutara a otro agente que pudiera

ser entrenado en Alemania y accedió a enviar un submarino que los recogiera a ambos al sur de Dogger Bank. El cumplidor MI6, sin duda ansioso por colocar a un agente doble en el interior de la Abwehr, localizó a un ladrón y estafador reformado, llamado Sam McCarthy, que aceptó representar ese papel. Durante el recorrido por mar, a bordo de una barca de pesca, rumbo al punto de encuentro, tanto McCarthy como Owens llegaron a la conclusión de que el otro, en realidad, era un espía alemán. Dos días antes de la cita, McCarthy encerró bajo llave a Owens en su camarote y puso rumbo de regreso a Inglaterra. Al registrar a Owens, descubrieron que llevaba consigo un informe en el que se describían las operaciones de los servicios de inteligencia británicos. El informe condujo hasta el director de un restaurante en Picadilly, un antiguo informante del MI5 llamado William Rolph. Enfrentado a las pruebas, Rolph admitió que Owens le había reclutado para espiar para Alemania. Tan pronto se marcharon los agentes que lo interrogaron, Rolph se suicidó introduciendo la cabeza en un horno de gas.

Owens pasó el resto de la guerra en prisión y, todavía en la actualidad, seguimos ignorando si se trataba de un patriota, de un traidor, o de ambas cosas. Ahora bien, el caso Snow demostró el extraordinario valor de los agentes dobles y proporcionó algunas pistas fundamentales técnicas y criptográficas. La farsa en el mar del Norte puso de manifiesto que la Abwehr estaba intentando reclutar a ciudadanos británicos descontentos, e incluso a criminales, a los que poder convertir en agentes alemanes.

Mientras tanto, en Gran Bretaña, el creciente temor a una invasión alemana dio origen a un «pánico al espía» de proporciones epidémicas. La caída de un país europeo tras otro frente al *Blitzkrieg* nazi tan sólo podía tener una explicación: en cada uno de estos países debía de existir una red de agentes alemanes que contribuían al avance alemán. Se dio por sentada la existencia en el Reino Unido de una red similar que conspiraba para socavar al estado. El mito de la quinta columna alemana nació en medio de una oleada de histeria popular, una actitud muy poco británica, azuzada por la prensa y por los políticos. «Existe un tipo de personas muy bien definido que tiene una cierta tendencia a obsesionarse por encontrar espías —escribiría Churchill, quien tampoco era inmune a esta obsesiva tendencia—, y la guerra es cuando estas nobles personas encuentran su apogeo»^[77].

Los espías alemanes se descubrían en todas partes y en ningún lugar. La policía sucumbía bajo el peso de los informes sobre insólitos personajes disfrazados, destellos de luces en la noche, hogueras, y vecinos paranoicos que oían ruidos extraños a través de las paredes. Un ávido cazador de espías

aficionado informó haber visto a un hombre con un «cuello típicamente prusiano»^[78]; Baden-Powell, el fundador de los Boy Scouts, insistía en que uno podía identificar a un espía alemán por su manera de caminar. Cualquiera y todos podían ser un espía. Evelyn Waugh satirizó este frenesí: «Sospechen de todo el mundo, del párroco, del tendero del pueblo, del granjero cuya familia lleva viviendo aquí desde hace cien años, de toda la gente más insospechada»^[79]. Se decía que los espías dejaban periódicos esparcidos por el suelo con los que enviaban señales secretas a los aviadores alemanes, que envenenaban chocolate, que estaban infiltrados en la policía, que reclutaban a lunáticos de los asilos para formar pelotones suicida, y que enviaban agentes asesinos a las zonas rurales británicas disfrazados de mujeres autoestopistas.

Se invirtieron grandes energías y recursos en investigar estos informes, y no se alcanzó ningún resultado. La consecuencia más penosa de esta oleada de pánico consistió en el internamiento de veintisiete mil alemanes, italianos y otros «extranjeros enemigos», la mayoría de los cuales, no sólo eran inocentes, sino además, acérrimos opositores al nazismo. El fracaso en descubrir a los conspiradores no hizo sino fortalecer la convicción de que debían ser agentes de la más alta calidad. Al servicio secreto, escribiría uno de sus miembros, «le quedó la muy incómoda sensación de que en este país debían de haber agentes a los que no podían descubrir»^[80].

La pura y cruda realidad era que, aparte de Arthur Owens y de su banda de imaginarios extremistas galeses, la Abwehr había fracasado por completo en su intento de reclutar un equipo de espías eficaz en el Reino Unido antes de la guerra. No obstante, y a medida que iba tomando forma la Operación León Marino, el plan alemán para invadir el Reino Unido, el servicio secreto alemán decidió rectificar sus errores, una tarea que se tomó muy en serio. A partir de finales del año 1940, y a medida que se intensificaba el duelo aéreo entre la RAF y la Luftwaffe, la Abwehr empezó a enviar una gran cantidad de agentes al Reino Unido: llegaban en lanchas neumáticas, en submarinos, en hidroaviones y en paracaídas; llegaban disfrazados de refugiados y de marineros. Algunos aparecían equipados con lo último en radiotransmisores y documentos de identidad minuciosamente falsificados, y otros apenas traían más que lo puesto. Se estima que, entre septiembre y noviembre de 1940, la Abwehr envió, al menos, veintiún agentes al Reino Unido, cuyas instrucciones consistían en informar de los movimientos de tropas, identificar y sabotear objetivos vitales a la defensa británica, preparar la inminente invasión y, a continuación, unirse al ejército británico en retirada. Se compiló una lista de ciudadanos británicos destacados que debían ser arrestados por la

Gestapo y, en el cuartel general de la Abwehr en Berlín, no cabía ninguna duda de que, en poco tiempo, las tropas de asalto de Hitler estarían desfilando por Whitehall^[81].

Los espías de la Abwehr constituían una curiosa mezcla. Si bien algunos de ellos eran ideólogos nazis, la mayoría formaba parte del desecho humano que tiende a flotar en dirección al mundo de los espías: oportunistas, criminales, y un puñado de personas con una gran fantasía. Sin embargo, la inmensa mayoría de los «espías de la invasión» tenían algo en común: eran unos aficionados. Muchos hablaban un inglés elemental, o no lo hablaban en absoluto. Unos pocos no habían recibido más que una formación rudimentaria. La información que se les proporcionaba era de mala calidad y, a menudo, no sabían nada acerca de la vida británica. Uno de ellos fue arrestado después de intentar pagar con un billete de diez libras y seis chelines un billete de tren que costaba «*ten and six*» («diez y seis», es decir, en el sistema monetario anterior al decimal, diez chelines y seis peniques).

La Abwehr nunca llegaría a saber que su programa de espionaje en Gran Bretaña había sido descubierto, desmantelado y vuelto en su contra. Muchos de sus agentes, es cierto, parecían desvanecerse, sin dejar ni rastro, pero esta posibilidad ya se había previsto. Varios de ellos habían empezado a transmitir mensajes por radio, o los enviaban utilizando tinta invisible, y algunos parecían prosperar en su vida clandestina; o al menos, eso era lo que explicaban a Hitler. Aun así, los oficiales de inteligencia alemanes más profesionales y expertos sabían que el calibre de los espías que estaban enviando a Gran Bretaña era vergonzosamente bajo. La escasa información que salía de Gran Bretaña era de poco alcance, y no se había llevado a cabo ninguna operación de sabotaje significativa.

Los dirigentes de la Abwehr llegaron a la conclusión de que, si querían penetrar las defensas del servicio de inteligencia británico, necesitaban buscar más allá de los entusiastas aficionados que habían desplegado hasta el momento. Necesitaban un tipo muy superior de espía: alguien elegido con un gran cuidado y entrenado por profesionales de forma adecuada para una misión específica y de gran peligrosidad. Este individuo debería estar totalmente entregado, ser implacable y, en la medida de lo posible, británico. Con este propósito, en marzo de 1942, se creó la sección de Nantes de la Abwehr (o *Dienststelle*), el centro de formación de espías de élite. Al frente de la nueva escuela de espías se colocó a una estrella en ascenso en el seno de la Abwehr, un *Rittmeister*, a quien se le proporcionó dinero, formadores expertos, personal y una espaciosa mansión en el pequeño pueblo de Saint

Joseph, cercano a la ciudad. La unidad gozaría de una amplia independencia y respondería ante el cuartel general en París.

La misión de encontrar a un inglés renegado digno de ser entrenado como un espía de primera clase le fue encomendada a Walter Praetorius, un joven oficial de la Abwehr que hablaba inglés. Praetorius, pese a su profundo compromiso con la política nazi, tenía gustos anglófilos declarados. Su bisabuelo materno, Henry Thoms [*sic*], un comerciante escocés de lino, había emigrado desde Dundee al puerto báltico de Riga, donde se había casado con una mujer alemana. Praetorius se sentía muy orgulloso de llevar sangre británica en sus venas, y le gustaba recordarle a cualquiera que quisiera escucharle que él era un vástago de la «línea principal del Clan McThomas»^[82].

En el año 1933, y tras licenciarse en la Universidad de Berlín a la edad de veintidós años, el joven Praetorius, que deseaba dedicarse a la enseñanza, pasó un año mejorando su inglés en la Universidad de Southampton, gracias a un programa de intercambio estudiantil angloalemán. En Inglaterra, Praetorius tocaba la flauta, formaba parte del equipo de remeros de la universidad, y empezó a vestirse y a adoptar el estilo de un caballero inglés. Ahora bien, sobre todo, bailaba. El legado más duradero del año que pasó en el Reino Unido consistía en una insólita, aunque intensa, pasión por las danzas tradicionales inglesas. Aprendió los pasos del *reel*, un baile tradicional, y de las danzas de espadas de sus antepasados escoceses, pero, por encima de todo, se enamoró del baile Morris. Los ingleses suelen burlarse del baile Morris, no así Praetorius, a quien le fascinaron los rituales peculiares de esos bailarines tocados de sus extraños sombreros. Durante las vacaciones, viajó en bicicleta por Inglaterra fotografiando bailes populares y analizando sus pasos. Tras meses de minucioso estudio, llegó a la conclusión de que el baile Morris constituía la raíz de todos los bailes en el mundo y que, por lo tanto, constituía el fundamento de la cultura mundial (una extraordinaria teoría nunca formulada por nadie más, ni antes, ni después).

Praetorius fue un personaje popular en Southampton, donde sus coetáneos le dieron el apodo de «Rusty», oxidado, a causa de su pelo rojo, y pese a su calvicie incipiente, y donde se le recordaba como «una persona agradable y amable»^[83]. Sin embargo, también era una persona muy impresionable, uno de esos extremistas que produce a veces la naturaleza, y propenso a brotes de entusiasmo excesivo e irracional. A su regreso a Alemania, en el año 1936, su obsesión por el baile popular no tardó en ser sustituida por una pasión aún más radical por el fascismo. Según los archivos de la policía británica, su

madre ya era una «rabiosa nazi»^[84] notoria; el joven Walter abrazó el nuevo credo con una ingenuidad y fervor característicos en él y ascendió rápidamente entre las filas de las juventudes hitlerianas. La «superioridad de las razas alemanas y anglosajonas sobre todas las demás»^[85] se convirtió en un dogma de fe, y el estallido de la guerra, en una oportunidad de demostrar el poder alemán en las filas de las SS. La muerte de su único hermano, Hans, en Polonia en los primeros días de la guerra tan sólo sirvió para inflamarle todavía más. Rusty, el amable flautista apasionado por los bailes populares, se había convertido en un nazi comprometido e incondicional.

El SS *Oberleutnant* Praetorius tomó el nombre de espía «Walter Thomas» en honor de sus antepasados escoceses y se embarcó diligente en la tarea de rastrear documentación e inspeccionar prisiones, centros de refugiados y campos de prisioneros de guerra en busca del material ideal para espía. Viajó a Jersey en busca de colaboradores, y, tras instalarse en el hotel Almadoux, entrevistó a criminales y desertores, a ciudadanos británicos atrapados en los territorios ocupados e incluso a simpatizantes del IRA, irlandeses que, tal vez, pudieran ser reclutados para luchar contra el Reino Unido. Ninguno de ellos daba la talla. Entonces, a finales de marzo de 1942, Praetorius le envió un entusiasmado mensaje al recién nombrado director de la estación de la Abwehr en Nantes (o *Abwehrstelle*), informándole de que había localizado a un ladrón inglés en una prisión de París «a quien podríamos entrenar en tareas de sabotaje», y a quien iba a entrevistar de inmediato^[86].

6

Doktor Graumann

Acompañado de su guía y guardián Praetorius (alias «Thomas») Chapman empezó a explorar su nuevo hogar. Su habitación, en el piso superior de La Bretonnière, se hallaba justo encima de la de Graumann, cuya *suite* ocupaba la mayor parte de la primera planta. Junto a la habitación de Chapman, se encontraba la de Keller, un dormitorio que era además la sala de transmisiones. Wojch y Schmidt compartían cuarto, y Praetorius ocupaba la habitación contigua a la de Graumann. La planta baja constaba de un comedor, un elegante salón de fumadores cuyas paredes estaban adornadas con paneles pintados al estilo de Fragonard y un gran estudio que tenía unas mesas de despacho a lo largo de las paredes y una caja fuerte de acero en un rincón. Adosada al edificio principal, se encontraba una bonita casita de jardinero, cuya planta baja había sido transformada en un laboratorio químico destinado a la fabricación de explosivos, y junto a cuyas paredes se alineaban los morteros y sus manos, balanzas, e hileras de botellas de aspecto siniestro.

La Bretonnière estaba dotada de un equipo completo de servicio doméstico: Odette, de treinta años, cocinaba y se ocupaba de la casa, ayudada por Jeannette, una adolescente. Dos jardineros, uno de ellos un preso liberado, iban cada día a podar la hierba, ocuparse de los parterres de flores, regar el huerto y alimentar a los pollos, cabras y cerdos que también residían en la finca.

El entrenamiento de Chapman se inició de inmediato. Alguien hizo aparecer un aparato de transmisiones Morse con el que Chapman, bajo la dirección de Keller y de Praetorius, aprendió a distinguir entre un punto y una raya. A partir de ahí se graduó en las letras compuestas de dos elementos, luego pasó a las de tres y, por fin, al alfabeto completo en alemán. Aprendió taquigrafía radiotelegráfica elemental, trucos para memorizar secuencias de letras, y cómo montar un equipo de radio.

Tres días después de su llegada, los jardineros fueron enviados a su casa más temprano y Wojch organizó una explosión con temporizador en el jardín, a la que siguió una demostración de «mezcla de productos químicos» en el laboratorio. El rubicundo saboteador manejaba las volátiles mezclas con una habilidad extraordinaria y Chapman, quien siempre se había enorgullecido de su conocimiento sobre explosivos, quedó impresionado: «Cogía la sustancia, la miraba, la probaba, y empezaba a mezclar. En mi opinión, no era un químico, creo que, simplemente, estaba muy bien entrenado»^[87]. Chapman y Wojch trabajaban a diario en el laboratorio, fabricando bombas caseras y artefactos incendiarios a partir de ingredientes tan sencillos como el azúcar, el aceite y el clorato potásico. Chapman se puso a trabajar en aprenderse las fórmulas de memoria.

Leo le enseñó a saltar y caer al suelo rodando, en preparación a los saltos en paracaídas. Instalaron una escalera contra la haya más alta del jardín, y la altura de los saltos de Chapman se incrementó de forma gradual, hasta que pudo lanzarse desde más de diez metros sin hacerse daño. Los años de prisión le habían dejado en un estado físico lamentable, de modo que Leo le diseñó un estricto régimen de ejercicio: Chapman cortaría leña hasta que le dolieran los hombros, y cada mañana Praetorius le acompañaría a correr una distancia de seis kilómetros por la orilla del río Erdre. A Chapman, profundamente afectado por «la belleza del río cerca de Nantes», se le ocurrió que sólo «había empezado a darse cuenta de cuánta belleza existe en el mundo» desde su liberación de la prisión.

Aquéllos fueron días extrañamente idílicos para Chapman. A las ocho y media de la mañana, una campana anunciaba el desayuno, y a las diez, Chapman practicaba el envío de mensajes de radio a otros puestos de la Abwehr en París y Burdeos. El resto de la mañana solía transcurrir entre prácticas de sabotaje, ejercicios de codificación, o ensayando saltos de paracaídas. El almuerzo se servía a las doce y media, seguido de una siesta hasta las tres o las tres y media y, a continuación, más formación. Por las noches jugaban al *bridge*, o a los bolos en el césped, o daban un paseo por la carretera hasta el Café des Pécheurs, un pequeño bar en el pueblo cuyas paredes estaban cubiertas de paneles de madera, y observaban la puesta del sol tras el río mientras se tomaban una cerveza a tres francos la caña. En ocasiones, y acompañado por otros miembros del equipo, Chapman iba en coche a las aldeas rurales de los alrededores a comprar alimentos del mercado negro: huevos frescos, pan, jamones y vino. Uno de los conductores, un belga llamado Jean, solía conducir las negociaciones, puesto que los granjeros

franceses les cobraban más caro a los alemanes. La comida era cara, un jamón podía costar hasta dos mil quinientos francos, pero el dinero no parecía escasear.

En La Bretonnière el alcohol circulaba a raudales. El doctor Graumann bebía de una forma especialmente espectacular: Chapman calculaba que el director se tomaba, al menos, dos botellas de vino cada noche, seguidas por copa tras copa de *brandy*, aunque no parecía afectarle demasiado. Los sábados, los miembros de la casa se subían en los cuatro coches de la unidad, todos ellos con matrícula francesa y un salvoconducto de las SS, y se dirigían a Nantes, donde cenaban en Chez Elle, bailaban en el Café de París y visitaban el *cabaret* Le Coucou donde el champán del mercado negro costaba trescientos francos la botella. Chapman no pagaba nada, y se le daba todo el «dinero para gastos» que deseara^[88]. En estas excursiones a la ciudad, Chapman pudo entrever grandes «V», la señal de la victoria y marca de la resistencia francesa, pintadas con tiza sobre los muros de los lugares públicos. Algunos nazis diligentes habían insertado una esvástica en el interior de cada V «invirtiendo así la propaganda». Algunos de los residentes de La Bretonnière visitaron el burdel de la ciudad, controlado por los alemanes; Albert, el de la nariz aplastada, era un cliente habitual y ensalzaba los encantos de *les jolies filies*^[89] del establecimiento con tanto deleite, que los otros le colgaron el mote de «Joli Albert», una descripción, cuando menos, inadecuada.

A Chapman le agradaba en especial la compañía de Wojch: «Disfrutaba de la vida, siempre tenía mucho dinero, era bastante ostentoso y le gustaban las chicas y las bebidas»^[90]. Él también había sido boxeador y tenía una fortaleza extraordinaria. Solía desafiar a los otros a un tipo de combate en el cual ambos contendientes se aferraban a la mano del contrario y, entonces, intentaban hacerle caer hasta ponerle de rodillas. Invariablemente, quien vencía era Wojch.

Chapman empezó a imaginarse que estos hombres eran sus amigos. Nunca dudó que los nombres por los que les conocía fueran auténticos y, en una ocasión en la que oyó que alguien llamaba Praetorius a Thomas, supuso sin más que debía de tratarse de un apodo.

Sin embargo, y a pesar de su alcohólica afabilidad, sus nuevos compañeros vigilaban sus palabras, tenían un comportamiento furtivo, y se mostraban secretistas en lo referente a las actividades que realizaban fuera de los muros del complejo. De vez en cuando, Wojch o Schmidt desaparecían una semana o más y, a su regreso, Chapman les preguntaba discretamente

dónde habían estado. La conversación, recordaría más tarde, solía seguir el mismo patrón:

—¿Habéis tenido un buen viaje?

—Sí. Bastante bueno.

—¿Y dónde habéis ido?

—Oh, al extranjero^[91].

Chapman aprendió a no pedir nunca una respuesta franca. En una ocasión, borracho, le preguntó a Wojch si alguna vez había estado en Estados Unidos. La sonrisa de Wojch fue gélida:

—¿Por qué preguntas algo así?^[92]

Tras la aparente informalidad, reinaba una rígida seguridad. Todos los documentos importantes se guardaban en la caja fuerte del despacho. De vez en cuando, Chapman observaba a Graumann salir al jardín llevando en la mano algún un documento o carta secreto, «lo sacaba, y encendía un cigarrillo, con el que quemaba todo el documento»^[93]. Por las noches, dos feroces perros alsacianos vigilaban el recinto, manteniendo a los intrusos en el exterior y a Chapman, en el interior. Una mañana, Keller descubrió a Chapman solo en la sala de radio, y le ordenó bruscamente que saliera. A partir de aquel momento, la puerta siempre estaba cerrada con llave y equipada con una alarma eléctrica. El día que Graumann descubrió que Chapman había tomado la costumbre de ir a nadar al Erdre temprano por la mañana, reunió a todo el equipo y les propinó una soberana bronca: «¡Por Dios bendito! ¿Va solo? ¡No tiene documentación! ¿Qué pasa si le pilla la policía francesa?»^[94].

Posteriormente, el director se llevó a Chapman aparte y le explicó con amabilidad: «Mire, si va a ir a nadar, que le acompañe uno de los chicos. Si alguna vez quiere salir, no tiene más que pedirselo a los chicos, tienen orden de acompañarle»^[95].

Inevitablemente, sin embargo, Chapman empezó a descubrir datos aislados, pequeñas briznas de información acerca de sus compañeros de casa. Leo, Wojch y Schmidt eran «algo alocados, unos pandilleros»^[96]. Wojch alardeaba de haber sido boxeador olímpico antes de la guerra. Estaba claro que conocía bien Londres, y se ponía sentimental cuando hablaba de una antigua novia, una doncella irlandesa en el Hyde Park Hotel. A partir de algunas observaciones superficiales, Chapman descubrió que Wojch había participado en la voladura de un hotel de París antes de la invasión de Francia, un ataque en el que murieron muchos militares aliados. Los detalles, pequeños aunque informativos, iban apareciendo sobre sus vidas anteriores.

Thomas, con cualquier oportunidad, se ponía la corbata de los remeros de su universidad inglesa y se jactaba de haber sido el mejor remero de Southampton. Albert reveló que antes de la guerra había sido representante comercial de una empresa alemana en Liberia. Leo había sido boxeador y había participado en combates por dinero.

En una ocasión, Chapman le preguntó a Schmidt de dónde había sacado su acento *cockney*, y éste le explicó que antes de la guerra había trabajado de camarero en Frascati's, el restaurante de Londres. Había visitado los mismos tugurios en el Soho que Chapman, entre ellos Smokeyjoe's y The Nest, y recordaba los tés danzantes en el teatro Regal, cerca de Marble Arch. Chapman iba comprendiendo poco a poco que estos hombres eran algo más que simples instructores, eran expertos espías y saboteadores en activo que habían sido desplegados en Francia y en Estados Unidos antes del estallido de la guerra.

Las imágenes de algunos de «los chicos» se estaban aclarando, pero su jefe ocultaba su pasado tras las cortinas de acero de la cortesía. Graumann, en las prácticas de radiotransmisión, le encargaba a Chapman transmitir canciones infantiles inglesas tales como «Mary tenía un corderito» o «El cerdito que fue al mercado»^[97]. «Se trataba de cosas —pensaba Chapman—, que únicamente un inglés podía conocer»^[98]; Graumann, sin embargo, afirmaba haber visitado Inglaterra en una única ocasión. Cuando Chapman alabó el «acento tan inglés»^[99] de Graumann, éste desvió la pregunta implícita, afirmando que había aprendido el idioma con «un excelente profesor privado»^[100].

Una noche, en el transcurso de la cena, la conversación trató de perros. «Le voy a enseñar una fotografía de mi perro», le dijo Graumann, levantándose de la mesa^[101]. Unos minutos más tarde, regresó con una fotografía rota en la que se podía ver al perro, pero el rostro de quien quiera que sostuviera al perro había sido arrancado.

«Doktor Stephan Graumann» en realidad no era quien decía ser. Su auténtico nombre era Stephan Albert Heinrich von Groning, un aristócrata de impecable cuna, enorme fortuna, y gustos muy lujosos: no cabe duda de que el «excelente *brandy*» que le había ofrecido a Chapman la noche de su llegada a La Bretonnière constituía un *Leitmotiv* muy adecuado a su vida^[102].

La familia Von Groning había sido la familia más importante de la ciudad de Bremen, al norte de Alemania, durante alrededor de ocho siglos, y había amasado una inmensa fortuna gracias al comercio, a los negocios prósperos y a matrimonios aún más provechosos. A lo largo de los años, diecisiete

miembros del Parlamento de Bremen y un destacado diplomático en el siglo XVIII, Georg, que había estudiado con Goethe en Leipzig y, a continuación, ocupado el puesto de embajador en la corte de Napoleón, habían pertenecido al poderoso clan. En reconocimiento de sus logros, se les había concedido el título aristocrático de «von», momento a partir del cual, la fortuna familiar había seguido creciendo con regularidad, y los Von Groning, cada vez más ricos y cada vez más grandes.

Stephan, nacido en el año 1898, había sido criado en unas circunstancias extraordinariamente privilegiadas. Su madre era una heredera norteamericana de origen alemán llamada Helena Graue (de ahí su *nom d'espion*^[103]: «Graumann»). En la intimidad de su hogar, la familia Von Groning hablaba el inglés de la clase alta británica. El hogar consistía en un enorme palacio en la plaza mayor de la ciudad de Bremen, una declaración de autosatisfacción en estuco y piedra de cinco plantas; su interior albergaba una biblioteca legendaria, varios retratos de antiguos grandes maestros y un ejército de sirvientes que atendían al joven Stephan: alguien le limpiaba los zapatos, alguien le cocinaba sus comidas, alguien más le conducía a una exclusiva escuela privada en un carruaje con ventanillas de cristal que llevaba grabado el escudo familiar.

La regalada vida de los Von Groning casi tocó a un fin prematuro en el año 1914 con el estallido de la primera guerra mundial; Stephan se alistó en el ejército, pero a él no le destinarían a los barracones incómodos y trasnochados en las trincheras. El joven Von Groning fue nombrado teniente de los legendarios Dragones Blancos, el regimiento de caballería tal vez más elitista del ejército imperial. Von Groning participó en una de las últimas cargas de caballería de la historia, en el transcurso de la cual la mayor parte del regimiento fue aniquilado por el fuego de las ametralladoras británicas. Stephan sobrevivió, y se le concedió la Cruz de Hierro de segunda clase por el valor demostrado. La guerra de Von Groning fue una guerra corta. Contrajo una neumonía, a continuación, una tuberculosis, y fue declarado inútil para el servicio. Su madre lo envió a restablecerse a Davos, el lujoso balneario en Suiza, donde conoció y se enamoró de una mujer galesa llamada Gladys Nott Gillard, quien también padecía tuberculosis, también pertenecía a una familia aristocrática, pero que no tenía un céntimo. Contrajeron matrimonio en la iglesia de San Lucas en Davos el 19 de diciembre de 1923.

Los Von Groning alquilaron una gran mansión en Davos, llamada Villa Baby, y se dedicaron a viajar, regresaron a Bremen, fueron a Hamburgo y, por último, visitaron Baviera. En este período, Von Groning adquirió una empresa

cafetera, Groning & Schilling, que casi inmediatamente se fue a la quiebra; empezó a jugar en Bolsa, y perdió mucho más dinero. De no haber creído una vulgaridad contar su propia fortuna, tal vez se habría podido dar cuenta de que, aparte de la gran casa en Bremen y algunas pinturas de gran calidad, estaba yendo directo a la bancarrota.

Al acabar la guerra, Von Groning, encantador, valiente y un superdotado intelectual, aunque indolente, se encontró sin saber qué hacer, una situación en la que permaneció en los siguientes diecisiete años. No tenía deseos de estudiar, coleccionaba dibujos de Rubens y de Rembrandt, viajó un poco, bebía mucho y no practicaba ningún ejercicio físico de ningún tipo (en una sola ocasión en su vida se subió a una bicicleta, tras lo cual declaró que la experiencia le había resultado «incómoda» y nunca jamás la repitió)^[104]. Después del fracaso de su empresa cafetera, Von Groning nunca tendría nada más que ver con el comercio o los negocios y, al suponer alegremente que era rico, dedicó todo su tiempo a comportarse como si lo fuera. «Su compañía resultaba encantadora, y era muy inteligente —explicaba un miembro de la familia—, ahora bien, en realidad, nunca hizo nada en absoluto»^[105].

Stephan y su esposa compartían los mismos intereses: perros falderos, alcohol de alta graduación, gastar un dinero que no tenían y poca cosa más. Se divorciaron en el año 1932, argumentando una «asociación ilícita con otra mujer» de Von Gröning, a quien se le exigió abonarle a su ahora exesposa una pensión de doscientos cincuenta marcos al mes, que pagó su madre. Más tarde, aceptó pagarle a Gladys una suma total de cuatro mil marcos, pero, por alguna razón, Stephan tampoco consiguió pagar este dinero. Gladys se vio obligada a enseñar inglés en una escuela en Hamburgo^[106] mientras su exmarido se pasaba los días tumbado en un sofá en la biblioteca de la casa familiar día tras día, leyendo libros en alemán, en inglés y en francés, y fumando habanos. Pese a todo, siguieron siendo amigos. A Von Gröning no le era nada fácil hacer enemigos.

Von Gröning había observado el ascenso del fascismo desde una digna distancia. Desde su juventud había sido un patriota monárquico y un aristócrata a la antigua usanza. Despreciaba las poses y las ideas extremistas de los camisas marrones, consideraba el antisemitismo una vulgaridad, y opinaba de Hitler que era un bávaro arribista y «patán» (aunque en aquel momento se guardara esa opinión para sus adentros).

El estallido de la segunda guerra mundial le proporcionó un nuevo propósito a la diletante existencia de Von Gröning. Se alistó de nuevo en la caballería alemana, una organización muy diferente de aquellos elegantes

lanceros de su juventud, y sirvió en el frente oriental en el puesto de oficial del estado mayor del *Oberkommando 4 Heeresgruppe Mitte* y, al cabo de un año, solicitó ingresar en la Abwehr. El servicio secreto de inteligencia militar del alto mando alemán constituía una especie de anomalía ideológica: en él militaba la parte que tocaba de fanáticos nazis, pero junto a ellos, en el servicio trabajaban muchos otros hombres iguales a Von Gröning, oficiales de la antigua escuela, decididos a ganar la guerra, aunque opuestos al nazismo. Su líder, el almirante Wilhelm Canaris, un espía de gran sutileza y que dirigía la Abwehr como un feudo personal, personificaba a la agencia. Hitler nunca confió en Canaris, y no le faltaba razón, puesto que, al parecer, el almirante se acercó a los británicos, les ofreció propuestas de paz e intentó negociar el fin de la guerra apartando al Führer del poder.

A Von Gröning le atraía, intelectual e ideológicamente, el mundo del espionaje, y su dominio de los idiomas y el conocimiento que tenía de las culturas inglesa y norteamericana le convertía en un elemento muy valioso para los servicios secretos. Los años de ocio pasados en la biblioteca de Bremen no habían sido del todo desperdiciados: tras los ojos hundidos y el carácter jovial, se encontraba un cínico estudioso de la naturaleza humana. Su comportamiento afable y extrovertido alentaba a otros a confiar en él, ahora bien, era un Von Gröning de Bremen, y siempre mantenía la distancia. «Podía codearse con todo tipo de personas, pero él siempre sabía quién era él»^[107]. Von Gröning no tardó en destacar como una de las promesas de la Abwehr y, cuando Canaris buscó a alguien que dirigiera su nueva escuela de espías de Nantes, el aristócrata parecía la persona más adecuada para ocupar el puesto.

A Von Gröning, Chapman le caía bien. Admiraba la pura energía del hombre, tan diferente de su propia languidez aristocrática, y sabía que podía convertirlo en un arma secreta muy poderosa.

La fotografía que le había enseñado a Chapman había mostrado antes a Gladys abrazando a su perro mascota, un Sealyham terrier, pero antes de bajar las escaleras, y a fin de evitar que Eddie la viera, había recortado con esmero la imagen de Gladys. Von Gröning no estaba dispuesto a correr el riesgo, por pequeño que fuera, de que Chapman pudiera reconocer a su exesposa británica, y obtener de este modo una pista referente a la auténtica identidad del doctor Graumann.

Von Gröning consiguió que Chapman se sintiera aún más unido al equipo mediante una sencilla pero eficaz psicología. Halagaron y mimaron al inglés, y le atrajeron al interior de una intensa atmósfera de camaradería secretista. Igual que muchos hombres brutales, entre los que incluía al propio Hitler, los

miembros de la sección de Nantes de la Abwehr también podían mostrarse sentimentales y nostálgicos. Von Gröning organizó un «rincón hogareño», en la mesa del despacho del salón de fumadores, y alentó a sus hombres a colocar fotografías de sus pueblos natales; de algún modo, consiguió obtener una fotografía de Berwick-on-Tweed, el pueblo más cercano a Burnopfield, el lugar natal de Chapman, que pudo encontrar^[108]. Los cumpleaños se celebraban con pasteles, regalos, y una gran cantidad de bebida. Von Gröning alentaba la informalidad y permitía que los hombres dibujaran en las paredes de los áticos que no utilizaban. Uno de ellos dibujó una caricatura que representaba a Hitler como una zanahoria y Chapman, sin duda, fue quien dibujó con todo detalle el retrato de una mujer rubia que se parecía mucho a Betty Farmer.

Aunque en privado, a Von Gröning le divertía ver al Führer caricaturizado de verdura, dedicó una energía considerable a recordarle a Chapman que ahora estaba del lado del victorioso ejército alemán que había conquistado media Europa y que, en un futuro no demasiado lejano, obligaría al Reino Unido y a Rusia a hincar la rodilla. Praetorius, el nazi más comprometido del grupo, mantuvo constante el flujo de patriotismo nazi.

La combinación de vida saludable, buena alimentación, espíritu de grupo y de propaganda empezó a surtir los efectos deseados. Chapman se sintió atraído hacia lo que él llamó «espíritu alemán»^[109], y la creencia de que esta escuela de formación, en la que trabajaban hombres duros y bebedores, había sido creada sólo para él alimentaba su vanidad. Cada comida se iniciaba con un coro de *Heil Hitler* al que se unió el inglés^[110]. Cuando Thomas declaró que el Reino Unido estaba perdiendo la guerra, Chapman le creyó, aunque este tipo de «satisfacción» le dejaba un sentimiento «amargo en el corazón».

Al final de alguna noche bien regada por el alcohol, podía verse al aprendiz de espía cantando animadamente «Lili Marlene» junto al resto del equipo. «Lili Marlene», declaró, era su canción favorita, que expresaba «las esperanzas de cualquier hombre que haya dejado atrás a su chica»^[111].

A Chapman se le estaba subiendo a la cabeza toda la atención que recibía, pero no tanto como imaginaba Von Gröning.

Resulta imposible determinar en qué momento Chapman decidió empezar a espiar a sus instructores alemanes. Muchos años más tarde, admitiría con franqueza que no sabía exactamente ni cuándo ni por qué, empezó a reunir información. Tal vez lo único que deseaba era hacerse con una póliza de seguro contra un futuro incierto. Los instintos del ladrón y del espía no son tan diferentes: ambos comercian con objetos robados y bajo principios

similares. El valor de la información depende de la voracidad del comprador, pero el mercado pertenece a los vendedores. Chapman, al principio, con calma y un gran cuidado, empezó a hacer acopio de unos secretos que despertarían el máximo interés de la inteligencia británica.

Observó que Von Gröning leía hasta el último detalle los anuncios por palabras en *The Times*, y a veces, en el *Manchester Guardian*, y que, de vez en cuando, subrayaba pasajes y tomaba notas. Oyó que Wojch, durante una de sus ausencias inexplicadas, había participado en una misión de sabotaje en España y, en una ocasión en que la puerta de la pequeña antesala del estudio había quedado abierta, pudo ver al menos veinte kilos de gelignita en paquetes bien ordenados. En el interior de la habitación de Von Gröning, descubrió hileras de todo tipo de uniformes militares alemanes en diferentes armarios y con toda clase de números^[112]. Observó también que Von Gröning, tras las prácticas de radiotelegrafía, se llevaba los libros de códigos y los guardaba escrupulosamente en la caja fuerte. Dada la oportunidad y con algo de gelignita, Chapman sabía que podría abrir esa caja.

Chapman afirmaría más tarde que había fabricado un juego de llaves maestras a fin de abrir y fisgonear en el interior de los diversos cajones cerrados de la casa, si bien eso parece algo improbable, habida cuenta del estricto control al que estaba sometido; sin duda escuchó en secreto a sus compañeros, después de practicar un pequeño agujero en el suelo de su habitación, en la esquina del muro exterior, bajo la cornisa, por el que podía ver el cuarto de baño de Von Gröning. (Si le descubrían y le preguntaban, tenía planeado explicar que había colocado productos químicos del laboratorio para envenenar a las ratas que se paseaban entre los tabiques y que le mantenían despierto por la noche). Si pegaba la oreja al agujero, podía oír débilmente la conversación que se desarrollaba en el piso de abajo, aunque no descubrió nada que tuviera algún interés. Empezó a tomar notas: radiofrecuencias, códigos y horas de transmisión entre Nantes, París y Burdeos; apuntó la posición de los emplazamientos de las baterías antiaéreas en la zona, y del cuartel general alemán en el castillo camuflado con redes al otro lado del río; y pese a haber recibido instrucciones de no hacerlo, escribió minuciosamente las fórmulas químicas de cada bomba.

A medida que se aceleraba el ritmo del entrenamiento, los oficiales superiores de la Abwehr empezaron a interesarse por el protegido de Von Gröning, y Chapman descubrió que le inspeccionaban y examinaban como si fuera la vaca ganadora de un concurso de ganado. En mayo, Praetorius le escoltó hasta un apartamento en la calle Luynes, en París, donde se reunió con

un hombre gordo y rubicundo que bebía champán y explicaba chistes ingleses, y que le hizo una serie de preguntas muy incisivas. Su actitud le hizo suponer a Chapman que debía de tratarse de «un pez relativamente gordo» de la organización^[113], aunque Von Gröning se limitó a explicarle que se trataba de «uno de nuestros mejores hombres»^[114].

Poco tiempo después, desde Angers, llegó un alemán vestido de paisano en un coche conducido por un chófer. El forastero era de una fealdad extraordinaria, bastante calvo, salvo por una banda de cabello en la parte trasera de su cabeza, tenía dientes de oro descoloridos, vestía un grueso abrigo, llevaba consigo una cartera de cuero y fumaba cigarros sin cesar. Von Gröning le trató con desmedido respeto, pero Chapman opinó que parecía «un gigoló»^[115]. El calvo sometió a Chapman a un intenso interrogatorio acerca de códigos y sabotajes. Tras su marcha, Praetorius dejó escapar que el visitante era «un antiguo miembro de la Gestapo»^[116], el director de los servicios de contraespionaje en la Francia occidental y el responsable de la captura de espías enemigos gracias a un equipo de interceptores de radiotransmisiones que trabajaba veinticuatro horas al día por turnos para capturar a los «negros», los operadores de radio clandestinos que enviaban mensajes al Reino Unido^[117]. El cazador de espías de Angers había solicitado que Chapman fuera transferido a su equipo durante un mes, para actuar como «un soplón entre los agentes aliados a manos de los alemanes y, en general, participar en tareas varias de contraespionaje», una petición que Von Gröning rechazó indignado. «Fritz» era su propiedad personal, y Von Gröning no estaba dispuesto a cedérselo a nadie.

En junio de 1942, Chapman fue conducido a París a fin de realizar su primer salto real en paracaídas. Empezaría a trescientos metros le dijeron, e incrementarían gradualmente la altura hasta los quinientos metros. Después de pasar la noche en el Grand Hotel y cenar en Poccardi's, el restaurante italiano en la *Rive Gauche*, le llevaron a un pequeño aeródromo cerca de Le Bourget, al noreste de París, el lugar donde Charles Lindbergh había aterrizado tras su primer vuelo transatlántico quince años atrás. Chapman y su paracaídas fueron cargados a bordo de un bombardero Junkers y, minutos más tarde, estaba flotando en el aire sobre el paisaje francés. Su primer salto constituyó un éxito total; su segundo, inmediatamente después, casi fue el último. El paracaídas no se abrió correctamente y se enredó, a quince metros del suelo, a causa de una ráfaga de viento. La ráfaga lo elevó de golpe y después cayó de bruces sobre el asfalto de la pista de aterrizaje. Chapman perdió el conocimiento, un diente, un colmillo y algunas muelas. Un médico

alemán le dio los primeros auxilios y de regreso a Nantes, Von Gröning lo envió al mejor dentista local, un cierto doctor Bijet, que se dedicó a reconstruir la cara algo maltrecha de Chapman. Tras dos semanas de operaciones, Chapman lucía un elegante juego de dientes de oro nuevos en sustitución de los que había perdido, y la Abwehr recibía una factura de nueve mil quinientos francos. El coste del trabajo dental de Chapman sería el origen del primero de diversos acalorados enfrentamientos entre Von Gröning y sus superiores en París.

La habilidad radiotelegráfica de Chapman mejoraba a un ritmo constante, y Praetorius, que le cronometraba, anunció que había alcanzado la velocidad de setenta y cinco letras por minuto utilizando un cifrado manual (a diferencia del que codificaba la máquina Enigma) basado en una única palabra clave: BUTTERMILK^[118]. Praetorius le garantizó que, sin la palabra clave, el código era «indescifrable»^[119]. Igual que les ocurre a la mayoría de los radiotelegrafistas, Chapman, a medida que adquiría confianza, empezó a desarrollar su propia «mano»: características personales con las que se podría familiarizar cualquier otro radiooperador o receptor. Chapman siempre terminaba sus transmisiones con una señal de risa: «JE JU JO JA», o alguna variación sobre el mismo tema, florituras a las que bautizó «mis pequeños lemas»^[120].

Al cabo de poco tiempo, y una vez dominados los radiotransmisores alemanes, pasó a un aparato de fabricación británica que, a tenor de las apariencias, había sido capturado a un agente británico en Francia. Los mensajes de prácticas solían estar codificados a partir del alemán, pero también se le exigió transmitir en inglés y francés. Envío poemas, versos, proverbios y refranes. Un día tecleó un mensaje: «Aquí hace mucho frío, aunque menos que en Rusia»^[121]. Le envió al sufrido Maurice, el radiooperador jefe de París, un mensaje en el que le pedía que le comprara, de su parte, un regalo de bodas para Odette, su doncella. Un poco más tarde, intentó un chiste inglés: «Un hombre entra en una tienda y pregunta el precio de las corbatas que hay en el escaparate. El cliente, muy sorprendido de lo caras que son, le dice al vendedor que, por ese precio, uno podría comprarse un par de zapatos. El vendedor contesta, estaría usted muy gracioso llevando un par de zapatos alrededor del cuello»^[122]. El chiste era malo, pero los radiotelegrafistas de París tampoco parecían hacer gala de un gran sentido del humor. «¿Qué clase de bobada es ésta?», respondió la estación de París^[123].

A medida que la primavera iba dejando paso al, en La Bretonnière reinaba una satisfacción tranquila, salvo por la ocasional atronadora explosión en el

jardín trasero. Un día, los vecinos se quejaron, y se les explicó que los ingenieros alemanes hacían estallar minas que habían encontrado durante la construcción de la carretera. En junio, Von Gröning informó a París que Fritz había superado una serie de pruebas y que respondía bien al entrenamiento. El director de la escuela de espías de Nantes estaba disfrutando. Gestionar La Bretonnière era como dirigir un club de hombres muy privado y exclusivo, aun cuando sus miembros fueran un tanto incultos.

Chapman también era feliz. «Tenía todo lo que quería», observó^[124]. Además, tenía un nuevo compañero. En una de las expediciones campestres al mercado negro, Chapman había comprado y adoptado a un cachorro de cerdo al que bautizó Bobby, un nombre que quizá hiciera referencia a su vida anterior. Los *bobbies*^[125] británicos (conocidos asimismo por otro apelativo menos cariñoso: «cerdos») habían perseguido a Chapman durante años, y ahora Bobby el Cerdo le seguía a todas partes. Bobby era un animal cariñoso e inteligente que vivía en el recinto de la casa. Chapman le llamaba con un silbido y el cerdo iba corriendo hacia él, igual que un perro bien entrenado, y se revolcaba en el suelo con las cuatro patas al aire para que le rascaran la barriga. Cuando Chapman iba a nadar al Erdre (Von Gröning había relajado ahora las normas sobre los baños en solitario), Bobby le acompañaba, chapoteando en los bajos fondos de barro. Después, el inglés y su cerdito regresaban a casa, risueños, cruzando los campos cubiertos de primulas y de iris amarillos.

7

Criptógrafos

En el verano del año 1942, los analistas de Bletchley Park, el centro de descifrado y de códigos secretos que se ocultaba en lo más profundo de la campiña del condado de Buckingham, descodificó uno de los mensajes más extraños de toda la guerra. El mensaje había sido enviado desde la estación de la Abwehr en Nantes al cuartel general de la Abwehr en París, y decía así: «Querida Francia, vuestro amigo Bobby el Cerdo engorda día a día. Ahora, se atraca como un rey, ruge como un león y caga como un elefante. Fritz»^[126]. (Las refinadas damas que descifraban los códigos en Bletchley no toleraban la vulgaridad: sustituyeron la palabra «caga» con una serie de asteriscos). Los expertos británicos en descifrado de los años de la guerra habían penetrado los códigos más sofisticados de la Alemania nazi y leían sus mensajes más secretos, pero éste, sencillamente, les resultaba incomprendible.

Los criptógrafos británicos y los cazadores de espías llevaban siguiendo el tráfico de Fritz desde hacía varios meses con gran interés y creciente ansiedad. Sabían cuándo este nuevo y valioso espía alemán había llegado a Nantes, y cuándo había ido a París; estaban al corriente de cuántos dientes se le habían roto y sabían a cuánto ascendía la factura del dentista; sabían que hablaba inglés y que tal vez fuera británico, y que su destino era el Reino Unido.

La descodificación de los códigos más secretos de Alemania por una peculiar colección de sabios matemáticos instalados en una casa de campo inglesa constituyó sin duda el golpe de espionaje más espectacular de ésta, o de cualquier otra, guerra. El servicio de seguridad de transmisiones había empezado a captar las señales de la Abwehr en agosto de 1940. El radiotransmisor y los códigos obtenidos gracias a Arthur Owens, el agente Snow, les habían proporcionado a los descifradores de códigos un valioso material para empezar a trabajar y al cabo de poco tiempo, los criptógrafos de Bletchley Park («estación X») pudieron interpretar el principal cifrado de la

Abwehr, su antiguo código manual. En diciembre, otro equipo, dirigido por el excéntrico e inspirado Dillwyn «Dilly» Knox, había descifrado asimismo el código empleado por las máquinas Enigma de la Abwehr, la máquina codificadora portátil que utilizaban para codificar y descodificar las comunicaciones secretas. A partir de aquel momento, y hasta el final de la guerra, los servicios de inteligencia británicos interceptaron y leyeron de forma continuada el tráfico radiotransmitido por el servicio secreto alemán.

Un miembro del equipo atribuyó el éxito a «un brillante trabajo de adivinación y una gran parte de buena suerte», aunque la aplicación de la fuerza bruta intelectual y el trabajo duro, puro y simple, contribuyeron también a lograr este éxito^[127]. Los mensajes de la Abwehr se interceptaban y se enviaban a Bletchley Park, donde se seleccionaban y distribuían; a continuación debía averiguarse la configuración diaria de la máquina y de los mensajes y, al final, se descifrabán y se enviaban a los servicios de inteligencia. Dilly Knox y su equipo de mujeres de gran altura (por alguna razón, utilizaba sólo mujeres, y únicamente mujeres altas) solían realizar esta extraordinaria hazaña en menos de veinticuatro horas. El propio Knox solía hacer su trabajo vestido en pijama y en bata; para relajarse, salía a conducir en su automóvil a una velocidad de vértigo por las pequeñas carreteras comarcales de los alrededores de Bletchley. Knox era uno de los mejores criptógrafos y uno de los peores conductores que jamás ha producido el Reino Unido; un día, al regreso de su paseo en coche por el campo, observó en tono ligero: «Es increíble, la gente sonríe y se excusa cuando alguien les atropella»^[128].

El secreto mejor guardado de la guerra, el éxito logrado en descifrar los códigos de los alemanes, recibió el nombre clave «Ultra» y tenía un valor militar casi incalculable. Churchill denominaba a los mensajes interceptados «mis huevos de oro», y los vigilaba con gran celo^[129]. La Abwehr jamás sospechó que los británicos leían sus mensajes a diario, e insistía en su convicción, errónea, de que sus códigos eran indescifrables. La gran cantidad de información producida por las descodificaciones de Ultra se conocía con el único nombre de «fuentes ultrasecretas».

Las fuentes ultrasecretas, al servicio de los objetivos del contraespionaje, proporcionaban el primer aviso de la llegada de espías a Inglaterra, y de dónde y cuándo. En consecuencia, la mayoría de los «espías de la invasión» eran capturados en el mismo momento en el que llegaban a Inglaterra, encarcelados de inmediato y, algunos de ellos, ejecutados. El intento de la Abwehr de construir una red de espionaje en tiempos de guerra en Gran

Bretaña constituyó un auténtico fracaso. Lo realmente crucial fue que el servicio de inteligencia alemán nunca lo supo, gracias a un soldado, a un catedrático de Oxford y a una idea genial.

En el punto álgido del pánico a una invasión, el comandante (más tarde coronel) Tommy Robertson, el oficial del MI5 que supervisaba el caso Snow, se dirigió a su comandante en jefe, Dick White, y observó lo que era una verdad evidente: un espía enemigo muerto ya no puede causar ningún daño, pero tampoco puede hacer nada bueno. Un espía capturado, sin embargo, podría ser convencido de engañar a sus jefes alemanes a cambio de su vida, y ponerse a trabajar para sus captores británicos. Snow ya había demostrado el valor potencial de un agente doble controlado que pudiera convencer al enemigo de su lealtad activa, pese a no serle leal en absoluto. Más importante aún, con el tiempo el agente doble podría resultar útil para proporcionarle desinformación vital al enemigo. Gracias a las fuentes ultrasecretas, la inteligencia británica podía incluso comprobar si la treta funcionaba. Robertson fue insistente: en lugar de encarcelar a los agentes enemigos, o ponerles una soga al cuello, los podían poner a trabajar.

La propuesta de Robertson fue transmitida a Guy Liddell, un violonchelista de mente sutil y director de la «división B», la rama del MI5 dedicada a la contrainteligencia, quien bendijo de inmediato la operación. Tras haber conseguido la aprobación del gobierno, Robertson fue debidamente nombrado director de una nueva sección, que recibió el misterioso e inofensivo nombre de B1A, dedicada a capturar espías enemigos, y a convencerles de convertirse en agentes dobles. Al mismo tiempo, se creó otra organización vinculada a ésta y formada por representantes de las más altas jerarquías de todos los servicios de inteligencia militar y de las fuerzas de seguridad del estado cuya misión consistía en evaluar la información, verdadera o falsa, que se le proporcionaría al enemigo a través de los agentes dobles. El grupo de control fue bautizado con el nombre de «Comité Veinte», y a su frente se nombró al comandante (y más tarde *sir*) John Cecil Masterman, un distinguido profesor de historia de Oxford, deportista, escritor de novelas policíacas de éxito y expresidiario.

Masterman y Robertson configuraban el eje de la operación de engaño que dirigieron, logrando unos éxitos tan deslumbrantes que, una vez terminada la guerra, Masterman podía afirmar con toda justicia: «Mediante un red de agentes dobles, *dirigíamos y controlábamos de forma activa la organización de espionaje alemán en este país*»^[130]. El subrayado es suyo, y bien merecido. Su cooperación era una cooperación entre iguales y opuestos.

Robertson, el profesional, se ocupaba de los aspectos prácticos de la gestión de los agentes dobles, y Masterman ejercía las tareas de agente de enlace con el alto mando militar; Robertson era el técnico mientras que Masterman se convertiría en el gran teórico de la organización de agentes dobles y contraespionaje.

A Thomas Argyll Robertson todo el mundo le conocía como «Tar» por sus iniciales. Nacido en Sumatra, hijo de padres británicos, Tar pasó una gran parte de su infancia viviendo en casa de una tía suya en Turnbridge Wells, una experiencia solitaria pero formativa, puesto que le permitió desarrollar la capacidad de hablar con perfectos desconocidos con una franqueza desarmante. Pasó por Charterhouse y Sandhurst sin aprender demasiado, en su propia opinión, se alistó en los Seaforth Highlanders^[131], regimiento en el que recibió su despacho de oficial y donde permaneció un corto período de tiempo y, a continuación, ejerció, más brevemente aún, tareas administrativas en un banco. En el año 1933, a la edad de veinticuatro años, e invitado por Vernon Kell, el primer director general del MI5, renunció al aburrido mundo de la banca para convertirse en oficial de inteligencia a tiempo completo, dedicándose en un primer momento a la subversión política, el tráfico de armas y el contraespionaje. «Inmensamente bien parecido y de un colosal atractivo», tenía la rara habilidad de ser capaz de hablar con cualquiera, en cualquier lugar y sobre cualquier cosa^[132]. Obispos, almirantes, putas, delincuentes y revolucionarios, a todos les resultaba igual de fácil hacerle confidencias a Tar Robertson. Masterman observó, no sin un cierto sarcasmo, que «Tar no era, en absoluto, un intelectual»^[133]. Tar no era una rata de biblioteca, en lugar de ello leía a la gente, y sobresalía en un trabajo que «implicaba mucha conversación con personajes sospechosos en los bares... encontrarse, saludarse, conversar, seducir, reír, escuchar, ofrecer otra copa, observar, tantear un poco, escuchar algo más y acabar recibiendo todo tipo de confidencias que a la otra persona nunca se le hubiera ocurrido poder hacer»^[134]. Siguió llevando los característicos pantalones a cuadros escoceses McKenzie de los Seaforth Highlanders, una decisión vestimentaria extrañamente conspicua en alguien que dirigía una de las organizaciones más secretas del mundo. (Estos pantalones dieron origen a su otro apodo, más adecuado a los coloridos cuadros escoceses y más subido de tono: «calzoncillos de pasión»)^[135].

John Masterman estaba cortado con un patrón muy diferente. Resulta más fácil imaginarlo como la antítesis, en cualquier aspecto posible, de Eddie Chapman. Un gran intelectual, de un profundo convencionalismo y un tanto

mojigato, tenía un sentido granítico del deber moral. Masterman representaba la encarnación de la clase dirigente británica: pertenecía a todos los clubes que hay que pertenecer, jugaba al tenis en Wimbledon, al *hockey* con el equipo inglés, y al *cricket* siempre que podía. Espartano y atlético, tenía un rostro duro y atractivo, como esculpido en mármol. No fumaba ni bebía y vivía en un mundo elitista de alta erudición, habitado en exclusiva por hombres ingleses inteligentes, privilegiados y ricos.

A Masterman, un soltero empedernido, y tal vez homosexual, en cuyo caso lo era al estilo inglés, totalmente reprimido y satisfecho, las mujeres le resultaban invisibles; en las trescientas ochenta y cuatro páginas de su autobiografía, tan sólo menciona con afecto a una única mujer, su madre, con la que vivió en Eastbourne durante las vacaciones universitarias. En su tiempo libre, escribía novelas de policías y ladrones ambientadas en una imaginaria universidad de Oxford y protagonizadas por un detective británico aficionado creado a partir del mismo molde que Sherlock Holmes. Sus libros son algo secos y carecen de emoción, parecen más un rompecabezas intelectual que novelas de ficción, pero así es como este hombre enjuto e inteligente entendía la naturaleza humana, un enigma que tenía que ser resuelto utilizando la razón. Hoy en día nos parece una criatura peculiar, pero John Masterman representaba rasgos ingleses que antiguamente habían sido considerados virtudes: *noblesse oblige*^[136] trabajo duro, y obediencia incuestionable a las normas de la sociedad. Según explicaba él mismo, sentía «una ansiedad casi obsesiva por conformarse a las normas establecidas», del mismo modo que Chapman estaba igual de decidido a desafiarlas^[137].

Aun así, Masterman tenía algo en común con Chapman: había pasado cuatro años en prisión. Por un tremendo golpe de mala fortuna, muy poco tiempo después de recibir el nombramiento de profesor en Christchurch en el año 1914, fue enviado a un curso de formación en Alemania donde quedó atrapado por el estallido de la primera guerra mundial. Masterman fue internado en la prisión de Ruhleben junto a una extraña mezcla de británicos igualmente carentes de suerte: marineros, hombres de negocios, académicos, jinetes del hipódromo de Berlín, deportistas, trabajadores, turistas, y un ganador del premio Nobel, *sir* James Chadwick, que pronunció una conferencia ante sus compañeros prisioneros en la que les habló de los misterios de la radioactividad. El joven Masterman reapareció después de cuatro años sin cicatrices visibles, pero abrumado por lo que él calificaba de complejo de inferioridad. Casi todos sus amigos y coetáneos habían muerto en los campos de batalla. «Me dominaba un sentimiento de vergüenza —

escribiría—. Yo no había desempeñado ningún papel en la mayor lucha de la historia de nuestro país»^[138].

Masterman ya tenía cincuenta años cuando, por fin, le llegó la tan ansiada oportunidad de representar su papel, en forma de una oferta para incorporarse al MI5. La aceptó agradecido, y fue una gran suerte para el Reino Unido que lo hiciera, porque no existía un hombre mejor capacitado para este trabajo. Si Tar Robertson era el «auténtico genio» de la organización de agentes dobles de contraespionaje, en opinión del historiador Hugh Trevor-Roper, John Masterman, por su parte, era su conciencia moral, un hombre que analizaba meticulosamente las motivaciones de los hombres, y que resolvía con gran paciencia el enigma del contraespionaje, como si se tratara de un complicado crucigrama^[139].

El MI5 reclutaba a sus miembros mediante el informal método del amiguismo, y Robertson, con la ayuda de su asistente, un abogado londinense llamado John Marriott, empezó a reunir rápidamente un equipo de aficionados muy capaces. La sección B1A, una vez formada, incluía abogados, profesores universitarios, un industrial, el propietario de un circo, al menos un artista, un marchante de arte y un poeta. Tar era el único profesional de una organización que inició su andadura en un rincón requisado de la prisión de Wormwood Scrubs antes de trasladarse a una casa grande y elegante en el número 58 de Saint James Street, en el corazón de Mayfair. El poeta de la casa, Cyril Harvey, inmortalizó el edificio en algunos versos:

*En el 58 de Saint James Street
la puerta está abierta de par en par
pero, quien aquí entrar desee
que sus motivos revele
antes del umbral cruzar,
que nadie, con malas intenciones
en los secretos del gobierno pueda indagar*^[140].

De entrada, a los espías alemanes interceptados se les interrogaba en Camp 020, una prisión militar secreta, y sólo a continuación, si se adecuaban al perfil de agente doble, eran entregados a Tar Robertson y a sus agentes. Si se negaban a colaborar, eran enviados a la cárcel o al cadalso. En ocasiones la amenaza de muerte era clara. Masterman, en este sentido, no era ningún sentimental. «Algunos tenían que morir; por una parte, necesitábamos satisfacer al público, que veía de este modo que se mantenía la seguridad del país y, por la otra, teníamos que convencer a los alemanes de que los otros

estaban funcionando correctamente y que no estaban controlados»^[141]. Todos ellos, salvo los nazis más fanáticos, aceptaban colaborar cuando se les planteaba esta elección, aunque las razones por las que lo hacían no se ajustaban a ningún patrón establecido. Algunos, simplemente, tenían miedo, y estaban desesperados por salvar el pellejo, pero, según descubrió Masterman, también había «algunas personas que sienten una predilección natural por vivir en este extraño mundo de espionaje y mentiras, y que se encariñan con un bando u otro con la misma facilidad, siempre y cuando su sed de aventura, de un tipo algo macabro, quede satisfecha»^[142].

Si el espía interceptado era considerado adecuado, entonces empezaba el trabajo duro, que se iniciaba con un extenuante ejercicio de imaginación. En palabras de Masterman, el oficial que llevaba el caso debía penetrar en el mundo del espía a su cargo, «ver con los ojos y oír con los oídos de su agente»^[143], y crearle una vida lo más parecida posible a la que estaba fingiendo vivir. Si, pongamos por caso, el agente doble afirmaba estar retransmitiendo desde Aylesbury, entonces necesitaba saber cómo era Aylesbury y, en la medida de lo posible, estar físicamente en Aylesbury o muy cerca, puesto que el MI5 sospechaba que los alemanes eran capaces de determinar el origen de las transmisiones, tal vez en un radio de un par de kilómetros.

El desafío logístico era inmenso. Cada agente doble necesitaba un piso franco y un personal de, al menos, cinco personas: un oficial de supervisión, un operador de radio que controlase o transmitiese sus mensajes, dos guardias en turnos de doce horas para asegurarse de que no se escapaba, y un ama de llaves en la que se pudiera confiar que cuidara y alimentara a todo el grupo. Mientras tanto, el oficial de supervisión debía descubrir qué era lo que su agente había sido enviado a descubrir y, a continuación, crear un facsímil que no perjudicara las operaciones militares. La Abwehr podía llegar a la conclusión de que un espía que transmitía información inútil constituía un fracaso y decidir abandonarlo; por lo tanto, a fin de no perder la confianza de los alemanes, el agente doble debía enviar una combinación de información auténtica, aunque básicamente inofensiva, conocida como «zarandajas», hechos irrelevantes e información cuya falsedad resultara indetectable, junto a cualquier otra desinformación que hubieran decidido.

Decidir lo que podía o no podía ser enviado al enemigo constituía la delicada tarea del Comité Veinte. Mientras tanto, debían mantener ocupado y feliz al agente doble, porque, si la cosa no funcionaba y de algún modo conseguía informar a sus controladores alemanes de que se hallaba bajo el

control de los británicos, entonces todo el sistema podría verse amenazado. Cada agente doble, observó Masterman, tiende a la vanidad, a los cambios de humor y a la introversión y, en consecuencia, debería evitarse con el mayor cuidado, y por encima de todo, el ocio, que conduce a la melancolía^[144]. Tar Robertson no tardó en descubrir que, si querían mantener a esos agentes de buen humor resultaba conveniente recompensarles con algo más que su vida. Se estableció, por lo tanto, el «principio de generosidad», en virtud del cual a los espías se les permitía quedarse con una parte del dinero que llevaban consigo, algo que ocurría en la mayoría de los casos^[145].

El agente supervisor ideal necesitaba ser guardián, amigo, psicólogo, técnico de radio, el jefe que pagaba el sueldo, organizador de distracciones y niñera privada, todo al mismo tiempo. También contribuía que él o ella fuera, además, un santo, puesto que existían grandes posibilidades de que el individuo al que así mimaban y consentían fuera un personaje extremadamente desagradable, codicioso, paranoico, traicionero y, al menos al principio, un enemigo del país. Por último, todo lo anterior tenía que ser llevado a cabo a una velocidad de vértigo, porque cuanto más tiempo tardara un espía en tomar contacto con el enemigo, tanto más probable era que su supervisor alemán sospechara que había sido capturado y convertido en agente doble.

Los resultados demuestran la brillantez con la que Tar Robertson supo elegir a los hombres y a las mujeres «de gran inteligencia y propósitos muy bien definidos» que formaban parte de su equipo^[146]. En el transcurso de la guerra, se detuvieron a alrededor de cuatrocientas ochenta personas sospechosas de espiar para el enemigo. Sólo setenta y siete de ellas eran alemanas, y el resto eran, en orden decreciente de magnitud, belgas, franceses, noruegos y holandeses, y a la cola, personas de cualquier raza y nacionalidad, incluyendo algunos apátridas. A partir de 1940, muy pocos de ellos eran británicos. Alrededor de una cuarta parte del total de espías interceptados serían subsiguientemente utilizados como agentes dobles, de los cuales tal vez cuarenta realizaron una contribución significativa. Algunos de ellos trabajaron un corto tiempo antes de que su caso fuera cerrado; otros siguieron engatusando a sus supervisores alemanes hasta el final de la guerra. Un pequeño grupo, los mejores, participaron en el mayor engaño estratégico de todos, la Operación Entereza, mediante la cual los británicos les hicieron creer a los alemanes que la invasión aliada de Francia se concentraría en el *Pas-de-Calais*, y no en Normandía.

Ya en 1942, el equipo de Tar Robertson podía sentirse justamente orgulloso de su esfuerzo. Docenas de espías habían sido capturados gracias a la ayuda de las fuentes ultrasecretas y, muchos de ellos, reclutados como agentes dobles. Aun así, el equipo B1A permanecía en un estado de profunda ansiedad, atormentado por la posibilidad de que algún espía pudiera filtrarse a través de la red, intentar contactar con algún agente que ya estuviera operando en Gran Bretaña, descubrir que estaba siendo controlado, y entonces hacer saltar por los aires toda la organización de agentes dobles.

Estos temores fueron exacerbados tras el descubrimiento en Cambridge del cadáver de un hombre llamado Englebertus Fukken, alias «William Ter Braak». Braak, un agente holandés, había llegado a Gran Bretaña en paracaídas en noviembre de 1940; cinco meses más tarde, y después de quedarse sin dinero, bajó a un refugio antiaéreo público y se pegó un tiro en la cabeza con su pistola alemana. Si Ter Braak pudo sobrevivir en el Reino Unido durante tanto tiempo sin ser detectado, en ese caso, tal vez otros agentes alemanes circularan a sus anchas por el país. Masterman expresó en voz alta el persistente temor que sentían todos los cazadores de espías en tiempos de guerra: «Estábamos obsesionados por la idea de que tal vez existiera una gran organización de espionaje que operase a un nivel superior al de los espías que controlábamos»^[147].

Por añadidura, el MI5 no podía dejar de ignorar la excepcional baja calidad de los espías que había capturado, cuyo nivel de ineptitud era tal que, en el seno de los servicios de inteligencia, había quien se preguntaba si acaso no los estarían plantando deliberadamente como señuelos: «¿Acaso era posible que cualquier servicio de inteligencia, y sobre todo un servicio dirigido por los muy eficientes alemanes, fuera así de incompetente?», se preguntaba Ewen Montagu, el oficial de inteligencia naval del Comité Veinte^[148]. Tal vez los alemanes estaban entrenando una tropa de superespías que llegarían después de los turbios tipos que habían estado enviando hasta el momento. A lo mejor, espías de una categoría muy superior ya campaban a sus anchas en el Reino Unido sin ser detectados, o tal vez se hallaban en camino.

En consecuencia, los cazaespías de Tar Robertson aguzaron bien el oído cuando, a principios de febrero de 1942, los interceptores británicos captaron un mensaje que hacía referencia a un agente desconocido hasta el momento cuyo nombre clave era Fritz; el mensaje fue descodificado por Bletchley Park y transferido a los servicios de inteligencia. A juzgar por los mensajes interceptados, los alemanes se estaban tomando muchas molestias con Fritz, a

quien también se referían como «C», y otras veces como «E». En mayo, la sección de París de la Abwehr recibió instrucciones según las cuales debía comprarle un nuevo guardarropa a Fritz. A la semana siguiente, Nantes exigía un nuevo equipo de radiotransmisiones procedente de los almacenes de material británico capturado. En junio, los escuchas descubrieron que se habían gastado unos nueve mil quinientos francos en sus dientes, que se le habían roto en el transcurso de un mal salto en paracaídas, más dinero del que se les asignaba a la mayoría de los espías alemanes para completar una misión. La Abwehr de Nantes empezó a referirse a Fritz como Fritzchen, la forma diminutiva del nombre, lo que indicaba un cierto grado de intimidad con esta nueva adquisición. Las informaciones de las fuentes ultrasecretas parecían indicar que Stephan Von Gröning, que ya había sido identificado por los servicios de inteligencia británicos como el director de la sección de Nantes de la Abwehr, sentía un interés especial por Fritz. En junio alardeó ante los de París de que Fritz podía «ahora preparar material de sabotaje sin ayuda»^[149]. En julio insistió en que Fritz era completamente leal, y declaró que «cualquier conexión con el enemigo ha quedado descartada»^[150]. Los de París, más escépticos, contestaron preguntándose si la palabra «no» no habría sido omitida por accidente del mensaje de Von Gröning.

Mientras tanto, el servicio de seguridad de radiotransmisiones informaba que Fritz, un radiotelegrafista novato evidente, estaba practicando código Morse desde la sección de la Abwehr de Nantes, utilizando la variante Gronsfield del código Vigenére. Si bien al principio, sus transmisiones habían sido algo patosas, y si intentaba transmitir deprisa, lo único que conseguía era «hacer caracteres corruptos y confusos»^[151], estaba mejorando a ojos vista. «Cuando llegue a este país —informaba el servicio de seguridad de radio—, enviaré sus mensajes en inglés»^[152]. Tras escuchar a Fritz «prácticamente cada día durante varias semanas»^[153], el interceptor había «aprendido a conocer su estilo inequívoco y a registrar sus peculiaridades», la reveladora «mano»^[154]. Sus mensajes a veces acababan con un alegre «73», abreviatura de «saludos cordiales», o bien «FF», que significa «¿se puede descifrar mi mensaje?»^[155]; solía firmar con un signo de risa, «JU JU JA JO», y a continuación el insultante «99», que significa «vete al infierno», o alguna ordinariez del estilo. Fritz se estaba convirtiendo en un radiotelegrafista de primera, pese a enviar unos mensajes, cuando menos, algo peculiares y, en ocasiones, francamente ofensivos.

A finales del verano, el MI5 había reunido un grueso expediente sobre Fritz. Sin embargo, seguían ignorando su auténtico nombre, su misión, o la

fecha y la hora de su llegada prevista al Reino Unido. En cuanto a la identidad de su enigmático asociado, de soberano apetito y hábitos escatológicos elefantinos, apodado Bobby el Cerdo, también seguía siendo un misterio.

8

El Mosquito

Una mañana, Von Gröning le entregó a Chapman una pistola: un reluciente revólver Colt norteamericano con el cargador lleno. Chapman nunca había sostenido antes un arma entre sus manos y, al preguntarle por qué necesitaría esa arma, Von Gröning le contestó con vaguedad que tal vez la quisiera «para poder escapar a tiros de cualquier dificultad con la que pudiera tropezarse»^[156]. Leo le enseñó a apuntar y disparar utilizando una diana levantada en el recinto de La Bretonnière y, en poco tiempo, ya alardeaba de poder acertarle a una moneda de un franco a quince metros de distancia.

El revólver representaba uno de los indicadores de la creciente confianza que Von Gröning depositaba en Chapman. El cadavérico Praetorius ya no seguía de cerca cada uno de sus pasos, y se le autorizó a darse paseos a solas, acompañado por Bobby, aunque bajo instrucciones de permanecer en las cercanías de la casa. Se le permitió trasladarse de su habitación en la planta superior del edificio principal (tras haber disimulado con gran esmero los agujeros en los paneles de madera que cubrían las paredes hasta media altura) a una habitación en la casita del jardinero para que pudiera ejercitarse en las mezclas de explosivos y de amalgamas incendiarias en el laboratorio cuando él quisiera. Las bombas caseras crecían en tamaño y se hacían cada vez más sofisticadas. Practicó la fabricación de detonadores submarinos que lanzaba al estanque. En el recinto había varios troncos de árboles y Chapman fue alentado a hacerlos volar por los aires. En una ocasión puso demasiada dinamita en un gran tronco de roble y la excesiva fuerza de la explosión lanzó fragmentos de madera ardiente al jardín del vecino, a quien por poco alcanzaron los proyectiles. Von Gröning se quedó lívido. Chapman no era el experto en explosivos que él creía. En otra ocasión en la que intentaba construir un detonador a base de ácido sulfúrico, la volátil mezcla estalló, le chamuscó la mano y una mecha de pelo y le tiznó la cara. Un médico francés

le curó y vendó la mano y Chapman se metió en la cama. «Me dolía más el susto que nada», escribiría más tarde^[157].

Los visitantes seguían llegando a La Bretonnière, algunos a inspeccionar el progreso de Chapman, otros, a hablar con Von Gröning, o bien para someterse a entrenamiento. Uno de ellos era un francés a quien se referían tan sólo como «Pierre», un colaboracionista que llevaba unas gafas redondas y que, en palabras de Chapman, «hacía todos los ruidos de *Heil Hitler* adecuados»^[158]. Pierre pertenecía a un grupo de separatistas bretón, «Bretaña para los bretones», y se estaba entrenando como un quintacolumnista en caso de que una invasión aliada forzara la retirada de los alemanes. En otra ocasión, Chapman asistió a una reunión con dos hombres, uno de los cuales fue presentado como «*Monsieur Ferdinand*» y el otro, un chaval de unos dieciocho años, parecía petrificado^[159]; se trataba de dos miembros de una célula gaullista, que aparentemente planeaban salir de Francia por una vía de escape establecida y unirse en Londres a los franceses libres. *Monsieur Ferdinand* parecía dispuesto, por el precio adecuado, a llevar a Chapman con ellos. Era evidente que Von Gröning estaba investigando los diferentes medios de hacer llegar a Chapman al Reino Unido.

Von Gröning y su protegido desarrollaron una relación cada vez más estrecha. El padre de Chapman había sido un hombre muy distante, cuando no estaba definitivamente ausente, y hacía más de una década que no lo veía. Von Gröning, paternal y amistoso y, en apariencia, muy amable, asumió su papel. Ninguno de los dos fingía su afecto. Por las noches, mientras Von Gröning se empapaba en *brandy*, Chapman escuchaba cautivado al alemán que le hablaba de arte, de música y de literatura. Descubrieron que compartían el gusto por las novelas de H. G. Wells, y la poesía de Tennyson. En algunas, y muy escasas, ocasiones, Von Gröning se desviaba y hablaba de política o de asuntos militares. Seguía convencido de que Alemania ganaría la guerra y de que cualquier intento de los Aliados por invadir Francia conduciría a «un inmenso baño de sangre»^[160]; no obstante, su opinión era la de un soldado con experiencia y no la afirmación de un ideólogo. Ante la sorpresa de Chapman, alabó la habilidad táctica de la invasión aliada del norte de África, y describió la incursión británica en la ciudad cercana de Saint Nazaire de «planificación inteligente y excelente realización»^[161]. En agosto, los Aliados lanzaron la desastrosa incursión sobre Dieppe en la costa del norte de Francia, que supuso la pérdida de cuatro mil hombres, muertos, heridos o capturados. En La Bretonnière, celebraron la victoria alemana con una fiesta,

aunque Von Gröning también brindó por el «valor y el coraje» de los comandos aliados^[162].

Si Von Gröning tenía un punto de vista sobre la guerra equilibrado y matizado, el de su ayudante era todo lo contrario. Praetorius y Von Gröning nunca habían sentido demasiada simpatía mutua. Praetorius opinaba que su jefe era una reliquia anticuada y afectada del viejo mundo, mientras que, para el gusto liberal de Von Gröning, el joven sentía una fascinación excesiva por Hitler. El joven nazi insistía en que la gran cantidad de bajas rusas significaba la inminente victoria en el frente del este. Stalingrado caería en 1943, y a esa caída le seguiría «un ataque a gran escala sobre el Reino Unido en el que participarían todos los ejércitos de Europa y del frente ruso»^[163]. Rommel lo conquistaría todo, insistía, y la perspectiva de un gigantesco *Blitz* sobre las islas Británicas, la tierra a la que tanto admiraba, le provocaba a Praetorius espasmos de felicidad^[164]: «¿Puede imaginárselo? ¡Todos nuestros Stukas y todos nuestros curtidos soldados bien entrenados! —exclamaba Praetorius—^[165] ¿Qué podrían hacer los norteamericanos?». Chapman empezaba a encontrarlo muy irritante.

Una mañana, a mediados de verano, Von Gröning le ordenó a Chapman hacer la maleta: se iba a Berlín con «Thomas» para la siguiente fase de su formación. A primera hora de una brumosa mañana, el tren procedente de París llegó a una pequeña estación de ferrocarril en las afueras de la capital alemana. Allí les esperaba un coche y Chapman preguntó adónde se dirigían. Praetorius parecía tenso e incómodo. «Ahora mismo, resulta algo embarazoso, porque si alguien cae en la cuenta de que usted es británico nos fusilarían a ambos sin mediar pregunta^[166] —y añadió, cortés—: ¿Sería usted tan amable de no hacer más preguntas?». En aquel momento, cruzaban lo que parecía un barrio periférico muy boscoso, pero todavía era de noche y el conductor había puesto deliberadamente las luces de posición para que Chapman no pudiera ver demasiado. A partir del pequeño reflejo de la luz del amanecer en el horizonte, llegó a la conclusión de que circulaban hacia el norte.

Tras conducir unos veinte minutos, cruzaron un par de puertas de hierro vigiladas por tres centinelas con uniforme militar, siguieron un camino bordeado por parterres de flores y cruzaron un gran arco de piedra antes de detenerse frente a un pequeño *Schloss*, un pequeño castillo con un torreón, rodeado de árboles, un alto muro de piedra y una alambrada de espino. En la puerta les esperaba un hombre de mediana edad, bajo pero de constitución atlética y de aspecto digno. Su esposa, mucho más alta que él, observaba

ansiosa desde un segundo plano y las fotografías de sus hijos adornaban el recibidor. El hombre bajo se presentó a sí mismo como «*Herr Doktor*» y le explicó a Chapman que, entre lección y lección, era libre de pasearse por el recinto del castillo, aunque en ningún caso debía abandonar la propiedad.

Wojch había sido un hábil profesor de sabotaje práctico, pero el nuevo tutor de Chapman estaba en un nivel muy diferente. En el transcurso de la semana siguiente, Chapman recibió un curso intensivo en lo último en tecnología explosiva de un maestro en la materia. El MI5 lo identificaría más tarde como un tal doctor Ackerman, un químico profesional y uno de los mayores expertos en explosivos de Alemania. Acompañó a Chapman hasta un laboratorio en el que se ordenaban filas de botellas cerradas por tapones de corcho, tubos de ensayos, termos, balanzas y morteros para triturar los diferentes productos. El experto introdujo a Chapman, con paciencia y minuciosidad, en un universo de ciencia letal nunca imaginado antes, en los misteriosos arcanos de los explosivos, mezclas incendiarias, bombas trampa y bombas de relojería.

Le enseñó a Chapman cómo construir un detonador de relojería a partir de un reloj de pulsera barato, insertando un pequeño tornillo con dos tuercas en el lado del celuloide, y uniéndolas a continuación al extremo de un cable eléctrico conectado a una pila de linterna a través de los engranajes; cuando la manecilla pequeña tocaba el tornillo, una carga eléctrica pasaba de la batería al detonador y provocaba la explosión. A continuación, tomó un despertador y demostró el modo de retrasar una explosión hasta catorce horas uniendo el detonador al resorte de la cuerda del reloj. Si no tenía a mano ningún despertador o ningún reloj de pulsera, podía construir un detonador llenando una botella de tinta con ácido sulfúrico y colocando una tira de cartón entre la botella y el tapón; el ácido corroería lentamente el tapón hasta hacer contacto con el detonador atornillado en la tapa, donde el calor de la reacción detonaría la carga explosiva.

Después, tomó un gran pedazo de carbón de la carbonera y le enseñó a Chapman cómo hacer un agujero de unos quince centímetros de profundidad, rellenarlo de explosivos y un detonador, y disimular el agujero utilizando plastilina, betún de zapatos y carbonilla muy fina. Colocado en la carbonera de un buque de vapor o de un tren, el artefacto sería invisible y permanecería inerte hasta que fuera introducido en la caldera, momento en el que el calor provocaría la explosión.

Le enseñó a Chapman a dinamitar trenes de municiones y depósitos de combustible, a llenar un maletín con explosivos y cubrirlos con pijamas o una

toalla a fin de apagar el sonido del mecanismo de relojería del detonador. Aprendió a construir una bomba trampa en un paquete que estallaba al cortar la cuerda que sujetaba el envoltorio: en el interior de la cuerda se insertaban dos fragmentos de cable eléctrico aislados el uno del otro, de tal modo que al cortarlos con unas tijeras se completaba un circuito eléctrico que detonaba la explosión. Ackerman le dibujó diagramas que ilustraban la manera de unir una serie de explosivos conectados a un cable de dinamita y a un detonador, y le explicó la fórmula para calcular la cantidad de explosivo necesario para destruir un puente (longitud X anchura X profundidad X 2 = gramos de explosivo necesario). Algunas de las técnicas de Ackerman eran de una astucia diabólica, por ejemplo, colocar una mariposa muerta sobre el cable del detonador adherido a un raíl de ferrocarril garantizaba que el observador casual nunca descubriría el artefacto y, cuando el tren pasara por encima, la carga estallaría y haría descarrilar la locomotora.

El pequeño profesor de explosivos no fumaba ni bebía, y tan sólo se detenía a comer. Chapman decidió que era un perfeccionista: «Insistía en las proporciones exactas, nunca tenía prisa, y molía todos los ingredientes hasta hacerlos muy pequeños, mezclándolos con muchísimo cuidado»^[167]. Los ingredientes necesarios para fabricar una bomba se podían comprar en cualquier farmacia o droguería del Reino Unido, explicó Ackerman. El clorato potásico se solía utilizar para matar gusanos, el nitrato potásico era un fertilizante, el permanganato potásico, un producto para hacer gárgaras; los británicos utilizaban el óxido de hierro como tinte del suelo, y el aluminio molido constituía la base de la pintura plateada. Las lecciones se prolongaban hasta la noche. Tras la cena, Ackerman se sentaba junto al fuego y continuaba las clases, solicitando de cuando en cuando la ayuda de Praetorius en la traducción de algunos términos técnicos.

Al cabo de cinco días, el doctor pareció, por fin, darse por satisfecho, y Chapman estaba agotado. El mismo chófer que los había llevado recogió a Chapman y a Praetorius en mitad de la noche y, en la oscuridad, los condujo de nuevo a la estación.

De regreso en La Bretonnière, Chapman fue recibido calurosamente por Von Gröning, quien le anunció que le había preparado una pequeña prueba. Un amigo suyo, un tal comandante Meier, era responsable de la seguridad en las fábricas locales, entre ellas, la cercana factoría de locomotoras Battignolle. Von Gröning se había jactado ante Meier de que estaba entrenando a un agente de sabotaje, un antiguo ladrón que podía entrar en cualquier lugar y abrir cualquier cosa, y apostó que incluso podría colocar una falsa bomba en

la fábrica de locomotoras, apuesta que el comandante Meier había aceptado. Unas noches más tarde, Chapman y Leo saltaron la valla de alambre de espino que rodeaba la fábrica, se deslizaron a través de los guardias dormidos y colocaron un paquete, dirigido al comandante Meier, junto al despacho principal. Von Gröning estaba encantado; con el dinero ganado en esta apuesta organizó una fiesta, otra más, en honor de «Fritz».

Chapman regresó a sus mefíticas pociones en la casita del jardinero. El éxito de la incursión en la factoría de locomotoras había sido divertido, pero después de casi cinco meses en La Bretonnière, empezaba a aburrirse, y a sentirse frustrado por la castidad obligatoria. Aparte de las prostitutas de Nantes, apenas había visto a una mujer. Los otros se reían de la falta de compañía femenina, y afirmaban, en broma, que vivían «igual que malditos monjes»^[168].

Una noche, Chapman, Albert y Wojch salieron de «excursión» en Nantes, donde se ligaron a unas chicas y las hicieron subir a uno de los coches oficiales. Por desgracia, un oficial de la Gestapo vio a las mujeres subir al coche y cursó una protesta oficial. Cuando la queja llegó al despacho de Von Gröning, éste estalló. «Se montó un jaleo enorme», escribiría Chapman^[169]. Wojch sufrió la cólera de Von Gröning: el corpulento saboteador de la aguja de corbata con perla fue desterrado a una unidad del *Wachkommando* acuartelada en el lejano Rocquencourt, cerca de París y Chapman no volvió a verlo nunca más. En un mensaje algo ampuloso dirigido a sus superiores, Von Gröning observó que Fritz, aunque fuera ideal en todos los demás aspectos, tenía la aparente tendencia a lo que Von Gröning calificó de «actividad emocional poco deseable»^[170].

Como era habitual en él, cuando se aburría y estaba sexualmente frustrado, Chapman caía en lo que él llamaba su estado mental «nihilista»^[171]. El humor se le ensombreció aún más cuando planteó el tema que le había estado preocupando desde el mismo momento que salió de Romainville, y pidió permiso para escribir a Tony Faramus. Von Gröning le negó el permiso pero le dijo que le enviaría al joven un paquete con comida. Poco más tarde Chapman volvió a preguntar: «¿Podríamos hacer algo por él?»^[172]. Von Gröning le respondió que eso era «imposible»^[173] y cambió de tema, tras lo cual, Chapman se hundió en una profunda depresión. Pasaba horas tumbado en la cama, fumando y mirando el techo. En un momento dado llegó incluso a preguntar «si podía regresar al campo de concentración de Romainville»^[174]. Von Gröning cayó en la cuenta de que, a menos que

reaccionara de prisa y pusiera a Chapman a trabajar, podía perder por completo a este joven y voluble espía prodigioso.

El 29 de agosto de 1942, Von Gröning convocó a Chapman a su despacho y le presentó una hoja de papel mecanografiada. Le dijo que la leyera y, si las condiciones le parecían correctas, que la firmara. El documento era un contrato, un acuerdo formal por el que Chapman se comprometía a espiar a su propio país, un documento sin duda único en los anales de la historia de la jurisprudencia. La primera sección consistía en una lista de prohibiciones. Chapman nunca debía divulgar a nadie los nombres de sus contactos alemanes en Jersey, Francia, o Alemania, los lugares visitados o las cosas que había aprendido y descubierto. Quebrantar cualquiera de estas cláusulas se castigaría con la pena de muerte. Chapman espiaría en interés del alto mando alemán y realizaría fielmente cualquier misión que le encomendara la Abwehr. En compensación, se le pagarían las siguientes cantidades: mientras estuviera en Francia, recibiría doce mil francos al mes; a partir de la fecha de su partida, se le pagarían trescientos marcos alemanes al mes, y el pago continuaría en caso de que fuera capturado; a su regreso, y una vez completada su misión a la entera satisfacción de la Abwehr, recibiría la suma de ciento cincuenta mil marcos alemanes. Chapman estimó que estas cantidades equivalían a alrededor de quince mil libras esterlinas; de hecho el valor se acercaba más a las doscientas cincuenta, o alrededor de siete mil trescientas libras al cambio actual (algo más de diez mil euros). El contrato no se realizaba con el gobierno alemán, sino que se trataba de un acuerdo legal personal entre Chapman y su jefe: Von Gröning ya lo había firmado, con el nombre de S. Graumann (Doktor).

La cláusula final constituía un triunfo del pensamiento burocrático alemán: Chapman estaba obligado por ley a pagar todos los impuestos pertinentes sobre estas cantidades en Francia. El servicio secreto alemán estaba a punto de enviar a Chapman a una misión de traición en la que, con toda seguridad encontraría la muerte, ejecutado o asesinado, y les preocupaba que pagara los impuestos.

Mientras Chapman asimilaba los términos de este extraordinario acuerdo, el director de la escuela de espías le hizo una pregunta. Si Scotland Yard le capturaba, ¿alrededor de cuántos años calculaba Chapman que tendría que pasar en prisión? Chapman se había planteado esta cuestión muchas veces, y contestó que la sentencia más probable sería de entre quince y veinte años. Von Gröning se volvió hacia Praetorius y observó: «¿Supongo que no corremos el riesgo que Eddie se entregue a la policía?»^[175].

Chapman firmó el contrato, aunque más tarde se encontró reflexionando acerca de este comentario, en apariencia, sin importancia. Graumann, un hombre al que había aprendido a admirar, le había elegido, no porque fuera especial, sino porque era un delincuente con un pasado tan retorcido que nunca se atrevería a ir a buscar a la autoridad. Chapman siempre había sabido que esto formaba parte del cálculo de los alemanes, pero la observación le dolió, y no la olvidó.

Von Gröning, tras archivar el documento firmado, empezó, por primera vez, a esbozar a grandes rasgos la misión de Chapman: en unas pocas semanas se lanzaría en paracaídas sobre el Reino Unido equipado con un radiotransmisor y llevando consigo el dinero suficiente para sobrevivir durante un largo período de tiempo. Debía encontrar un lugar donde esconderse y reunir una cierta cantidad de explosivos, en caso necesario, solicitando la ayuda de sus antiguos cómplices. Las importantes tareas que Chapman podía llevar a cabo en Gran Bretaña eran numerosas, ahora bien, su objetivo principal consistía en sabotear la factoría aeronáutica que fabricaba los bombarderos Mosquito en Hatfield, en el condado de Hertford.

El Mosquito de De Havilland, apodado *Anopheles De Havillandus* por los militares guasones, era una molestia letal para los nazis desde el mismo momento en el que se inició su producción, en el año 1940, y no cabe duda de que les producía el mismo efecto que una plaga enfermiza. Diseñado y construido por la empresa aeronáutica De Havilland, en las afueras de Londres, se trataba de un avión militar revolucionario. Construido casi en su totalidad de madera, llevaba una tripulación de dos hombres y carecía de armas defensivas; el pequeño avión podía transportar dos toneladas de bombas hasta Berlín, con sus dos motores Rolls-Royce Merlin, a una velocidad máxima de unos seiscientos cincuenta kilómetros por hora y, en general, era capaz de esquivar a los cazas enemigos. El Mosquito, que había sido bautizado con el sobrenombre de «la maravilla de madera», podía ser montado a un coste muy bajo por ebanistas y carpinteros. Podía ser utilizado para vuelos de reconocimiento fotográfico, combate nocturno, destrucción de submarinos, instalación de minas y transporte, pero su tarea principal consistía en el bombardeo selectivo de objetivos y, al ser tan ligero y preciso, podía destruir un único edificio con el mínimo daño a los civiles. En el transcurso de la guerra, los Mosquito destruyeron el cuartel general de la Gestapo en Oslo, la Shell House en Copenhague, y la cárcel de Amiens.

Al comandante de la Luftwaffe, el *Reichsmarschall* Hermann Göring, el persistente pequeño Mosquito le irritaba de modo particular y la mera

mención del avión le hacía montar en cólera. «El Mosquito me irrita —se quejó en una ocasión—, y me corroe la envidia. Los británicos, que pueden permitirse tener aluminio mucho más fácilmente que nosotros, consiguen montar un precioso avión de madera que todas las fábricas de pianos están construyendo, y le dan una velocidad que no deja de aumentar. ¿Qué pensar de eso? No hay nada que no tengan los británicos, ellos tienen a los genios y nosotros, a los necios. Cuando se acabe la guerra me voy a comprar una radio británica, así al menos seré propietario de *alguna cosa* que siempre ha funcionado»^[176].

Por lo tanto, por razones tanto militares como políticas, la Abwehr llevaba meses diseñando un plan para combatir al Mosquito. Si se podía detener la línea de producción de la factoría De Havilland averiando la sala de calderas y el generador eléctrico, eso podría hacer inclinar la balanza de la guerra aérea a favor de Alemania, demostrar la valía del nuevo agente de Von Gröning, y mejorar la reputación de la Abwehr. También podía incluso ablandar al irascible *Reichsmarschall*.

Aquella tarde, Von Gröning envió un exaltado telegrama a París, informando que había conducido «discusiones preliminares detalladas» con Fritz y que le había convencido de firmar un contrato^[177]. El mensaje fue captado en Gran Bretaña, donde el oficial del MI5 que controlaba el tráfico de Fritz observó en tono preocupado: «Parece que, por fin, las cosas empiezan a moverse»^[178].

9

Bajo una mirada oculta

Por mucho que el contrato en manos de Chapman no tuviera validez legal, y a pesar de estar firmado con un nombre falso y que tal vez constituyera un perfecto absurdo, el documento surtió el efecto psicológico deseado. La perspectiva de aventuras devolvió la vida a Chapman y su humor mejoró. La camaradería alcohólica de La Bretonnière era muy agradable, de eso no cabía duda, pero en lo más profundo de sus pensamientos tenía a Freday al bebé en Inglaterra; también a Betty, y a Vera, su exmujer y, en caso de que ninguna de las antes mencionadas funcionara, también una cierta cantidad de sirenas del Soho.

Los días se sucedían entre exámenes, tentativas, detalles y retrasos. El feo cazador de espías de Angers regresó a bordo de un «fantástico Chrysler y con un radiotransmisor»^[179], para asistir a una demostración de las habilidades de Chapman en sabotaje y tiro: disparó, dando en el blanco, uno tras otro, a una serie de vasos de vino puestos en fila a una distancia de quince pasos e hizo estallar un detonador de ácido. La siguiente demostración la hizo ante un coronel de una división Panzer que apareció en un Mercedes: Chapman hizo saltar por los aires un tronco de árbol con una bomba de relojería construida utilizando pilas y un reloj de pulsera. Aquella misma tarde, Von Gröning anunció que tenía entradas para el Folies Bergères, el teatro de variedades que seguía haciendo lleno cada noche en el París ocupado. A Chapman le encantó la idea de una salida nocturna en París, aunque quedó un tanto desencantado cuando oyó a Von Gröning observar en el tren que «el jefe quería verles»^[180]. A Chapman no le llevaban a gozar del espectáculo, sino que, una vez más, él era el espectáculo.

Aquella noche, al entrar en el famoso teatro del noveno *arrondissement*, Chapman oyó que Von Gröning le susurraba a Thomas: «Deja que Fritz vaya delante, y así él se sentará justo detrás». El espectáculo ya había dado comienzo y las coristas bailaban el can-can en un frufú de enaguas, cuando

entraron dos hombres vestidos de paisano y se sentaron tras él. Uno de ellos tenía un bigote y una cojera muy marcada: «No dejó de mirarme todo el rato, oculto tras su programa de mano», recordaba Chapman. Muy posiblemente, el individuo fuera Rudolf Bamler, el director del servicio de contrainteligencia de la Abwehr, y uno de los pocos nazis convencidos de la organización. Una vez acabado el espectáculo, Von Gröning se marchó en un taxi y Praetorius, Chapman y Thomas regresaron caminando hacia el hotel, deteniéndose a mirar los escaparates de las tiendas: «Cada vez que miraba —escribiría Chapman—, veía a esos dos hombres estudiándome con gran detenimiento»^[181].

Chapman se sintió aliviado al llegar al Grand Hotel. Mientras y él y Praetorius se dirigían a sus habitaciones, oyó voces con acento norteamericano procedentes de la *suite* de Von Gröning. Se volvió hacia su guardián:

—¿Norteamericanos?^[182]

—No, dos de los nuestros jugando, nada más —se apresuró a responder Praetorius^[183]. Sin embargo, aquella noche, abrió la puerta del armario, pegó la oreja al tabique que separaba su habitación de la de Von Gröning y creyó oír a su jefe hablando con dos norteamericanos. Uno de ellos decía: «¡Vaya! Nos gustaría ver a ese tío»^[184]. Chapman estaba convencido de que «ese tío» era él; recordaba que Graumann había comentado que si el sabotaje de la factoría De Havilland tenía éxito le enviarían a una «gran misión en Estados Unidos»^[185].

La Bretonnière le había ofrecido una breve sensación de libertad, no obstante, ahora, tenía la impresión de que le observaban y controlaban igual que cuando estuvo en prisión y los guardias le vigilaban a través de la rendija en la puerta de hierro. Parecía que todo el mundo observaba a Chapman: sus camaradas en Nantes, los oficiales superiores nazis, los espías norteamericanos e incluso, quizá, sus propios conciudadanos.

Una noche, en el Café de France en Nantes, Chapman vio a un joven que le observaba fijamente desde una mesa en la esquina. Von Gröning le había advertido que «con toda probabilidad, los británicos le estarían observando»^[186] y le había mostrado algunas fotografías de agentes sospechosos de los que no reconoció a ninguno. Ahora estaba convencido de que le seguían. El hombre le resultaba extrañamente familiar: debía de tener entre veinte y treinta años, era fuerte, se peinaba con raya al lado, llevaba un traje gris y parecía salido del «West End»^[187]. Chapman, desconcertado, desvió la vista, y cuando volvió a mirar un instante más tarde, el hombre se

había desvanecido. Chapman no mencionó el incidente a Von Gröning, pero sus ganas de escapar aumentaron: tenía que llegar a Gran Bretaña antes que los británicos llegaran a él.

En septiembre, Chapman fue escoltado de nuevo al castillo de Ackerman en Berlín, y una vez más, llegó en mitad de la noche. «Se ha acordado usted de todo —declaró el menudo químico alemán después de examinar a conciencia a su alumno—. Me siento muy satisfecho de usted»^[188]. El científico se lanzó entonces a una detallada disquisición sobre el modo exacto de hacer saltar la factoría De Havilland por los aires. Si las calderas se comunicaban, debería hacer estallar la unidad central utilizando quince kilos de dinamita metida en un maletín y un detonador con un temporizador de, como mínimo, media hora. La explosión debería de destrozar las otras dos calderas de ochenta toneladas, le explicó el científico, que significaba doscientas cuarenta toneladas de material «volando en todas direcciones», lo que debería, al mismo tiempo, destruir el generador^[189].

El químico se marchó y fue sustituido por un hombre mayor vestido de paisano que anunció en inglés que iba a instruir a Fritz en la utilización de «tinta invisible». Del interior de un maletín, sacó una hoja de papel blanco y lo que parecía una cerilla de cabeza blanca. Primero, le indicó a Chapman que colocara el papel de escribir encima de un periódico, a continuación, que lo limpiara por ambas caras durante diez minutos utilizando un trozo de algodón y haciendo «un movimiento de rotación»^[190]. Colocó el papel sobre una lámina de cristal y le enseñó a Chapman a escribir un mensaje en letras mayúsculas utilizando la cerilla, separando cada palabra con una barra. La cerilla no dejó ninguna marca visible. A continuación, le explicó que ahora podía escribir con lápiz en ambas caras del papel, o con tinta en la cara opuesta a la que había utilizado para la tinta invisible, como si se tratara de una carta ordinaria. El hombre, después, desapareció llevándose consigo las hojas escritas y regresó unas pocas horas más tarde con el papel que había sido sumergido en algún tipo de solución química y en el que había aparecido el mensaje secreto, en un «pálido tono verde»^[191], bajo la escritura a lápiz. El «profesor» (así lo había bautizado Chapman) le entregó otros dos lápices-cerillas y le dijo que practicara la escritura invisible dos veces por semana. Las cartas le serían enviadas y él evaluaría su habilidad.

Chapman regresó a Nantes en avión y en paracaídas. Tras despegar de Le Bourget, un bombardero Junkers lo dejó caer sobre un campo cercano al aeródromo de la población. La unidad de Nantes había desplegado en la zona

un comité de recepción, pero Chapman consiguió llegar por sus propios medios hasta el aeródromo y se presentó al centinela como «Fritz».

De regreso a La Bretonnière, Von Gröning esparció sobre la mesa del comedor, cubriéndola por completo, un centenar de fotografías aéreas de los posibles puntos de aterrizaje, Gran Bretaña dispersada «como un mosaico»^[192]. Coincidieron en que el pueblo de Mundford, al norte de Thetford, en Norfolk, sería el punto ideal puesto que se trataba de una zona rural y poco poblada, aunque a una distancia razonable de Londres. Después, le enseñó fotografías aéreas de la factoría De Havilland en Hatfield, y le indicó la ubicación exacta de la sala de calderas.

Chapman se preparaba para pasar desapercibido en un país que no había visto en tres años, escuchaba la BBC cada noche y estudiaba los periódicos ingleses, además de una guía de Londres que le ayudaba a refrescar su memoria de las calles de la ciudad. Leo fue enviado a Dieppe a conseguir material británico del que había quedado tras la incursión, mientras Von Gröning viajaba a Berlín en persona a fin de recoger papel moneda británico. Chapman se hizo fotos en un estudio de Nantes para sus documentos de identidad falsos. En estas fotografías ha adoptado una ligera inclinación hacia delante, en una pose al estilo de un ídolo de película de cine de barrio, y una extraña e intensa mirada en su rostro. Casi podemos adivinar la tensión de la espera tras esa mirada.

Los preparativos parecían acelerarse, y se estaban ultimando los detalles de la operación, pero entonces, una noche, ante el inmenso asombro de Chapman, su instructor jefe alemán le llevó a un rincón de la habitación y le preguntó si quería retirarse de la misión por completo.

—Mire, no crea que le obligamos a ir a Inglaterra, porque, si no quiere ir, tenemos otros trabajos que usted podría hacer^[193].

—No —contestó Chapman, momentáneamente desconcertado—, quiero ir a Inglaterra.

Von Gröning insistió:

—Si no se siente seguro de poder hacer estas cosas, no vaya. Hay otros muchos trabajos para usted, y le podemos utilizar en otras cosas^[194].

Chapman protestó que estaba listo y se sentía capaz de llevar a cabo su misión:

—Creo que puedo hacer lo que me he preparado para hacer.



La siguiente sugerencia de Von Gröning fue aún más alarmante: ¿Deseaba Chapman que Leo le acompañara en esta misión? Chapman tuvo que pensar rápido. Si Leo iba con él, su libertad de acción quedaría muy limitada, y si el pequeño matón sin dientes sospechaba de los motivos de Chapman, le mataría de inmediato y sin reparos y, sin duda, con sus propias manos.

—No me parece demasiado recomendable —se apresuró a responder—, tal vez uno podría conseguir entrar, mientras que dos, seguramente no, en especial, si tenemos en cuenta que Leo no habla inglés.

Von Gröning abandonó el tema, pero la conversación había alarmado a Chapman. ¿Acaso el alemán intentaba advertirle?, ¿o quizá protegerle? Chapman no tenía por qué haberse preocupado, puesto que sólo se trataba de otra verificación de su determinación. El 24 de septiembre, Von Gröning envió un mensaje al cuartel general de París: «No cabe ninguna duda de que Fritz está en forma, espiritual y física»^[195].

Igual que ocurre con cualquier otra burocracia en rápida expansión, la Abwehr era igual de meticulosa que ineficaz: primero, consiguieron el modelo equivocado de paracaídas; después, la Luftwaffe parecía incapaz de localizar el avión adecuado. Un bombardero era demasiado ruidoso para un salto nocturno, así que solicitaron un avión de transporte a Rusia, o a Oriente Medio. Los repetidos retrasos atacaron los nervios de todo el mundo. Por fin, consiguieron localizar un avión de reconocimiento Focke-Wulf, momento en el cual alguien observó que algunos agentes habían sufrido lesiones al saltar en paracaídas, de modo que tal vez sería mejor que Fritz llegara a la costa británica en barco y que desembarcara utilizando un bote neumático de remos. Pero ¿qué tipo de barco?

Tras muchas discusiones, resolvieron enviar a Fritz en avión, una decisión que pronto quedó inmersa en un nuevo debate sobre la zona de salto. Si Fritz se lanzaba sobre Thetford, se argumentaba, el avión podía ser abatido por los cazas nocturnos que operaban alrededor de Londres. Alguien, que evidentemente nunca había visitado el lugar, sugirió las montañas de Cambria como un punto de aterrizaje alternativo. París envió las correspondientes instrucciones a Nantes: «Muéstrenle a Fritz fotos de las montañas de Cambria»^[196]. Chapman miró las fotos y se cerró en banda. Dejarse caer sobre las llanuras de Norfolk ya era bastante alarmante, ahora bien, aterrizar en pleno invierno en la ladera congelada de una montaña galesa ya era harina de otro costal. Por fin, y a regañadientes, se retractó, y dijo que si la Abwehr creía de verdad que esas montañas eran «más seguras que cualquier otro lugar», entonces que así fuera^[197]. Las montañas galesas se convirtieron en el

nuevo «objetivo operativo»^[198] y París ordenó que Fritz «se familiarizara con todos los detalles relacionados con las condiciones en las montañas de Cambria y con las diferentes maneras de llegar desde allí hasta Londres»^[199]. Unos días más tarde, no obstante, el director de la Abwehr de París, ejerciendo el derecho de cualquier jefe a la autocontradicción irracional, regresó a la idea original, y Mundford fue seleccionado de nuevo como el objetivo.

Entonces, en noviembre, justo cuando parecía que todos los escollos habían sido superados, toda la misión se puso en suspenso. La guerra entraba en una nueva fase, Hitler había decidido ocupar toda Francia, y Chapman, de improviso, se incorporó al ejército alemán.

Los dirigentes nazis llevaban varios meses observando al régimen de Vichy con creciente preocupación; desde el colapso de Francia en 1940, habían permitido a Henry Philippe Pétain, jefe del gobierno colaboracionista francés en Vichy, gobernar la zona no ocupada del sur de Francia como un estado marioneta bajo control de los nazis. Sin embargo, después que el almirante Francis Darían, miembro del gobierno de Pétain, firmara un armisticio con los Aliados en Argelia, Hitler decidió violar el acuerdo de 1940 e invadir la zona controlada por Vichy, una operación que recibió el nombre clave de «caso Antón». Los alemanes llamaron a filas a todos los hombres disponibles para participar en la nueva ocupación militar, y eso incluía a Eddie Chapman.

Los miembros de la sección de Nantes de la Abwehr, ahora Truppe 3292 del Abwehrkommando 306, se incorporaron a una división de las SS y recibieron órdenes de dirigirse hacia el sur. Los espías se pusieron uniformes militares: Von Gröning lucía toda la parafernalia de un oficial de caballería, abrigo cruzado de cuero y alta gorra de plato, Praetorius, su uniforme de las SS, y el resto, uniformes militares diversos. Parecían el elenco de una obra de Gilbert y Sullivan. Chapman recibió la orden de enfundarse el uniforme verde de campaña de cabo de los marines alemanes, con un cuello dorado y, en el brazo, una banda amarilla con una esvástica. Se sintió algo decepcionado porque su uniforme no tenía charreteras pero, al menos, le permitieron llevar su arma.

El 12 de noviembre de 1942, Thomas y los otros embarcaron en el Mercedes; Chapman viajaba junto a Von Gröning en otro coche que transportaba, además, bidones de reserva de gasolina, alimentos, y un arsenal de armas automáticas. En el transcurso de su veloz viaje hacia el sur a toda velocidad, adelantaron a filas de soldados de las SS que iban en la misma

dirección y a una columna de camiones repletos de soldados que se extendía unos ocho kilómetros. Los hombres y mujeres franceses observaban desde los arcones de la carretera. Algunos de los mirones le parecieron a Chapman «asustados, asombrados y resentidos» pero la mayoría de ellos le parecieron «apáticos»^[200]. «No montaron ninguna escena —observó—, simplemente, se negaban a hablar y mientras pasábamos parecían amargados»^[201]. En los cruces y en los controles, los gendarmes franceses les dejaban pasar y les saludaban con elegancia, dando la bienvenida a una ocupación que no podían evitar. Los Abwehrkommandos se detuvieron en varias ocasiones a comer y beber algo, y para cuando llegaron a Limoges, el pequeño ejército de Von Gröning estaba, como ya era habitual, muy bien entonado.

En Limoges, la tropa instaló su cuartel general en un pequeño hotel y se reunieron con otra unidad al mando de un tal comandante Reile, un oficial de la Gestapo, quien les informó de que su misión consistía en asaltar las casas de las personas sospechosas de ser agentes enemigos. Armados con pistolas y subfusiles automáticos, Chapman y sus compañeros siguieron a Von Gröning hasta un edificio de apartamentos donde derribaron la puerta de un piso que pertenecía a un cierto capitán Le Saffre. El sospechoso había huido y dejado papeles por todas partes. Mientras sus compañeros saqueaban el piso, Chapman cogió unos cuantos papeles y se los metió en el bolsillo.

En la siguiente casa donde irrumpió la tropa encontraron a dos ancianas aterrorizadas escondidas bajo una cama. Von Gröning estaba consternado, y se sintió aún más avergonzado cuando las mujeres explicaron farfullando que el hombre al que buscaban llevaba muerto dos años. Al aristócrata alemán no le gustaba en absoluto el trabajo de la Gestapo. Hacia el final de la tarde, su tropa había asaltado una docena de casas, la mayoría de ellas vacías, o bien ocupadas por las personas equivocadas, y reunió un total de cinco sospechosos franceses, uno de ellos, un adolescente de diecisiete años. Los aterrorizados franceses, que voceaban su inocencia, fueron encerrados sin sus pantalones en la habitación de un hotel. Von Gröning los liberó a todos más tarde. «¿Por qué debería enviarlos a un campo de concentración? —dijo—. Tal vez sean culpables, pero tal vez sean inocentes»^[202]. De regreso al hotel, Chapman inspeccionó los papeles que había recogido del piso, que parecían ser notas de un diario, «cita con tal y cual, en tal o cual lugar, y a tal hora...»^[203] y los destruyó minuciosamente.

La contribución a la ocupación de la Truppe 3292 había sido insignificante: habían capturado «presas sin importancia», a las que habían dejado marchar, saqueado algo de alcohol y aterrorizado a dos ancianas^[204].

Aun así, se merecía una cena para celebrarlo: era el día que Chapman cumplía veintiocho años. Por el camino de regreso a Nantes, se preguntó si su inclusión en la invasión no habría constituido simplemente una fase más de su formación. «Creo que se trataba de ver mi reacción a la incursión»^[205] y fue una reacción peculiar: Eddie se había divertido de lo lindo. Más tarde recordaría este episodio, las incursiones a medianoche, el derribo de puertas, las aterrorizadas personas sacadas a rastras de su cama o lucir su primera esvástica, como «un viajecito encantador», un indicador, tal vez, de su confusión moral, consecuencia de haber vivido tanto tiempo entre los nazis.

10

El salto

La invasión de Vichy constituyó el último examen de Chapman. Tras vacilar tanto tiempo, la Abwehr se lanzó a la acción a una velocidad asombrosa: Von Gröning anunció que Chapman marcharía para Gran Bretaña en muy pocos días, e informó que Fritz parecía «visiblemente aliviado» por la noticia^[206]. París había enviado un cuestionario, una lista detallada de la información útil que podía proporcionar desde el Reino Unido, y repasaron juntos los detalles de su inminente misión.

Saltaría sobre Mundford alrededor de las dos de la madrugada. Simultáneamente, en algún lugar «más hacia el interior», los aviones alemanes realizarían una incursión aérea a fin de distraer a los cazas nocturnos^[207]. Al aterrizar, tenía que cavar un hoyo en algún lugar discreto y enterrar el paracaídas, el mono de salto, el casco y las botas de paracaidista, el resto del equipo de vuelo y la pala. Todo este material sería de fabricación británica. Vestido con sus ropas civiles (hablaron de intentar obtener un uniforme del ejército británico, pero desestimaron la idea) debería esconderse en algún lugar hasta el amanecer y entonces, utilizando una brújula y un mapa, dirigirse hacia Norwich, a algo más de cuarenta y cinco kilómetros, donde tomaría un tren hacia Londres. Una vez en la capital, debería establecer contacto con su antiguo cómplice, el notorio Jimmy Hunt, y enviar su primera transmisión tres días después de aterrizar, entre las nueve cuarenta y cinco y las diez quince de la mañana. París, Nantes y Burdeos estarían todos esperando su señal. En este punto, Von Gröning observó que, en caso de ser capturado, «la burocracia británica»^[208] sin duda tomaría un cierto tiempo antes que los servicios de inteligencia consiguieran poder utilizar a Chapman con el propósito de engañarles. Si tardaba mucho en transmitir, le dijo Von Gröning, sospecharía lo peor.

Más importante aún, su primer mensaje, y todos los mensajes subsiguientes, deberían ir precedidos por cinco efes. Ésta sería su «contraseña

de control», la señal acordada que indicaba que estaba operando en libertad. Si el mensaje no empezaba con FFFFF, Von Gröning sabría que había sido capturado y que transmitía bajo presión. Daba por supuesto que si alguien se hacía pasar por Chapman no conocería la «contraseña de control» convenida, en cuyo caso, Von Gröning llegaría también a la conclusión de que había sido capturado. De igual modo, si un mensaje venía precedido por PFFFF, indicaría que se trataba de un aviso de emergencia que significaba que estaba siendo observado por los servicios de seguridad o que le seguía la policía.

A partir de ahí, esperaba que Chapman transmitiera cada mañana, entre las nueve cuarenta y cinco y las diez quince, utilizando un radiotransmisor de fabricación británica, capturado a un agente inglés, que podía ser utilizado desde el interior de una habitación sin necesidad de antena exterior. Transmitiría en una frecuencia preestablecida, y se llevaría consigo cinco cristales de radio en caso de dificultad. Todos los mensajes debían ser enviados en inglés utilizando el mismo sistema de cifrado y una nueva palabra clave: CONSTANTINOPLE. Si por cualquier motivo no podía utilizar su transmisor, debía insertar el siguiente anuncio en la columna de anuncios por palabras de *The Times* «Joven pareja busca pequeña casa de campo cerca de Elstree o Watford con instalaciones modernas»^[209] y, a continuación, enviaría mensajes, utilizando tinta invisible, a un piso franco en Portugal, un país neutral, dirigidos a:

Francisco López Da Fonseca
Rúa Sao Maomedede 5051
Lisboa

donde un agente alemán recogería los mensajes y se los enviaría a Von Gröning.

El sabotaje de la factoría aeronáutica De Havilland (nombre clave: «Walter», una referencia a Praetorius / Thomas) constituía la misión principal de Chapman, aunque no su único objetivo. También debía conseguir información sobre los movimientos de tropas estadounidenses, en especial de los convoyes, anotar los destinos inscritos en las etiquetas de los vagones de carga del ferrocarril, los indicadores de división, enviar evidencia de construcción de buques y cualquier otra información militar que pudiera descubrir. Se le pedía además enviar informes meteorológicos a fin de facilitar las incursiones de los bombarderos, que describieran con el mayor detalle posible la altura de las nubes, la temperatura, la dirección y la fuerza

del viento y la visibilidad. Chapman podía utilizar su propia iniciativa, dentro de sus propios límites. Si el recinto de De Havilland demostraba ser inexpugnable, entonces podía atacar la fábrica de hélices de avión en Weybridge, Surrey, o las refinerías de caucho y de azúcar, o simplemente «molestar», colocando bombas en maletines en las consignas de las estaciones del metro^[210]. Von Gröning le tranquilizó:

—Tómese su tiempo y piense las cosas con calma. No importa si no lo consigue, no se arriesgue innecesariamente. Si consigue regresar, tenemos más trabajos para usted, otras tareas valiosas^[211]. —Si así lo deseaba, podía reclutar más cómplices entre los miembros de la banda de la gelatina.

Para que pudiera pagar a sus contactos criminales, obtener los explosivos necesarios y, en general, vivir, se le entregarían a Chapman mil libras en billetes usados (el valor equivalente a unas treinta y tres mil libras actuales, unos cuarenta y un mil quinientos euros). Eso debería «bastarle para ir tirando», le dijo Von Gröning, y añadió que si necesitaba más dinero, se lo podría hacer llegar a través de agentes que ya estaban en Gran Bretaña. Von Gröning se negó a identificarlos, aduciendo que ya organizarían los contactos a través de la radio. «Por supuesto, nuestros agentes están allí. Los tenemos, tenemos los contactos, pero debemos ser muy cautelosos y no correr ningún riesgo»^[212]. Chapman se preguntó si no habría enviado ya a Wojch a esperarle, ayudarle o, más probablemente, espiarle.

Von Gröning siguió dándole instrucciones. Cuando el sabotaje estuviera preparado, debía enviar un mensaje la víspera del atentado diciendo: «Walter preparado para marchar», e informar de la hora prevista de la explosión^[213]. De ese modo, los aviones de reconocimiento podrían inspeccionar la eficacia del ataque.

Si, por desgracia, Chapman caía en manos de los servicios secretos británicos, le dijo Von Gröning, debería darles «la mínima información posible, ofrecerle sus servicios, y solicitar que le enviaran de nuevo a Francia»^[214]. Entonces, debía contactar de inmediato con la Abwehr, que lo utilizaría como agente triple, tras escenificar «un pequeño número de acciones de sabotaje» a fin de convencer a los británicos de su buena fe^[215].

La misión de Chapman duraría tres meses, al final de los cuales debía regresar a Francia, utilizando uno de los tres métodos siguientes: podrían enviarle un submarino a recogerle en la costa inglesa o escocesa, en algún punto que decidirían por radio; o bien podía viajar a la república de Irlanda, donde «diversas personas le ayudarían a regresar»^[216]. La tercera y mejor vía de escape, subrayó Von Gröning, consistía en dirigirse a Portugal, un país

neutral; una vez en Lisboa debería dirigirse al piso franco en la Rúa Sao Maomede, presentarse a sí mismo como Fritz al señor Fonseca, y darle la contraseña: «Joli Albert»^[217]. A continuación, organizarían un viaje de regreso seguro a través del consulado alemán. Una vez de nuevo en Francia, recibiría su dinero y le darían una recepción digna de un héroe.

Von Gröning le dibujó la fascinante imagen de la recompensa económica, y de algún otro tipo, que Chapman podía esperar de un Tercer Reich agradecido. Tras informar en Berlín, sería enviado a pasar unas «largas vacaciones», con visitas a las ciudades más importantes de Alemania^[218]. Tal vez le pidieran llevar a cabo una importante misión en Estados Unidos, pero podría ser destinado donde deseara y, quizá, recibir su propio mando en la Abwehr. Chapman había comentado en alguna ocasión que le gustaría asistir a una de las grandes reuniones en Berlín, manifestaciones en las que Hitler pronunciaba discursos dirigidos a una multitud fascinada. Von Gröning le prometió intentar organizarlo. Es más, le conseguiría a Chapman un buen sitio en «la primera o segunda fila», aun cuando eso significara que tendría que vestir el uniforme de un oficial superior^[219]. Pese a que Von Gröning nunca había manifestado un gran entusiasmo hacia Hitler, organizar la participación de Chapman en un mitin nazi y colocar a su espía tan cerca como le fuera posible del Führer parecía hacerle muy feliz.

Chapman juzgó que éste era un buen momento para plantear, una vez más, el tema de Faramus en Romainville. Von Gröning adoptó un tono tranquilizador:

—No se preocupe —le dijo—, le enviaremos a Faramus un paquete. No he tenido ninguna noticia suya, pero voy a investigar y averiguar qué está ocurriendo con él y le prometo que estará bien atendido^[220].

Chapman se tranquilizó, aunque no hubiera debido, porque el pobre Faramus, en aquel momento, ya había sido absorbido por el Holocausto. Ya no era un rehén del buen comportamiento de Chapman, sino apenas una minúscula brizna de paja atrapada en las redes de una burocracia asesina. Chapman estaba convencido de que todavía tenía la vida de su amigo entre sus manos; en realidad, incluso si fallaba o desertaba, nadie se hubiera acordado de matar a Tony Faramus. Ya había sido seleccionado para morir. En el mismo momento en el que Chapman hacía la maleta en Nantes, Faramus viajaba en un vagón de transporte de ganado hacia el campo de concentración nazi de Buchenwald.

Sin mediar explicación alguna, habían sacado a Faramus de su celda en Romainville y lo habían trasladado a un campo de concentración de

prisioneros en tránsito en Compiègne; a continuación, lo cargaron en un vagón de ganado junto a otros ciento veinte prisioneros, en un furgón diseñado para ocho animales. La muerte llegó despacio, por asfixia, disentería y sed. Al cabo de algunos días, «el margen entre los vivos y los muertos era tan estrecho que resultaba difícil distinguir entre ambos»^[221]. No había espacio para caer y los vivos se mantenían en pie, hombro con hombro con los muertos. Cinco días después de dejar Compiègne, el tren de la muerte llegó a Buchenwald, cerca de Weimar. De los ciento veinte prisioneros apiñados en el vagón, sesenta y cinco todavía estaban vivos, apenas. El menudo Tony Faramus formaba parte de los supervivientes, y reflexionó, para sus adentros, mientras le llevaban a la esclavitud, que «resultaba muy difícil creer que esta carnicería pudiera ser obra del hombre»^[222].

El 12 de diciembre de 1942, Von Gröning organizó una fiesta de despedida en La Bretonnière. Mataron y asaron una oca y brindaron una y otra vez por el éxito de Chapman, Fritz, el pequeño Fritz, y todos los demás corearon juntos «Lili Marlene». Von Gröning, quien, incluso según su propia medida, había bebido demasiado, estaba de un humor exultante:

—Si hace esto por nosotros, nunca más tendrá que preocuparse de nada, y a su regreso tendrá el futuro solucionado. No se preocupe, todo irá bien y beberemos juntos otra botella de champán^[223].

Praetorius llevó a Chapman a un rincón, parecía incómodo, más agitado incluso que de costumbre, y le susurró:

—Tengo que hacer algo muy embarazoso, pero todos los agentes deben pasar por ello, aunque se trata tan sólo de una sencilla formalidad; espero que no se sienta usted insultado^[224]. —¿De qué se trata?

Praetorius explicó que, antes de marcharse al Reino Unido, Chapman debía someterse a un minucioso registro para buscar cualquier etiqueta, recibo, billete o cualquier otro objeto de Francia o Alemania que pudiera identificarle como un espía procedente del territorio ocupado. No podían permitir que Chapman se marchara con «cualquier cosa que pudiera indicar su origen alemán»^[225].

—¿No le importa? —le preguntó Praetorius^[226].

—Por supuesto que no.

Más que importarle, Chapman estaba muy agradecido por el aviso de «Thomas». Cuando todos los demás se retiraron dando traspiés y borrachos hacia sus camas, Chapman cogió todas las notas que había tomado, las frecuencias de radio, fórmulas, códigos y nombres, y quemó hasta el último trozo de papel.

Por la mañana, llegó un médico que le hizo un reconocimiento médico completo a Chapman y, a continuación, con Praetorius y Von Gröning observándole, metió todo lo que un espía alemán podía necesitar en territorio enemigo, y muchas cosas que seguramente no necesitaría, en su mochila de lona de fabricación británica:

- *Una pala*
- *Una radio*
- *Un revólver Colt cargado y con un cargador de repuesto*
- *Dos pañuelos*
- *Doce detonadores, cuidadosamente embalados en serrín por si acaso caían al suelo con demasiada fuerza*
- *Chocolate*
- *Mermelada de uva*
- *Un sombrero*
- *Una navaja de afeitar*
- *Una brújula*
- *Una caja de cerillas, con «cerillas» de tinta invisible*
- *Un par de gafas (de cristales neutros)*
- *Dos camisas limpias*
- *Un mapa del ejército británico*
- *Un documento de identidad a nombre de George Clark, de Hammersmith*
- *Una tarjeta de identidad a nombre de Morgan O'Bryan, electricista de Dublín.*

Cada uno de estos objetos era de fabricación británica, y si no lo era, lo parecía. Incluso su cartera estaba llena de objetos diarios, tomados de los muertos en Dieppe: dos recibos de tumbona de playa, una entrada para el club de golf de Torquay, un recibo de un albergue de la YMCA, fotografías familiares, todas ellas de gente que Chapman nunca había conocido. Entre todo aquello, también llevaba la nota de amor de Betty en el papel del Royal Yacht Hotel, ahora muy arrugada, el único objeto auténtico entre todas esas mentiras.

Después, Von Gröning, con una expresión muy peculiar, le entregó a Chapman una única píldora marrón envuelta en un pequeño paquete de papel de celofán, explicándole que si «tenía algún problema» podía tragársela^[227]. La palabra «problema» no necesitaba más explicaciones. Ambos sabían lo que les ocurría a los espías alemanes capturados; resultaba innecesario aclarar lo que le podía ocurrir a un espía que, además, era británico.

Chapman se despidió de los hombres de la unidad, de Bobby el cerdito, y de La Bretonnière, el único «hogar» que, en sus propias palabras, había conocido en diez años^[228]. En ese lugar había encontrado «auténtica camaradería», aunque fuera junto a unas personas extraordinariamente malvadas^[229]. Antes de marcharse, le entregó a Praetorius quinientos francos y le pidió que les pagara una ronda a los chicos.

Aquella noche Chapman, Von Gröning y Praetorius se alojaron en el Hotel des Ambassadeurs en París. Por la mañana, Praetorius lo registró, tal como había prometido, y a continuación le entregó una bolsa de lona impermeabilizada que contenía novecientos noventa libras en billetes usados de diversas denominaciones. Si Chapman hubiera mirado en el interior de la bolsa que contenía el dinero, tal vez habría podido ver que los fajos de billetes estaban sujetos por una tira de papel que llevaba el sello «Reichsbank, Berlín» y encima, escrito a lápiz, «Inglaterra»^[230]. En un gesto de increíble descuido, la Abwehr le había suministrado a Chapman un dinero que le identificaba de inmediato como un espía alemán. Praetorius, después de haber registrado cada centímetro de su ropa en busca de pistas incriminatorias, le había entregado a Chapman una sentencia de muerte en forma de billetes usados.

En el aeropuerto de Le Bourget, les esperaba un coronel de la Luftwaffe, a quien Chapman reconoció de sus prácticas de paracaidismo. El coronel parecía saberlo todo acerca de la misión de Chapman, puesto que comentó con él los méritos del bombardero Mosquito, y la importancia que tenía detener su producción. «Tienen ustedes unos aviones preciosos», añadió^[231].

El coronel le presentó al piloto, un corpulento joven que lucía una Cruz de Hierro y que condujo a Chapman por el asfalto en dirección a un estilizado avión negro de ocho metros de largo, dos motores y una ametralladora montada a cada lado. El piloto explicó con orgullo que se trataba de un Focke-Wulf de última generación adaptado para paracaidismo. En el suelo del fuselaje se había cortado una sección cuadrada que se había sustituido por un panel de madera bien calzado con material de embalaje, una trampilla que se abría tirando de una manilla que la liberaba para dejar caer al paracaidista. Una tripulación de tres miembros llevaría a Chapman al otro lado del canal: el joven piloto, *Hauptman* Karl Gartenfeld, el navegante, un teniente, y un suboficial radiotelegrafista y artillero. Se comunicarían mediante un intercomunicador «del tipo laringe»^[232]. A Chapman le llamó la atención que el piloto pareció situarse deliberadamente ante el panel de control de proa, como si quisiera impedir que su pasajero lo inspeccionara.

En el barracón, Chapman se enfundó mono de salto encima de sus ropas civiles, el antiguo traje que había llevado a Jersey hacía ya tantos años. Mientras se abrochaba el mono, se colocaba las rodilleras y se ataba las botas de paracaidista, Chapman observó que le temblaban las manos.

Sufrieron un pequeño retraso debido a que esperaban el parte meteorológico de Gran Bretaña. Chapman fumaba cigarrillo tras cigarrillo y, para dar conversación, preguntó qué posibilidades tenían de ser derribados por el fuego antiaéreo o por los cazas nocturnos. El joven piloto se echó a reír y contestó que ellos podían «eludir el ataque» utilizando un aparato que desviaba el sonido^[233]: desde tierra, el avión parecería estar al menos a un kilómetro más atrás de su posición real. Chapman cayó en la cuenta de que ningún miembro de la tripulación llevaba un paracaídas, y se sintió algo aliviado.

Algo pasadas las once de la noche, el piloto llamó a Chapman y le indicó que se dirigiera hacia el avión. Von Gröning y el coronel de la Luftwaffe le acompañaron mientras él caminaba a pasos lentos y pesados sobre el asfalto, lastrado por las rodilleras, las botas de paracaidista, el paracaídas y el gran petate que llevaba a la espalda. Chapman le estrechó la mano al amigo cuyo auténtico nombre ignoraba, y quien declaró que en el momento en que recibiera el primer mensaje de Fritz abriría una botella de champán en La Bretonnière. «El coronel y yo estaremos esperando —le dijo Von Gröning—, se lo garantizo, estaremos esperando»^[234].

Chapman se introdujo en el avión a través de la trampilla de la cabina, y el piloto le ordenó arrodillarse en el suelo, encima del agujero, mirando a la popa del avión. El artillero ya estaba sentado a popa, y el navegante entró a cuatro patas tras él.

A las once y veinticinco, el Focke-Wulf se elevó rugiendo del aeropuerto de Le Bourget en dirección a la oscuridad. La única iluminación en el interior de la cabina consistía en la minúscula linterna que sostenía el radiotelegrafista. El avión viró, Chapman pudo percibir los destellos de una multitud de pequeñas luces en la distancia mientras seguían subiendo cada vez más alto, y Chapman creyó oler el aire marino. De repente, un intenso frío inundó la cabina, pese al escaso calor de un calefactor, y el radiotelegrafista le indicó a Chapman que debía ponerse la máscara de oxígeno. De vez en cuando, el navegante escribía alguna cosa en un pequeño trozo de papel y se lo pasaba por encima de la cabeza de Chapman al piloto. Si Chapman se colocaba boca abajo, el petate le aplastaba hasta asfixiarle, y de rodillas le resultaba imposible enderezar la espalda o darse la vuelta. Empezó a sentir

calambres que se le extendían por el cuerpo y un líquido tibio le goteaba y le hacía cosquillas sobre la barbilla. La correa de la máscara de oxígeno le había quedado floja y Eddie sangraba por la nariz. Al sobrevolar la costa inglesa al norte de Skegness, vio los focos que surcaban el cielo. El avión pareció caer en espiral entre el rugido de los motores y después inició el ascenso de nuevo; al cabo de poco tiempo, al sobrevolar los pantanos del condado de Cambridge, el Focke-Wulf realizó un extraño baile en el cielo en forma de ocho. Chapman se ciñó bien el casco y sujetó la cinta de su paracaídas a una anilla en el techo. La tripulación no parecía preocupada: «Lejos de estar nerviosos o sentir aprensión, se reían y bromeaban», como si estuvieran en una atracción de feria^[235].

Chapman sintió que el piloto le daba un golpecito en la espalda. Se arrancó la máscara de oxígeno, se puso de rodillas y tiró con fuerza de la manilla. La puerta de la trampilla desapareció bajo él y cayó de golpe pero, en lugar de descender, quedó suspendido cabeza abajo bajo la panza del avión, y el aire que pasaba junto a él a una enorme velocidad le asfixiaba. El gran petate que llevaba a la espalda había quedado enganchado en los bordes de la trampilla. Colgó, impotente, un corto rato que a él le pareció una eternidad, pero que en realidad no pasó de los diez segundos, luego sintió un golpe en las nalgas, la bota del radiotelegrafista, y reinició la caída dando volteretas. Un sonoro crujido, un sobresalto, y el paracaídas se abrió, obediente, por encima de él. De repente reinó un inmenso silencio. La sangre le corría por la barbilla; en la lejanía, vio los focos que buscaban en la oscuridad, y más abajo oyó el aullido de una sirena que indicaba el fin de la alerta. Durante un extraño momento se preguntó si aquello de allá abajo no sería tal vez Francia en lugar de Inglaterra. ¿Podría tratarse de otro de los exámenes de Von Gröning? En el transcurso de los siguientes doce minutos, se deslizó hacia abajo, cruzando la noche tranquila y sin viento, hacia un punto en la oscuridad, allá en tierra, al menos a treinta kilómetros del lugar en el que se suponía que debía haber aterrizado.

11

La emocionante noche de Martha

A la una y cuarenta ocho minutos de la madrugada del 16 de diciembre, el sargento Joseph Vail de la policía de Littleport oyó lo que parecían ser dos aviones diferentes, o un avión con dos motores muy potentes, sobrevolando la parte occidental de la ciudad. La alerta fue difundida de inmediato a todas las comisarías de policía de la región: «Mantengan máxima observación en la zona de Wisbech, en Downham Market, Ely; se ha avistado un avión en el sector volando en círculos y procedente del sur, de la costa del condado de Lincoln. Suponemos que podría tratarse de Nightcap^[236] aunque no en la zona prevista^[237]. Se hizo otra llamada de teléfono a un número en Whitehall, y otra más a casa del comandante Tar Robertson, quien se levantó y se puso sus pantalones de cuadros escoceses. En este punto, Eddie Chapman todavía no había tocado tierra.

El MI5 había bautizado la «trampa para Fritz» con el nombre clave de Nightcap. Ya en octubre, habían interceptado un mensaje que revelaba que Fritz «pronto vendría a pasar sus vacaciones», y los oficiales de enlace de los servicios de seguridad en tres áreas diferentes del país habían recibido un aviso en el que se les alertaba de la llegada del agente enemigo^[238]:

El agente X tiene probablemente menos de treinta años y mide un metro ochenta. Tal vez utilice el nombre de Chapman. Habla inglés, francés y alemán, y es un experto radiotelegrafista. Es posible que el agente X lleve encima algún medio para suicidarse, por ejemplo, pastillas de veneno. En el momento de su arresto debería ser, por tanto, registrado de inmediato, encarcelado mientras se realizan las investigaciones pertinentes, y enviado a Londres bajo escolta^[239].

Los interceptores de radio británicos llevaban meses controlando todos los puntos y rayas del tráfico Fritz, hasta que creyeron conocer íntimamente al personaje. A partir de las fuentes ultrasecretas, la unidad de contraespionaje había conseguido obtener una idea general de la misión de Fritz, aunque no el

plan contra la factoría de aviones Mosquito de De Havilland. El tráfico hacía suponer tres posibles puntos de aterrizaje: Mundford, el norte de Norfolk y las montañas de Cambria, y estas últimas se consideraban las más probables.

Robertson había descubierto incluso el auténtico apellido de Fritz, si bien, en un principio, parecía una pista falsa, puesto que el MI5 había pasado varios días interrogando sin ningún resultado a Robert William Chapman, un soldado completamente inocente que había desaparecido en el desierto del norte de África y quien, se suponía, podía haber sido reclutado por la Abwehr durante el tiempo que pasó en un campo alemán de prisioneros de guerra.

Los cazadores de espías del B1A conocían los detalles del trabajo dental de Fritz, los nombres que figuraban en sus documentos falsos de identidad, e incluso la longitud aproximada de sus cabellos después de que las fuentes ultrasecretas informaran: «Podría interesarles a los servicios de inteligencia saber que Fritzchen dijo, en descodificado, hoy a las trece horas GMT que “esta mañana no podía atenerse a su horario porque iba a cortarse el pelo”»^[240]. Sabían que su contraseña era «Joli Albert», conocían el color de sus botas, y estaban al tanto del venenoso contenido del dobladillo de sus pantalones.

Sin embargo, el MI5 también era consciente de que las posibilidades de capturar a Fritz, incluso contando con la información de las fuentes ultrasecretas, eran muy escasas.

En el seno de la división B, la división de contraespionaje del MI5, los especialistas habían debatido largo y tendido acerca del mejor modo de hacerlo caer en una trampa. Un completo dispositivo policial de búsqueda, con bloqueos en carretera y registros casa por casa, fue descartado arguyendo que ofrecía «demasiado riesgo de filtraciones y subsiguientes informaciones a la prensa»^[241]. Si la cacería llegaba a oídos de algún agente enemigo, los alemanes tal vez se darían cuenta de que los británicos podían leer sus mensajes, y las fuentes ultrasecretas debían ser protegidas a toda costa. Otra opción consistía en preparar una «columna volante» de FSP, *Field Security Pólice*, la policía militar que dependía de los servicios de inteligencia, que podía ser rápidamente movilizada en la zona de aterrizaje. Esta opción también fue descartada puesto que podría «crear problemas con la policía local y sólo ofrecía una pequeña posibilidad de éxito».

Por fin, se decidió montar una combinación de trampas, y esperar que el agente X cayera en, al menos, una de ellas. Tan pronto como las fuentes ultrasecretas recibieran la indicación de que Fritz estaba en camino, se activaría la Operación Nightcap, Dick White sería avisado en su número de

teléfono privado en Londres y los oficiales de enlace regionales y el mando de aviones de caza serían puestos en estado de alerta. Un oficial de inteligencia estacionado en el centro de mando de cazas realizaría el seguimiento de los aviones que llegaban y, si descubría algún avión enemigo que pareciera dirigirse hacia una de las tres zonas objetivo, alertaría al oficial de guardia en el MI5, quien por su parte, se pondría en contacto con el jefe de policía del distrito en cuestión, dándole instrucciones de registrar la zona, aunque con la máxima discreción. Si el avión era abatido, el agente se lanzaría en paracaídas y entonces podría ser recogido. Si, pese a todo, el espía conseguía aterrizar sin ser descubierto, la policía debía «peinar» las casas de huéspedes y los hoteles. A los participantes en la Operación Nightcap se les comunicó tajantemente: «Hagan lo que hagan, deberían ustedes recalcarles a todos sus colaboradores la necesidad fundamental de mantener la búsqueda lo más discreta posible... no se le debe informar al público que están buscando a un agente enemigo que ha llegado en paracaídas». Si alguien le preguntaba a la policía la razón por la que registraban cada mata de hierba y miraban detrás de cada árbol, tenían que «fingir buscar a un desertor»^[242].

Pese a los complicados preparativos, el MI5 era muy consciente de que su red estaba llena de agujeros. Se trataba de un agente bien entrenado, un «saboteador profesional... capaz de manejar a la perfección su equipo de transmisiones»^[243]. Al ser inglés, Fritz iba equipado con el mejor camuflaje que pudiera tener un espía, y estaba a punto de ser lanzado en una de entre tres zonas remotas y poco pobladas, cada una de ellas de unos veinte kilómetros de diámetro: tenía dinero, un arma y, a juicio de las fuentes ultrasecretas, mucha iniciativa. El MI5 era realista: «Somos bastante conscientes de que nuestros planes no ofrecen más que el cuarenta por ciento de posibilidades de descubrir a nuestro hombre, si éste no pierde la cabeza y ejecuta bien su papel»^[244].

El mando de cazas captó al Focke-Wulf, y seis aviones de la escuadrilla 12 fueron enviados en su persecución. Uno de ellos, lo tuvo a tiro pero, entonces, «los instrumentos del avión dejaron de funcionar sin ningún motivo aparente». El avión alemán consiguió huir, y sólo la vigilancia del sargento Vail garantizó que la Operación Nightcap pudiera activarse. Chapman había aterrizado muy alejado de la zona prevista, puesto que, durante unos momentos vitales, había luchado por desenredarse del avión que volaba a más de quinientos kilómetros por hora. En último término, la persona que garantizó la captura del agente X fue el propio Eddie Chapman.

Martha Convine no podía dormir. La había despertado el sonido del motor de un avión que sobrevolaba su casa, y permaneció en su cama preguntándose si no sería un avión alemán. Se estaba adormeciendo cuando la sirena que anunciaba el fin de la alerta la despertó de nuevo. George, su marido, el capataz de la granja Apes Hall en Ely, roncaba tranquilamente, por supuesto, porque George podía dormir mientras arreciaba la batalla de Inglaterra y, en los últimos tiempos es lo que solía hacer, a pierna suelta. Cuando parecía que Martha conseguía, por fin, cerrar los ojos y dormirse, se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

Martha sacudió a George para despertarlo, se puso la bata, se asomó a la ventana y escudriñó la oscuridad.

—¿Quién es?^[245]

Le respondió una voz de hombre:

—Soy un aviador inglés; he tenido un accidente.

Eran las tres y media de la madrugada. En el transcurso de la última hora, Chapman había caminado dando tumbos en la oscuridad, a través de los campos de apio mojados, aturdido y todavía traumatizado por haber quedado colgando de un avión a una velocidad aterradora. En su caída, le faltó muy poco para golpearse contra un establo vacío, y parecía haber perdido su mapa. Por fin, descubrió la granja de piedra del siglo XVIII, iluminó con su linterna la ventana de la puerta y el listín telefónico inglés que vio sobre la mesa del recibidor le llenó de alivio, puesto que significaba, por supuesto, que el pringoso barro que se le había pegado en las botas en la última hora era británico, y no francés.

Mientras el adormilado George encendía la lámpara, la señora Convine bajó a abrir la puerta. El individuo que esperaba en el umbral parecía surgido de un pantano. Martha «observó que tenía el rostro manchado de sangre» y que llevaba un traje de calle. Uno nunca puede ser demasiado prudente en tiempos de guerra, así que Martha le preguntó dónde estaba su avión. Él hizo un gesto impreciso señalando el campo a su alrededor:

—Más allá de los sembrados —respondió, añadiendo en un murmullo que había bajado en paracaídas.

—Me pareció oír un «Jerry»^[246] —dijo Martha.

—Sí —contestó el hombre, sin darse cuenta de lo absurdo de su respuesta—. Sin duda, uno de los aviones que nos daban cobertura^[247].

El hombre no empezó a mostrarse coherente hasta que estuvo sentado en la cocina, junto al hogar, sosteniendo una taza de té entre las manos. Preguntó si le dejarían utilizar el teléfono y George, un policía auxiliar voluntario que

se sabía de memoria el número de la comisaría de policía de Ely, se lo marcó. Aunque el hombre habló en voz muy baja por el auricular, Martha le oyó decir claramente que «acababa de llegar de Francia», y le pareció muy emocionante^[248].

Cuando los agentes Vail y Hutchings llegaron en el coche de la policía, acompañados por dos oficiales, ya eran las cuatro y media, el paracaidista se había tomado tres tazas de té y comido cuatro tostadas y estaba claro que se sentía mucho mejor, incluso risueño.

Convine condujo a los policías a la sala de estar donde el hombre estaba charlando con Martha. En su informe, Vail declararía que «nos estrechó la mano y parecía algo perturbado, aunque satisfecho de vernos». Entonces metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola, diciendo:

—Imagino que lo primero que querrán ustedes será esto. —Descargó el arma y se la entregó a Vail, junto con otro cargador lleno.

Cuando Vail le preguntó de dónde había llegado, el hombre respondió:

—De Francia. Quisiera contactar con los servicios de inteligencia británicos. Se trata de un asunto que les concierne a ellos y me temo que no puedo decirles demasiado.

Un paquete rectangular, cosido en tela de saco, descansaba en una de las sillas de la sala de estar. El hombre explicó que contenía «su radiotransmisor, chocolate y camisas». A la pregunta de si tenía dinero, se quitó la camisa y descubrió «un pequeño paquete atado a la espalda entre los omóplatos», que se quitó y le entregó. En el interior, el asombrado oficial pudo ver los fajos de billetes de banco. También sacó su cartera, con un documento de identidad a nombre de «George Clarke».

—¿Su nombre auténtico? —le preguntó Vail. El hombre simplemente «negó con la cabeza y sonrió».

Mientras los policías iban a buscar su paracaídas, el recién llegado se mostró «muy hablador», presumiendo de los oficiales alemanes superiores que conocía y declarando, a cuento de nada, que la única manera de invadir Europa era desde África y a través de Italia. Vail pensó para sus adentros que tal vez el paracaidista estuviera algo «aturdido», por su descenso. El hombre desprendía un ligero olor a apio.

El exótico visitante y su escolta policial se marcharon en el coche patrulla. George dijo que se iba de nuevo a la cama, puesto que al día siguiente había mucho trabajo que hacer, pero Martha se quedó sentada en la cocina esperando a que amaneciera, reflexionando acerca de los extraños acontecimientos de las últimas horas. Más tarde, aquella mañana, mientras

sacaba el polvo bajo el sofá, encontró un mapa de reconocimiento del ejército británico que debía haberse caído del bolsillo de aquel hombre. Lo abrió y extendió sobre la mesa de la cocina y vio que Mundford estaba marcado en rojo. El hombre había sido «muy cortés», pensó Martha Convine, y bajo toda aquella capa de barro y sangre seca posiblemente fuera bastante atractivo. Le corroía la impaciencia por ir a explicárselo a su vecina, pero sabía que no podía. El sargento Vail le había dicho que no podían explicar a nadie ni una sola palabra de lo ocurrido, y eso también era muy excitante^[249].

En el cuartel general de la policía, Chapman fue desvestido y registrado, y le entregaron ropa nueva antes de llevarle ante el subjefe de policía, quien le estrechó la mano de una forma amistosa. Chapman se sentía incómodo: no le gustaba encontrarse en una comisaría de policía y no tenía la costumbre de decirles la verdad a los policías. Sus respuestas fueron escuetas.

—¿Nombre?

—George Clarke servirá por el momento.

—¿Oficio o profesión?

—Será mejor que ponga autónomo^[250].

El jefe de policía tomó la bolsa de lona que contenía la radio.

—Ese paquete no debería abrirlo nadie más que los servicios de inteligencia —lanzó Chapman.

La píldora marrón había sido descubierta en el dobladillo de sus pantalones. ¿Tenía alguna más?

—Será mejor que miren otra vez.

Chapman explicó una versión muy selectiva de su historia, empezando en Jersey y acabando con la «aterradora experiencia» de quedar suspendido boca abajo de un avión alemán.

—¿Cuál fue el motivo de su viaje a las Islas del Canal?

—Vacaciones.

—¿Por qué estaba encarcelado en Romainville?

—Por motivos políticos.

A partir de ahí, decidió cerrar el pico.

—He tenido un viaje muy duro —dijo—, y necesito hablar con los servicios secretos británicos porque tengo una historia muy interesante que explicarles.

En el servicio secreto estaban igual de ansiosos por escuchar la historia de Fritz. Dos oficiales de paisano llegaron en un furgón celular y firmaron unos documentos, tras lo cual, Chapman fue conducido, a través del tráfico matutino, hasta Londres, a la Royal Patriotic School en Wandsworth, donde

fue detenido formalmente al amparo del artículo 1A del «decreto de llegadas desde territorio enemigo». A continuación, le hicieron subir al coche de nuevo. No sabía adónde se dirigía, ni tampoco le preocupaba demasiado. La emoción, el temor y el agotamiento de las veinticuatro horas anteriores le habían dejado exhausto. Apenas se dio cuenta de las puertas protegidas por sacos de tierra en una ciudad en guerra. Al cabo de media hora, giraron y cruzaron una puerta en una valla de madera coronada por una doble hilera de alambrada de espino, y el coche se detuvo ante una gran y fea mansión victoriana.

Dos hombres con calzado deportivo condujeron a Chapman hasta el sótano y le encerraron en el interior de una habitación amueblada por un banco y dos mantas. Un hombre que usaba monóculo abrió la puerta, le lanzó una dura mirada y salió sin decir ni una palabra. Le volvieron a desnudar y le ordenaron que se pusiera unos pantalones y una chaqueta de franela de la prisión que llevaba un bordado a la espalda en forma de diamante de unos quince centímetros y de color blanco. Apareció un médico que le ordenó abrir la boca, pasó varios minutos estudiando y golpeándole los dientes, en especial los nuevos, le auscultó el corazón y los pulmones y declaró que se encontraba en una condición física excelente, aunque «algo cansado, mental y físicamente»^[251]. Después llegó un hombre con una cámara y le fotografió de frente y de perfil.

Chapman luchó por mantener la cabeza erguida y, realizando un esfuerzo supremo, fijó la vista en el objetivo. El rostro de la fotografía refleja las consecuencias de la fatiga y de la tensión nerviosa, el lodo seco le cubre el cabello enredado y en el bigote puede verse un rastro de sangre, pero hay algo más. Tras los párpados cansados y la barba incipiente se adivina la sombra de una sonrisa.



12

Camp 020

El teniente coronel Robin «Ojo de Metal» Stephens, comandante del Camp 020, el centro secreto de interrogatorios de espías enemigos capturados, poseía una habilidad muy especial: quebrar la resistencia de las personas. Las aplastaba psicológicamente hasta hacerlas polvo y entonces, si creía que valía la pena, las reconstruía. Él opinaba que se trataba de un arte, y un arte que no se podía aprender: «un quebrador nace, no se hace —dijo—^[252]. Debe tener ciertas cualidades inherentes: un odio implacable hacia el enemigo, un cierto enfoque agresivo, una tendencia a no creer nada y, por encima de todo, la infatigable determinación de quebrar la resistencia del espía, sin importar lo imposible que pueda parecer, sin importar las dificultades, y sin importar el tiempo que todo el proceso pueda llevar»^[253]. En las fotografías, Stephens tal vez produzca la impresión de ser la caricatura de un interrogador de la Gestapo, con su reluciente monóculo y sus «*manerras de hacerrte hablar*». No cabe ninguna duda de que conocía las maneras de hacer que la gente hablara, pero no eran los métodos evidentes y brutales de la Gestapo. Tras el Ojo de Metal se ocultaba un psicólogo aficionado, instintivo e imaginativo.



Stephens, nacido en Egipto en el año 1900, se había incorporado a los *gurkha*, las legendarias y curtidas tropas nepalíes, antes de trasladarse al servicio de seguridad en el año 1939. Hablaba urdu, árabe, somalí, amhárico, francés, alemán e italiano. Este poliglotismo no debería interpretarse como el indicador de que Stephens tenía una mente abierta con respecto a otras razas y naciones, sino que, por el contrario, era rabiosamente xenófobo, y muy propenso a hacer comentarios del estilo de: «Italia es un país poblado por gente baja y poco sincera»^[254]. Despreciaba a «los belgas gordos, llorones y románticos», a los «esquivos judíos polacos» y a los «ignorantes» islandeses^[255]. Detestaba asimismo a los homosexuales y, por encima de todo, odiaba a los alemanes.

En 1940, el gobierno creó en Latchmere House, una gran y sombría casa victoriana cerca de Ham Common, al oeste de Londres, un centro permanente de interrogatorios y de detención de personas sospechosas de espionaje, agentes subversivos y enemigos extranjeros.

Durante la primera guerra mundial, Latchmere House había albergado un hospital militar especializado en el tratamiento de soldados con neurosis de guerra. En palabras de Stephens, disponía de «celdas para lunáticos listas para ser utilizadas como prisión»^[256]. El centro de interrogatorios, aislado, intimidatorio y rodeado por múltiples vallas de alambrada de espino, recibió el nombre clave de Camp 020. El coronel Stephens, un hombre extrovertido e irritable, aterrorizaba a sus subordinados casi tanto como aterrorizaba a sus prisioneros. Nunca se quitaba el monóculo (se dice que dormía con él puesto) y aunque todo el mundo le llamaba «Ojo de Metal» a consecuencia de ello, muy pocos se atrevían a decírselo a la cara. No obstante, este erizado rigorista tenía otra cara. Sabía juzgar como nadie el carácter y analizar la situación; nunca perdía los nervios con un prisionero y condenaba la utilización de la violencia y de la tortura, que consideraba bárbaras y contraproducentes, y cualquiera que recurriera al tercer grado era inmediatamente expulsado de Camp 020.

Alejado de las celdas de interrogatorio, Ojo de Metal podía ser encantador y muy divertido. Era un escritor frustrado, una circunstancia que puede deducirse de sus informes, que contienen deliciosas florituras literarias; algunas de sus afirmaciones más radicales y cargadas de prejuicio tan sólo buscaban llamar la atención o divertir. Opinaba de sí mismo que era un maestro del arte del interrogatorio, sin embargo, algunos de sus colegas opinaban que estaba bastante chiflado. Lo que muy pocos cuestionaban era que realizaba un trabajo espléndido: establecía la culpabilidad del espía

enemigo, quebraba su resistencia, le extraía información vital, le asustaba hasta desequilibrarlo por completo, se ganaba su confianza y, a continuación, y por último, se lo entregaba a Tar Robertson para que lo utilizara como agente doble. Nadie podía darle la vuelta a un espía del modo que lo hacía Ojo de Metal.

A las nueve y media de la mañana del 17 de diciembre, Eddie Chapman se encontraba en la sala de interrogatorios del Camp 020 frente a ese hombre extraño que vestía el uniforme de los *gurkha*, parecía enfadado y tenía el ojo de un basilisco. A Stephens le rodeaban otros dos oficiales, los capitanes Short y Goodacre. Los tres oficiales configuraban un tribunal intimidante y adusto: formaba parte de la técnica de Ojo de Metal. «Nada de caballerosidad, nada de cotilleos, ningún cigarrillo... un espía en guerra debería estar en la punta de la bayoneta. Se trata de una cuestión de ambiente. La habitación es como la sala de un tribunal y al preso se le obliga a permanecer en pie y responder a las preguntas igual que si estuviera ante un juez»^[257].

La sala tenía micrófonos y en otro lugar del Camp 020, un taquígrafo registraba todas y cada una de sus palabras.

—Su nombre es Chapman, ¿no es así? —Ladró Ojo de Metal.

—Sí, señor^[258].

—No pretendo amenazarle, pero está usted aquí, en una prisión del servicio secreto británico y, en estos tiempos de guerra, nuestro trabajo consiste en conseguir que usted nos explique toda la historia. ¿Lo comprende?

La amenaza resultaba innecesaria. Chapman se lo explicó todo, en una confesión en la que las palabras le salían en torrente. Le explicó a Stephens cómo le habían expulsado de los Coldstream Guards, su pasado delictivo, su encarcelamiento en Jersey, los meses en Romainville, su reclutamiento y su formación en Nantes y en Berlín, y el salto en paracaídas. Le explicó todo lo que sabía acerca de los códigos, las técnicas de sabotaje que había aprendido, la tinta invisible, las contraseñas, las palabras clave y las frecuencias de radio. Le habló de Graumann y Thomas, de Wojch y de Schmidt, y del hombre feo de Angers que tenía dientes de oro. Le explicó que había reunido información y que la había destruido en el último momento.

Cuando Chapman empezó a describir su decisión de dedicarse por completo al crimen, el interrogatorio viró hacia algo parecido a un sainete.

—Bueno, ahí las cosas se complican algo, señor. Empecé a salir con una banda de gánsteres.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—No sabría explicar exactamente cómo me metí en eso.

—¿Qué le impulsó a unirse a esa peculiar gente?

—Bueno, es bastante difícil de explicar.

Más tarde, describió su misión, hacer saltar por los aires la sala de calderas de la factoría aeronáutica de De Havilland, momento en el que Stephens le interrumpió.

—Una empresa un tanto peligrosa, ¿no le parece?

—Sí.

—Parece que era usted uno de sus favoritos. ¿Confiaban en usted?

—Sí.

—¿Dijeron que tenían una gran opinión de usted, que usted podría entrar en cualquier lugar y hacer prácticamente cualquier cosa?

—Sí, yo podía hacerlo.

Stephens llevó ahora la conversación hacia el contenido del petate de Chapman. Señaló el dinero sujeto por tiras que le identificaban de inmediato como alemán, y «que le hubieran costado la vida» al ser descubiertas.

—¿De modo que el hombre que se suponía que tenía que registrarle, le entrega un dinero identificado con una etiqueta alemana? —le pregunto Stephens, incrédulo.

—Es culpa de Thomas —respondió Chapman, igual de asombrado—, con los nervios, quizá se olvidara de retirar las etiquetas.

Stephens anotó algo. Acababa de iniciar el proceso de distanciar a Chapman de sus instructores alemanes socavando su fe en la eficacia de éstos. En consecuencia, cuando Chapman recordó la conversación con Von Gröning, en la que éste había apuntado, entre risas, que nunca se atrevería a traicionarlos porque, en ese caso, la policía británica le metería entre rejas, Stephens le interrumpió de nuevo.

—Un chantaje claro y evidente —observó, en un tono ofendido y burlón, y quedó encantado cuando Chapman, «le dijo con una cierta amargura, que eso es lo que le había parecido siempre a él»^[259].

Tras dos horas de interrogatorio, Stephens dejó a Chapman en compañía del capitán Short, un personaje corpulento y solemne, tan risueño como amenazante era su jefe. Hoy en día a esta técnica se le llamaría «poli bueno — poli malo»; en su guía secreta de técnicas de interrogatorios, Stephens la llamaba: «golpe caliente — golpe frío»^[260].

—Le trataron bastante bien, ¿no? —le preguntó Short, amable^[261].

—Sí, lo pasé bien allí.

—En especial después de haber estado encarcelado en Jersey y en el otro campo de concentración.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme en éste? A ver, he corrido un gran riesgo para obtener información que creí que sería valiosa, y creo que lo es.

Stephens tenía a Chapman exactamente donde lo quería. El espía parecía dispuesto a explicarlo todo con honestidad. Quería explicar más, quería complacer a sus captores, y quería salir de la prisión.

En su despacho, Stephens contestó una llamada telefónica de uno de los policías que había acompañado a Chapman de regreso a Londres: «Señor, yo no sé lo que este hombre le pueda haber explicado. Aunque llegara con un paracaídas alemán, lo reconocí de inmediato; hace varios años estaba en mi pelotón»^[262].

Por una extraña casualidad, habían coincidido en los Coldstream Guards, y el policía pasó a explicarle cómo Chapman se había ausentado sin permiso y después, había sido apartado del servicio. La información encajaba a la perfección con lo que Chapman había explicado: así pues y hasta el momento, decía la verdad.

Los interrogadores empezaron a aumentar la presión. Dejaron descansar a Chapman, le dieron algo de comer y a continuación regresaron, tanteando, tergiversando deliberadamente lo que ya les había explicado, dándole vueltas y vueltas a cualquier fisura en su historia con la intención de descubrir si estaba mintiendo o si se callaba alguna cosa. En opinión de Stephens, «ningún espía, por muy astuto que sea, está a prueba de un interrogatorio implacable»^[263]. Los oficiales del MI5 trabajaron por turnos, hasta bien entrada la noche.

«Física y mentalmente, al final, debilitará incluso a la constitución más fuerte», predijo Stephens^[264].

La información manaba sin cesar: en el transcurso de cuarenta y ocho horas, Chapman proporcionó la descripción de más de cincuenta personas diferentes, desde Graumann, el director de la escuela de espionaje, hasta Odette, la cocinera. Describió cosas de vital importancia y otras del todo insignificantes; describió los emplazamientos de las baterías antiaéreas en Nantes, la ubicación del cuartel general de la Abwehr en París, su participación en la ocupación de la Francia de Vichy, y el precio de la mantequilla en el mercado negro. Describió a los nacionalistas bretones, a los gaullistas traidores y a todos los diversos y turbios personajes que habían pasado por Nantes. Les reveló información que ya conocían, por ejemplo, los códigos de radio que ya habían descifrado, que les permitió comprobar la veracidad de las declaraciones de Chapman; pero también les dijo muchas cosas que ignoraban, y que tenían un gran valor, dibujando una imagen

extraordinariamente detallada de los métodos de espionaje alemanes. No sólo parecía dispuesto a dar información, sino que también ofreció sugerencias sobre cómo podía ser utilizada. Sin duda, les dijo Chapman, utilizando la información que les había proporcionado, los británicos podrían descifrar el código de la Abwehr e interceptar los mensajes entre las diversas unidades.

La respuesta de los interrogadores fue imprecisa pero, en su fuero interno, se alegraron, puesto que la sugerencia de Chapman demostraba que las fuentes ultrasecretas permanecían intactas: «Resulta bastante claro, a partir de sus observaciones, que no tiene ni la más remota idea de que llevamos descifrando los mensajes que han pasado por estas estaciones durante los últimos meses»^[265], escribieron los agentes que le interrogaban. Enseguida se hizo evidente que no necesitarían persuadir a Chapman de trabajar como agente doble al servicio del Reino Unido, sino que Eddie, además, estaba muy ansioso por ponerse a trabajar. Uno de los motivos de su buena disposición quedó claro cuando explicó lo que le había ocurrido a Tony Faramus.

—Está retenido, rehén de mi buena conducta —explicó Chapman^[266].

—¿De su buena conducta en Francia o aquí?

—Aquí. La idea consistía en utilizarlo como un medio de presión para obligarme a hacer mi trabajo aquí.

Si Chapman podía convencer a sus jefes alemanes de que estaba haciendo lo que le habían pedido, explicó, la vida de su amigo tal vez estaría a salvo. Stephens tomó otra nota.

Mientras registraban la memoria de Chapman en busca de información valiosa, registraban también, y al mismo tiempo, su equipaje en busca de pistas. Las cerillas de tinta invisible y la píldora marrón de aspecto diabólico fueron enviadas al laboratorio para ser analizadas; los billetes de banco se examinaron uno por uno y se apuntaron los números de serie a fin de intentar determinar su procedencia; expertos de la fábrica de moneda sometieron los falsos documentos de identidad a la luz ultravioleta, analizaron su composición química exacta y la tipografía y las compararon con el modelo auténtico; el equipo de radiotransmisiones fue enviado al Special Operations Executive [SOE, ejecutivo de operaciones especiales] (el organismo responsable del sabotaje y del espionaje tras las líneas enemigas), con instrucciones de intentar descubrir si procedía de algún agente británico que operaba en Francia y, en caso afirmativo, cuál de ellos. Los oficiales sometieron a Chapman a un interrogatorio minucioso acerca de cada uno de los artículos que llevaba en su cartera. Explicó que tan sólo uno era realmente suyo:

—Se trata de una carta privada que me escribió una novia, una novia que tuve antes de la guerra, y que traje de regreso conmigo^[267].

Todas y cada una de las afirmaciones de Chapman fueron comparadas con las pruebas en las fuentes ultrasecretas con la intención de intentar pescarle en alguna mentira. Si se equivocaba en la cronología, algo que ocurría a menudo, repasaban una y otra vez las horas y los días hasta que quedaban satisfechos de que los errores se debían a «imprecisiones naturales»^[268], y no distorsiones deliberadas. A fin de corroborar sus extravagantes reivindicaciones de maldad, el MI5 le pidió a Scotland Yard que proporcionara los detalles del historial delictivo de Chapman; cuando llegó, descubrieron que muchos de los delitos que había confesado no figuraban en él.

Stephens afirmaría más tarde que Chapman también había «confesado haber experimentado la sodomía» durante sus años en el Soho^[269]. Resulta difícil opinar sobre eso: en las transcripciones de los interrogatorios no existe ni rastro de esta confesión. Es más, Ojo de Metal era un homófobo radical que se enorgullecía de su habilidad en identificar y descubrir a los sodomitas. Es posible que Chapman hubiera tenido alguna aventura homosexual en su juventud, pero no cabe duda de que era heterosexual, hasta un grado casi patológico, desde hacía muchos años. A modo de recomendación, Stephens apuntó en tono de aprobación: «En la actualidad no hay rastro de sodomía, y cualquier predilección por vivir con mujeres al margen de la sociedad ha desaparecido»^[270].

Con la información que Chapman estaba proporcionando, los servicios de inteligencia británicos estaban construyendo rápidamente una imagen de toda la organización de la Abwehr en Francia. El servicio secreto alemán estaba tan convencido de la invulnerabilidad de su código que algunos miembros del personal de diversas unidades solían utilizar a menudo sus nombres auténticos en la correspondencia telegráfica. Esta información, incorporada ahora a las descripciones de Chapman, le permitió al MI5 identificar a los diferentes protagonistas de la organización. De haberlo sabido, a Chapman le hubiera dejado asombrado.

Hacía ya tiempo que la inteligencia británica había descubierto que el director y el subdirector de la sección de Nantes de la Abwehr eran el capitán de caballería Stephan Von Gröning y el teniente Walter Praetorius. El hombre que Chapman conocía como «Wojch» era en realidad el sargento Horst Barton, mientras que «Schmidt» era Franz Stoetzner, ambos sospechosos de sabotaje que habían visitado Inglaterra antes de la guerra y habían trabajado como camareros, bajo los auspicios de una asociación de restauradores y

hoteleros británica. «Leo» era un conocido criminal alemán, llamado Leo Kreusch, y «Albert», un antiguo representante de comercio llamado Albert Schael. El oficial de la Gestapo de Angers que había intentado reclutar a Chapman podría haber sido Dernbach, «uno de los principales agentes de contraespionaje en Francia»^[271]. Pieza a pieza, empezaron a ponerle cara a los nombres: incluso el piloto del Focke-Wulf y la hermosa intérprete de Romainville fueron identificados. Tar Robertson estaba impresionado por el modo en el que sus camaradas alemanes habían conseguido en todo momento ocultarle sus identidades a Chapman: «En ningún momento ha parecido reconocer el auténtico nombre de cualquiera de ellos», escribió^[272]. Cuando uno de los agentes que le interrogaban dejó caer de pasada el nombre de «Von Gröning» en la conversación, Chapman no reaccionó, lo que demostraba que nunca antes lo había oído.

Reconstruir una imagen completa de la vida de Chapman en Francia llevaría tiempo, pero el tiempo corría muy deprisa. Al día siguiente de su llegada al Camp 020, Chapman escribió un mensaje dirigido al coronel Stephens en el que señalaba que «se supone que hoy debería empezar mis transmisiones»^[273], recordando las observaciones de Von Gröning sobre la burocracia británica.

«Es importante que establezcamos conexión con el “Boche”^[274] lo antes posible^[275] —escribió, utilizando quizá deliberadamente el tipo de lenguaje preferido por Stephens—. El doctor Graumann insistió especialmente en este punto. Podría sospechar que estamos tramando algo. Es muy posible que piense que, si estuviera negociando un acuerdo con ustedes, tardaría mucho más tiempo en empezar a transmitir»^[276].

Aquel mismo día, los servicios de seguridad de radiotransmisiones empezaron a captar la señal de la emisora alemana en París. Cada tres minutos, a partir de las nueve y cuarenta y cinco de la mañana, Maurice enviaba un mensaje solicitando respuesta de Fritz. El MI5 se enfrentaba ahora a un dilema. Por una parte, si el contacto se retrasaba, Von Gröning sospecharía que alguna cosa había ido mal, y por la otra, si respondían sin estar del todo seguros de que Chapman no les estaba engañando, entonces el resultado podía ser catastrófico. Decidieron esperar un día o dos, a fin de poder estudiar a Chapman y a su motivación «con más precisión»^[277].

Al llegar la noche, Chapman seguía sin respuesta de Stephens, hacía cuarenta y ocho horas que le estaban interrogando, con algunas pequeñas pausas, y estaba cansado y nervioso. A menos que establecieran contacto pronto, las consecuencias podían resultar catastróficas. También estaba

dividido entre el afecto que todavía sentía por Von Gröning y la urgente necesidad de traicionarle; entre el deseo de salvar su propia piel y la de Tony Faramus; entre el interés personal y algún bien mayor, que todavía no había sabido definir; entre la lealtad a sus amigos y el deber hacia su país. Le escribió otra carta mucho más larga a Stephens, un documento extraordinario, una mezcla de autocompasión, examen interno y asertividad que refleja la agonía interna del espía. Se trata de la declaración de un hombre que intenta encontrar el camino, a través de la oscuridad moral, en busca de la luz.

Mon commandant^[278].

Si bien uno no espera gratitud de su propio país, permítame que le llame la atención sobre algunos hechos. He pasado trece meses bajo el gobierno de los alemanes, y durante ese tiempo, incluso cuando estuve detenido, fui tratado con cordialidad e imparcialidad estricta. Hice muchos amigos, personas a quienes respeto y a quienes, creo, les caí bien, por desgracia para ellos y para mí.

Desde el primer día, me dediqué a reunir toda una serie de datos, lugares, fechas, etcétera, referentes a la organización alemana, una tarea, en mi opinión, bastante considerable incluso para uno de sus expertos profesionales. Desde el primer momento, mis limitaciones fueron muchas puesto que mi conocimiento del alemán era escaso, y el del francés, aún menor, dos idiomas esenciales en este tipo de trabajo. Estudié francés hasta dominarlo, aprendí incluso el argot, y ahora lo leo igual que el inglés. Entonces, señor, durante nueve meses escuché cualquier conversación que pude escuchar, abrí muchos cajones que contenían documentos con la palabra secreto escrito en todos ellos, hice muchos pequeños agujeros en el cuarto de baño de mi habitación, contiguo a la del doctor Graumann, un gran amigo mío.

No crea que le estoy pidiendo su amistad ahora, es un poco tarde, y por otra parte, esa cosa extraña llamada patriotismo. Me río con algo de cinismo cuando pienso en ello, a veces. He librado el combate y mi país ha vencido (por qué, no sabría explicarlo). Desearía con todas mis fuerzas que no hubiera estallado ninguna guerra y empiezo a desear no haber empezado nunca todo esto. Espiar y engañar a los amigos de

uno no está bien, es una cosa sucia. Sin embargo, empecé todo este asunto y lo terminaré. No crea que pido nada a cambio por ello, no lo hago. Parece muy extraño estar trabajando para dos gobiernos diferentes, uno me ofrece la oportunidad de ganar dinero, tener éxito y una carrera, y el otro, una celda de prisión.

No nos queda demasiado tiempo para arreglar las cosas.

Atentamente
Eddie^[279].

Mientras Chapman redactaba su emotiva nota, Stephens se reunía con los cuatro agentes que le interrogaban a fin de decidir qué hacer con este delincuente extraordinario y de un gran valor potencial. Stephens señaló que Chapman había reconocido lo extraño de su posición, buscado por la policía británica pero ofreciéndose a trabajar, suplicando, al servicio de la inteligencia del Reino Unido. «Si tenemos que creer a Chapman, les ofreció sus servicios a los alemanes buscando un medio de escapar y, nada más aterrizar, se puso de inmediato a disposición de las autoridades británicas para trabajar contra ellos»^[280]. El perfil psicológico preliminar indicaba que los motivos de Chapman, pese a su afecto personal hacia Graumann, se fundamentaban en «el odio hacia el huno, al que se sumaba un deseo de aventura. No hay ninguna mujer involucrada y no ha intentado negociar su rehabilitación. Tiene valor y coraje»^[281].

Sin embargo, existía un problema evidente. Si le concedían a Chapman la libertad, la policía, sin duda, lo capturaría. Eddie incluso le había hecho la siguiente observación a Stephens: «Tal como yo lo veo, y habida cuenta mi brillante pasado, deberían encarcelarme durante unos catorce años»^[282]. Aún peor, cabía la posibilidad de que se reuniera de nuevo con su banda criminal. Por otra parte, si se le mantenía bajo vigilancia en el Camp 020, predijo Stephens, «se derrumbará y puede que intente escapar». El único modo de manejarlo con seguridad consistiría en mantenerlo en una semilibertad vigilada, pero no en una cárcel, sino «en un lugar tranquilo, en el campo, y bajo control».

«En mi opinión —declaró Stephens—, Chapman debería ser utilizado para los propósitos de la organización de agentes dobles... y a continuación devuelto a Francia donde se uniría a un grupo de saboteadores que ya se están entrenando y que serán enviados a Estados Unidos a llevar a cabo un trabajo realmente importante»^[283].

El equipo de interrogadores asintió de forma unánime. Enviar a Chapman de regreso a Francia conllevaba sus riesgos. Podía ser descubierto por los alemanes, o podía confesárselo todo. Incluso podía volver a pasarse al enemigo. Sin embargo, los beneficios potenciales de tener un espía en el corazón del servicio secreto alemán superaban los peligros. Aquella tarde, Camp 020 envió un mensaje a los responsables de la organización de agentes dobles y contraespionaje en Saint James Street: «En nuestra opinión, deberíamos aprovechar al máximo las posibilidades de Chapman... él desea de verdad trabajar para los británicos contra los alemanes. Su valor y sus recursos le convierten en un agente muy adecuado»^[284].

Tar Robertson había seguido al detalle todo el desarrollo del caso y aceptó enviar a uno de sus oficiales a estudiar a Chapman el día siguiente. Antes de introducir a Chapman en los entresijos del contraespionaje, necesitaba un nombre clave. Por convención, los nombres de los agentes debían ser obtenidos de la nada, simples apelativos carentes de cualquier relación con su identidad real, aunque esta convención era transgredida constantemente. «Snow» era un anagrama parcial de Owens; otro agente doble fue bautizado «Tate» porque a Robertson le parecía que se parecía al actor cómico Harry Tate; se dijo que Dusko Popov, un agente yugoslavo de bastante mala fama, había sido bautizado «Triciclo» a causa de sus gustos por tríos sexuales en la cama. El nombre elegido para Edward Chapman, no podía haber sido más adecuado.

En la tarde del 18 de diciembre, Tar envió una circular a todo el personal del B1 A: «Hemos elegido el nombre de “Zigzag” para Fritzchen»^[285].

35, Crespigny Road

Tar Robertson envió al capitán Ronnie Reed, un joven discreto y experto radiotelegrafista, a tratar con Zigzag y su elección constituyó todo un acierto. En su rostro delgado lucía un fino bigote, llevaba gafas, fumaba en pipa, y tenía el aspecto del arquetípico oficial de grado medio del ejército. Su aspecto de oficial del ejército de grado medio era tan arquetípico que, en una ocasión en la que Tar Robertson necesitó colocar una fotografía en un documento de identidad falso para la Operación Carne Picada (en la cual, un cadáver vestido con un uniforme del ejército y llevando información engañosa fue deliberadamente arrojado al mar en la costa de España), eligió una fotografía de Ronnie Reed. Reed se parecía a cualquiera y a nadie en particular.

El padre de Reed, un camarero en el restaurante Trocadero, había muerto en la batalla de Somme en el año 1916, y creció junto a su madre en un piso del barrio obrero de King's Cross. Asistió a la escuela Saint Paneras, de la Iglesia anglicana; al acabar, consiguió una beca para estudiar en la escuela politécnica de Regent's Park, donde se graduó en ingeniería y desarrolló una pasión por los aparatos de radio. Podía construir un radiotransmisor a partir de la nada y, junto a su compañero de escuela Charlie Chilton (que se convertiría en un famoso presentador y productor de radio), retransmitía al mundo desde su habitación con un aparato casero: Ronnie interpretaba entre gorgoritos una versión de «Dancing in the Dark» de Bing Crosby mientras Charlie rascaba la guitarra.

El estallido de la guerra pilló a Reed trabajando de día como técnico de la BBC, y viajando a través del éter por la noche con su código de llamada G2RX. Una noche en la que Reed y su madre se habían puesto a cubierto en su refugio antiaéreo durante un bombardeo, un coche de la policía se presentó en su casa. Reed respondió a su llamada, salió del refugio y fue conducido, bajo una lluvia de bombas, a Wormwood Scrubs, donde aguardaba un hombre en la puerta de la prisión:

—¡Ah!, señor Reed, le esperábamos —le dijo, y le acompañó a través de pasillos mal iluminados hasta una celda en el primer piso.

En el interior de la celda, flanqueado por dos guardias, se hallaba un hombre vestido con un mono de salto cuyo rostro estaba cubierto de sangre.

—Este hombre es un paracaidista —explicó un oficial que llevaba galones rojos en el uniforme y que había entrado en la celda tras Reed—. En Alemania esperan que transmita esta noche. Queremos que usted le acompañe a un campo en Cambridge, realicen esa transmisión, y que se asegure que envía el mensaje que hemos preparado.

Aquella noche Reed y el paracaidista, Gósta Caroli, que pronto se convertiría en el agente doble «Verano», sentados en una porqueriza en un campo del condado de Cambridge, enviaron un mensaje en código Morse a Hamburgo: «Permaneceré en la clandestinidad algunos días, mientras organizo alojamiento; he llegado bien y a salvo»^[286].

Y así empezó la carrera de Reed en el servicio secreto.

Tímido, amable y reservado, era fácil no percatarse de la presencia de Reed, pero él era el «genio humilde»^[287] de la radiotelegrafía de los años de la guerra, perfectamente sintonizado con los misteriosos arcanos de la telecomunicación. También poseía la habilidad de identificar la «mano» de otro operador y, a continuación, de imitarle con exactitud; se trataba tal vez del mejor imitador de código Morse en el Reino Unido. La habilidad de Reed le convirtió en un elemento indispensable del equipo de Robertson, y al poco tiempo ya controlaba todo el tráfico de radio de todos los agentes dobles. Una de sus tareas consistía en observar a los agentes por encima del hombro mientras se comunicaban con la Abwehr a fin de asegurarse de que no insertaban mensajes en clave. Si un agente no quería o era incapaz de transmitir, entonces Reed enviaba él mismo el mensaje, completo con la «huella dactilar» distintiva del agente. No obstante, Ronnie Reed no se limitó a ser sólo un experto radiotelegrafista; bajo la dirección de Robertson, estaba aprendiendo a ser un oficial de inteligencia de primera clase, incisivo, compasivo, y prácticamente invisible.

En la celda de Chapman, Reed estrechó la mano por primera vez a su nuevo pupilo. El joven oficial había planeado sentir antipatía instantánea hacia este criminal que no se arrepentía de su «pasado tenebroso»^[288]. Antes bien, igual que a la mayoría de la gente, y en contra de su voluntad, sucumbió a sus encantos.

Reed le explicó con franqueza a Chapman que, si iba a trabajar con el MI5, necesitaría llevar una vida casi de ermitaño. Cualquier contacto con la

policía, con los bohemios del Soho o con la hermandad criminal quedaría prohibido. En lugar de ello, continuó Reed, «trabajaré para nosotros bajo una supervisión estricta, y en un aislamiento casi completo de los otros miembros de la comunidad»^[289]. Chapman se echó a reír y respondió que, después de todas las emociones que acababa de superar, una vida tranquila sería muy bienvenida. Reed le prometió regresar al día siguiente para realizar la primera transmisión a Alemania, y dejó a Chapman redactando un borrador del mensaje, utilizando el código Constantinople y la contraseña de control FFFFF. Reed lo comprobaría y se sentaría junto a él durante la transmisión.

Tras su conversación con Reed, Chapman, tan voluble como siempre, pareció reanimarse, puesto que le envió otra carta a Stephens. El tono introvertido e irritado había desaparecido, y ahora se mostraba definitivamente afectuoso:

Mon commandant^[290]

Muchas gracias por su amabilidad. Puesto que disponemos de poco tiempo para conocernos mutuamente, déjeme que empiece y le dé algunas explicaciones. En el momento actual, mi historia resulta muy difícil de explicar. Mi mente está alborotada por la gran cantidad de nombres, fórmulas, descripciones, lugares, horas, explosiones, radiotelegrafía y saltos en paracaídas, pequeñas, aunque importantes, conversaciones, intriga jugando contra intriga. Además, intente imaginar un cerebro, debilitado por tres años de encarcelamiento y muchos meses en la celda de castigo... en ocasiones, al intentar reunir los datos, creí realmente que me estaba volviendo loco... estas cosas son ciertas, todas han ocurrido, pero las fechas, los nombres, las horas, todo está mezclado en mi cabeza de cualquier manera, igual que un rompecabezas gigante... Para concluir, mon commandant, sea usted un poco paciente conmigo si mis lugares y fechas y horas no coinciden... por desgracia, todo ello ha ocurrido algo así como en un sueño: a usted le corresponde convertirlo en una realidad.

Eddie^[291].

Stephens Ojo de Metal estaba acostumbrado a intimidar a los recién llegados al Camp 020. No estaba acostumbrado a que se dirigieran a él en este tono

frívolo, ni tampoco a que le dijeran lo que tenía que hacer, y muchísimo menos por un joven ladrón patán vestido de presidiario. Sin embargo, en lugar de estallar, como hubiera hecho en circunstancias normales, Stephens se limitó a reír entre dientes y guardó la nota en el expediente Zigzag.

A la mañana siguiente, Reed y dos robustos policías de los servicios de inteligencia recogieron a Chapman en un furgón celular y le condujeron ciento cincuenta metros desde la puerta principal de Latchmere House hasta una pequeña sala de conciertos en el interior del recinto que se utilizaba como sede del Equestrian Club y que tenía un asta de bandera de ocho metros y medio de altura que, en opinión de Reed, podría servir de antena. El lugar estaba desierto. Mientras los policías montaban guardia, Reed ajustó el radiotransmisor de Chapman.

A las diez y dos minutos de la mañana, y bajo la vigilante mirada de Reed, Chapman intentó establecer contacto con sus controladores de la Abwehr. A las diez y seis minutos, la estación de contacto respondió que recibía la señal «bastante débil» y con interferencias, pero le dio el visto bueno^[292]. El agente Zigzag tecleó entonces su primer mensaje como agente doble: «FFFFF LLEGADO BIEN. ESTOY CON AMIGOS. OK». Y añadió su coda habitual de risas: «JI JU JA»^[293].

Por la tarde, las fuentes ultrasecretas informaron que las estaciones de la Abwehr en Francia habían confirmado que este mensaje era «indudablemente Fritz»^[294] porque «reconocieron su estilo telegráfico y, en especial, su modo de firmar»^[295]. El engaño estaba montado y funcionando.

A la mañana siguiente, a Reed y a Chapman les resultó imposible renovar el contacto con París. Al parecer, las transmisiones se escuchaban en Nantes, pero no en la estación receptora principal de la capital. Enviaron un segundo mensaje «a ciegas»: «FFFFF BUSQUEN A MORRIS [su] Y ACERQUEN SU RECEPTOR A LA COSTA. NECESITAMOS MEJORAR LA RECEPCIÓN. F. OK»^[296].

A finales de diciembre recibieron el primer mensaje directo de Von Gröning: «GRACIAS POR EL MENSAJE. DESEO BUENOS RESULTADOS. OK»^[297].

Hasta el momento, el engaño parecía surtir el efecto deseado, aunque pasarían dos semanas antes de que los problemas de recepción y de transmisión quedaran resueltos. El tráfico telegráfico recibió el nombre clave de ZINC, y se archivó alfabéticamente junto a la carpeta Zigzag.

Chapman parecía estar más que cooperador, informó Reed, y seguía proporcionando un caudal regular de valiosa información: «Zigzag posee una excelente capacidad de observación y está siendo bastante sincero en todo lo que nos explica»^[298]. (Al leer esta valoración, John Masterman manifestó

sentir un cierto escepticismo: dudaba que un hombre así llegara a comprender el concepto de total honestidad).

El Special Branch (departamento especial de la policía) emprendió la tarea de averiguar el paradero del resto de la banda de la gelatina. Descubrieron que Jimmy Hunt había sido condenado por asalto y robo a unos almacenes en 1938, Darry seguía todavía en Dartmoor, cumpliendo una sentencia de siete años y el resto había desertado, estaban en la cárcel o muertos. Era perfecto. No existía ninguna posibilidad de contacto accidental, y con los miembros de la banda quitados de en medio, podían hacerlos participar en la historia sin correr el peligro de que aparecieran sin avisar. Chapman había recibido instrucciones de contactar con sus antiguos cómplices y regresar, quizá, con alguno de ellos. Hunt parecía el candidato ideal. Según observaría Masterman, «los alemanes no tienen una fotografía de Hunt, sólo una descripción general, de modo que podría ser posible que alguien que tuviera un acento *cockney* asumiera su personalidad»^[299]. Hunt, el ladrón de cajas fuertes, desempeñaría un papel fundamental en la representación que se estaba preparando, sin abandonar en ningún momento su celda.

Los agentes asignados al caso Chapman estaban empezando poco a poco a caer en la cuenta de que tenían entre manos a un agente doble de un enorme valor potencial. Cuando, desde el Camp 020, informaron por error a otra rama de los servicios de inteligencia de la identidad de Zigzag, Masterman, el maestro del contraespionaje, protestó enérgicamente por esta manera «gratuita» de compartir información^[300]. El B1A guardaba con gran celo su nuevo tesoro y, aunque a Tar no le importara compartir la información conseguida, no estaba dispuesto a compartir a Zigzag con nadie.

Las investigaciones confirmaron lo mucho que valoraban los alemanes al agente Fritz. Los forenses determinaron la calidad de primera clase de su equipamiento. El dinero que había traído consigo era auténtica moneda británica, y no los billetes falsificados que la Abwehr solía entregarles a sus agentes menores. Las cabezas de las cerillas habían sido impregnadas de quinina, que los sabios del departamento calificaron de «un excelente material de tinta invisible»^[301]. La píldora marrón era cianuro potásico, que causaba una muerte instantánea. Se le siguió la pista al radiotransmisor hasta llegar a un agente británico del SOE, la dirección de operaciones especiales. La Abwehr parecía haberse mostrado ahorradora únicamente en los documentos de identidad falsificados. La fábrica de moneda y timbre los consideró falsificaciones de aficionado que cualquier policía un poco observador podía

descubrir. «Parece bastante extraordinario que los alemanes no se tomaran más molestias al fabricar estos documentos»^[302], se lamentó Tar, como si le ofendiera que los alemanes no se hubieran esforzado bastante. Un misterio sin resolver fue cómo el Focke-Wulf había conseguido escapar de los cazas de la RAF que lo persiguieron: el Ministerio del Aire tan sólo pudo llegar a concluir que alguna cosa extraña estaba ocurriendo con el avión y con las ondas de radio asociadas a él^[303].

Camp 020 no era lugar para un agente doble. Si Zigzag tenía que ser eficaz, debía ser feliz, y eso exigiría comodidades terrenales comparables, al menos, a las que había disfrutado en La Bretonnière. Los alemanes habían mimado a Chapman: «Halagaron su vanidad, le concedieron libertad y le trataron con respeto»^[304]. El MI5 debía ahora encontrar una alfombra roja, o el equivalente más cercano, y desplegarla a los pies de Zigzag.

El cabo primero Paul Backwell y el cabo Alan Tooth eran, en opinión de todos, los dos mejores policías de los servicios de inteligencia británica. Los dos habían sido policías antes de la guerra y, una vez acabada ésta, proseguirían una brillante carrera en el cuerpo de inteligencia. Eran inteligentes, bien educados y tenían un buen carácter; también eran altos y fuertes y, cuando querían, podían resultar muy intimidantes. Tar Robertson convocó a Backwell y a Tooth a su despacho y les ordenó que fueran en coche al Camp 020, donde recogerían a un tal Edward Simpson, «un peligroso criminal buscado por la policía y que ha sido liberado a fin de llevar a cabo una operación de un carácter extremadamente peligroso»^[305]. Debían acompañar a este hombre hasta un piso franco al norte de Londres y vivir con él hasta nueva orden. Robertson les explicó, solemne:

—El éxito de esta operación depende del máximo grado de secreto.

Se prepararía un pase con fotografía a nombre de Simpson, indicando que estaba realizando «servicios especiales para el Ministerio de la Guerra», que debían enseñar si alguien les preguntaba algo.

—No existe ninguna razón para dudar de la lealtad de Simpson hacia este país y, por lo tanto, ustedes no deben considerarse sus guardianes —continuó Robertson—, considérense ustedes algo así como carabinas, cuyo deber consiste en impedir que tenga problemas con la policía y con sus antiguos compinches, y actuar como una pantalla entre él y el mundo exterior. Nunca deben dejar solo a Simpson, ni de día ni de noche.

Simpson no debía comunicarse con nadie, ni utilizar el teléfono, ni enviar cartas. Si intentaba escapar, Tooth y Backwell no debían dudar en «retenerle»

y a continuación avisar a Reed, o a Masterman. A los policías se les entregaría un arma.

Al mismo tiempo, deberían proporcionarle compañerismo.

—Seguro que este régimen se le hará pesado —continuó Tar— y, por lo tanto, deben ustedes hacer todo lo que esté en su mano por hacerle la vida lo más agradable posible, en estas circunstancias.

Podían acompañarle al bar local alguna noche: cada oficial recibiría cinco libras para gastos, y a Simpson también se le proporcionaría algo de efectivo, y así podría «pagar su ronda»^[306]. Una vez se hubieran ganado su confianza, los dos policías debían anotar cualquier cosa importante que dijera y alentarle a hablar de su pasado. En resumen, debían vigilarle, entablar amistad con él, y luego, espíarle. Si a Backwell y a Tooth, en algún momento, les extrañó que se esperara de ellos que mantuvieran a un conocido delincuente alejado de las garras de la policía, lo cierto es que eran demasiado discretos para decirlo.

Algunos días antes de Navidad, Backwell y Tooth, vestidos de paisano, llegaron al Camp 020, recogieron las propiedades personales de Chapman y le escoltaron fuera de su celda. Chapman, sin preámbulo alguno, le preguntó a Backwell si le podía prestar una libra, porque quería dejarle una propina al sargento «que tan bien le había tratado»^[307]. (Sólo Chapman se atrevería a salir pavoneándose de Camp 020 como quien sale de un hotel de lujo). Empezaron el camino hacia el norte, y en el coche, los carabinas de Chapman se presentaron a sí mismos como «Alian» y «Paul», y le explicaron que, a partir de aquel momento, serían sus «compañeros permanentes, amigos que le protegerían de la policía y de sus anteriores socios criminales»^[308]. Chapman habló poco en el coche. «La conversación parecía algo forzada», informaría Backwell^[309].

Nadie prestó ninguna atención a los tres hombres que salieron del coche y recorrieron a pie el camino del jardín del número 35 de Crespigny Road, una casa adosada anodina, en una calle tranquila, en el muy corriente barrio de Hendon, al norte de Londres. Algunos de sus vecinos estaban «cavando para la victoria»* en la parte delantera de su jardín, pero ninguno de ellos miró. Hubiera sido necesario un vecino excepcionalmente curioso para percatarse de que en el número 35 nunca se quitaban las cortinas negras (mucha gente no se molestaba en hacerlo), o que habían cambiado las cerraduras, o que aquella mañana había llegado un hombre con un delgado bigote para instalar una antena en el tejado.

En el interior del número 35, Backwell cerró la puerta con llave y los tres compañeros de piso empezaron, en sus propias palabras, a «instalarse». Reed

había instalado la sala de radiotelegrafía en el piso superior; el dormitorio de Chapman estaba contiguo a ella, y los dos policías compartían el tercer dormitorio. El ama de llaves, la señora West, no llegaría hasta el cabo de unos días, así que los policías se repartieron las tareas domésticas: Tooth haría la compra y Backwell cocinaría. Cuando estuvieron seguros de que Chapman no les podía oír, también se repartieron sus otras tareas: «Allan y yo estuvimos de acuerdo en concentrarnos en diferentes aspectos de Eddie. Allan estudiaría su carácter y sus gustos, mientras que yo me dedicaría al aspecto de los hechos y anotaría cualquier cosa interesante que dijera en el curso de la conversación».

Chapman estaba muy inquieto. Se quejó de dormir mal y no sentía ningún deseo de salir de la casa. Igual que una pareja de robustas gallinas cluecas, Tooth y Backwell se dedicaron a «hacer que Eddie se sintiera como en casa». Backwell le preguntó a Chapman qué tipo de lectura le gustaba, y quedó muy sorprendido al descubrir su pasión por la literatura seria. «Su gusto era poco habitual en cualquiera que hubiera llevado este tipo de vida», pensó Backwell, que le compró algunas novelas alemanas, las poesías de Alfred Tennyson y las obras teatrales de Pierre Corneille, en francés.

Gradualmente Chapman pareció relajarse. Sus días se llenaban con más interrogatorios, enviando mensajes de radio bajo la supervisión de Reed, y preparando planes. Por las noches, leía, fumaba, escuchaba la radio y charlaba con sus amigables guardias. En privado, Backwell y Tooth comparaban notas acerca de su pupilo. Les llamó mucho la atención el «enorme» efecto que la propaganda alemana parecía haber tenido sobre él; al principio, se negaba a creer los informes de la BBC sobre los avances de los Aliados, afirmando que él sabía que Alemania estaba ganando la guerra y que Rusia estaba agotada. Los Aliados, insistía, nunca conseguirían invadir Francia. Backwell decidió montar su propia campaña de propaganda, exponiéndole a literatura patriótica del estilo de *I, James Blunt*, la novela de H. V. Morton que imaginaba al Reino Unido bajo el gobierno de los nazis. «Poco a poco, le hicimos darse cuenta de que la propaganda alemana, por muy convincente que hubiera podido ser, se alejaba mucho de la verdad».

Tras unos pocos días de vida comunitaria, Backwell y Tooth informaron que Chapman ahora parecía «bastante feliz», y que era «una mina de información»^[310]. Su compañero parecía saberlo todo sobre el sabotaje, y «a menudo habla de los diversos métodos de destruir pilares, puentes, depósitos de gasolina, etcétera»^[311]. Solía insistir en conversar en francés. Los policías coincidieron en que vivían con un tipo de lo más curioso. En un momento

dado, leía literatura clásica en francés y citaba a Tennyson, y en el siguiente, hablaba de la mejor manera de hacer saltar un tren por los aires.

Una noche, mientras descansaban después de la cena, Chapman se preguntó en voz alta «qué era lo que le había impulsado a abandonar Alemania y venir aquí». Siguió dándole vueltas al tema: «En Alemania podía haber vivido bien, ahora y después de la guerra. Nadie le obligó a venir»^[312]. Los dos policías también se hacían la misma pregunta. Sus ideas políticas parecían fundamentarse en una lectura detallada de H. G. Wells: «No comparte el nacionalismo y en la reconstrucción de la posguerra le gustaría ver una federación mundial». Tooth llegó a la conclusión de que, en el fondo de su corazón, Chapman era un patriota: «Se siente orgulloso de ser británico y quiere que ganemos la guerra». Por otra parte, se diría que le movía alguna temeridad interna. «Parece que es una persona a quien la presencia del peligro le resulta esencial —escribió Tooth—, y, en mi opinión, éste es el motivo por el que desea regresar a Francia, puesto que es, virtualmente, un hombre sin patria».

Unos días más tarde, Chapman dejó escapar que tenía un plan privado de su propia cosecha, pero luego cambió el tema de conversación y observó: «Es un plan tan descabellado que no parece factible». Tooth informó a Reed y a Robertson de las observaciones de Chapman, añadiendo: «Lo único que puedo deducir es que el éxito de estos planes depende por completo de que el doctor Graumann cumpla la promesa que le hizo a Chapman: facilitarle una visita a Berlín, cuando, imagino, tenga lugar algún acontecimiento de gran importancia»^[313].

Chapman no manifestaba sentir ningún remordimiento por su pasado, y distraía a sus nuevos compañeros narrándoles fantásticas fábulas de su propia maldad, como por ejemplo la ocasión en la que entró en la casa de empeños de Grimsby, o el asalto a la compañía lechera Express Dairies. La información fue debidamente añadida a la lista, cada vez más larga, de los crímenes sin detectar de Chapman compilada por el MI5. «Creo que no deberíamos explicarle a nadie estas nuevas aventuras, pese a que queden consignadas en su expediente», escribió Reed^[314].

Los interrogadores, cazadores de espías y los agentes dobles y de contraespionaje del MI5 (salvo Reed) solían proceder de la clase alta y ser producto de las escuelas y universidades privadas inglesas. La mayoría de ellos nunca habían conocido antes a un personaje como Chapman y se sentían inclinados a despreciar a ese tipo inculto de extravagantes modales. Sin

embargo, en la mayoría de los casos, al principio les cayó bien y después aprendieron a respetarlo, aunque nunca sin algún recelo.

Se acercaba la Navidad, y los expertos en espionaje de todo Londres se preguntaban qué hacer con Eddie Chapman e intentaban comprender su forma de ser.

Cuando no estaba imaginando nuevas maneras de engañar y de colocar trampas a la Alemania nazi, a Masterman, historiador y atleta, le gustaba pensar en el *cricket*. A veces pensaba en el espionaje y en el *cricket* al mismo tiempo. «Dirigir un equipo de agentes dobles —reflexionaba—, se parece mucho a dirigir un club de *cricket*. Los antiguos jugadores pierden la forma y son sustituidos poco a poco por los nuevos. No siempre resulta fácil elegir a los mejores jugadores para sacarlos al terreno del juego. Algunos jugadores exigen un intenso entrenamiento antes de estar verdaderamente en forma para jugar un partido»^[315]. En Chapman pareció haber descubierto un bateador de una habilidad natural sorprendente que no necesitaba ningún entrenamiento adicional y que, sin duda, era capaz de apuntarse carreras increíbles en las entradas. Eso, si no salía corriendo de la cancha para reaparecer más tarde lanzando la pelota para el equipo contrario.

Masterman reflexionaba sobre todo ello, acostado en el suelo de la barbería del Reform Club en Pall Mall. Al principio de la guerra, vivía en el United University Club, pero, cuando una bomba hizo volar el tejado por los aires, se trasladó a Oxford y Cambridge. Al cabo de poco tiempo, el barbero del Reform Club falleció y se cerró su salón; le propusieron entonces a Masterman instalarse a vivir en aquel lugar, una oferta que aceptó sin dudarle ni un instante puesto que el club se encontraba a unos pocos minutos a pie del cuartel general del BIA. Y así, ahora pasaba las noches en el suelo que había recogido los mechones de pelo de los «grandes hombres dignos de pertenecer a un club» desde el año 1841.

Dormir sobre un delgado colchón en el duro suelo no era fácil; el cocinero en el Reform hacía lo que podía con las raciones, pero la comida, muy a menudo, apenas si conseguía pasar de lo deprimente; la electricidad se cortaba con una monótona irregularidad; los baños estaban organizados en estrictos turnos de rotación, y el agua siempre estaba fría. Pese a todo, a Masterman le encantaba vivir en el Reform: «Sentía una especie de deseo inconsciente de padecer sufrimientos e incomodidades, consecuencia del recuerdo de mi inutilidad en la primera guerra mundial»^[316]. Observaba a los otros hombres iguales a él que hacían la guerra (las mujeres le resultaban, como siempre, invisibles) y meditaba sobre su estoicismo. Una noche, una

bomba cayó sobre el Carlton Club. Los miembros de los clubes de los alrededores, en pijama y zapatillas, formaron largas filas para salvar la biblioteca de las llamas y, mientras se pasaban los libros de mano en mano, comentaban los méritos de cada volumen. Esta clase de personas, reflexionó Masterman, «hacía que la derrota pareciera imposible»^[317]. Este extraño monje guerrero pasaría el resto de su guerra en este mundo masculino de comida institucional, suelos duros y baños de agua fría. Y ahora, con un nuevo bateador de primera clase y en excelente forma para enviar a la línea de lanzamiento, John Masterman se sentía más feliz que nunca.

Al otro extremo de Londres, en Latchmere House, el comandante del Camp 020 también pensaba en el agente Zigzag. Stephens Ojo de Metal consideraba a la mayoría de los espías enemigos «la chusma del universo, cuya valentía no compensaba su traición»^[318]. Chapman, sin embargo, era diferente, «el caso más fascinante» hasta la fecha^[319]. A diferencia de cualquier otro agente capturado, no había mostrado el más mínimo asomo de temor. Parecía desear emoción, y poca cosa más. «¿Qué clase de hombre es este espía?»^[320] —se preguntaba Stephens—. ¿Es un patriota?, ¿es un valiente? ¿Pertenece al mundo del hampa?, ¿o es un producto del chantaje? ¿O quizá sólo un mercenario? Los espías que trabajan únicamente por dinero son pocos, pero peligrosos». Para ser un ladrón, observó, resultaba extraño el escaso interés que mostraba Chapman por el dinero. Parecía un patriota auténtico, aunque no el tipo de fanático ansioso por azotar al huno personificado por Stephens. Lo que Chapman parecía querer era otro episodio palpitante en la representación que se estaba desarrollando de su propia vida. Si el MI5 podía orquestar el siguiente acto con la suficiente habilidad, pensaba Ojo de Metal, entonces Zigzag podría convertirse en su estrella más grande hasta el momento.

El día de Nochebuena, Maurice, el radiotelegrafista alemán en París, le envió un mensaje al agente Fritz: «POR FAVOR TRANSMITA A LAS NUEVE CUARENTA Y CINCO Y A LAS CINCO DE LA TARDE QRQ»^[321]. (la señal «QRQ» era la abreviatura utilizada por los radioaficionados de «envíe más rápido»). Los alemanes parecían seguir teniendo dificultades en recibir las transmisiones de Chapman. Ronnie Reed había revisado la radio de Chapman y no pudo encontrar ningún fallo, pero no le preocupaba demasiado: la precariedad del enlace les daba más tiempo.

Mucho más alarmante era lo que Chapman había dicho. Poco tiempo después de llegar a Crespigny Road, le había pedido a Reed que encontrara a Freda Stevenson, antigua amante y madre de su hija. Chapman, antes, se

había limitado a hacer vagas alusiones a Freda, sin embargo, ahora explicó que nunca había sostenido en sus brazos a su propia hija, que ya tenía tres años, que todavía amaba a Freda, y que quería verlas a ambas lo antes posible. Reed le prometió encontrarla.

Freda constituía una incógnita. Permitir que Chapman se pusiera en contacto con ella sin duda le subiría la moral, pensó Reed, pero complicaría el caso. Si Chapman era serio acerca de sus sentimientos hacia una mujer que no había visto desde hacía años y hacia una hija que nunca había conocido, ¿afectaría eso a su voluntad de regresar a Francia? Tal vez Freda se había vuelto a casar, tal vez había dado a su hija en adopción. Reed llegó a la conclusión de que «deberíamos conocer la situación exacta de ambas antes de que Zigzag las vaya a ver, en lugar de meternos hasta el cuello en lo que podría convertirse en una situación muy incómoda»^[322]. No obstante, a medida que pasaban los días, las demandas de Chapman de ver a Freda y a Diane se hacían más apremiantes, demandas a las que Reed contestaba con evasivas; en estas ocasiones, a Chapman se le ponía una cara muy larga y se retiraba a su habitación. Backwell y Tooth lo trataban como a un adolescente especialmente díscolo e imprevisible. «Eddie sufría cambios de humor — escribió Backwell—. Si las cosas no marchaban tal como él había previsto, se retiraba a su habitación en el primer piso donde permanecía horas y horas, negándose a comer. Nunca se enfadó con Allan ni conmigo en estas ocasiones, pero cuando se sentía así, le dejábamos en paz»^[323].

El carácter de Chapman se iba deteriorando de modo progresivo y empañó las celebraciones navideñas en el número 35 de Crespigny Road. Backwell asó un pollo relleno y Tooth tomó algunas fotografías alrededor de la mesa de fórmica de la cocina: la serie ofrece un extraño reflejo de los volátiles cambios de humor de Chapman: en una instantánea está bebiendo cerveza y sonriendo a la cámara y en la siguiente parece sumido en la más absoluta desgracia.

Otro motivo de la frustración de Chapman radicaba en la persistente dificultad en comunicarse con sus supervisores alemanes. Aunque su radiotransmisor podía recibir los mensajes enviados desde Francia, le resultaba imposible establecer contacto directo y tenía que enviar su respuesta «a ciegas». Poco tiempo después de Navidad, Reed había solventado el problema. Chapman le había comentado de pasada que, durante el tiempo que pasó en La Bretonnière, había visto un interruptor suelto en el aparato y lo había reparado soldándolo con un hierro candente, «un método no demasiado adecuado para proporcionar una conexión eléctrica realmente satisfactoria»,

en las recatadas palabras de Reed^[324]. Se llevó el aparato a su casa, reparó él mismo el interruptor, y regresó a la mañana siguiente afirmando su convicción de que ahora funcionaría.

En el transcurso de la noche, Chapman había escrito y codificado un sencillo mensaje. Reed lo revisó, lo aprobó, y encendió el transmisor. A las nueve y cuarenta y cinco establecieron la conexión con la estación receptora de París y todo funcionó a la perfección. Sin embargo, entre las prisas y la euforia por saber si la reparación había funcionado, cometieron un error. Se trataba del primer error en todo el caso, aunque también se trataba de la peor equivocación que podían haber cometido. A las nueve y cuarenta y siete del 27 de diciembre, Chapman tecleó y envió el siguiente mensaje: «LLAMEN A LAS 10.00^[325] SI PARÍS NO PUEDE RECIBIRME. OK FRITZ. JU JA JU JA». Recibieron una respuesta que afirmaba haber recibido el mensaje con claridad, y Reed y Chapman estaban alborozados.

Diez minutos más tarde, sentados en la cocina ante una taza de té, Chapman palideció de repente y farfulló: «¡Santo Dios! Creo que olvidé las efes»^[326].

14

¡Vaya manera de irse!

Contemplar la cólera de Tar Robertson fue algo aterrador. Stephens Ojo de Metal solía pasar tanto tiempo malhumorado que sus subalternos ya se habían acostumbrado a ello, pero Tar casi nunca perdía los estribos. «No solía criticar —afirmaba un amigo suyo—, siempre veía lo mejor en cada uno»^[327]. El 28 de diciembre por la mañana, cuando Reed, muy ofuscado, le informó a su jefe que acababa de enviar un mensaje del tráfico Zinc sin la contraseña convenida «todo va bien», Robertson no vio lo mejor de Reed, sino que se salió de sus casillas.

Chapman y Reed, al omitir las cinco efes al principio del mensaje, le habían indicado a Von Gröning, por inadvertencia, que la inteligencia británica controlaba a Fritz. Con este olvido, no sólo habían echado por la borda a uno de los agentes dobles más prometedores de toda la guerra, sino que además se arriesgaban a que la Abwehr empezara a sospechar que otros agentes a los que suponían leales estaban siendo controlados del mismo modo. Toda la organización de agentes dobles corría peligro.

La vergüenza y un profundo sentimiento de culpa paralizaron a Reed. En un radiotelegrafista de su experiencia, se trataba de un error tan elemental que casi era imperdonable. Parte del trabajo de Reed consistía en detectar estas «señales de control» que un agente podía insertar subrepticamente en sus transmisiones a fin de advertirle a su supervisor alemán que trabajaba bajo presión. A veces, estas señales eran minúsculas: omitir un saludo, añadir (u omitir) una X o un signo de puntuación. Sin embargo, la señal convenida de Chapman que indicaba que seguía siendo un agente libre era visible e inconfundible; el MI5 la conocía puesto que había sido utilizada en todos y cada uno de los mensajes de Zigzag hasta la fecha.

El joven Reed lanzó una vollea de lastimeras excusas. «Partiendo del hecho de que, tanto Zigzag como yo las olvidamos por completo, está claro que resultan muy fácil de omitir», masculló, arrastrándose a los pies de

Masterman^[328]. Añadió que a Chapman «sin duda, le podía haber sucedido lo mismo si hubiera estado operando como un agente libre», aunque eso no viniera al caso en absoluto. También afirmó que, puesto que Zigzag ya había enviado dos mensajes que incluían las cinco efes, «me parece que esta omisión hubiera sido peor de haber ocurrido al principio». Así exteriorizaba su vergüenza un hombre que intentaba desesperadamente ablandar a su jefe que ardía al rojo vivo.

Aquella misma tarde, en el transcurso de la segunda ventana pactada, a las cinco de la tarde, Chapman y Reed enviaron un nuevo mensaje, esta vez sin cometer ningún error. «FFFFF LO SIENTO. BORRACHO EN NAVIDAD. OLVIDÉ FFFFF. Feliz Navidad. F».

«Tal vez ellos también hayan olvidado la inclusión de las cinco efes», escribió Reed con una seguridad que en realidad no sentía^[329]. Durante las siguientes veinticuatro horas, los escuchas del MI5 rastrearon ansiosos las fuentes ultrasecretas esperando captar una gran actividad transmisora que indicara que Von Gröning sabía que su agente había sido capturado y que transmitía bajo control británico. Por fin, los interceptores captaron un lacónico mensaje: «Descifrado mensaje de catorce letras de Fritzchen. Se descubrió que este mensaje no empezaba con cinco efes cifradas»^[330]. Von Gröning había creído el segundo mensaje. Un estúpido error en un lado había quedado compensado por un error igual de estúpido en el otro, y el pobre Reed, que se había quedado hecho un guiñapo, podía respirar de nuevo. Si bien, mucho más tarde, afirmaría que el error había sido, simplemente, «irritante»^[331], lo cierto es que, en aquel momento, le pareció mortificante. Chapman se sintió aliviado, lo que no evitó que su nerviosismo siguiera en aumento. Una vida hogareña, encerrado en una casa de un barrio residencial junto a dos expolicías no era exactamente el papel de espía que se había imaginado. Empezó a hacer campaña para que alguien tomara una decisión respecto a lo que iban a hacer con él, y escribió una nota que llevaba el título «Trabajos que podría realizar en Francia», que le entregó a Reed:

Deberían organizarse ya los preparativos para mi regreso. Se me ha dado a entender que, a mi regreso a Francia, se me concederá la libertad. El doctor Graumann me sugirió que podría hacer un viaje por Alemania, pero, por supuesto, creo que también podría permanecer en París. Existen muchos puntos que podrían ser objeto de un ataque y puedo preparar planes bastante buenos para esos ataques... puedo proveer

detonadores y una pequeña cantidad de dinamita, y detalles de lugares que pueden ser atacados. Si me dieran dos o tres hombres, me permitieran entrenarlos, organizar su estancia en Francia, y una cierta libertad para utilizar mis propios métodos, estoy convencido de que podría realizar un buen trabajo. Por otra parte, si lo único que queremos es información, entonces debería recibir una formación más amplia en Alemania, puesto que mi conocimiento no basta, y en diferentes especialidades del ejército y de la marina. El trabajo es bastante amplio, y si las personas que están organizando mi partida vienen a verme y toman nota de mis ideas, estoy seguro de que podríamos lograr excelentes resultados^[332].

Laurie Marshall, el ayudante de Reed, fue enviado a Crespigny Road a escuchar las ideas de Chapman, que iban desde lo sencillo y efectivo hasta lo extraño y espectacular. Si le enviaban de regreso a Nantes, explicó Chapman, podía ocultar información codificada en los «estúpidos chistes» que enviaba en sus radiotransmisiones^[333]; más ambicioso aún, si los británicos enviaban un equipo de sabotaje, él podía intentar conseguirles explosivos y detonadores procedentes del almacén del despacho de Graumann en La Bretonnière. «Los hombres deben ser muy resueltos y estar preparados a arriesgar la vida», insistía Chapman. Entre los posibles objetivos se contaban las oficinas de la Gestapo, el cuartel general de la Abwehr y los oficiales de las SS. Chapman había observado que los oficiales superiores de la Abwehr solían enviarse regalos de cajas de coñac entre ellos. Resultaría relativamente fácil fabricar una bomba-trampa a partir de una de estas cajas, y llenarla con «la suficiente cantidad de explosivo para destruir todo un edificio». Marshall opinó que el entusiasmo de Chapman parecía «algo siniestro»^[334], sin embargo, informó que la conversación le había proporcionado «una excelente indicación de cómo funciona la mente de Zigzag».

Hasta el momento, no habían aparecido indicios de que la Abwehr sospechara que alguna cosa no iba bien; no obstante, para mantener la fe de Von Gröning en su agente, pronto sería necesaria alguna demostración de las habilidades de Chapman. «Deberíamos hacer todo lo posible por organizar, en un futuro próximo, algún tipo de explosión espectacular en la factoría de De Havilland», escribió Masterman^[335]. La prensa debería informar ampliamente acerca de este falso acto de sabotaje, en especial *The Times*, el periódico británico preferido de Von Gröning.

Los agentes dobles debían, hasta donde fuera posible, llevar la vida que los alemanes creían que estaban llevando, y hacer las cosas que afirmaban estar haciendo, algo que constituía un artículo de fe entre todos los miembros de la organización de agentes dobles. Masterman lo denominó «el principio de verosimilitud, la necesidad imperiosa de que el agente experimente de verdad todo lo que afirma haber hecho»^[336]. En un interrogatorio, resulta mucho más fácil decir la verdad, aunque sea parcial, en lugar de sostener un entramado de puras mentiras. Si Chapman iba a fingir que había volado la factoría de De Havilland, entonces tenía que ir y estudiar el terreno, del modo exacto en que lo haría si realmente fuera a llevar a cabo el sabotaje.

Chapman y Backwell viajaron los dieciocho kilómetros que les separaban de Hatfield en autobús, y se apearon en la parada justo después de la factoría. Chapman estudió el objetivo con todo detalle, mientras caminaban despacio junto a la valla que rodeaba el perímetro. Cerca de la entrada principal, según habían planeado, Backwell se detuvo y se colocó de espaldas a la factoría mientras Chapman miraba más allá de donde se había parado y describía todo lo que veía, al mismo tiempo que fingía hablar con su amigo: la puerta parecía estar vigilada por un único policía y, en el interior del complejo, Chapman creyó ver lo que parecían tres centrales eléctricas. En el aeródromo, contó veinticinco aviones, los primeros elegantes Mosquitos de madera que veía. Incluso un profano podía apreciar la belleza de los aviones, que «parecían comunicar, además, una cierta ferocidad guerrera»^[337]. Un poquito más allá, la valla pasaba por detrás del jardín del bar The Comet. En el edificio contiguo al bar había un pequeño café. El personal del turno de la mañana entraba en aquel momento, y era evidente que el guardia conocía de vista a todos los trabajadores de la factoría, porque saludó a cada uno de ellos al pasar, y apuntó sus nombres en una lista.

Chapman y Backwell fueron al café a tomar un té. En la esquina de la sala se sentaba un hombre en uniforme, un cabo que, silencioso, fijó la mirada en ellos. ¿Podría tratarse de un espía de la Abwehr enviado para ver si Fritz estaba cumpliendo su misión? ¿O se trataba sólo de un soldado de permiso vigilante que se preguntaba por qué dos hombres hablaban en voz baja junto a una importante factoría militar en plena guerra? ¿Daría la alarma y les haría detener? Backwell descartó la idea: «Parecía más nervioso que sospechoso»^[338]. Tal vez el cabo, simplemente, se había retrasado en regresar a su unidad después de su permiso.

Aquella noche, y de acuerdo con el propietario de la factoría, a quien el MI5 le había explicado el plan, Backwell y Chapman, regresaron e

inspeccionaron la zona con más detenimiento. Un patio cerrado por un muro albergaba cuatro transformadores y, cercano a ellos, se levantaba un edificio junto a una piscina vacía. En sus fotografías de reconocimiento aéreo, los alemanes habían identificado este edificio como una central eléctrica subsidiaria, un error, puesto que sólo contenía una caldera y una bomba de achique para la piscina que ya no se usaba. Por la noche, y aunque la entrada principal seguía vigilada, los guardias se limitaban a dejar cerrada la puerta más pequeña que se encontraba tras el bar. Chapman explicó que, si el atentado contra la factoría fuera real, treparía por esta pequeña puerta, que quedaba oculta por el bar, en mitad de la noche y cortarían la alambrada de espinos que la coronaba. Entonces colocaría dos maletas, cada una de ellas cargada con catorce kilos de explosivos: una bajo el soporte principal de los transformadores, y la otra en la supuesta central eléctrica subsidiaria. En cada una de estas maletas habría colocado un detonador de relojería, fabricado con un reloj de pulsera y programado para estallar al cabo de una hora. Si este ataque fuera real, «destruiría por completo la fuente de electricidad de toda la factoría»^[339]. Resultaba indudable que ni siquiera un superespía era capaz de arrastrar él solo dos maletas cargadas con catorce kilos de explosivo, y hacerlas pasar por encima de una valla coronada por alambrada de espino: para este sabotaje ficticio, Chapman necesitaría un cómplice igual de imaginario. Jimmy Hunt era el hombre ideal para el trabajo, y puesto que se hallaba entre rejas, no estaba en posición de objetar.

El día de Nochevieja, Chapman envió un mensaje a Von Gröning: «FFFFF FUI A VER A WALTER. TRABAJO MUY DIFÍCIL. PUEDE HACERSE. TENGO ROPA, BILLETES, ETCÉTERA»^[340].

El interior de la factoría de De Havilland no era más que una de las imágenes que Chapman tendría que ser capaz de describir con absoluta seguridad a su regreso a Francia. Si quería convencer a Von Gröning de que había restablecido el contacto con sus amigos criminales de Soho, entonces tenía que visitar el Soho; si quería afirmar que había aterrizado cerca de Ely, y que después había tomado el tren de la mañana a Londres, entonces tenía que ser capaz de describir el lugar a la luz del día. Su controlador alemán le había pedido información adicional, por ejemplo, movimientos de tropas y medidas defensivas y, si quería mantener su credibilidad, entonces tenía que empezar a entregar o, al menos, fingir que entregaba, lo que el alemán quería. Era innegable que no podría hacerlo encerrado en Hendon, sino que necesitaba salir a fisgonear un poco; John Masterman y los censores del Comité 020

decidirían a continuación qué información podía enviarle con seguridad a Von Gröning.

El MI5 presintió que la Abwehr se estaba impacientando. Fritz llevaba en el Reino Unido tres semanas cuando llegó un exigente mensaje: «POR FAVOR, ENVÍE INFORMACIÓN ESPECÍFICA SOBRE EL GOBIERNO CENTRAL Y EL MINISTERIO DE LA GUERRA»^[341]. Y otro al cabo de unos días: «POR FAVOR ENVÍE NOMBRE DEL LUGAR Y BREVE DESCRIPCIÓN DE SU LLEGADA»^[342]. Chapman respondió enseguida: «FFFFF ATERRICÉ A CUATRO KILÓMETROS AL NORTE DE ELY Y ENTERRÉ MATERIAL. TOMÉ TREN DÍA SIGUIENTE CON TRANSMISOR HACIA LONDRES Y MÁS TARDE CONTACTÉ AMIGOS. TODO OK. FRITZ»^[343]. Sin embargo, era patente que Von Gröning ya había recibido suficientes mensajes optimistas y tranquilizadores, aunque bastante vagos, y que ahora quería detalles, de modo que Backwell y Tooth le organizaron a su compañero de casa una serie de excursiones diarias. Le llevaron a Ely, al punto en el que había aterrizado, y recorrieron su caminata ficticia hasta la estación del ferrocarril de Wisbech, donde comieron pescado frito con patatas. Visitaron los lugares que un espía alemán debía visitar. Pasearon alrededor del aeródromo de Hendon, de la terminal del ferrocarril de Londres, y por las zonas de la ciudad de Londres donde los bombardeos recientes habían causado daños. Empezaron a dejarse caer con mayor frecuencia por el bar de Hendon Way, donde los tres hombres acabaron siendo «conocidos y aceptados»^[344]. Nadie les hizo preguntas, había algo en los dos hombres mayores, sentados frente a su cerveza en la esquina de su mesa que no invitaba a la afabilidad.

Fueron de compras al West End, observando el paso de los vehículos de transporte militar, los indicadores del ejército estadounidense, los daños causados por las bombas y las oficinas gubernamentales, siempre alerta ante los delincuentes que pudieran reconocer a Chapman. «Eddie pronto recuperó la confianza —informó Backwell—, pese a lo cual, nunca intentó despistarnos; parecía nervioso si nos alejábamos de él un rato». Este tipo de excursiones proporcionaban una información vital para la tapadera de Chapman, pero, por encima de todo, «contribuían a mantener su mente ocupada». Backwell y Tooth estaban descubriendo que si Chapman no mantenía su mente ocupada, ésta se le escapaba en pensamientos sombríos, y él se obsesionaba con Freda y con su hija, y con su propia frustración sexual.

Chapman parecía «considerablemente inquieto»^[345]. Advirtió que no sabía cómo traducir los tecnicismos alemanes utilizados en la construcción de bombas, así que le enviaron a la señora Barton, una profesora de alemán, a darle clases particulares en Crespigny Road. John Masterman, igual que haría

un catedrático con un estudiante exigente, sugirió que le hicieran llegar el diccionario alemán Muret Saunders en cuatro volúmenes para que pudiera estudiar en la cama. Se le proporcionaron más libros y revistas, pero Chapman no podía quedarse quieto más de unos pocos minutos. Una noche le confesó a Tooth que tenía «sentimientos de nihilismo, cuando siente que su vida está vacía y que, en realidad, nada importa»^[346]. Los arrebatos depresivos de Chapman, su impaciencia e inquietud, y sus reiteradas alusiones al sexo empezaban a alarmar cada vez más a Reed. «Su bravuconería innata y su vitalidad no tardaron en conducirlo hacia el camino de la inevitable relajación femenina... Se llevaron a cabo muchos intentos de sublimar estas emociones y de dirigir su energía hacia canales más provechosos»^[347].

Reed, Tar Robertson y John Masterman sostuvieron una reunión de planificación en la que coincidieron en que el desasosiego de Chapman «imposibilitaba utilizarle como agente doble a largo plazo en este país»^[348], puesto que su temperamento no se adaptaba a una «vida de reclusión»^[349] y establecieron una amplia estrategia: fingirían el sabotaje de la factoría De Havilland, de la manera más elaborada, escandalosa y convincente posible; Chapman se atribuiría el éxito de la misión ante sus controladores alemanes, y regresaría a continuación a la Francia ocupada, probablemente vía Lisboa; no le acompañaría ningún cómplice ni contactaría con los otros agentes aliados en Francia, sino que llevaría a cabo trabajos de inteligencia, y tal vez de sabotaje, para Gran Bretaña, que se podrían especificar más tarde.

Aquella noche, Reed visitó Crespigny Road para explicar las decisiones que se habían tomado. Chapman, sentado en una silla, tenía un aspecto «muy pálido»^[350]. Tooth le explicó en voz muy baja que un rato antes, mientras escuchaba la radio, Chapman había entrado en la habitación y oído al locutor «hablar de tinta invisible y movimientos de tropas»^[351]. La noticia hacía referencia a un acontecimiento que no tenía nada que ver con él pero, por un terrible instante, Chapman, siempre asumiendo protagonismo en cualquier drama, había creído que la noticia hacía referencia a él y todavía se encontraba en estado de *shock*.

Reed inició una conversación general acerca del futuro. Señaló que si el ataque simulado en la factoría De Havilland funcionaba según lo esperado, entonces los alemanes, muy complacidos, tal vez desearan mantenerle en el Reino Unido. ¿Estaba Chapman preparado para quedarse y, quizá, llevar a cabo otros sabotajes fingidos? Chapman negó con la cabeza.

—Tengo otro asunto más personal del que ocuparme en Berlín a mi regreso^[352].

—Cualquier iniciativa individual de su parte, prescindiendo de lo encomiable que pueda ser, sería sin duda menos satisfactoria que nuestras recomendaciones —dijo Reed.

Chapman respondió con acritud:

—¿Cómo puede usted juzgar, si no conoce mis planes?

—Creo que debería explicarnos exactamente qué es lo que se propone usted hacer.

—No tengo intención de hacerlo. Creería que es absurdo e imposible, y puesto que yo soy el único capaz de juzgar si puedo conseguirlo, es mejor que no lo explique.

Chapman era obstinado, sin embargo, Reed, aplicando «grandes dosis de paciencia y amabilidad», insistió una y otra vez en que especificara lo que tenía en mente. Por fin, Chapman cedió, y respiró hondo.

—El doctor Graumman siempre ha cumplido sus promesas, y creo que mantendrá la que me hizo referente a lo que ocurrirá a mi regreso. Está convencido de que soy pronazi. Siempre exclamé «*Heil Hitler!*» en presencia de otras personas y expresé mi admiración hacia la persona de Hitler y hacia la filosofía nazi. Siempre que Hitler hablaba por la radio, escuchaba con gran atención, y le comenté al doctor Graumman lo mucho que me gustaría asistir a un mitin nazi en el que Hitler pronunciara un discurso.

Graumman le había prometido conseguirle a Chapman un asiento cerca del estrado, «en la primera o en la segunda fila...» aunque significara que Chapman debía vestirse con el uniforme de un oficial de alto rango.

—Creo que el doctor Graumman cumplirá su promesa —Chapman hizo una pausa—, y entonces, asesinaré a Hitler.

Reed permaneció en un silencio atónito mientras Chapman seguía hablando.

—No estoy seguro todavía de cómo lo haré exactamente pero, con mi conocimiento en explosivos y material incendiario, lo creo posible.

Reed recuperó lo suficiente la compostura para contestarle que sería muy difícil acercarse lo bastante al Führer para lanzarle una bomba.

—Tanto si lo consigue como si no lo consigue, a usted le liquidarían de inmediato.

Chapman sonrió.

—¡Cierto! Pero ¡vaya manera de irme!, ¿no?

Reed ni siquiera intentó disuadirlo. Aquella noche analizaron las posibilidades. Chapman explicó que, teniendo en cuenta su pasado, nunca podría llevar una vida normal en el Reino Unido; tampoco podía permanecer en la Francia ocupada para siempre. Asesinar a Hitler le proporcionaba la oportunidad de darle algún sentido a su vida, aunque fuera renunciando a ella.

Al escribir su informe aquella noche, Reed intentó adivinar cuál podría ser el motivo tras este último y extraordinario giro en el asunto Zigzag. Por una parte, la propuesta de asesinar a Hitler parecía surgir del nihilismo suicida que a veces pesaba sobre Chapman, y por la otra, ansiaba la fama, y buscaba el modo de «salir por la puerta grande». Reed recordó que, en el pasado, Chapman había coleccionado los recortes de periódicos que hablaban de sus delitos: «La mejor manera que se le ha ocurrido de abandonar esta vida consiste en conseguir que su nombre aparezca en primera plana en la prensa mundial, y ser inmortalizado en los libros de historia hasta el fin de los tiempos, la coronación de su gesto final». Algún tipo de desesperación planeaba sobre esta misión que él mismo se había asignado: un maleante se ofrecía a asesinar a un auténtico malvado. No obstante, se intuía algo más, un extraño destello de heroísmo, el sentido de obligación moral en una persona cuyo único deber, hasta aquel momento, había sido hacia sí mismo. Reed se emocionó. «En mi opinión, siente una gran lealtad hacia el Reino Unido»^[353].

15

Freda y Diane

¿Dónde estaba Freda? Chapman seguía preguntando con insistencia, y lo que antes había sido una petición, se había transformado en una exigencia. Era petulante y cada vez más agresivo. Una noche le confesó a Backwell que lo único que le importaba ahora era ocuparse de Freda y de Diane. Quería compensarlas por sus errores. El policía informó: «Quiere proporcionarle seguridad a su hija, su único interés»^[354]. Incluso habló de reclamar la custodia de Diane si Freda atravesaba dificultades, aunque reconoció que, en las circunstancias actuales, eso parecía «imposible»^[355]. Le pidió a Tooth que, si moría, le entregara a Diane las obras completas de H. G. Wells el día que cumpliera dieciséis años. Al mismo tiempo, se preguntaba si no sería mejor para su hija que nunca «conociera su existencia, puesto que sólo representaría una lacra para ella, y le causaría dolor y problemas»^[356].

«Sus asuntos personales ocupan una gran parte de su atención», informó Backwell^[357]. Si asesinar a Hitler era una de las misiones que Chapman se había impuesto a sí mismo, ocuparse de Freda y Diane era la otra.

Una noche, perdió los estribos y garabateó una nota furiosa dirigida a Tar Robertson: «Mis fuentes de información están prácticamente secas. Aquí ya no puedo ser muy útil y, por muchas razones personales, no deseo permanecer aquí más tiempo»^[358]. Backwell entregó la carta y le adjuntó una nota: «Siente que su posición actual es intolerable: ha regresado a su país y, pese a ello, no puede ver a sus antiguas amistades ni hacer lo que le plazca... Eddie es fundamentalmente un hombre de acción que no puede, por naturaleza, atenerse a un estilo de vida estereotipado»^[359]. Backwell tenía la firme convicción de que lo único que podría hacer regresar a Chapman a un estado psíquico razonable era una reunión con su antigua amante y su hija. «La cuestión de Freda siempre parece estar en su mente —escribió—, y organizar un encuentro con Freda resolvería casi por completo sus problemas»^[360].

Reed lo dudaba. No había manera de saber cómo reaccionaría Freda a una reunión. El riesgo para la seguridad era demasiado grande, puesto que «si tenía algo de malicia y se daba cuenta de que Zigzag había regresado al país, podría acudir a la policía y provocar una situación muy embarazosa»^[361]. Incluso si el encuentro transcurría sin problemas, de un modo u otro, Freda tendría que ser incorporada a la tapadera de Chapman, posiblemente poniéndola a ella y a su hija en peligro. Le dijo a Chapman que la policía seguía intentando buscar a Freda mientras las «autoridades» analizaban su petición. Chapman reaccionó mal, su «agresividad y malhumor» aumentaron, y se fue a la cama. Reed ahora estaba alarmado. Era evidente que Chapman creía que el MI5 ya había encontrado a Freda, pero que los mantenía separados deliberadamente. Y tenía razón.

La policía había localizado a Freda Elsie Louise Stevenson casi de inmediato, porque durante algunos años Freda había estado intentando encontrar a Eddie Chapman, «con relación a una solicitud de una pensión». En aquel momento, ella y su hija vivían en una casa de huéspedes en el número 17 de Cossington Road, en Westcliffe-on-Sea, en Essex.

En los años transcurridos desde que Chapman la dejó, a la edad de diecinueve años, la vida de Freda se había ido deteriorando. Cuando Eddie desapareció en el año 1939, unas pocas semanas antes de descubrir que estaba embarazada de Diane, vivía en el piso de Shepherd's Bush. Había intentado encontrar a Eddie a través de toda una serie de camareros en el Soho, solicitando información a sus cómplices, y, por último, acudiendo a la policía. De este modo se enteró de que cumplía condena en la penitenciaría de Jersey. Envío cartas y fotografías, y nunca recibió una respuesta. Después, llegó la invasión, y ya fue inútil seguir escribiendo. En el mundo del hampa de Londres empezó a circular un rumor según el cual Chapman había sido ejecutado por los alemanes mientras intentaba escapar de Jersey.

Freda siguió adelante. Tenía formación de bailarina, pero después del inicio de la guerra, el trabajo de bailarina empezó a escasear y se trasladó a Southend para estar cerca de su madre. Freda, una criatura pálida, frágil, de grandes ojos castaños y boca pequeña, era de naturaleza confiada y amable, pero también extraordinariamente resistente, y una madre ferozmente protectora. Su padre, un conductor de autobús, había fallecido antes de nacer ella, así que, igual que su hija Diane, había crecido huérfana de padre. No le pedía demasiado a la vida, ni tampoco esperaba gran cosa, e iba tirando con lo poco que tenía. En agosto del año 1941, conoció a un hombre mucho mayor que ella llamado Keith Butchard, gerente de una fábrica de globos, y se había

casado con él. El matrimonio fracasó casi de inmediato y una noche, cuando Butchard estaba emborrachándose en el bar, Freda cogió a su pequeña Diane, quemó el traje nuevo de su marido en la chimenea y se marchó.

El día que aparecieron dos oficiales de los servicios especiales, Freda vivía en una casa de huéspedes y trabajaba a media jornada en el cuerpo de bomberos. En el recibidor de la casa, los policías le hicieron muchas preguntas acerca de Eddie Chapman y, una vez sola, Freda abrazó a Diane y se sintió embargada por un pequeño destello de esperanza.

En Crespigny Road, Tooth y Backwell descubrieron que su función se había ampliado y que ahora incluía el cuidado y el mantenimiento de la libido de Chapman. No sólo tenían que cocinar, limpiar y distraer a su pupilo, sino que se esperaba de ellos que le ayudaran a encontrar mujeres de virtud fácil. Los dos policías aceptaron este nuevo deber con feliz resignación. Hasta el momento, el MI5 había intentado mantener a Chapman alejado de lo que Reed había definido con gran delicadeza «relajación femenina»^[362]. Las nuevas instrucciones indicaban que, si Chapman deseaba relajarse, debían alentarle a ello.

El 15 de enero, después de cenar en el bar Landsowne, Chapman y Backwell se dirigieron a una zona de New Bond Street que tenía fama de ser un distrito caliente. Tras una apresurada negociación en un portal, Chapman se llevó a una prostituta que le condujo a un piso encima de una tienda. «Por suerte, justo enfrente había un bar —informaría Backwell—, y me prometió reunirse conmigo en ese bar en más o menos media hora. Cumplió su palabra»^[363]. Unos días más tarde, el ladrón y el policía salieron a «relajarse» juntos. En Lyons Comer House conocieron a dos chicas, Doris y Helen, y las invitaron a cenar. Los dos hombres se habían puesto de acuerdo de antemano en que, si alguien preguntaba a qué se dedicaba Chapman, contestarían que era un militar «que acababa de regresar del extranjero», una tapadera que explicaba, además, por qué Eddie estaba tan poco familiarizado con la vida en el reino Unido en tiempos de guerra^[364]. La última vez que había vivido en Londres había sido en 1939, y le costó dos semanas adaptarse a un mundo de cupones y racionamiento, de apagones y refugios antiaéreos.

La visita a New Bond Street, como suele ocurrir, sólo le proporcionó alivio temporal. A los pocos días, Chapman se sentía más deprimido que nunca y sus guardianes buscaron distracciones más sofisticadas. Una noche, envolvieron a Chapman en un abrigo, sombrero y bufanda, y le llevaron al cine a ver la película *Sangre, sudor y lágrimas*, una epopeya bélica protagonizada por Noel Coward, el amigo de Chapman de sus días de Soho.

Le advirtieron a Chapman que no bajara la guardia y que si veía a alguna persona conocida intentara desaparecer y después reunirse con sus guardianes en un lugar convenido de antemano. El sistema funcionó bien por algún tiempo y, en varias ocasiones, Chapman pudo ver a antiguos compinches antes que ellos le vieran a él. «Eddie tenía un don extraordinario —anotaría Backwell en su informe—, era un soberbio fisonomista. En Londres, solía identificar caras que había visto antes en sitios completamente diferentes»^[365].

Sin embargo, las facciones de Chapman también eran muy características. Una noche, a la entrada del restaurante Prince's, en el West End, Chapman se encontró frente a frente con un ladrón vestido de un traje cruzado marrón, y a quien había conocido antes de la guerra^[366]. Sonrojado y «algo borracho»^[367], el hombre le tendió la mano diciendo: «¡Qué tal, forastero!, un placer verte de nuevo». Tooth se preparó para intervenir, pero Chapman «le clavó una dura mirada al individuo, le lanzó un “hola”, muy formal, y prosiguió su camino escaleras abajo». El tipo le siguió, profiriendo excusas por su error, e insistiendo, pese a ello, en que Chapman era la «viva imagen de alguien que había conocido». Chapman se puso a hablar en francés, «alguna observación burlona acerca de un posible gemelo» y dejó al asombrado hombre en el portal^[368]. Backwell opinaba que el farol había funcionado: «El hombre se excusó y se marchó, desconcertado, pero, en mi opinión, bastante convencido de haber cometido un error»^[369]. Chapman aseguró no recordar su nombre, aunque ninguno de sus guardianes le creyó. «Supongo que debe ser un rasgo natural de Zigzag no desvelar la identidad de su antiguo cómplice, movido por la lealtad hacia sus antiguos socios criminales —especulaba Reed—. De todos modos, tampoco nos concierne»^[370].

El incidente tan sólo sirvió para reafirmar la frustración de Chapman con su semicautividad, que, si bien le permitía observar el Londres que conocía, no le permitía participar en él. Exigió ver a Winston, su hermano menor, quien, según tenía entendido, se había alistado en el ejército, y le explicaron (otra mentira) que «por el momento, nuestras investigaciones indican que su hermano está en la India»^[371]. Una noche, consideró la posibilidad de saltar por la ventana de Crespigny Road y marcharse al West End, pero le detuvo un pequeño remordimiento de conciencia, al darse cuenta de que «no redundaba en beneficio de su trabajo ni de sus compañeros»^[372]. Aun así, anhelaba ver a sus antiguos amigos, y le pidió a Reed que encontrara a Betty Farmer. Reed no estaba seguro si deseaba ver a Betty con propósitos amorosos, o para

excusarse por haberla abandonado en el comedor de un hotel de Jersey tres años antes, de una forma tan espectacular. Como siempre, los motivos de Chapman eran muy difíciles de interpretar: mantenía todas sus opciones abiertas, y parecía congénitamente incapaz de aceptar una apuesta sin cubrirse antes las espaldas. La última pista que se tenía de Betty Farmer había sido su lacrimosa declaración a la policía de Jersey en el año 1939. Había desaparecido. Reed pensó que era mejor así, puesto que la vida emocional de Chapman ya era bastante complicada.

Decidieron organizar un encuentro con una de las poquísimas personas conocidas de Chapman en quien podían confiar: Terence Young, el cineasta, en aquel momento, un oficial de inteligencia en Field Security Office, los servicios de seguridad de la división de guardias blindados, el organismo responsable de la seguridad interna del Reino Unido en tiempos de guerra. En los años transcurridos, Terence Young había alcanzado una cierta notoriedad como un prometedor director de cine, y había quien estaba intentando retirarle del servicio activo para que se dedicara a realizar películas de propaganda, un proyecto en el que, al parecer, Churchill se había tomado un interés personal. Marshall, del B1A, se puso en contacto con Young y le preguntó, mientras tomaban el té en el Claridge, si aceptaría reunirse con Chapman en el más estricto secreto, para «charlar de algunos de sus antiguos amigos» y «subirle la moral»^[373]. Young aceptó encantado, diciendo que, a menudo, se había preguntado qué le habría ocurrido a su antiguo y escandaloso amigo. «Dijo que Zigzag era un ladrón y que siempre lo sería —informó Marshall—, pero que también era un tipo extraordinario».

Young pasó a describir el sofisticado y divertido mundo en el que Chapman había vivido antes de la guerra, las personas que había conocido en el mundillo del cine y del teatro, y en los ambientes literario, semipolítico y diplomático, y la popularidad de la que gozaba «entre las mujeres». Marshall le preguntó si opinaba que podían confiarle a Chapman algún trabajo en el servicio de inteligencia. Young fue categórico: «Uno podría confiarle las misiones más difíciles sabiendo dos cosas: por una parte, llevaría a cabo su misión y nunca traicionaría al oficial que le había enviado; por la otra, sería bastante probable que, de pasada y al mismo tiempo, desvalijara al oficial que le había enviado... Eddie completaría su misión y regresaría a informar al oficial al que había desplumado». En resumen, uno podía confiar en que Chapman haría lo que le pidieran mientras que, al mismo tiempo, no se podía confiar en absoluto en él en ningún otro aspecto.

Chapman, su carabina Marshall, y Young se reunieron a cenar en un salón discreto del Savoy. Parecían «encantados de verse y la conversación fue muy animada», informó Marshall. A medida que corría la bebida, sin embargo, la conversación giró hacia la guerra, y Young expresó su opinión de que una victoria aliada era «inevitable». Chapman le respondió de inmediato que eso era un juicio engreído y complaciente, antes de lanzarse a elogiar «el idealismo de Hitler y la fortaleza y eficacia de los soldados alemanes». Los efectos de haber vivido entre los nazis durante tanto tiempo seguían persistiendo todavía, pese a los esfuerzos de reeducación de Tooth y de Backwell. Por el camino de regreso a Crespigny Road, Marshall advirtió a Chapman de la «imprudencia de expresar estos puntos de vista, prescindiendo de lo acertados que pudieran ser»^[374].

La fe de Chapman en la eficiencia militar de los alemanes estaba siendo socavada por otros medios: la Abwehr seguía teniendo dificultades técnicas con sus receptores de radio, y las fuentes ultrasecretas revelaron que había instalado una nueva estación de radio en San Juan de Luz, de nombre clave «Horst», manejada por un radiotelegrafista a tiempo completo identificado como el teniente Voguy, a fin de recibir específicamente los mensajes de Fritz. Sin embargo, el 14 de enero, Maurice envió un mensaje en el que decía que Chapman debía continuar enviando sus mensajes «a ciegas», porque la nueva antena había estallado. Esta nueva demostración de ineptitud proporcionó la oportunidad de poner a los alemanes a la defensiva. El siguiente mensaje de Fritz a Von Gröning, en palabras de Chapman, «apestaba»: «FFFFF INDIGNADO Y PREOCUPADO POR FALTA DE RECEPCIÓN. ESTO ES UNA CHAPUZA SIN REMEDIO. SE ME PROMETIÓ APOYO TOTAL Y DEBO TENERLO. EL TRABAJO ADELANTA MUY BIEN. TENGO LA LISTA COMPLETA DE TODO LO QUE ME PIDIERON. DEBEN HACER ALGO PARA SOLUCIONAR LOS PROBLEMAS. F»^[375]. Durante los días siguientes, se estudió el tráfico radiotelegráfico de la Abwehr para calibrar los efectos de esta andanada. Nada. Estaba claro que el radiotelegrafista, al no desear, en palabras de Reed, «sufrir la cólera» de Von Gröning, había decidido suprimir el airado mensaje, así de sencillo^[376]. No era la primera vez (ni la última) que los pequeños elementos en una gran máquina toman una decisión unilateral para impedir que el jefe se entere de su propia incompetencia. Unos días más tarde, Maurice envió un mensaje diciendo que la antena había sido reparada y que «se habían adoptado nuevas medidas»^[377]. A partir de aquel momento la recepción y la transmisión funcionaron a la perfección.

Backwell llevó a Chapman de compras, a por bombas. Si Chapman tenía que convencer a los alemanes de que había destruido la factoría De Havilland con explosivos, entonces debía comprobar si de verdad era posible obtener los ingredientes necesarios. Hacerse con ellos le resultó de una asombrosa facilidad. En Timothy Whites compraron clorato potásico en forma de un herbicida, del Boots de Harrow se llevaron permanganato potásico y nitrato de salitre; en J. W. Quibell, en Finchley Road, estuvieron encantados de venderle a Chapman polvo de azufre, antipolillas y polvo de aluminio en forma de pintura plateada; el azúcar y la harina se podían comprar, por un módico precio, en cualquier colmado. El Reino Unido estaba castigado por el racionamiento, pero comprar los materiales para una bomba casera era tortas y pan pintado. (De hecho obtener los ingredientes necesarios para hornear una torta decente y un buen pan hubiera resultado mucho más difícil). La lista de la compra de Chapman nunca fue cuestionada: cuando por error pidió «Kalium» (el término alemán para «potasio»), el ayudante de la farmacia se limitó a creer que le pedían calcio (en inglés, *calcium*)^[378]. De regreso a Crespigny Road, Chapman realizó experimentos «a pequeña escala», mezclando diversos explosivos. En esta ocasión no practicó haciendo saltar nada: a diferencia de los vecinos en La Bretonnière, las buenas gentes de Hendon, sin duda, hubieran tolerado bastante mal que trozos de tronco ardiente llegaran volando y silbando a sus patios traseros. «Eso mantuvo ocupado a Eddie —escribió Backwell, pero— seguía increíblemente inquieto y no podía concentrarse demasiado tiempo en una sola cosa»^[379].

Quizá Chapman hubiera debido sentirse satisfecho y feliz fabricando bombas, puliendo su alemán, viendo a viejos amigos, enviando notas cáusticas a sus jefes de la Abwehr y ordenando de forma coherente los diversos hilos argumentales de su tapadera, sin embargo, lo cierto era que nada de todo eso impedía que se sintiera muy desgraciado. Su deseo de ver a Freda y a su hija se había convertido en una obsesión, y no hablaba de nada más. Reed cayó en la cuenta de que tenían un problema que estaba a punto de desencadenar una crisis: «En ese estado de ánimo, a su regreso, podía fácilmente volverse en contra nuestra y revelarle al enemigo su asociación con nosotros. Aunque esto no ocurriera, podría suceder también que no deseara seguir las instrucciones recibidas y que actuara por impulsos y obedeciendo a sus propios caprichos»^[380].

Marshall, el ayudante de Reed y un personaje comprensivo y que sabía escuchar, fue enviado a Crespigny Road con una botella de *whisky* a mantener una charla íntima con Chapman. Mientras conversaban y bebían, Chapman le

abrió su corazón como nunca había hecho antes. Habló todo el rato en francés, porque «tiende a romper su reserva natural y le conduce a expresar sus pensamientos más profundos», observó Marshall^[381]. Chapman habló de su dura infancia, de su resentimiento por su falta de educación, su impaciencia y su deseo de reparar los errores del pasado, y de su aspiración, encontrar una razón para vivir, o para morir.

Hablaron hasta las tres de la madrugada. El informe de Marshall, de nueve páginas, sobre esta conversación «seria e íntima» constituye uno de los documentos más reveladores del expediente Zigzag^[382]: un completo estudio psicológico de un hombre en lucha contra los elementos contradictorios de su propia naturaleza.

«Está empeñado, tal vez por primera vez en su vida, en comprenderse a sí mismo y encontrarle sentido a la vida —escribió Marshall—. En los últimos tres años ha descubierto el pensamiento, a H. G. Wells, la literatura, el altruismo y la belleza y, aunque no se arrepiente de su vida pasada, siente que no tiene un lugar en la sociedad y, que lo mejor que podría ocurrirle sería morir, pero no inútilmente. Desea pagar por las cosas malas que ha hecho y no quedará convencido de que ha hecho alguna cosa de valor a menos que lleve a cabo él mismo alguna acción concreta».

Confesó que estaba dividido entre el patriotismo y el egoísmo y «luchando contra sí mismo». Hasta aquel momento, siempre había «actuado por egoísmo y había hecho todo lo que le había venido en gana», pero había cambiado y «ahora se daba cuenta de que debía tener en cuenta a otras personas, algo que le estaba resultando muy difícil». En un momento dado, Chapman se volvió hacia su compañero con una expresión dolorida y le preguntó:

—¿Tú crees que la vida personal es más importante que la patria o los ideales?

Marshall le contestó que no.

La siguiente pregunta era aún más profunda:

—¿Cuál crees tú que es el propósito de la vida?

Esta vez Marshall tenía su respuesta: «Dije que creía que el hombre estaba ascendiendo hacia algún alto destino, que desde los primeros homínidos hasta su estado actual de civilización, había ascendido de forma gradual y que era el deber de cada uno de nosotros contribuir al ascenso de la humanidad».

Cayendo en la cuenta de lo altruista que eso debía sonar, Marshall se apresuró a añadir:

—Eso no significa necesariamente que tengamos que ser «buenos». La guerra es una bestialidad.

Chapman reflexionó sobre las palabras de Marshall y señaló que este credo era similar al de H. G. Wells y, en la medida en que él también tenía uno, al de su propia filosofía. Hablaron del socialismo y del capitalismo, de patriotismo y de deber. En opinión de Marshall, «parecía como si Chapman hubiera descubierto estas cosas por primera vez, y le parecían grandes descubrimientos, algo que, sin duda, son».

Le correspondió a Marshall plantear la siguiente pregunta:

—¿Qué papel, tuyo propio, te propones desempeñar para ayudar a la humanidad en su lucha?

La respuesta de Chapman fue deprimente y sombría.

—Mi vida tiene muy poco valor y sería mejor que yo muriera, pero no inútilmente, sino haciendo algo con lo que expiar todos los errores que he cometido.

Marshall objetó de inmediato:

—Así se marchan los cobardes. Causarte tu propia muerte equivale a admitir la derrota. Ahora eres un hombre que piensa, y el hombre debe progresar, y tú debes desempeñar tu papel y contribuir a que este progreso sea posible. Tú debes decidir si una victoria británica ayudará a la humanidad en su progreso ascendente, o si sería mejor que prevalecieran los principios nazis.

Chapman respondió que ya había tomado una decisión en este sentido:

—No podemos permitir que Inglaterra pierda la guerra.

Marshall afirmó que Chapman «había visto demasiada brutalidad y demasiado horror, la intimidación de la población francesa y la brutalidad de la Gestapo», para ser capaz de mantenerse a un lado. Regresó a su casa desde Crespigny Road en el helado amanecer londinense convencido de que Chapman ahora «desempeñaría su papel».

Reed, fascinado por el informe de la noche que Marshall había pasado hablando con Chapman, lo describió como «un valioso estudio de carácter»^[383]. Revelaba a un hombre con un gran afán por cumplir con su deber, pero decidido también a encontrar algún tipo de resolución a su conflicto interior. No sería posible descubrir el «alto destino» de Chapman en la guerra contra Hitler hasta que no hubiera conseguido la paz a su alrededor. Había llegado el momento de poner en marcha la Operación Freda.

El 26 de enero de 1943, Freda y Diane fueron conducidas hasta Londres y alojadas en el hotel Brent Bridge. La reunión tuvo lugar aquella misma noche.

Backwell y Tooth, siempre amables carceleros, se encargaron de las flores, del champán y de los servicios de niñera. Mientras Freda Stevenson y Eddie Chapman se volvían a conocer en una habitación en el piso superior, los policías se entretuvieron en la recepción del hotel jugando con la pequeña Diane, de tres años. Eddie había recibido instrucciones de explicarle a Freda que se había fugado de Jersey y que la policía había retirado todos los cargos a cambio de incorporarse al ejército donde pronto sería destinado al extranjero^[384]. Freda aceptó la explicación sin hacer ninguna pregunta. Al día siguiente, Freda y Diane se trasladaron a Crespigny Road y, en palabras de Backwell, «se integraron en la familia, que ahora la formaban un delincuente y agente doble, una bailarina reconvertida en bombero, un energético bebé, y dos policías muy sufridos»^[385].

Freda había entrado de nuevo en la vida de Chapman de una forma abrupta y completa, la misma forma en la que él había abandonado la vida de Freda casi cuatro años antes. En esta extraña parodia de domesticidad, Chapman ya no exigía visitas al West End ni reunirse con sus antiguos compinches, sino que parecía «bastante satisfecho de limitarse a su propio círculo». Por las tardes, la joven pareja solía pasear cogidos del brazo hasta Hendon Way, mientras uno de los policías los seguía a una distancia prudencial y el otro se ocupaba de Diane y de las labores domésticas.

Por supuesto, las tareas paralelas de administrar una familia ampliada y al mismo tiempo operar a un agente doble sin verificar presentaban algunos desafíos logísticos. Freda se había instalado en la habitación de Chapman y por lo tanto el reto consistía en que «Freda se levantara, se vistiera y bajara antes de las nueve y cuarenta cinco de la mañana, puesto que el tecleo del telégrafo podía oírse desde la habitación y desde las escaleras»^[386]. Existía otra dificultad: la señora West, la asistenta, venía por las mañanas y había que impedir que utilizara la aspiradora cuando Chapman estaba transmitiendo.

Una tarde, alrededor de las siete, Chapman anunció que él y Freda se iban a la cama.

—Eddie, tenemos que estar en el aire a las nueve —le susurró Reed mientras la pareja salía—. No lo olvides.

A las ocho, Reed subió las escaleras de puntillas y llamó suavemente a la puerta.

—Te queda una hora, Eddie. —No hubo respuesta.

A las ocho y cuarenta y cinco, Reed golpeó con fuerza la puerta.

—Tan sólo tienes quince minutos Eddie.

Chapman asomó la cabeza por la puerta.

—¡Oh no!, sólo quince minutos, no —dijo y desapareció en el interior otra vez^[387].

Reed se preguntaba si tendría que entrar e insistir él mismo en un *coitus interruptus*, pero, a muy escasos minutos de la hora, apareció por fin Freda, muy despeinada.

Freda reaccionó al subterfugio con una impresionante falta de curiosidad. Su amante nunca solía estar fuera del alcance de la vista de uno o, en general, dos hombres fornidos que controlaban cada uno de sus movimientos. Más hombres, normalmente vestidos de paisano, pero entre los que había uno que vestía unos pantalones a cuadros muy llamativos, iban y venían a horas muy peculiares del día y, a menudo, le pedían a Freda que se llevara a su bebé a dar un largo paseo. En ocasiones, podía oír a Eddie practicando la pronunciación de nombres en alemán. En el armario de la cocina había unos productos químicos de aspecto muy extraño. «Freda, sin duda, debía estar acostumbrada a que ocurrieran cosas raras —escribiría Backwell—, y nunca hizo ninguna pregunta». Cuando ella y Chapman vivían juntos en Sterndale Road, también había presenciado extrañas idas y venidas y visto personajes peculiares cuya presencia y motivos nunca le fueron explicados, así que le debió parecer que era como en los viejos tiempos. «Aunque apenas sabía nada de lo que estaba ocurriendo, lo aceptaba sin preguntar y acabó acostumbrándose bastante a que nosotros tres estuviéramos siempre juntos», escribió Tooth^[388].

La transformación en el talante de Chapman fue inmediata. «Desde que ha visto a Freda y a la niña, Eddie está de muy buen humor y afirma que toda su visión de futuro ha cambiado. Ahora tiene una “*raison d’être*”^[389]. Ha perdido el interés por otras mujeres y por visitar el West End, y afirma estar preparado para permanecer en este barrio trabajando en su tapadera y en los preparativos de su regreso a Francia»^[390]. En lugar del sombrío cascarrabias de antes, el nuevo Chapman parecía positivo y lleno de vida. Adoraba a su hija, una niña vivaz cuya vitalidad y bullicio llenaban la casa. El sombrío nihilismo de Chapman dejó paso a un optimismo igualmente extremado, y a una autoconfianza exagerada. Incluso empezó a hablar de lo que podría hacer cuando acabara la guerra, algo que nunca antes había hecho. Habló de instalarse con Freda en Polonia y montar un *cabaret*, o simplemente de regresar a la vida delictiva, puesto que dudaba de «su capacidad de vivir una vida respetuosa de la ley»^[391]. No obstante, también se preguntaba si habría algún lugar para él en los servicios secretos, puesto que eso «satisfaría su necesidad de emociones»^[392].

Tooth, en privado, dudaba mucho que el MI5 recibiera con los brazos abiertos a Chapman como una incorporación permanente a sus filas, pero señaló que, al menos, el joven se sentía positivo: «Antes, no tenía ninguna fe en la existencia de un futuro para él, y tampoco lo deseaba demasiado»^[393]. Una vez alcanzado su objetivo, reunirse con Freda y con su hija, Chapman estaba ahora muy dispuesto a completar la siguiente fase, el falso sabotaje de la factoría De Havilland.

«¡Qué hombre!»^[394] —escribió Ronnie Reed, al enterarse de que la Operación Freda había sobrepasado todas las expectativas—. Resulta extraordinario lo evidente que parece el camino, una vez se ha tomado la decisión de seguirlo. Gracias a la introducción de una mujer específica en el caso, se superaron casi todas las dificultades y Eddie reorientó sus problemas emocionales y su actitud ante la vida»^[395]. Por una extraña coincidencia, descubrieron que el divorcio de Chapman y Vera Freidberg había sido ratificado durante el tiempo que pasó en prisión y Eddie se apresuró a pedir a Freda en matrimonio; ella, con gran sensatez, sugirió que tal vez sería mejor esperar hasta que hubiera regresado del servicio militar activo.

Había algo más que mero altruismo en el placer que sentía el MI5 por el modo en el que se desarrollaban los acontecimientos: resultaba mucho menos probable que Eddie Chapman, al tener una prometida y una hija en el Reino Unido, desertara a Alemania. Habida cuenta de su historial anterior, Chapman podía perfectamente olvidar mañana la propuesta de matrimonio hecha hoy, pero, y como Reed observó muy acertado, «esta resolución le proporciona un poderoso incentivo para regresar a territorio aliado»^[396]. Los superiores británicos de Chapman eran, en general, personas honorables e íntegras, aunque sabían reconocer un recurso útil cuando lo tenían delante. Igual que los alemanes retenían a Faramus como rehén a fin de garantizarse la lealtad de Chapman, del mismo podía esperarse que ahora el MI5 se ocupara de Freda, siempre y cuando Chapman se comportara correctamente. Por supuesto, esto nunca se expresó en términos tan crudos. No era necesario ser tan vulgar.

En cuanto a Freda, quizá nunca cayera en la cuenta realmente del papel fundamental que desempeñó en el drama que se estaba desarrollando, y quizá tampoco imaginara que los caballeros tan corteses que visitaban la casa y que la trataban con tanta galantería tuvieran motivos ocultos; quizá nunca preguntó porque, en realidad, nunca sospechó nada. Ahora bien, Freda era una superviviente nata y, si llegó comprender el papel que estaba desempeñando, era demasiado astuta para decirlo.

16

Abracadabra

Iba a ser necesaria una magia muy poderosa para convencer a los alemanes de la destrucción de la factoría aeronáutica De Havilland sin causar daños reales en la fábrica, y por ello, convocaron a un mago. Y aquí es donde entra en escena Jasper Maskelyne: prestidigitador profesional, estrella de los teatros del West End y el arma secreta más extravagante del Reino Unido. Maskelyne descendía de una larga dinastía de magos, alquimistas y astrónomos (su abuelo había sido un famoso prestidigitador teatral en la Gran Bretaña victoriana) y, en el año 1930, ya había alcanzado fama y notoriedad como un maestro del ilusionismo, especializado en juegos de manos y en desenmascarar las afirmaciones fraudulentas de los espiritistas. Era asimismo un ingenioso inventor (uno de sus regalos más duraderos a la humanidad consiste en la puerta de retrete que se abre con monedas. A Maskelyne le debemos los mingitorios de pago). Tenía el aspecto que uno espera de un ilusionista: un gran bigote de artista de cine, peinado con raya en medio, sombrero de copa y varita mágica. Era muy inteligente y un insufrible vanidoso.

En la primera ocasión en la que el prestidigitador propuso poner su maestría ilusionista al servicio de la guerra, los mandos militares la rechazaron sobre la base de que Maskelyne no era más que un comediante (en realidad lo era), y le encomendaron la misión de entretener a las tropas. Sin embargo, el general Archibald Wavell, el imaginativo comandante del ejército británico en el norte de África, acabaría por darse cuenta de que el talento de Maskelyne podía aplicarse al campo de batalla. Maskelyne fue enviado al desierto norteafricano donde reunió el «Magic Gang», la banda de magos, posiblemente la unidad militar más excéntrica jamás creada, formada por un analista químico, un dibujante de tiras cómicas, un criminal, un escenógrafo, un restaurador de cuadros, un carpintero y un solitario soldado profesional encargado de la burocracia militar. El equipo emprendió la tarea de engatusar

al enemigo. Construyeron falsos submarinos y aviones Spitfire, disfrazaron camiones de tanques y, utilizando un sistema de espejos y de luces reflectoras que creaban en el cielo un vórtice cegador de catorce kilómetros de amplitud, lograron ocultar una parte del canal de Suez.

El mayor truco de Maskelyne, que contribuyó a la victoria británica en la batalla de El Alamein, consistió en crear toda una serie completa de «trucos, timos y artilugios» que convencieron a Erwin Rommel de que el contraataque británico procedía del sur y no del norte. En 1942, el Magic Gang construyó algo más de dos mil tanques de cartón-piedra y un falso acueducto para proporcionar agua al ilusorio ejército. El acueducto a medio construir podía verse muy fácilmente desde el aire, y parece que el lento avance de su construcción convenció a los alemanes de la imposibilidad de cualquier ataque antes del mes de noviembre. Rommel se fue a Alemania de permiso y el ataque se inició el 23 de octubre. Después de la victoria, Churchill elogió el «maravilloso sistema de camuflaje» que había contribuido a hacerla posible.

Éste, pues, era el personaje ideal para hacer desaparecer la factoría de De Havilland tras una nube de humo. Según el proveedor de ingenios militares de los servicios secretos, Charles Frazer-Smith, más tarde inmortalizado con el nombre clave de «Q» en las novelas de James Bond, solicitaron la ayuda de Maskelyne a fin de que éste consiguiera que «desde el aire, pareciera que [la factoría] había saltado en pedazos y quedado reducida a escombros»^[397]. Tras consultar a Tar Robertson y al coronel *sir* John Turner, el director del departamento de camuflaje del Ministerio del Aire, el plan de simulación de un atentado contra la factoría empezó a tomar forma.

En un primer momento, los organizadores del falso sabotaje planearon colocar láminas de amianto sobre el tejado y, a continuación, encender una gran hoguera que, sin duda, sería avistada por los aviones de reconocimiento alemanes. Masterman se opuso de plano a esta idea, apuntando que las llamas podrían constituir un objetivo muy tentador para la Luftwaffe, y que «corrían el peligro de que los alemanes pudieran intentar bombardear la fábrica mientras ardiera la hoguera»^[398]. En lugar de ello, decidieron construir un convincente velo de camuflaje gracias al cual parecería, tanto desde al aire como desde tierra, que una potente bomba había estallado en el interior de la planta energética de la factoría.

Los técnicos de camuflaje construyeron cuatro réplicas en madera y cartón-piedra de las subestaciones eléctricas que pintaron de color gris metalizado, y dos de las cuales serían colocadas tumbadas de costado como si hubieran caído a causa de la violencia de la explosión. Al mismo tiempo,

cubrirían las auténticas subestaciones con redes y planchas de uralita pintadas de tal modo que desde arriba tuvieran la apariencia de «un gran agujero» en la tierra^[399]. La noche de la superchería, las grandes puertas verdes de madera que daban acceso al recinto donde se encontraban los transformadores serían sustituidas por un par de puertas verdes rotas y abolladas. Los muros del edificio más pequeño iban a ser cubiertos de lonas pintadas que imitaran los restos de un muro de ladrillo medio derrumbado, mientras que los otros muros se embadurnarían de hollín, como si la explosión los hubiera ennegrecido, y se esparcirían cascotes y escombros en un radio de algo más de treinta metros. El coronel Turner le aseguró a Tar que los aviones de reconocimiento o cualquier agente alemán que se acercara a inspeccionar los daños quedarían totalmente convencidos.

Chapman tecleó un mensaje dirigido a Von Gröning: «FFFFF WALTER LISTO PARA MARCHARSE. INICIE PREPARATIVOS PARA MI REGRESO. F»^[400].

Los meteorólogos militares estudiaron las previsiones del tiempo y el paso de la luna y decretaron que la noche del 29 al 30 de enero constituía el mejor momento para escenificar el ataque, una noche de escasa nebulosidad (permitiendo así que los alemanes pudieran ver lo que se había hecho) y de muchas horas de oscuridad. La luna no saldría hasta las dos y media de la madrugada, lo que proporcionaba a los ilusionistas al menos tres horas de oscuridad en las que llevar a cabo su representación.

Construir una escenografía convincente era sólo el primer acto de la obra. Si querían convencer a los alemanes, también necesitaban amañar comunicados de prensa, y un único periódico bastaría: *The Times*, «el atronador», el órgano de la clase política británica. Chapman había acordado con Stephan Von Gröning enviarle mensajes a través de *The Times*, y el MI5 utilizaría ahora el mismo canal de comunicación directa para colarle el embuste.

El editor jefe de *The Times*, Robert Warrington-Ward, un pilar de la integridad periodística, había estudiado en la misma universidad que John Masterman, aun así, Masterman advirtió que conseguir la participación en la patraña de Barrington-Ward resultaría «harto difícil»^[401]. Masterman le resumió la situación al periodista, haciendo hincapié en la importancia del engaño y, a continuación, le preguntó si el periódico aceptaría «publicar un corto párrafo en la edición matinal del sábado posterior al incidente». Barrington-Ward, muy a su pesar, se negó cortés y categóricamente, argumentando que «aunque le complacería poder colaborar, la sugerencia de incluir en *The Times* lo que, en realidad, no dejaba de ser una falsa noticia

contradecía de plano la política del periódico. El prestigio y la utilidad pública del periódico dependían por completo del principio de no publicar nunca noticias que no se hubieran comprobado que eran ciertas». Masterman protestó. Un único párrafo engañoso «en sí mismo, carecía de importancia», pero Warrington-Ward no cedió: «La respuesta, con todo respeto, es no».

Técnicamente, el editor del *The Times* tenía la razón de su parte: cuando un órgano de información independiente, incluso en tiempos de guerra, difunde mentiras deliberadas, deja de ser, o bien independiente, o bien un órgano de información. Barrington-Ward también disuadió a Masterman de intentar «plantar» la falsa noticia en la prensa a través del Ministerio de Información, puesto que eso significaría mentir a la prensa, o, aún peor, hacer partícipes a los periodistas de la artimaña, una estrategia destinada con toda seguridad a acabar en desastre puesto que la mayoría de los periodistas de poca monta son, por naturaleza, incapaces de guardar un secreto. En lugar de ello, Barrington-Ward aconsejó a Masterman que realizara un «acercamiento privado» a otros miembros de la profesión que pudieran adherirse a principios éticos menos estrictos: el *Daily Telegraph*, tal vez, o el *Daily Express*. Masterman no estaba acostumbrado a recibir lecciones de ética. Los dos hombres, algo incómodos, se estrecharon la mano y se pusieron de acuerdo en que esta negociación «no había tenido lugar»^[402].

Arthur Christiansen, editor del *Express*, era menos estricto, o más patriótico, o tal vez ambas cosas. Él también señaló que aun cuando el engaño «significara publicar deliberadamente una noticia en su periódico a sabiendas de que no era cierta», estaba dispuesto a colaborar^[403]. Sin duda, saboreaba la idea de engañar a los alemanes, aunque le recordó las normas de la censura en tiempos de guerra, que le impedían publicar noticias que pudieran alentar al enemigo. Informar de la destrucción de una factoría aeronáutica de importancia estratégica entraba en la categoría de noticias que no se permitía publicar y, si lo hacía, «en cuanto los censores leyeran ese párrafo, le pondrían el grito en el cielo por teléfono»^[404]. Al fin, llegaron a un compromiso: Christiansen publicaría la falsa crónica, pero únicamente en la primera edición, la que se enviaba a Lisboa, desde donde se distribuía, a través del consulado alemán, a Alemania y los territorios ocupados. Si los alemanes llegaban a descubrir que la noticia había aparecido sólo en la primera edición, se limitarían a concluir que el censor lo había descubierto y había obligado al editor a retirarla de las ediciones posteriores. Masterman redactó un borrador de una crónica, de un único y escaso párrafo, de un

acontecimiento que no había ocurrido y que nunca ocurriría, y Christiansen, sofocando sus risas, lo tradujo a la jerga periodística.

Chapman envió un mensaje en el que alertaba a Von Gröning de la fecha prevista para el sabotaje: «FFFFF PREPARATIVOS PARA WALTER COMPLETADOS. OBJETIVOS SON LAS SUBESTACIONES»^[405].

Los últimos elementos de la elaborada superchería se terminaron de ajustar. El mando de aviones de caza de la Royal Air Force recibió instrucciones de permanecer en alerta ante la posible llegada de aviones de reconocimiento enemigos sobre la zona de Hatfield, pero no atacarles bajo ningún concepto. Si cualquier empleado de la factoría preguntaba por las lonas pintadas, el propietario debía responder que formaba parte de un programa de pruebas cuyo objetivo consistía en «comprobar si las fotografías tomadas a gran altura podían ver daños menores»^[406]. Si aparecían periodistas, se les debía explicar que «algo había ocurrido, pero que carecía de importancia y que no merecía la pena informar»^[407], un modo infalible de lanzar los rumores a la carrera.

Al caer la noche, un equipo de expertos en camuflaje de los ingenieros reales, entre los que había un grupo de diseñadores de escenario que habían trabajado en el teatro Oíd Vic, se introdujo sigilosamente en la fábrica de aviones de De Havilland e inició la ejecución del fraude. Es muy probable que Maskelyne dirigiera el equipo, aunque es muy posible también que observara entre bastidores algo típico del personaje: ahora lo ves, ahora no lo ves. Pese a tratarse de prestidigitación a escala industrial, en pocas horas el equipo de camuflaje había terminado el trabajo y Ronnie Reed les vio desvanecerse en la «negra oscuridad»^[408]. Poco antes de la medianoche, una fuerte explosión despertó al pueblo de Hatfield.

El día amaneció sobre un espectáculo de devastación. El paraje de la ficticia explosión estaba «rodeado por el caos», en palabras de Reed. Cascotes, ladrillos, hierros torcidos, bloques de hormigón y maderas astilladas se desparramaban por el patio de la subestación. Desde uno de los lados, parecía como si un martillo gigante hubiera golpeado al edificio más pequeño, mientras que los falsos transformadores yacían destrozados entre los escombros, como las entrañas de algún gigantesco animal destripado. Incluso el técnico de la sala de calderas quedó convencido, porque llegó a los despachos de la fábrica «en un estado de gran excitación», vociferando que el edificio había sido destruido por una bomba. Con gran rapidez, levantaron una pantalla, como si desearan evitar las miradas de los curiosos.

Tar Robertson inspeccionó el trabajo de los ilusionistas y confesó estar encantado. «La escena era muy convincente —escribiría Reed—. Las fotografías aéreas a partir de los 600 metros de altitud mostrarían una gran destrucción sin levantar sospechas». Las condiciones meteorológicas no eran las mejores puesto que unas espesas nubes cubrían el cielo pero, «si los del otro lado venían a visitarnos», verían «una escena de destrucción», un timo pintado sobre tela^[409], en opinión de Fraser-Smith, la «obra maestra de Maskelyne»^[410].

Chapman telegrafió un triunfal mensaje: «FFFFF WALTER HA SALTADO EN DOS LUGARES»^[411]. Aquella noche, en La Bretonnière, un exultante Stephan Von Gröning encargó «champán para todos»^[412]. Chapman recibió, según lo esperado, una respuesta: «FELICIDADES POR LOS BUENOS RESULTADOS DE WALTER. FAVOR DE ENVIAR INFORMACIÓN PUBLICADA EN LA PRENSA. HAREMOS LO QUE PODAMOS PARA ORGANIZAR SU REGRESO. HAGA SUS PROPUESTAS»^[413].

DAILY EXPRESS

Lunes 1 de febrero de 1943
Primera edición

EXPLOSIÓN EN UNA FACTORÍA

Se está investigando la causa de una explosión de una factoría en las afueras de Londres. Este periódico ha sido informado de que los daños causados son poco importantes y que no hay que lamentar la pérdida de ninguna vida humana.

La escueta noticia del periódico estaba diseñada para dar a entender que no lo decía todo. La primera edición se imprimió a las cinco de la mañana y, según lo habitual, se enviaron ejemplares a Lisboa.

Por una grata coincidencia, el día siguiente al bombardeo, Hermann Göring, que había alardeado de que ningún avión enemigo podía sobrevolar Berlín sin salir malparado, había previsto pronunciar un discurso en un desfile

militar en la capital alemana. Antes que pudiera empezar a hablar, se oyó el zumbido de los Mosquito del 105.º escuadrón que empezaron a dejar caer bombas sobre la ciudad, interrumpiendo el desfile y provocando la ira del comandante de la Luftwaffe. Aquella misma tarde, los Mosquito del 139.º escuadrón infligieron una humillación similar durante un desfile en el que el doctor Goebbels estaba pronunciando un discurso. Una vez más, los Mosquito habían demostrado su valía. Uno puede imaginarse la satisfacción con la que el alto mando alemán habría recibido la noticia que informaba que la fábrica de los Mosquito había sido reducida a escombros gracias a un agente de sabotaje alemán.

El tono del mensaje de felicitación de Von Gröning al agente Fritz daba a entender que la Abwehr no tenía prisa en hacerle volver, habida cuenta de los excelentes resultados obtenidos hasta el momento. El MI5, sin embargo, quería enviar a Chapman de regreso a Francia lo antes posible, antes de que la policía descubriera que estaban encubriendo a un conocido criminal. Tal y como observó Tar: «El servicio de seguridad, según están las cosas, está encubriendo, al menos, dos delitos, y muchos más que el servicio cree que se han cometido»^[414]. Chapman, alentado por una nueva y recién descubierta confianza, se sentía igual de ansioso por ponerse a trabajar, como espía, saboteador o asesino.

La propuesta de Chapman de asesinar a Hitler fue rechazada sin demasiados aspavientos ni explicaciones. Los archivos del MI5 mantienen un sospechoso silencio sobre el asunto y, aunque podría haber sido discutido al más alto nivel, en los documentos desclasificados no hay ni rastro de ella. El informe oficial sobre el caso Zigzag describe la propuesta de acabar con el Führer con todo detalle, pero el pasaje inmediatamente posterior ha sido tachado por el censor interno del MI5^[415]. Quizá fuera Churchill en persona quien la vetara. En mayo de 1942, un grupo de partisanos checos entrenados por los británicos había asesinado a Reinhard Heydrich, el posible sucesor de Hitler y director de la seguridad del Reich, y la espantosa oleada de represalias que siguió a ese asesinato convenció al gobierno británico de descartar más intentos de asesinato. Tal vez Chapman pareciera una bomba de relojería demasiado peligrosa para atacar un objetivo tan movedizo. Resulta igual de posible que Chapman, ahora que había descubierto el amor y la paternidad, ya no se sintiera tan dispuesto a «marcharse cubierto de gloria»^[416].

Reed creía que la promesa de Von Gröning de enviar a Chapman a una concentración nazi había sido una promesa «vaga»^[417]. Por el contrario, había

sido muy específica. Pese a la reserva que sentía hacia Hitler, Von Gröning había reaccionado con entusiasmo a la idea de situar a Chapman en una proximidad cercana al Führer, aun cuando eso significara hacerlo pasar por un oficial alemán. Esto plantea otra interesante posibilidad: Von Gröning, igual que muchos miembros de la Abwehr, se oponía por completo al régimen nazi; algunos oficiales de la Abwehr llevaban conspirando desde 1938 para derrocar a Hitler, y el complot de julio de 1944 en el que se intentó asesinar al Führer conduciría a la disolución de la Abwehr y a la ejecución de Canaris. ¿Había visto Von Gröning en Chapman un instrumento con el que asesinar a Hitler? ¿Acaso el aristócrata alemán acariciaba la ambición de «ser immortalizado en los libros de historia hasta el fin de los tiempos»?^[418] ¿Imaginaba quizá que su espía máspreciado, pese a su aparente compromiso, tenía algún motivo oculto para querer estar cerca del dirigente nazi? ¿Trabajaban juntos Chapman y Von Gröning con ese fin? Tal vez nunca conozcamos las respuestas, porque la inteligencia británica sofocó discretamente la idea. Sin embargo, John Masterman, que no solía cometer ningún error y, si lo cometía, nunca lo reconocía, seguía preguntándose después de la guerra, si el MI5 no habría cometido un grave error cuando «rechazó alentar» la propuesta de Chapman de asesinar a Hitler^[419]: «Quizá desperdiciáramos una oportunidad, porque Zigzag era un criminal práctico y con iniciativa»^[420].

En el seno del MI5, se prolongaba un encarnizado debate acerca de qué hacer con Chapman. Reed, Masterman y Robertson tenían la certeza de que era «franco y sincero»^[421], aunque de temperamento voluble. «Resulta difícil dudar de su sinceridad», insistía Reed. El becario criado en el humilde barrio de King's Cross y procedente del mismo entorno social que Chapman hablaba su mismo idioma, pero otros no estaban tan convencidos. El capitán Shanks, uno de los colegas de Reed y responsable de casos similares, decidió que Chapman era un fraude, «un hombre cuyos recursos eran sus modales engolados, su atractivo, y su elegancia superficial... da la impresión de un canto rodado sobre el que no ha crecido el musgo pero que ha adquirido un cierto barniz»^[422]. Shanks creía «posible» que el carácter de Chapman contuviera «una chispa de decencia»^[423], ahora bien, dudaba que fuera así. Ahí tenían a un aprovechado y un pirata que había aceptado trabajar para los alemanes por puro interés personal y que ahora ofrecía sus servicios al Reino Unido por los mismos y bajos motivos. «Chapman no es un necio, tal vez haya decidido jugar a dos bandas y lucir dos chaquetas. Resulta difícil aceptar que un hombre que toda su vida ha sido un enemigo de la sociedad pueda

actuar por sentimientos patrióticos». Shanks reconoció que «patriota u oportunista, Chapman ha prestado sin duda un gran servicio a este país», ahora bien, no podía ocultar el desagrado que sentía hacia él.

En parte, este tipo de consideraciones no se alejaban de la verdad, pero también reflejaban la gran distancia que separaba a los decanos de los servicios secretos, miembros en su mayor parte de la clase alta bien educada, del delincuente sin escolarizar y de clase obrera con el que se habían confabulado. A los agentes e instructores que pretendían ser más distinguidos no se les había escapado que Chapman intentaba ocultar su acento del nordeste tras «una manera de hablar refinada»^[424], y que se esforzaba por parecer educado. «En ocasiones, al hablar, comete errores gramaticales^[425] —observaría uno de los agentes que lo interrogaron^[426]—, pero, en mi opinión, resulta admirable que un hombre de su procedencia y de su carácter haya sido capaz de adquirir incluso la cultura rudimentaria que tiene».

Ningún otro ejemplo de esta brecha social superaba en amplitud al abismo que separaba a Eddie Chapman de Victor, lord Rothschild, aristócrata, millonario, científico y director del B1C, la sección de sabotajes y explosivos del MI5.

Lord Rothschild era un producto típico de Eton, Cambridge, «Clubland»^[427], y de la flor y nata de la alta sociedad británica. Ostentaba un título nobiliario hereditario, poseía todo lo que se podía comprar con dinero y tenía un coeficiente de inteligencia de 184. Malcolm Muggeridge, el periodista, escritor y colaborador de los servicios de inteligencia británicos durante la guerra, opinaba de él que era insoportable, que estaba impregnado de «las falsas certidumbres de la ciencia, y bañado en el igualmente infundado respeto que se le suponía merecido y obligatorio debido a su fortuna y a su famoso apellido»^[428]. Sin embargo, también era de una insólita timidez, no temía a nada y sentía una pasión infantil por las explosiones. En calidad de director del B1C (cuyo personal estaba compuesto por exactamente dos secretarías), la función de Rothschild consistía en prevenir el sabotaje: identificar qué partes del esfuerzo bélico británico eran vulnerables a un ataque y desactivar los complots de sabotaje alemanes. Una de sus tareas consistía en asegurarse de que los cigarros puros de Winston Churchill no llevaban ninguna bomba-trampa. Otra, menos divertida, en desmantelar las bombas alemanas: explosivos ocultos en colgadores, bombas disfrazadas de excrementos de caballo, o termos llenos de TNT, un trabajo que realizaba con una sorprendente frialdad en un laboratorio privado financiado de su propio y amplio bolsillo. «Cuando uno desmonta un detonador —escribía—, no tiene

tiempo de sentir miedo»^[429]. A la mayoría de la gente le bastaba creer la palabra de lord Rothschild a este respecto.

Era obvio que Chapman, un agente y saboteador alemán, tenía que ser desmontado y examinado por lord Rothschild con la misma minuciosidad que cualquier bomba. Se reunieron en dos ocasiones, hablaron largo y tendido durante varias horas, y se entendieron muy bien: el delincuente y el aristócrata, dos hombres cuyo único rasgo común consistía en el interés que compartían por las grandes explosiones. Hablaron de bombas trampa y de artefactos incendiarios, de bombas de carbón, bombas para hacer saltar un tren y de los varios modos de hundir un barco. Chapman le describió las técnicas alemanas para construir detonadores a partir de relojes de pulsera, botellas de tinta y filamentos de bombilla. Le enseñó a lord Rothschild cómo ocultar con una mariposa una bomba colocada en un raíl, cómo esconder dinamita en bloques de mazapán y cómo fabricar un detonador a partir de una medicina para el estómago patentada llamada Urotropin.

Rothschild absorbió toda la información con asombro y admiración:

—Es fantástico lo que ha conseguido conservar en su mente. Es francamente difícil conseguir recordar todo esto en la memoria.

—He tenido bastante experiencia montando esas cosas —respondió Chapman.

—Claro, usted ya sabía bastante de todo esto antes, ¿no es cierto?

—Bueno, tengo algo de experiencia en entrar en los sitios.

—¿Es usted un experto en electricidad?

—No, un experto no, pero empecé mi ajetreada carrera trabajando de electricista.

—El problema es que usted es demasiado bueno en esto... Quiero decir, que el tío normal y corriente que uno supone que encontrarían los alemanes no sería tan hábil y mañoso como usted.

Y así, siguieron hablando, disfrutando de la pericia del otro, un científico con una extraordinaria formación y un ladrón igual de bien formado en su oficio.

—Dígame, entonces, ¿cómo abre una caja fuerte? —le preguntó Rothschild.

—Le explico. Se mete la dinamita en la cerradura, y así la caja fuerte no sufre daños; a veces, si nos pasamos, la puerta salta, pero otras, con suerte, la caja se abre, así de sencillo.

De este modo, el vástago de una gran dinastía de banqueros aprendió a robar un banco.

Cuando la conversación recayó sobre el falso sabotaje de la factoría De Havilland, a Rothschild le embargó una cierta nostalgia.

—Me hubiera gustado hacerlo con usted —suspiró Su Excelencia—, hubiera sido divertido, ¿no cree?

Una vez terminaron de repasar el pasado, hablaron del futuro.

—¿Qué piensa hacer a su regreso a Francia? —preguntó Rothschild.

—Espero propuestas. Si hay algo en lo que pueda ayudar, quiero hacer todo lo que esté en mi mano.

Rothschild tenía una propuesta: le gustaría conseguir algunas bombas alemanas, detonadores y artilugios diversos:

—Creo que debería conseguirnos algo de material.

—Muy bien. ¿Qué le gustaría tener?

—Algunos de sus dispositivos. Si piensa usted visitarnos de nuevo, nos gustaría bastante tener algo de material alemán en lugar del nuestro. En cierto modo, resulta más interesante. ¿No le parece?

Cuando Ronnie Reed apareció en plena conversación, mientras hablaban de cómo construir una bomba a partir de un trozo de carbón, Rothschild se volvió hacia él con el entusiasmo de un chaval:

—Precisamente estábamos hablando de que nos gustaría montar algo juntos, alguna explosión, hacer saltar alguna cosa por los aires.

Finalmente, y a regañadientes, lord Rothschild concluyó el interrogatorio; al leerlo, uno creería que se trata de una charla entre dos antiguos amigos que comparten la misma afición:

—Llevamos hablando mucho rato —observó, risueño.

Chapman se levantó y le dio la mano al regordete y radiante aristócrata al que conocía por el nombre de «señor Fisher».

—En fin, adiós y muchísimas gracias —se despidió Su Excelencia—, y, si no nos vemos de nuevo antes de que emprenda uno de sus viajes, le deseo mucha suerte.

Se diría que estaba enviando a Chapman a unas agradables vacaciones, y no a una peligrosa misión en el corazón de la Alemania nazi^[430].

Cuanto mayor la aventura...

El comandante Tar Robertson en persona fue a felicitar a Chapman por el éxito de la falsa operación de sabotaje. Se sentaron en el salón de la casa del número 35 de la calle Crespigny, mientras Backwell y Tooth se atareaban en la cocina, y Freda llevaba a Diane a dar un paseo, otro más.

—Creo que es usted un hombre muy valiente^[431] —declaró Tar— en especial teniendo en cuenta que está usted dispuesto a regresar a Francia y seguir trabajando para nosotros.

De los muchos espías que habían pasado por Camp 020, apenas unos «pocos, muy pocos»^[432] podían calificarse de valientes de verdad. Chapman, afirmó, tenía más agallas que ningún otro.

A continuación, Tar le explicó la misión. A grandes rasgos, una vez que Chapman hubiera aprendido bien su tapadera, regresaría a la Francia ocupada como un agente de contraespionaje a largo plazo y su objetivo principal consistiría en conseguir información sobre la Abwehr. Debía aceptar cualquier misión que le ofrecieran los alemanes y después, si tenía ocasión, ponerse en contacto con los servicios de inteligencia de los Aliados. No le entregarían ningún equipo de transmisiones, puesto que éste podría fácilmente delatarle, ni tampoco se le facilitaría ningún contacto con los agentes británicos operando en Francia: Chapman era «demasiado valioso y no deseaban ponerle en peligro con este tipo de enlaces»^[433]. Se organizarían los medios necesarios para permitirle enviar mensajes pero no debería intentar comunicarse, a menos que tuviera información de suma importancia, y hasta que el contacto pudiera restablecerse de un modo seguro.

—No estoy demasiado dispuesto a que usted emprenda alguna acción en Francia que pueda crearle algún problema con las autoridades alemanas, y me preocupa en gran medida que pueda usted llevar a cabo algún atentado descabellado —declaró Robertson^[434]. Asesinar a Hitler no formaba parte del guión.

Antes que Tar pudiera continuar, Chapman planteó la cuestión que le había estado preocupando desde su entrevista con lord Rothschild. Si regresaba con un cómplice, por ejemplo, Leo, o Wojch, «personas por las que sentía un cierto apego», entonces, se suponía que se esperaba de él que, a su llegada, los entregara a la policía, «a sabiendas de que al hacerlo, estas personas serían condenadas a muerte». No creía poder hacer algo así: nunca, hasta el momento, había traicionado a un cómplice. Tar respondió que, aunque se trataba de un asunto legal, estaba «bastante seguro de que adoptaríamos todas las medidas posibles a fin de ver sus deseos cumplidos». Chapman no tendría que entregar a sus amigos al verdugo.

Tar continuó:

—Estamos preparando una tapadera lo más cercana posible a la verdad, de modo que, si los alemanes le interrogan a conciencia, pueda decirles la verdad^[435].

El director de la sección de contraespionaje había estudiado las técnicas de interrogatorio alemanas y sabía los peligros a los que se tendría que enfrentar Chapman; incluso había preparado una lista de los modos de resistir la presión:

—En caso necesario, hable siempre despacio, eso permite ocultar las vacilaciones; dé la impresión de ser impreciso y evite parecer observador; aparente estar desconcertado, asustado, o abobado; finja ebriedad o cansancio antes de que sean reales^[436].

Chapman tal vez tuviera que enfrentarse a la tortura física, drogas o anestésicos, le advirtió Tar, pero los interrogadores alemanes solían preferir obtener resultados «provocando una crisis nerviosa en el testigo... creándole inseguridad, incomodándole, ridiculizándole o poniéndole en situaciones embarazosas, como por ejemplo desnudándole y vistiéndole luego con ropa interior de mujer, poniéndole de pie de cara a la pared, o haciéndole sentar en una silla coja que exige un esfuerzo constante para mantener el equilibrio»^[437]. A Chapman, seguramente, le interrogarían dos agentes: «uno de carácter brutal y uno amable»^[438]. Por encima de todo, tenía que ceñirse sin vacilar a su tapadera y no decir nunca una mentira innecesaria.

A pesar de sus sabios consejos, Robertson era consciente de que si Chapman caía en manos de la Gestapo, y sus agentes decidían no creerle, conseguirían hacerle decir cualquier cosa que quisieran, y después, le matarían.

Ante todo, debían hacer llegar a Chapman tras las líneas enemigas, pero la Abwehr no parecía tener prisa en sacarlo de las islas Británicas. Pese a las

peticiones de Chapman de que fueran a recogerlo, las fuentes ultrasecretas revelaron que, al otro lado del Canal, ni siquiera se hablaba de la cuestión. En respuesta a la petición de «propuestas», Chapman envió un mensaje:

*FFFFF RECOGIDA CON SUBMARINO O LANCHA RÁPIDA.
ENCONTRARÉ UN LUGAR ADECUADO EN LA COSTA. INTENTO CONSEGUIR
DOCUMENTACIÓN DE MARINERO. VÉASE CONTRAPORTADA EXPRESS 1 DE
FEB*^[439].

La respuesta, algunos días más tarde, fue contundente: «IMPOSIBLE RECOGER CON SUBMARINO»^[440]. En lugar de ello, el mensaje informaba a Chapman que debía regresar por la vía «NORMAL»^[441], en otras palabras, en barco, vía Lisboa, la ruta preferida desde siempre por Von Gröning; sin embargo, no había nada normal en comprar un pasaje a un país neutral como Portugal en plena guerra. «La instrucción era absurda —dijo Reed—, porque resultaba imposible que Zigzag, de veintiocho años, en posesión de un documento de identidad sin validez, y sin oficio ni negocios conocidos en Portugal, pudiera comprar un pasaje»^[442]. Los alemanes probablemente lo sabían, y la sugerencia de regresar en barco vía Lisboa no constituía más que una estratagema para mantenerle donde estaba y sacarle más provecho. Era evidente, afirmó Reed, que «cualquier intento de regresar a territorio ocupado tendría que correr únicamente por cuenta de Zigzag»^[443]. Desde el punto de vista de Zigzag, la negativa de los alemanes a enviar un submarino demostraba que sus jefes alemanes no tenían «demasiada prisa por pagarle las 15 000 libras que le habían prometido»^[444].

Masterman creía que existía una posibilidad de que los alemanes acabaran enviando un *U-boot*, aunque él «no apostaría por ello»; intentar mantener a Chapman alejado de problemas a la espera de esta posibilidad constituía una «tarea poco envidiable y casi imposible». Chapman tendría que llegar a Lisboa por sus propios medios, con la ayuda del MI5. Reed le pidió a un agente del MI5 en Liverpool que investigara las posibilidades de embarcar a un hombre, bajo una identidad falsa, en calidad de tripulante a bordo de un mercante británico que se dirigiera a Portugal. El agente informó que era algo factible, «en el supuesto de que el hombre en cuestión fuera capaz de parecer un marinero y comportarse como tal»^[445].

Mientras Reed iniciaba los preparativos para la marcha de Zigzag, Chapman hacía los suyos propios. Tar recibió en su despacho una nota manuscrita con el encabezado: «Cuestiones que me gustaría dejar

solucionadas». Se trataba de su último deseo y testamento. «Los alemanes me hicieron firmar un contrato por 15 000 libras», escribía

«... este contrato, en la actualidad, se encuentra en Berlín y el dinero me será entregado a mi regreso a Francia. Si me ocurriera cualquier cosa, deseo que se ejecuten las decisiones que he tomado respecto a mi hija Diane Chapman, y para ello nombro a dos de mis amigos, Allan y Laurie (Tooth y Marshall) para que se encarguen de que mis deseos se vean cumplidos. Freda Stevenson tiene que dividir el dinero a partes iguales entre ella misma y nuestra hija. Si no me resulta posible sacar el dinero del país, entonces espero que los Aliados, cuando entren en Alemania, obliguen a los alemanes a que paguen. Le he explicado a Ronnie [Reed] todo lo anterior. A cambio, ofrezco poner todo mi empeño y obedecer las instrucciones que se me den»^[446].

Del dinero que Chapman había traído de Francia, ya se le habían entregado unas 350 libras: pidió que, de esos fondos, le pagaran a Freda una asignación de 5 libras semanales y, cuando se acabara el dinero, esperaba que el MI5 siguiera pagando la asignación de Freda hasta que «él se encontrara en posición de devolver el dinero y asumir los pagos»^[447]. Si conseguía más dinero en Francia, intentaría enviárselo a Freda a través de un conocido suyo, un relojero de Nantes que viajaba a Suiza con regularidad, desde donde los fondos se podrían transferir a Gran Bretaña.

«Zigzag tiene la firme convicción de que los alemanes le pagarán — escribió Laurie Marshall—. No les pide a las autoridades británicas que le paguen ningún dinero ni a él ni a sus descendientes»^[448].

A las mentes literales de los miembros del MI5, todo esto les resultaba confuso en extremo. Ante ellos tenían a un codicioso ladrón que no parecía sentir ningún interés por conseguir dinero para él. Backwell observó también que, si bien Chapman estaba dispuesto «a sacarles tanto dinero como pudiera a los alemanes, no parece demasiado interesado en el aspecto económico de su empresa»^[449]. Pagaba escrupulosamente su parte de los gastos y en una ocasión observó, irónico, que con el dinero que había traído de Francia estaba «pagando por su estancia» en Crespigny Road^[450].

Al amparo del «principio de generosidad» de Masterman, los agentes dobles debían ser compensados^[451], pero ¿cuánto? Laurie Marshall, contable en tiempos de paz, empezó ahora a contabilizar el valor neto del espía Chapman. Primero, existía «el riesgo que correrá su vida al ponerla a nuestro servicio: hará todo lo que esté en su mano para no traicionarnos, no obstante, si los alemanes descubren que les ha traicionado, lo pagará con su vida». Otro factor adicional consistía en el valor de la información que podían obtener de

Chapman en el futuro: «Si Zigzag se reintegra con éxito a su posición entre los alemanes, se hallará en una situación inmejorable para proporcionarnos información acerca de las actividades de las SS en Francia, en cuanto consigamos restablecer el contacto con él». Aun así, en la columna de deber del libro mayor había otro asiento: «no tenemos ninguna garantía de que Zigzag, una vez de regreso junto a sus amigos en Nantes, nos permanezca fiel al 100 por 100, ni tampoco es seguro que lleve a buen término la misión que le hemos encomendado; es posible que se dedique a tareas personales por iniciativa propia. No creemos que nos vaya a fallar, pero tampoco podemos tener la absoluta certeza de que no lo haga»^[452].

Así las cosas, la ecuación quedaba de este modo: la vida de Chapman, sumada al valor de su información, menos la posibilidad de que pudiera convertirse en un traidor, fallar o emprender alguna descabellada misión por cuenta propia. El contable sumó los factores con gran minuciosidad y aconsejó que: «Se le hiciera ahora un generoso pago a Zigzag y se le prometiera otro pago igual por el mismo montante al completar con éxito la misión, o bien, en el momento en que supiéramos que, a pesar de haber trabajado lealmente para nosotros, no había podido completar su misión a causa de las sospechas de los alemanes»^[453]. El dinero debería sumarse al efectivo ya abonado y, si Chapman no regresaba, Freda y su hija recibirían el total de forma automática. A la espera de que llegara ese momento, los fondos se ingresarían en una cuenta de ahorro y se invertirían en bonos de guerra al 3 por 100. De este modo, el hombre buscado por la policía británica y empleado por dos servicios secretos rivales, no sólo le sacaba provecho a la guerra, sino que además invertía en ella. El dinero quedaría depositado en la Co-Operative Society de Londres. Chapman siempre había sentido predilección por las cooperativas, aunque más por lo que podía sacarles que por lo que podía depositar en ellas.

Hasta el momento, la duplicidad de Zigzag había transcurrido sin problemas, algo que, para la cautelosa mente de Reed, constituía motivo de preocupación: «Casi era demasiado bueno para ser verdad, y parecía mucho más razonable que algo tuviera que fallar»^[454]. Chapman compartía esa opinión: todo «iba demasiado bien»^[455]. Sin duda, Von Gröning apreciaría más su valía si parecía que las cosas se torcían un poco. Jimmy Hunt, o más bien su *alter ego* ficticio, sería la cabeza de turco.

Chapman ya había informado a los alemanes que había reclutado a Hunt, su cómplice, y que le debía 15 000 libras por la supuesta parte que había desempeñado en el sabotaje de la factoría de De Havilland. Puesto que se

había decidido que Chapman regresaría solo, se hacía necesario hacer desaparecer al imaginario Hunt, preferiblemente de un modo que pusiera en ascuas a los alemanes.

En la mañana del 9 de febrero, y en el transcurso de la emisión de un mensaje a Francia, Chapman y Reed interrumpieron deliberadamente la transmisión y enviaron «PPPPP», la contraseña de peligro convenida. De nuevo, los alemanes no reconocieron la advertencia. Reed estaba indignado: «Después de haber organizado tan minuciosamente el modo en el que Zigzag debía advertir que la policía le seguía la pista, ahora van y, en la práctica, le fallan»^[456]. Tenían que intensificar la presión.

Al día siguiente, enviaron otro mensaje:

FFFFF PELIGROSO SEGUIR TRANSMITIENDO. LA SITUACIÓN SE COMPLICA. IMPRESCINDIBLE REGRESAR CON JIMMY. TENGO DOCUMENTOS IMPORTANTES. DOCUMENTACIÓN DE MARINERO DIFÍCIL DE CONSEGUIR^[457].

Ésta era la historia que Chapman debía explicarles a los alemanes: Jimmy Hunt había visto el mensaje en el que los alemanes se negaban a enviar un submarino y, al sospechar que tal vez no quisieran pagarle, había empezado a crear problemas, exigiendo acompañar a Chapman de regreso a Francia; explicaría que había enviado la señal PFFFF porque Jimmy había visto un coche de la policía y sospechaba que pudiera estar interceptando sus transmisiones de radio.

Una vez más, la respuesta de los alemanes expresaba satisfacción e, ignorando la «complicación» a la que Chapman hacía referencia, exigía más información sobre el bombardeo de la factoría. Chapman envió un escueto mensaje en el que explicaba que las subestaciones eléctricas de la factoría habían sido «destruidas por completo» colocando «veintisiete kilos de gelignita bajo los transformadores». A este mensaje le siguió otro en el que explicaba que había «visto una oportunidad de llegar a Lisboa y en el que preguntaba si ya se habían hecho los preparativos para recibirle»^[458]. No recibió respuesta. Era evidente que tenían que conseguir que los alemanes le hicieran caso.

El 12 de febrero, el *Evening Standard* publicaba un titular, «La policía investiga alijo de gelignita»^[459] en primera plana: «La policía interrogó, en la comisaría de Shepherd's Bush, a un hombre sospechoso de poseer gelignita»^[460]. El *News Chronicle* publicaba una noticia similar e informaba

que «185 personas han sido detenidas en una redada en Hammersmith»^[461]. Ambas noticias, por supuesto, eran falsas y habían sido publicadas en los periódicos con la complicidad de sus directores.

Chapman radiotelegrafió a continuación su último mensaje: «FFFFF JIMMY DETENIDO. VEAN PRIMERA PLANA *EVENING STANDARD* 12 FEBRERO. CIERRO TRANSMISOR DE INMEDIATO, INTENTARÉ LLEGAR A LISBOA. FRITZ»^[462]. En un informe interno, Reed ordenó que «no se realizaran más transmisiones con el aparato de Zigzag»^[463]. El ficticio Jimmy Hunt ya no resultaba útil y podía ser liquidado, y se cerró el tráfico ZINC.

El último, y muy alarmante, mensaje de Fritz pareció surtir el efecto deseado. Las fuentes ultrasecretas interceptaron un mensaje de Von Gröning, en el que, muy preocupado, ordenaba a los radiotelegrafistas de París rastrear las ondas de radio en busca de cualquier señal de su agente; cualquier otra cosa, declaraba, sería «absolutamente inexcusable»^[464].

El MI5 había matado varios pájaros de un tiro: había convencido a los alemanes de que uno de sus mejores agentes corría un peligro mortal, Hunt había desaparecido del mapa, y habían ganado algo más de tiempo con el que preparar el viaje de regreso de Chapman a la Abwehr.

Le habían permitido a Chapman, en palabras de Reed, «vivir durante un mes como marido y mujer junto a Freda y su hija ilegítima»^[465], sin embargo, había llegado el momento de acabar con este curioso arreglo doméstico en Crespigny Road. Backwell y Tooth sintieron un desconsuelo casi igual al de Eddie al ver marchar a Freda y Diane. El suyo había sido un mundo extraño y hogareño, un refugio de la deprimente realidad de la guerra. Tar Robertson organizó la última noche de Eddie y Freda juntos, no en Crespigny Road, sino en el entorno más majestuoso de una habitación en su cuartel general de la calle Saint James. En las transcripciones de una de las entrevistas entre lord Rothschild y Chapman aparece una conversación extrañamente emotiva. Los dos hombres se hallaban enzarzados en una complicada discusión que trataba de detonadores, cuando Ronnie Reed interrumpió:

—Victor, ¿le importa si Eddie habla un momento por teléfono con Freda?

—No, claro, por supuesto que no^[466].

Chapman salió de la habitación y Reed le explicó a Rothschild:

—Es la última noche de Freda en Londres y hemos pensado que sería aconsejable que la pasara aquí. Eddie le está pidiendo que le traiga algo de ropa.

—Un bello gesto.

Se trataba, sin duda, de un gesto muy bello.

«Freda regresó a su casa —escribiría Backwell en su diario—, y nos preparamos para un intenso interrogatorio»^[467].

La vida de Chapman dependería de su habilidad en explicar su tapadera «sin ninguna vacilación»^[468]. Hora tras hora, día tras día, Chapman repasó junto a sus supervisores todos y cada uno de los detalles de la historia que les explicaría a los alemanes, desde el mismo instante en el que había aterrizado hasta el momento de la «detención» de Hunt. Al cabo de una semana, apareció un policía de los servicios de inteligencia, llamado Hale, que venía a representar el papel de interrogador alemán. Machacó agresivamente a Chapman con insistentes preguntas: ¿dónde había vivido?, ¿a quién había visto?, ¿cómo había conseguido los explosivos?, y ¿qué había descubierto? Hale intentó en reiteradas ocasiones hacerle tropezar con extrañas preguntas del estilo de «¿qué zapatos llevaba Jimmy Hunt?»^[469]. Intentó hacerle tragar algún farol, acusándole de ser un espía británico, e intentó provocar su alarma al declarar que, la noche de la explosión, había un observador alemán que no tardaría en aparecer. Chapman «no se inmutó en absoluto»^[470]. Cuando Hale exigió saber qué les había ocurrido a los miembros de la banda de la gelatina, Chapman permaneció imperturbable: «Al pobre de Freddy Sampson lo confundieron con un desertor de la RAF; Tommy Lay todavía está cumpliendo cuatro años en la prisión de Wandsworth, y Darry cumple una condena de siete en Dartmoor; no estoy muy seguro de lo que hace George Sherrard, pero vive en Kilburn y seguramente está metido en algún tinglado poco legal»^[471]. En cuanto a Jimmy, Chapman explicaría que, tras su detención, acusado de tenencia de explosivos, había salido en libertad bajo fianza.

Reed, que supervisaba el interrogatorio de prueba, estaba muy complacido por el modo en el que Chapman había resistido las tácticas de intimidación. Era un mentiroso natural: «Podemos confiar en que utilizará su ingenio y que facilitará esos pequeños detalles e incidentes divertidos que siempre proporcionan una base adicional para hacer creer que lo que cuenta una persona es auténtico... A Zigzag no se le altera fácilmente en un interrogatorio y, a menos que el enemigo sepa que ha trabajado para el servicio de inteligencia británico durante su estancia en este país (algo muy poco probable), no creo que tenga ninguna dificultad en convencer a los alemanes de que ha llevado a cabo la misión encomendada a su entera satisfacción»^[472].

Parte de esta misión consistía en reunir información, general y militar. Si Chapman quería convencer a sus superiores alemanes de su buena fe, no sólo

debía explicar una historia convincente, sino que además, a su regreso a Francia, debía llevarles algo. Chapman hizo una lista de las cosas que él había visto que podían interesar a la Abwehr; de esta lista, Reed eliminó cualquier cosa que le pudiera resultar útil al enemigo, añadió después información adicional, interesante pero básicamente inofensiva y por último, algunas fantasías verosímiles, que llevarían a la Abwehr a sacar sus propias conclusiones. La mezcla resultante, zarandajas salpicadas con algo de verdad, fue aprobada por el Comité Veinte y, a continuación, Chapman la escribió con las cerillas de tinta invisible en catorce folios de papel de escribir blanco. Chapman dibujó una serie de indicadores de división, unos exactos y otros imaginarios: «estrella de mar azul con tentáculos enroscados sobre fondo amarillo»^[473], «manos azules y nubes blancas en la parte superior del escudo», y similares; reveló que Llandudno albergaba la sede del Inland Revenue, la agencia tributaria (un edificio que incluso a los oficiales del MI5 les hubiera gustado ver destruido por las bombas), y que el Ministerio de Agricultura tenía una sede subsidiaria en la África House, en Kingsway; dibujó un mapa del aeródromo militar de Hendon, y describió las defensas alrededor de Green Park y de Hyde Park en el centro de Londres: «Baterías antiaéreas camufladas y montadas sobre una base de hormigón. Pocos camiones o tropas. Piquetes de guardias formados por miembros del ATS [Auxiliary Territorial Service, el servicio territorial auxiliar, integrado por mujeres] y algunos barracones. Cuatro mástiles, posiblemente antenas de radio, cercanos a los árboles, alrededor de 24 peanas para cohetes, y almacenes vacíos de municiones, de piedra y de hierro»^[474]. Reed calculaba que toda esta información poseía el suficiente interés para persuadir a la Abwehr de la seriedad de Chapman, y que la cantidad bastaría para demostrar el interés que éste había puesto en su misión.

Los responsables del MI5 debatieron entre ellos qué otra información podría Chapman revelarles a los alemanes si éstos descubrían su condición de agente doble o, peor aún, si se convertía en traidor. A Chapman siempre le habían hecho entrar y salir de Camp 020 y de otras instalaciones militares estratégicas de noche. Stephens creía que «podía haberse enterado de los nombres de los oficiales o de los guardias»^[475], pero nada que tuviera algún valor. Robertson también se mostraba optimista: «Zigzag no posee ninguna información que pueda preocuparnos si, en caso que decidiera pasarse al enemigo, se la transmitiera a los alemanes —escribió, y se apresuró a añadir—, claro que, en realidad, no creemos que nos vaya a traicionar»^[476].

Había un secreto, por encima de todos los demás, que Chapman no debía nunca conocer: «resulta absolutamente imperioso que nadie le proporcione la más mínima pista sobre las fuentes ultrasecretas», escribió Reed^[477]. Chapman no tenía ni la más remota idea de que los británicos habían descifrado los códigos de la Abwehr, aunque, en algunos aspectos, su información había sido *demasiado* buena: les había proporcionado las pistas que él creía que ayudarían a los ingleses a descifrar estos códigos, algo que, sin duda alguna, habrían hecho si no lo hubieran conseguido ya antes. Si se viera obligado a revelar lo que le había explicado al MI5, entonces, la Abwehr llegaría a la conclusión de que sus códigos eran ahora vulnerables y los cambiarían, dándole a Bletchley Park un nuevo quebradero de cabeza. Debían hacerle creer a Chapman que los códigos de la Abwehr seguían siendo invulnerables, y mostrarle «una imagen pesimista... en lo referente a la capacidad de nuestra organización de interceptación de captar y descodificar los mensajes de radio»^[478]. Reed le explicó a Chapman que el MI5, pese a ser capaz de interceptar las transmisiones alemanas, tenía grandes dificultades en localizar el paradero de los agentes enemigos que transmitían desde Gran Bretaña, y le resultaba casi imposible descifrar los códigos alemanes sin «haber interceptado antes una inmensa cantidad de mensajes». Incluso con la información proporcionada por Chapman, le comentó Reed en tono triste, «tardaremos todavía mucho tiempo en resolver el cifrado», una afirmación del todo falsa; eso, respondió Chapman, confirmaba lo que le había explicado Von Gröning, «que el código que utilizaban en sus transmisiones de radio era muy complejo y prácticamente imposible de descifrar»^[479]. Si los alemanes desenmascaraban a Chapman, el MI5 podía confiar en que confirmaría la convicción de la Abwehr: sus transmisiones radiotelegráficas eran seguras. Ultra estaba a salvo a manos de Zigzag: el agente del engaño había sido engañado con eficacia.

Chapman, tras haber recitado su historia hasta la saciedad, se dedicó a aprenderse de memoria un cuestionario en el que se enumeraba toda la información que podría ser útil adquirir una vez estuviera de regreso en los territorios ocupados, algo que también debía ser minuciosamente revisado. Los interrogadores del MI5 habían reunido una gran cantidad de información útil a partir de los cuestionarios de los espías alemanes capturados, puesto que estos cuestionarios solían revelar el vacío de información de la Abwehr en áreas de especial interés. Tar Robertson insistía sobre este punto: a Chapman sólo se le debían dar «instrucciones que, en caso de ser capturado y obligado a revelárselas al enemigo, no pudieran proporcionarle a éste ninguna

información»^[480]. El cuestionario de Chapman tenía una amplitud extraordinaria, y abarcaba prácticamente cualquier aspecto de la organización de la Abwehr, incluyendo códigos, personal, edificios, relaciones con la Gestapo, hoteles favoritos y planes ante la posibilidad de una invasión aliada. La dirección de operaciones especiales quería conocer las técnicas de contraespionaje, en especial las estaciones interceptoras operadas por Dernbach, el calvo cazador de espías de Angers. Rothschild le preguntó a Chapman si tendría la amabilidad de conseguir información acerca de objetivos de sabotaje en el Reino Unido, productos químicos utilizados por los saboteadores, y técnicas de camuflaje.

Chapman, muy optimista, aceptó todas estas peticiones, incluso las imposibles. La perspectiva de peligro parecía ejercer en él el efecto de una droga, y Backwell observó que: «Pese al hecho de que, en muchos aspectos, se ha calmado, parece una persona a quien la presencia del peligro le resulta imprescindible»^[481]. Robertson compartía esa opinión y especuló que su «arraigado gusto por la aventura, el movimiento y la actividad parece ser más la causa que el efecto de su carrera delictiva»^[482].

La misión sería una misión abierta, tanto en el tiempo como en contenido, puesto que, según observaría Rothschild: «Podrá usted ver que se le presentan muchas oportunidades que, por el momento, son un libro cerrado»^[483]. Tal vez podría traer consigo, a su regreso, un equipo de saboteadores, o marchar a Estados Unidos, o presentarse voluntario para entrenar a un equipo de quintacolumnistas alemanes que permanecieran en Francia tras una invasión aliada o una retirada alemana: «No cabe duda de que si Chapman pudiera conseguir el control de una organización así, el valor para la causa aliada sería inmenso», escribió Reed^[484]. Chapman debía utilizar su propia iniciativa: «Todo depende de las oportunidades que se le presenten a usted a su regreso», indicó Rothschild^[485]. El MI6, el servicio que operaba en el extranjero, podía intentar reclamar los servicios de Chapman, sin embargo, el MI5 era quien gestionaba al agente Zigzag, y tenía la intención de seguir haciéndolo.

Por razones prácticas y personales, el equipo del B1A confiaba en que Chapman no se convirtiera en un traidor, sobre todo a causa de su reavivado vínculo emocional con Freda y la hija de ambos.

Poco tiempo después de su partida, Freda le envió a Chapman una apasionada carta, que el MI5 interceptó y copió, antes de entregársela a su destinatario. «Verá en esta carta que el incentivo para hacerle regresar es bastante poderoso»^[486], observó Reed, cuando le enseñó la misiva a su jefe. Por otra parte, no había que olvidar el asunto del dinero: los alemanes iban a

recompensarle con una pequeña fortuna, no obstante, su primera prioridad consistía en garantizar el sustento de su familia en el Reino Unido, y eso dependía de su lealtad. Ahora bien, lo más importante era el propio carácter de Chapman. Robertson creía que estaba «imbuido de un patriotismo genuino»^[487], y pese a ser un delincuente, los beneficios potenciales, en cuanto a información, de tener un espía introducido en el seno del servicio secreto alemán constituía una oportunidad demasiado buena como para desperdiciarla en base a la mera ética. Tar llegó a la conclusión de que, dadas «las excelentes relaciones personales que parecen existir entre Zigzag y algunos oficiales superiores de la Abwehr, resultaría muy valioso hacerle regresar a estos círculos, con el prestigio añadido de haber completado con el mayor de los éxitos una misión ordenada por ellos»^[488]. Reed era categórico: «Le recibirán como a un héroe»^[489].

A medida que se acercaba la hora de la partida, el oficial de supervisión informó que Chapman estaba tan preparado como cualquier agente pudiera estarlo. «Zigzag confía en poder hacerles creer su historia, y su moral es excelente... y aunque los interrogatorios a que le sometan en Berlín puedan ser laboriosos, una vez superados los primeros días, no debería tener ningún problema en reanudar la antigua vida que solía llevar antes de venir aquí».

Si, «por alguna desafortunada casualidad», los alemanes llegaron a descubrir su colaboración con los británicos, podría sin duda sobrevivir como agente triple. Para ello, necesitaría explicar por qué había incluido desde el principio el código FFFFF en los mensajes, la señal según la cual actuaba en libertad. En palabras de Tar, «en caso de emergencia, es de suma importancia disponer de una historia alternativa que explique de forma satisfactoria las deliberadas falsedades de la tapadera principal». Reed ideó una solución ingeniosa.

Si Chapman era desenmascarado, debería explicar que el MI5 «había detenido a Freda, a la que retenía en calidad de rehén, y le había obligado a regresar a Francia» amenazando con «ejecutar a esa mujer». Como prueba de que había intentado alertar a Von Gröning de que estaba actuando bajo control, podía recordarles el mensaje enviado después de Navidad, en el que había omitido la contraseña FFFFF. Explicaría que los británicos habían descubierto esa omisión y le habían obligado a incluirla a partir de aquel momento. Se trataba de un modo de sacarle partido a un error, beneficiando a Chapman al mismo tiempo. Reed reconoció que la explicación era bastante rebuscada, y que debía utilizarse únicamente como «último recurso», pero si Chapman se encontraba acorralado, «tal vez le permitiera salvar la vida»^[490].

La casa de Crespigny Road, el poco extraordinario hogar de Chapman durante tres extraordinarios meses, fue abandonada y cerrada, y su radiotransmisor, guardado en un armario (planeaba decirle a Von Gröning que lo había enterrado) junto a los documentos falsos de identidad, el dinero y la píldora de veneno. Le estrechó la mano con solemnidad a Paul Backwell antes de embarcarse en el furgón celular que esperaba en la puerta, con Reed y Tooth a bordo que le acompañarían hasta Liverpool para la siguiente etapa. Tar le había dicho: «No esperamos noticias tuyas, si es que llegan, salvo en circunstancias especiales y en bastante tiempo»^[491]. Lo que Tar no le dijo, y que ambos sabían, es que existían grandes posibilidades, una vez abandonada la costa británica, de que nunca más volvieran a tener noticias de Zigzag.

La tarea de escribir el informe final que despidió a Chapman le correspondió al coronel Stephens, quien para ello se puso a la altura de las circunstancias de una forma magnífica, levantando todas las restricciones literarias. Ojo de Metal escribió, con orgullo profesional y una franca admiración, en su prosa más grandilocuente:

La historia de muchos espías es ordinaria y aburrida y, si se tratara de ficción, resultaría inaceptable. La vida del sujeto es un fracaso, su motivación, sórdida, el temor está presente y el patriotismo, ausente. El silencio no forma parte de los pertrechos de un hombre valiente, sino que, más bien, constituye la reacción a un intenso temor. La gran aventura, simplemente, no significa nada en absoluto.

La historia de Chapman es diferente, una historia que, en la ficción, hubiera sido rechazada por ser demasiado inverosímil. El sujeto es un maleante pero, como tal, no constituye en absoluto un fracaso. Su carrera delictiva ha sido progresiva, desde la desertión del ejército a la indecencia, de las mujeres al chantaje, de los pequeños hurtos a la voladura de cajas fuertes. En tiempos recientes, ha sido recompensado con generosidad y, sin duda, se desprecia a sí mismo por sus insignificantes inicios. Nuestro personaje, vano en esencia, ha crecido en estatura y, en su propia opinión, se ha convertido en algo así como un príncipe del hampa. Carece de escrúpulos y no se detiene ante nada. No regatea con la sociedad y el dinero no es más que el medio para llegar a un fin. Ignora el temor y, sin duda, siente un odio profundo hacia el huno. En una palabra, la aventura, para Chapman, constituye la esencia de

la vida. Démosle aventura, y tendrá la valentía de conseguir lo increíble, y es su propia temeridad lo que le sostiene. Hoy es un espía paracaidista alemán, mañana, un agente doble en activo que emprenderá una misión peligrosa y desesperada en la que se jugará la vida. Sin aventura, se rebelaría y, en último término, recurrirá al crimen de nuevo en busca de lo poco habitual. El riesgo es considerable, pero mientras exista una posibilidad de éxito, creo que vale la pena correrlo.

Para Chapman, una cosa es segura, cuanto mayor sea la aventura, tanto mayores las posibilidades de lograr el éxito^[492].

18

El espía polizón

Reginald Sanderson Kearon, capitán del buque mercante *MV City of Lancaster*, se había pasado la guerra siendo el blanco de los torpedos alemanes. En el año 1940 había asumido el mando del *MV Assyrian* que fue hundido por un submarino alemán, y después, se puso al timón del *MV Belgravian* hasta que éste también fue torpedeado. En ambos naufragios, Kearon fue el último hombre en abandonar su barco.

Kearon era uno de los miles de héroes anónimos de la marina mercante que durante toda la guerra siguieron surcando los océanos transportando suministros vitales. Los buques mercantes navegaban en convoy, a menudo poco armados y mal defendidos. Esta forma de librar la guerra era diferente a todas las demás, sucia, a menudo aburrida y muy peligrosa puesto que el enemigo solía ser invisible.

El *City of Lancaster*, de tres mil toneladas, había sido construido en los astilleros Palmers de Jarrow en el año 1924 para el transporte de carbón; ahora transportaba alimentos, material de construcción, municiones y cualquier otra cosa necesaria para sostener el esfuerzo de la guerra, allá donde el imperio lo necesitara. Su tripulación la formaban en su casi totalidad irlandeses de Liverpool, treinta hombres curtidos que se dejaban la piel en el mar y que en tierra bebían hasta caer inconscientes. El *Lancaster* tenía tantas heridas de guerra como su capitán. En el año 1940, había evacuado a dos mil quinientas personas de Saint Nazaire mientras el buque abarloado junto al *Lancaster* se iba a pique con toda su tripulación, víctima de las bombas. Los submarinos alemanes le habían dado caza en alta mar y le habían atacado los bombarderos Heinkel, y se había defendido con sus pequeños MkV de 76 mm de calibre, dos cañones antiaéreos y un par de ametralladoras, a proa y a popa. Nadie nunca insinuó que había sido un combate justo.

Kearon, un irlandés grande y anguloso nacido en Arklow, en la costa del condado de Wicklow, en el año 1905, parecía Neptuno vestido de uniforme.

Su cabello había encanecido, pero los bordes de su amplia barba seguían siendo de color rojizo, como si el salitre del aire lo hubiera oxidado. Una poderosa mezcla de agua de mar, ron y rabia le corría por las venas, que hacía de él un hombre audaz, querido y temido por su tripulación en igual medida y, a tenor de las apariencias, insumergible. Tras haber pasado tres años ejerciendo de diana flotante, y ver dos buques hundirse bajo sus pies, este lobo marino tenía sed de revancha.

El *City of Lancaster*, que tenía previsto zarpar rumbo a Freetown, en Sierra Leona, haciendo escala en Lisboa, estaba amarrado en el muelle de Liverpool estibando un cargamento de tuberías, correo, y paquetes destinados a los prisioneros de guerra cuando, desde el despacho del consignatario, le pidieron al capitán que se dirigiera a la oficina del consignatario en el muelle. Allí le esperaba un hombre delgado y menudo, vestido de paisano y luciendo un bigote poco apropiado, que se presentó a sí mismo como el comandante Ronald Reed (había sido ascendido). Muy cortésmente, pero con gran autoridad, el hombrecillo le explicó que trabajaba para los servicios de inteligencia británicos y que, dentro de unos pocos días, el capitán Kearon embarcaría en su buque a un nuevo miembro de la tripulación, un tal Hugh Anson, que ocuparía el puesto de ayudante de camarero. Se trataba de un agente doble que tenía una misión secreta vital para el gobierno británico, y le encomendaban a Kearon la responsabilidad de su bienestar a bordo. Anson abandonaría el barco en Lisboa, una deserción que dejaría al *City of Lancaster* corto de personal, le explicó, Reed, pero eso era algo inevitable. Kearon debía informar de la deserción de Anson como si se tratara de un incidente normal, igual que si hubiera sido cualquier otro miembro de la tripulación. Debería explicarles al resto de la marinería que Anson era un expresidiario que había cumplido cinco años en prisión en Lewes, y que había sido liberado antes de completar su condena, gracias a la ayuda de la Sociedad de Ayuda a los Prisioneros, bajo la condición de que se incorporara a la marina mercante o las fuerzas armadas. Su tapadera, la de «un hombre que tenía un historial depravado pero del que se creía que había pasado página»^[493], explicaría su falta de experiencia marinera y, cuando desapareciera en Lisboa, se supondría simplemente que había pasado su página hacia atrás otra vez.

Reed le explicó, muy serio: «A partir de ahora, la vida de este hombre está en sus manos y resulta absolutamente esencial que el resto de la tripulación no sepa ni una sola palabra de su misión»^[494]. Por último, hizo aparecer un grueso sobre, atado con una cuerda y sellado con el sello azul marcado OHMS, *On his Majesty's service* (al servicio de Su Majestad). El paquete debía ser

depositado a buen recaudo en la caja fuerte del buque y entregado a «Anson» al llegar a Lisboa. Contenía el revólver Colt de Chapman junto a un cargador de reserva lleno, cincuenta billetes de una libra, una cartilla de racionamiento y una de ropa a nombre de Hugh Anson, además de diversos recortes de periódicos que describían la explosión de una factoría al norte de Londres.

De regreso a su habitación de hotel, Reed escribió que el capitán Kearon «me causó la impresión de un hombre discreto»^[495]. El capitán Kearon, en realidad, se sentía eufórico por tener a un espía británico a bordo de su buque.

Chapman y Tooth se habían registrado en el hotel Washington, y Reed se alojaba en el bastante más cómodo Adelphi. Incluso en el mundo secreto, la clase de los oficiales gozaba de privilegios; por otra parte, resultaba más seguro que los tres conspiradores no fueran vistos juntos, por si acaso alguien les estaba observando.

Hugh Anson era el nombre del ladrón de poca monta que conducía el automóvil en el que la banda de la gelatina solía darse a la fuga. En su tapadera, Chapman les explicaría a los alemanes que le había pagado a Anson cien libras por todos sus documentos de identidad y que a continuación había sustituido su propia fotografía por la de Anson, que había aceptado «permanecer oculto» durante dos meses antes de denunciar la desaparición de su documentación^[496]. Chapman declararía que había obtenido sus papeles de marinero sobornando a un tal Frani Daniels, un contacto criminal en la oficina del consignatario. Los auténticos preparativos para enviar a Chapman por mar habían sido bastante más complicados. Los falsificadores del MI5 habían reunido un «juego completo de documentos civiles falsificados»^[497], entre los que se incluía un formulario de alistamiento en el ejército, una tarjeta de los servicios sanitarios nacionales y una cartilla de desempleo. Sin embargo, obtener la documentación marítima pertinente constituyó una tarea «ardua y complicada»^[498]. Finalmente, y con la ayuda de un agente operativo local del MI5 llamado Hobbes, Reed decidió robar una ficha de selección de personal del departamento de alimentación y bebidas de la marina mercante. Hobbes entró en las oficinas del Ministerio de Marina de Liverpool fingiendo inspeccionar las medidas de seguridad contra el fuego, y salió de ahí con los documentos necesarios, que Reed completó de forma fraudulenta mientras se tomaba una cerveza en una esquina del bar Flying Dutchman junto a las oficinas del ministerio. «No cabe duda de que este método de conseguir lo que necesitamos es éticamente incorrecto, pero, desde un punto de vista práctico, resulta adecuado», informó Reed^[499].

Aquella noche la pasaron repasando los planes para comunicarse con Gran Bretaña cuando Chapman consiguiera acceso a una radio alemana, si es que lo conseguía. Reed decidió que el mejor método de enviar mensajes consistía en un sencillo código incrustado en «la palabrería vacía» de Chapman, las pequeñas florituras que siempre añadía a sus mensajes, en especial sus signos de «risa»^[500].

El mensaje QLF es un signo jocosos que significa «por favor, envíe con el pie izquierdo», y 99 significa algo un poco más ofensivo. Si Chapman enviaba «QLF», indicaría que sus superiores alemanes estaban «completamente satisfechos»; si enviaba «99», significaría que «sospechaban»^[501]. Los mensajes más complicados podían enviarse utilizando más combinaciones de los signos de la risa:

JU JU JU: no tengo información que darles.

JA JA JA: la unidad de la Abwehr de Nantes está cerrando.

JI JA JU: me voy a Berlín.

JA JU JI: me voy a París.

JU JI JA: me voy a Angers.

JE JE JE: me voy a Estados Unidos.

JE JE JE JA: un grupo de norteamericanos se ha ido a Estados Unidos y están operando allí.

«La “señal de la risa” siempre ha aparecido en todo el tráfico de Zigzag y no creemos que pueda levantar las sospechas del enemigo», escribió Reed^[502].

Si conseguía acceder a un radiotransmisor sin supervisión, debía enviar sus mensajes del modo habitual aunque codificados utilizando la palabra DELIGHTFUL (encantador). Los alemanes habían invitado a Chapman a inventar una palabra clave para su primera misión, y él había propuesto CONSTANTINOPLA. Si en el futuro los alemanes le pedían que imaginara otra palabra clave, acordaron que seleccionaría POLITENESS (cortesía). Chapman lo ignoraba pero Bletchley Park ya podía leer cualquier mensaje que enviara, ahora bien, conocer de antemano la palabra clave les facilitaría mucho la vida a los criptógrafos. «No tendremos que molestarnos en intentar resolver sus mensajes, sino que seremos capaces de hacerlo inmediatamente», escribió Reed^[503].

Von Gröning siempre le había dejado leer a Chapman sus ejemplares de *The Times*. Cuando recibieran con seguridad un mensaje de Zigzag, Reed publicaría un anuncio por palabras en la página correspondiente del periódico,

bien el martes, o bien el jueves posterior a la recepción del mensaje, con el siguiente texto: «La señora West agradece a su donante anónimo la entrega de 11 libras»^[504]. El segundo dígito de la cifra indicaría el número del mensaje recibido. Así pues, sí el MI5 había recibido seis mensajes, la señora West le agradecería a su benefactor desconocido la cifra de cuarenta y seis libras. Con suerte, la ficticia señora West (un pequeño tributo al ama de llaves de Crespigny Road) acabaría siendo una mujer rica.

Por último, Reed y Chapman prepararon un «gambito del elefante»^[505]. Chapman recibió instrucciones de explicarle a sus superiores de la Abwehr que, antes de marcharse del Reino Unido, había organizado que, «si cualquier otro miembro de los servicios secretos alemanes necesitara ayuda»^[506], éste pudiera ponerse en contacto con el ladrón de cajas fuertes Jimmy Hunt en el siguiente número de teléfono: Gerrard 4850. Cuando alguien respondiera al teléfono, quien llamara debía decir: «Lew Leibich al habla. Me gustaría hablar con Jimmy»^[507]. El número conectaba directamente a un teléfono sobre la mesa del despacho de Ronnie Reed en el B1A, que organizaría un comité de recepción adecuado.

Reed y Chapman localizaron sobre un mapa de Lisboa la situación del piso franco alemán en la Rúa Mamede, y la dirección del consulado alemán. Reed también obligó a Chapman a memorizar un número de teléfono en Lisboa al que llamar en caso de emergencia. Ralph Jarvis, el representante del MI6 en Lisboa, ya había sido alertado de que un importante agente estaba en camino. El servicio de seguridad de radiotransmisiones y Bletchley Park tenían instrucciones de mantenerse a la espera de cualquier referencia a Fritz en las fuentes ultrasecretas.

Al final de la tarde, Chapman anunció que deseaba escribirle una carta de despedida a Freda, y Reed propuso que se la enviara a través de Laurie Marshall, quien se la haría llegar. La carta fue copiada y luego, como correspondía, enviada a Freda. Esta carta de despedida sigue siendo información clasificada, pero la nota de Eddie que la acompañaba, dirigida a Marshall, dice así: «Me despido de momento, pronto regresaré para estar contigo en el 35. Gracias por la amabilidad que me has mostrado. Por favor entrégale o hazle llegar esta carta a Freda»^[508]. No parecía el tono de un hombre que temía por su vida.

Al día siguiente, Chapman se presentó en las oficinas del Departamento de Comercio y Exportación. El oficinista aceptó la documentación falsificada sin poner reparos, y se limitó a observar que la compañía naviera ya había enviado otro ayudante de camarero al *City of Lancaster* y que, desde luego,

«no sabían lo que hacían»^[509]. Le ordenaron a Chapman que se presentara a bordo y se preparara a zarpar al día siguiente. Regresaron al hotel, donde Tooth ayudó a Chapman a hacer la maleta, que incluía dos uniformes blancos y nuevos de camarero y catorce hojas que, a simple vista, parecían papel de escribir blanco común y corriente, y registró sus ropas buscando cualquier cosa que pudiera traicionarle, exactamente igual que Praetorius había hecho muchos meses antes. Chapman se dirigió a continuación hacia el muelle, informó Reed, «al estilo sancionado, echándose el petate al hombro».

Tooth y Reed le siguieron «a una respetable distancia». Posiblemente la distancia fuera demasiado respetable, porque «de algún modo, tras un largo recorrido a pie por los muelles, Zigzag desapareció». Un instante caminaba ante ellos, haciendo una convincente imitación de un auténtico marinero inglés, y al siguiente, había desaparecido. Reed se preguntó si Chapman, de repente, no habría cambiado de idea y se habría fugado. Cada vez más preocupados, buscaron por los muelles pero no pudieron encontrar ni a Chapman, ni tampoco al *City de Lancaster*, era como para volverse locos. Finalmente abandonaron la búsqueda y empezaron a caminar, desalentados, de regreso al hotel. Le habían dicho a Chapman que se reuniera con ellos en el Adelphi, pero «una especie de intuición femenina le dijo a Reed que su espía podría haber regresado a su propio y menos elegante hotel: y ahí estaba Zigzag, en el bar, en compañía de una prostituta».

Decidieron no interrumpirle y se retiraron de puntillas dejándole que llevara a buen término sus negociaciones. Desde el Adelphi, llamaron al bar del Washington y preguntaron por Chapman, que se puso al teléfono y les informó risueño que había encontrado el buque, dejado su equipaje a bordo, y que le habían ordenado regresar a la mañana siguiente a las ocho. «No deseaba cenar con nosotros porque estaba “ocupado”», informó Reed con gran delicadeza. Acordaron reunirse en la habitación de Reed en el Adelphi a las nueve de la noche.

Reed y Tooth cenaron en el hotel, y pocos minutos antes de la hora fijada subieron las escaleras hasta la *suite* del primero. Al abrir la puerta, se encontraron a Chapman en el interior: «Zigzag, de algún modo, había conseguido entrar y esperaba, tumbado sobre la cama, una cena y unas cuantas botellas de cerveza que había pedido desde mi teléfono al servicio de habitaciones». En el espacio de unas pocas horas Chapman había confirmado todas las cualidades que le habían convertido en un gran ladrón, un espía soberbio, y un personaje de lo más inconstante: había escrito una carta de amor a la madre de su hija, se había desvanecido, se había acostado con una

prostituta, había forzado la puerta de una habitación cerrada con llave y hecho un pedido al servicio de habitaciones a cargo de otra persona. Además, según descubriría Reed más tarde, también le había robado sus tijeras y la lima de uñas doradas, «que codiciaba desde hacía tiempo»^[510]. Todo encajaba con las predicciones de Young: Chapman cumplía con su deber al mismo tiempo que te robaba con el mayor desenfado del mundo.

Reed fue incapaz de enojarse. El incidente aumentó el afecto que sentía hacia ese extraño joven que había conocido hacía apenas ocho semanas. «Zigzag es una persona de lo más absorbente. Temerario e impetuoso, voluble y sentimental, cuando uno le conoce no puede evitar tomarle afecto. Resulta muy difícil para cualquiera que haya pasado un período continuo de tiempo junto a él describirle de forma desapasionada e imparcial. Se hace muy difícil creer que el hombre tiene un pasado depravado. Sus delitos de robo y fraude, su asociación con “degenerados morales” y la descripción de “criminal peligroso” que Scotland Yard hace de él parecen muy difíciles de conciliar con su comportamiento más reciente»^[511].

El pasado de Chapman era, sin duda alguna, depravado; sus recientes acciones constituían casi una heroicidad (eso sí, con algunos fallos); sin embargo su futuro seguía siendo una incógnita. En el muelle, Chapman se despidió con un gesto de la mano y se dirigió hacia la pasarela del *City of Lancaster*, dejando a Reed cavilando: «El caso de Zigzag todavía no ha terminado. Es más, el tiempo demostrará que apenas acaba de empezar»^[512].

19

Joli Albert

El 15 de marzo de 1943, el *City of Lancaster* salía del estuario del Mersey para unirse al convoy que se estaba formando en el mar de Irlanda, cuarenta y tres buques mercantes en total, escoltados por tres destructores y cuatro corbetas con armamento ligero. Los buques formaron en fila, y sus escoltas a ambos lados, a proa y a popa, igual que perros pastores haciendo avanzar el rebaño temerosos de los depredadores. Le ordenaron a Hugh Anson, el nuevo ayudante de camarero, que se buscara una litera en el camarote de los cañoneros y que luego se presentara ante el capitán. Mientras el convoy ponía rumbo hacia el sur, Chapman y Kearon sostuvieron una reunión precipitada en la que hablaron en voz muy baja. El capitán, «temiendo a los fisgones»^[513], ofreció guardar a salvo el material secreto de espionaje de su pasajero, y quedó bastante decepcionado cuando éste le entregó unas vulgares hojas de papel de escribir. Las guardó en la caja fuerte tomando la precaución de no dejar en ellas sus huellas dactilares. Kearon explicó que trataría a Chapman como cualquier otro miembro de la tripulación, pero que en el transcurso de la travesía esperaba que mostrara un comportamiento rebelde, lo que corroboraría su tapadera de «chico malo» y ayudaría a explicar su desaparición al llegar a Lisboa^[514].

Si llegaban a Lisboa. Aquella tarde, un solitario bombardero alemán surcó el cielo y descargó sus bombas, fallando por muy poco a un carguero de cinco mil toneladas que llevaba a bordo explosivos y municiones. En las alturas, los aviones de reconocimiento Focke-Wulf volaban en círculos. «En los rostros de toda la tripulación se podía leer una expectación nerviosa»^[515], y Chapman se percató de que la tripulación dormía completamente vestida. No es que tuviera demasiado tiempo de darse cuenta de muchas cosas, ya que Snellgrove, el camarero jefe, le puso a trabajar fregando, sirviendo comidas y, en general, haciendo el trabajo sucio que se esperaba de un novato. Chapman

se quejó, mucho y alto, y Snellgrove acusó a Anson de estar «mareado casi todo el tiempo» añadiendo «que era un inútil en su trabajo»^[516].

Aquella noche, mientras el convoy navegaba rumbo al Atlántico, la alarma del buque despertó a Chapman de su sueño inquieto. Una vez en cubierta, y todavía luchando contra su chaleco salvavidas, una explosión y luego una segunda le enviaron al suelo dando tumbos. El resplandor de las llamas del violento incendio que se había desatado en dos de los mercantes y un petrolero le permitió a Chapman adivinar las oscuras siluetas de otros barcos. Un torpedo había hecho explosión al alcanzar al transporte de municiones; el capitán Kearon apagó los motores y las llamaradas iluminaron el cielo. Los submarinos, al parecer, se habían sumergido de nuevo. Las ventanas del puente de mando del *Lancaster* se habían hecho añicos y los fragmentos de cristal habían quedado desparramados por toda la cubierta. Aquella noche no hubo más ataques, pero Chapman no pudo dormir.

A la mañana siguiente, el capitán Kearon le explicó que el convoy había perdido siete buques, tres de los cuales habían naufragado durante la noche a causa de colisiones, o a causa de los daños sufridos por la explosión del buque de municiones. Chapman calculó que éste era precisamente el tipo de información que podía resultarle útil transmitirles a los alemanes en Lisboa, puesto que, además de confirmar lo que ellos ya sabían, demostraría buena voluntad por su parte. Por la misma razón, empezó a tomar notas cada día, apuntando la posición del buque y el rumbo. Los aviones de reconocimiento alemanes ya estaban siguiendo al convoy y, por lo tanto, «informar de la posición del convoy al enemigo no causaría ningún perjuicio»^[517]. El capitán estuvo de acuerdo con él y le ofreció dejarle ver el diario de a bordo para anotar su posición exacta. Con la tinta invisible que le quedaba, Chapman escribió diligentemente esta información en una hoja del papel de escribir que llevaba consigo.

El capitán Kearon disfrutaba de lo lindo de su nuevo papel como ayudante de espía. No obstante, el resto de la tripulación no sabía demasiado bien qué opinar del nuevo ayudante de camarero. El rumor según el cual Anson había estado en prisión se extendió con rapidez y todos coincidieron en que no cabía duda de que era un «ladrón de guante blanco»^[518]. Parecía disponer de mucho dinero, tenía una pitillera de oro grabada y llevaba un reloj de pulsera muy caro. Anson confesó que en el Soho le habían dado el apodo de Stripey (rayadito), por el tiempo que había pasado vestido con el uniforme a rayas de la prisión. Sin embargo, para ser un ladrón, demostraba una sorprendente cortesía y era muy cultivado, incluso leía libros en francés «por placer»^[519].

«A algunos miembros de la tripulación les impresionó su buena educación — informaría más tarde Kearon^[520]—. El artillero resumió la opinión general: se trataba de un hombre de buena familia que había tomado el camino equivocado»^[521]. Una tarde, Chapman asombró a toda la tripulación del buque anunciándoles que iba a componer un poema allí y en ese momento. Se puso manos a la obra armado de un lápiz y un sobre y, a continuación, les recitó el resultado. El poema de ocho líneas, que sobrevive en los archivos del MI5, tenía la clara intención de ser autobiográfico, la historia de Stripey, un hombre cuya vida es muy dura, que sobrevive gracias a su propia astucia y tiene muchas novias. El poema acaba así:

*Se pone el mundo por montera, caiga lo que caiga
tres hurras por Stripey, ¡hip, hip, hurra!*^[522]

Puede que, desde un punto de vista poético, este pequeño espasmo de coplas de ciego no fuera gran cosa, pero a algunos de los tripulantes del *Lancaster* les sonó a Shakespeare, una demostración más de que se hallaban en presencia de un auténtico caballero ladrón. Sin duda, Anson era lo bastante rebelde para ser poeta, porque siempre se estaba quejando. El capitán anotó esta mala actitud en el diario de a bordo: «Dijo que la vida de marinero no le gustaba, que nadie cumplía con la tarea que le correspondía, y que él hacía la mayor parte del trabajo, una afirmación definitivamente falsa según lo que yo, el capitán, he observado»^[523].

El día 18, el *City of Lancaster* entraba en la desembocadura del Tajo y se amarraba en el Muelle de Santos. Portugal seguía siendo un país neutral, aunque su dictador se inclinaba hacia los nazis, y Lisboa era un hervidero de espionaje, una ciudad repleta de refugiados, contrabandistas, espías, timadores y proxenetas, traficantes de armas, chanchulleros, intermediarios, desertores, oportunistas y prostitutas, el tipo de ciudad preferida de Chapman. En su novela de posguerra, *The Case of the Four Friends*, John Masterman describía Lisboa «como una especie de zona de compensación, un ajetreado hormiguero de espías y agentes, donde se compraban y vendían secretos políticos y militares, información (verdadera o falsa, pero sobre todo falsa) y donde las mentes de los hombres medían sus fuerzas y se enfrentaban entre sí»^[524]. Las potencias de los Aliados y del Eje mantenían pisos francos y a una gran cantidad de informadores y pequeños ejércitos de espías en permanente competencia, además de consulados oficiales y embajadas, todo ello bajo el delgado barniz de la neutralidad. La Abwehr gestionaba incluso

sus propios bares y burdeles, con el propósito expreso de extraerles información a los marineros británicos borrachos y sedientos de sexo.

La tripulación del *City of Lancaster* se reunió en cubierta donde escucharon un sermón que les instaba a evitar las bebidas fuertes y a las mujeres ligeras de cascos mientras estuvieran en tierra. El contraestre Valsamas oyó claramente murmurar a Anson: «No le hagáis ni caso, todo eso son chorradas»^[525].

En tierra, el ayudante de camarero se unió a cuatro de los tripulantes en el instituto social de los marineros británicos en Rúa da Moeda, donde todos ellos se dedicaron a emborracharse con gran alboroto, al estilo más tradicional. Anson anunció que invitaba él, y después de una hora de beber ininterrumpidamente a cuenta del MI5, el nuevo ayudante de camarero le explicó a uno de los cañoneros que tenía «asuntos que atender» en la ciudad con un antiguo conocido.

—Si encuentro a mi amigo, ya podéis despediros de mí —le confió^[526].

Cuando el cañonero Humphries insistió en conocer la identidad de su amigo, Chapman le lanzó un guiño y le respondió en tono misterioso:

—Si no hay nombres, no hay castigo^[527].

Quedaron en reunirse más tarde en el George, un bar-burdel en los muelles.

Algunos días antes, Bletchley Park había descifrado un mensaje de la Abwehr a otro agente doble, de nombre clave «Padre», en el que informaba que el piso franco de la Rúa Sao Mamede estaba «quemado»^[528]. El MI5 no tenía ningún medio de avisar al agente Zigzag que su dirección de contacto se había esfumado, metafóricamente hablando.

El taxi dejó a Chapman frente a un edificio grande y sucio en pleno distrito obrero de la ciudad. Una adolescente abrió la puerta, y fue a buscar a su madre. «Joli Albert»^[529] le dijo Chapman, risueño y, a continuación, en un portugués titubeante:

—Me llamo Fritz. ¿Puedo ver al señor Fonseca? —Palabras que fueron recibidas «con miradas de incompreensión»^[530]. Lo volvió a intentar en alemán, en inglés y en francés y, finalmente, escribió el nombre «Fonseca» en un trozo de papel, lo que hizo aparecer un destello de comprensión; a partir de la mímica subsiguiente, comprendió que el señor Fonseca no estaba en casa. Escribió la palabra «teléfono»^[531]. Tras algo más de gesticulación, la adolescente le condujo hasta un café cercano, le marcó un número, y le entregó el auricular a Chapman; le contestó una voz masculina:

—Joli Albert —repitió Chapman. La contraseña no pareció surtir un mayor efecto pero, al menos, el hombre chapurreaba el francés y le propuso reunirse con Chapman en un café cercano. Chapman, no sin grandes recelos, esperó fumando un cigarrillo tras otro y bebiendo un horroroso *brandy* portugués. Al fin, apareció un hombre joven y esbelto de unos casi treinta años, acompañado de otro mucho mayor y que hablaba alemán. Una vez más Chapman pronunció su contraseña y explicó que necesitaba hablar con algún oficial superior de la Abwehr. Sus expresiones alarmadas le dieron a entender hasta qué punto el plan se había torcido. Estaba claro que «no sabían nada del asunto»^[532], y con cada palabra que pronunciaba, Chapman se ponía en un peligro cada vez mayor. Se excusó por su error y les dijo a los dos hombres que «se olvidaran de todo»^[533]. Y entonces, puso pies en polvorosa.

De regreso al bar George, la fiesta estaba de lo más animada. Chapman se deslizó entre la masa de marineros y furcias, un regreso que pasó desapercibido, y no tardó en entablar conversación con Anita, una camarera portuguesa de veintiséis años que hablaba inglés, delgada y de tez oscura, y que tenía el cabello negro y ondulado y unos profundos ojos castaños. También era una prostituta e informadora a sueldo del MI6. Más tarde les explicaría a los servicios de inteligencia británicos que el hombre que todo el mundo conocía como Anson le había confesado que su auténtico nombre era Reed. Ronnie, sin duda, debió de escandalizarse.

Chapman pasó la noche con Anita en un pequeño hotel cerca del puerto, preguntándose si los alemanes ya habrían renunciado a él, si estaba yendo de cabeza a una trampa, y si su carrera de agente doble ya habría terminado.

A la mañana siguiente temprano, Chapman entró en el elegante edificio del consulado alemán en Rúa do Pau de Bandeira, y le explicó al adormilado recepcionista que su nombre era Fritz, que era un agente alemán y que deseaba ver al oficial superior de la Abwehr. El hombre bostezó y le propuso que volviera al cabo de dos horas. A su regreso, el recepcionista estaba claramente más despierto, e incluso atento. Apareció un funcionario que indicó a Chapman que se dirigiera a una casa en la cercana Rúa Buenos Aires. En esa dirección, le esperaba un Fiat en la calle con el motor en marcha y dos civiles en el asiento delantero. Invitaron a Chapman a sentarse en el asiento trasero y le condujeron en silencio a otra dirección, un piso en el número 25 de la Rúa Borges Carniero. Una vez allí le escoltaron escaleras arriba, donde dos hombres le invitaron cortésmente a que explicara el asunto que le había llevado hasta ahí: Chapman explicó la historia que se sabía de memoria, la primera de las muchas veces que la recitaría. El hombre más alto de los dos,

evidentemente el superior, afirmaba con la cabeza y en ocasiones hacía alguna pregunta, mientras el otro, un hombre bajo y gordo tomaba notas. Una vez Chapman hubo terminado, el hombre alto le dio las gracias educadamente, le dijo que permaneciera a bordo de su barco y que, por favor, regresara a esa dirección al día siguiente.

Aquella noche, se oyó al capitán Kearon que le echaba una bronca al camarero Anson por pasar la noche en tierra sin permiso, advirtiéndole con contundencia de los peligros de las enfermedades venéreas. Anson le contestó al capitán que «se ocupara de sus propios asuntos»^[534]; Kearon estalló y le advirtió que «cualquier ofensa en el futuro significa un proceso judicial en Inglaterra»^[535]. La tripulación estuvo de acuerdo: Anson estaba pisando terreno muy peligroso.

Pese a su gran demostración de furia, el capitán Kearon, en realidad, se sentía profundamente aliviado por el regreso de Chapman. Una vez a solas, Chapman describió los dos días pasados trajinando de un lado a otro y yendo de acá para allá, y añadió que si el capitán tenía la ocasión de informar al MI5, les podía decir que la Abwehr era una pesadilla burocrática. Kearon afirmaría más tarde: «Me dio instrucciones de informar que la organización funcionaba igual que en Londres y añadió que ¡a Ronnie le gustaría oír eso!»^[536]. Kearon le hizo una sugerencia: cuando Chapman estuviera preparado para abandonar el barco, debería iniciar una pelea, lo que le permitiría al capitán castigarle y proporcionaría un motivo claro que justificara que Anson, deseoso de evitar otra sentencia de cárcel en Gran Bretaña, hubiera abandonado el barco.

Al día siguiente Chapman regresó a la Rúa Borges Carniero; le llevaron ante la presencia de un hombre joven y elegante que utilizaba gafas de montura metálica y que, en un inglés excelente, se presentó a sí mismo como «Baumann»; «se excusó por los contratiempos del día anterior» y por que Alemania no le hubiera recibido con la debida fanfarria^[537]. Baumann le ofreció a Chapman un cigarro y una copa de *brandy* y le invitó a explicar su historia una vez más. La identidad del hábil personaje que interrogó a Chapman es dudosa: el MI5 identificaría más tarde a Baumann, alias «Blaum», alias «Bodo», como un oficial, el antiguo comandante de la sección de sabotaje de la Abwehr en Lisboa desde el año 1942. Sin embargo, también es posible que Baumann fuera el comandante Kremer von Auenrode, alias «Ludovico von Karsthoff», el director de la estación de la Abwehr en Lisboa. El propio Chapman creía que Baumann estaba «relacionado con Johnny»^[538], el nombre clave alemán del agente Snow. El controlador alemán de Owens

había sido un cierto comandante Nikolaus Ritter, alias «Doktor Rantzau». Quien quiera que fuera Baumann, parecía estar muy bien informado sobre la temporada que Chapman había pasado en Francia, su misión y sus resultados.

Chapman le entregó las hojas de papel escritas con tinta invisible, y a continuación le hizo a Baumann una propuesta que llevaba preparando desde el día que zarparon de Liverpool. En el transcurso de su formación en sabotaje en Berlín, explicó Chapman, había aprendido a construir una bomba de carbón haciendo un agujero en un gran bloque de carbón, llenándolo a continuación de un potente explosivo. Colocado en la carbonera de un buque, el artefacto pasaría desapercibido hasta que fuera introducido en la caldera, momento en el cual estallaría y el barco se iría a pique.

Si Baumann pudiera proporcionarle una bomba de este tipo, sugirió Chapman, podría esconderla entre el carbón del *City of Lancaster*, abandonar el barco tal como había planeado, y enviar el buque, su capitán y su tripulación al fondo del océano Atlántico.

Tar Robertson era un hombre imperturbable, sin embargo, cuando llegó la última remesa de mensajes interceptados desde las fuentes ultrasecretas en la mañana del 21 de enero, poco le faltó para encaramarse a las paredes. El agente Zigzag llevaba en Lisboa dos días, y ya parecía estar intentando una acción de la más pura traición al ofrecerse a enviar al fondo del mar el barco que le había llevado hasta allí.

En un mensaje calificado de alto secreto, la estación de la Abwehr en Lisboa había informado al almirante Wilhelm Canaris que el agente Fritz se hallaba en posición de atentar contra un buque mercante británico con una bomba de carbón, y solicitó autorización para llevar a cabo este sabotaje. La operación necesitaba el permiso del director de la Abwehr, puesto que «contradecía la política establecida de la Abwehr de no realizar atentados en el interior de Portugal o desde ese país»^[539]. Para empeorar las cosas, en ese mismo mensaje se describía la ruta exacta hasta Lisboa que había tomado el *City of Lancaster* y el número de buques hundidos en el ataque al convoy: esta información únicamente podía proceder de Chapman. Como mínimo, les había «explicado a los alemanes más acerca de este convoy de lo que debía haber hecho»^[540]. En el peor de los casos, se trataba de una prueba más de su traición.

Robertson convocó a su gabinete de crisis a una reunión urgente en la que esbozó una serie de objetivos en orden de prioridad. Primero, proteger el buque y su tripulación, segundo, preservar el secreto de Ultra y de las fuentes ultrasecretas y, por último, «no interrumpir la misión de Zigzag a menos que

nos estuviera engañando, o que pareciera probable que lo estuviera haciendo»^[541].

Reed no podía creer que Chapman les hubiera traicionado tan pronto. ¿Le habían obligado, o le habían ordenado llevar a cabo este sabotaje? ¿O acaso se trataba de su propia iniciativa? «Fuera cual fuese nuestra opinión del carácter de Zigzag o de su patriotismo, no podíamos arriesgarnos a dar por sentado que, en realidad, no cometería el atentado», escribió^[542]. En el transcurso de la reunión, Berlín envió un mensaje autorizando el sabotaje del *City of Lancaster*.

El MI6 también había leído los telegramas, y puso a disposición a su personal en Lisboa para neutralizar a Zigzag. Robertson les ordenó mantenerse a la espera. El *City of Lancaster* no zarparía hasta dentro de unos días y, puesto que Chapman planeaba abandonar el barco justo antes de soltar amarras, todavía quedaba tiempo para interceptarlo a él, y a la bomba de carbón.

El comandante Reed, escribió Tar, «conoce los hechos y las opiniones pertinentes»^[543]. Es más, «tanto el capitán Kearon como Zigzag conocen al señor Reed y, por lo tanto, puede acercarse a ellos con una mayor facilidad, disminuyendo así el riesgo de levantar las sospechas de los alemanes». Reed saldría de inmediato hacia Lisboa, donde debía encontrar a Chapman y, acto seguido, interrogarle. A menos que Chapman ofreciera voluntariamente información sobre este plan de sabotaje, libremente y antes de que Reed le preguntara, debía ser arrestado a punta de pistola y «traído de regreso con grilletas»^[544]. La repentina aparición de Reed en Lisboa tal vez sorprendiera a Chapman, pero no había ninguna razón por la que tuviera que deducir que los mensajes de la Abwehr habían sido interceptados: «Resulta bastante natural que enviemos al señor Reed a determinar si ha establecido contacto con los alemanes y, en ese caso, qué han dicho»^[545].

Ronnie Reed, el radioaficionado que se había incorporado al servicio porque disfrutaba jugando con radiotransmisores, estaba a punto de descubrir que se había convertido en el actor principal de un drama que se estaba desarrollando rápidamente y que podría exigirle obligar a un conocido delincuente a regresar a su país a punta de pistola para enfrentarse a la justicia.

Mientras Reed se las veía y se las deseaba para conseguir embarcarse en el primer avión de pasajeros que saliera hacia Lisboa, Chapman regresó a la Rúa Borges Carniero a recoger las bombas. Unos días antes, le había entregado a Baumann un trozo de carbón que había cogido de la carbonera del

buque. El carbón de Gales tiene un grano y un color muy característico, y los falsificadores alemanes habían conseguido unos resultados extraordinarios. Baumann le entregó dos bloques irregulares negros de unos cuarenta centímetros cuadrados más o menos, cuya forma, peso y textura se confundían con el auténtico carbón galés. En lugar de agujerear un bloque de carbón auténtico, como había hecho el doctor, los ingenieros de Baumann, para aumentar la carga de la bomba, habían tomado una lata de explosivos, le habían adherido un detonador, y habían moldeado a su alrededor una cubierta de plástico que, a continuación, habían pintado y cubierto de polvo de carbón. La única pista de su letal contenido consistía en «una pequeña abertura, del diámetro de un lápiz, en una de sus caras»^[546].

Chapman, impresionado, declaró que «resultaba imposible detectar» las bombas^[547]. Le explicó a Baumann que aquella misma noche las colocaría en la carbonera y que abandonaría el barco a la mañana siguiente. Baumann le confirmó que tenía preparada toda la documentación necesaria para sacarle del país, incluyendo un pasaporte con una fotografía tomada en Lisboa dos días antes.

Aquella noche, Chapman cruzó la pasarela del *City of Lancaster*, con una cierta cautela, llevando dos grandes bombas de carbón en una mochila ceñida a la espalda. Ignoraba que Ronnie Reed se estaba dirigiendo a toda velocidad hacia Portugal, tan rápido como podía llevarle el transporte aéreo en la época de guerra; también ignoraba que el capitán Jarvis del MI6 había apostado un agente que vigilaba el buque y permanecía a la espera de recibir órdenes de capturarlo y, en caso necesario, matarlo.

Chapman, sin embargo, no tenía la más mínima intención de acercarse a la caldera, ni tampoco de hacer saltar el barco por los aires. Se había limitado a utilizar su iniciativa, tal y como le habían invitado a hacer. Aquel «señor Fischer», su amigo galante y de buena cuna, e igualmente apasionado por las bombas, le había pedido que consiguiera algunos «juguetes» alemanes de sabotaje, y ésa era, ni más ni menos, su intención. El señor Fischer, se dijo a sí mismo, estaría más que encantado de tener entre sus manos a las dos bellezas que llevaba en la mochila.

Una vez a bordo, Chapman guardó con gran cuidado la mochila en su armario. Después, se acercó a un fornido cañonero que respondía al nombre de Dermot O'Connor, que dormitaba en su litera, y le asestó un puñetazo en la nariz. Chapman había identificado al camorrista irlandés como el tripulante al que más fácilmente podría atraer a una pelea sin que nadie hiciera preguntas incómodas, una conjetura del todo acertada.

O'Connor saltó de su litera igual que una ballena asesina saliendo a la superficie, y los dos hombres empezaron a atizarse el uno al otro con gran entusiasmo, mucho alboroto y con cualquier arma que les cayera en la mano. Existen dos versiones del final de la pelea: según la de Chapman, que le favorecía a él, había derribado a O'Connor dándole en la cabeza con una botella de *whisky* medio vacía; según la versión del capitán Kearon (y del resto de los testigos), O'Connor noqueó limpiamente a Chapman de un cabezazo en el ojo. Chapman fue llevado a la enfermería sangrando abundantemente, protestando a voz en grito, y vociferando que el irlandés había violado «las reglas de Queensberry^[548]»^[549]. Una vez recompuestos los dos, el capitán Kearon, tras proclamar, tajante, que Chapman se había metido en un buen lío, multó a los dos hombres con medio día de sueldo.

A continuación tuvo lugar una escena de sainete:

Capitán Kearon:

—¿Qué? Parece que por fin ha encontrado a alguien que le puede, ¿no?

Anson:

—Luché con él con deportividad y le vencí según las reglas del marqués de Queensberry, pero luego, él me atizó un cabezazo en toda la cara. En este barco son todos unos brutos.

Kearon:

—¡Ya! ¿Y usted es la única persona decente a bordo?

Anson:

—Pues mire, sí^[550].

Al amanecer del día siguiente, Snellgrove envió al ayudante de camarero, que lucía una fea herida, un corte en la mejilla izquierda, a llevarle el desayuno al capitán Kearon. Chapman llamó a la puerta del camarote y entró llevando la bandeja del desayuno en una mano y una mochila con dos grandes bombas en la otra.

Chapman ya le había explicado antes a Kearon que estaba «intentando conseguir subir a bordo una bomba especial para que la transportaran de regreso a Inglaterra»^[551], y le entregó las dos bombas de carbón, explicando que «les había propuesto a los alemanes sabotear el *City of Lancaster*, y el enemigo lo había aceptado». Kearon no era ningún mojigato, pero incluso él se estremeció cuando un hombre cuyo rostro parecía haber pasado por la máquina de picar carne, le entregó cinco kilos de potente explosivo que colocó sobre su cama. Anunció que levaría anclas de inmediato y pondría rumbo a Inglaterra, sin embargo, Chapman insistió en que las bombas eran seguras, a menos que fueran expuestas al calor, y que cualquier cambio de

planes no haría sino levantar las sospechas de los alemanes. Al final, consiguió «convencer al capitán de proseguir su ruta habitual y actuar como si nada hubiera ocurrido». Ahora ya bien despierto, Kearon abrió la caja fuerte y extrajo el paquete de Chapman antes de introducir las dos bombas de aspecto diabólico en su interior, y se apresuró a cerrar la puerta de nuevo. Chapman metió los papeles y el dinero en su mochila y le devolvió el revólver al capitán, «un regalo». A cambio, el capitán le dio la dirección de su cuñada, Doris que vivía en Oporto, por si acaso tenía algún problema. Se estrecharon la mano y Chapman se desvaneció en el amanecer.

El papel carneo del capitán Kearon en el espionaje militar británico había terminado. El espía británico había representado el suyo de forma soberbia, pensó el capitán. «Había hecho honor a su reputación de presidiario de una forma muy realista». Tal vez, eso no fuera tan sorprendente.

Aquella tarde, las fuentes ultrasecretas interceptaron un mensaje enviado por la estación de la Abwehr en Lisboa que confirmaba que Fritz había completado su misión. El capitán Ralph Jarvis, del MI6, informó de ello a Ronnie Reed, del MI5, que viajaba bajo el nombre de Johnson, un funcionario del Ministerio del Transporte de Guerra, a llegada de este último al aeropuerto de Lisboa, a las cinco de la tarde del martes 23 de enero.

El corazón de Reed se encogió. Si Chapman había colocado la bomba, era un traidor culpable de intento de asesinato, y la tonelada de carbón en la carbonera del buque tendría que ser analizada pieza a pieza. Jarvis explicó que sus agentes habían entrevistado al capitán Kearon en el despacho del consignatario, y que éste había «negado firmemente cualquier relación de Hugh Anson con los servicios de inteligencia británicos». Reed contestó que el capitán creía sin duda que estaba protegiendo a un agente británico, y que obedecía órdenes de «no decirle nada en absoluto a nadie acerca de esta relación».

El capitán Kearon y Ronnie Reed se reunieron a solas en el Royal British Club de Lisboa. El oficial del MI5 pudo adivinar de inmediato, a partir de la expresión optimista y del tono conspirador del capitán, que sus temores eran totalmente infundados. Kearon explicó que Chapman «se había comportado de una forma magnífica», que el «plan» para sabotear el buque había sido una estratagema para conseguir las bombas, y que en la caja fuerte de su barco esperaban dos pedazos de carbón explosivo; Kearon estaría encantado de entregárselas a alguien lo antes posible. Anson había especificado que «el carbón era un potente explosivo y que tenía que serle entregado a Ronnie», y

había sugerido que el MI5 organizara algún tipo de explosión fingida a bordo, «para aumentar su prestigio» entre los alemanes^[552].

Kearon también le explicó que él y Chapman se habían puesto de acuerdo en que se podía informar a los alemanes de la ruta del buque y del ataque al convoy sin poner en peligro a la marina mercante británica, y cómo Chapman se había dejado machacar con gran valentía por un cañonero irlandés por el bien de su tapadera. Aprovechando un momento en el que el camarero no miraba, le entregó los nombres y las direcciones en Lisboa que Chapman le había dejado, y un revólver.

Reed envió un jubiloso telegrama a Tar Robertson: «Convencido que Z juega limpio con nosotros»^[553].

Chapman no sólo había sido leal, sino que además los servicios de inteligencia británicos tenían ahora dos bombas intactas de un tipo que nunca habían visto antes. «Eso es típico de los riesgos que Chapman está dispuesto a correr por nosotros», escribiría Stephens Ojo de Metal^[554]. Se había ofrecido a llevar a cabo una misión de sabotaje a sabiendas de que si el *City of Lancaster* no naufragaba en alta mar, los alemanes sospecharían de inmediato que tal vez fuera un agente doble, «algo que podía suponerle consecuencias fatales»^[555]. Aun así, se había mostrado dispuesto a asumir ese riesgo. «Creyó que el valor que tenía para los británicos conseguir ejemplos de los artefactos utilizados por los alemanes justificaba ponerse en peligro a sí mismo»^[556].

El MI6 estaba algo menos impresionado por el resultado. Las relaciones entre los servicios paralelos solían ser tensas, y a los hombres del espionaje externo no les gustaba demasiado que los hombres de la seguridad nacional invadieran su territorio. El MI6 se negó en redondo a considerar la posibilidad de fingir un sabotaje en el *City of Lancaster* en Lisboa, señalando que un acto así sería «políticamente complicado»^[557].

Jarvis, del MI6, un banquero en la vida civil, se ensañó con el pobre Ronnie Reed, apuntando que las bombas de carbón podían ser activadas por un detonador de relojería, además de por el calor, y que podían estallar en cualquier momento. Reed no compartía el enfoque despreocupado de lord Rothschild hacia los explosivos potentes. Se lo pensó mejor antes de meter las bombas en su equipaje: «Sería muy poco afortunado si esas bombas estallaran durante el viaje de regreso, para el avión, para las consecuencias políticas y para mi integridad personal...»^[558].

Rothschild envió instrucciones: fotografiar las bombas, obtener una imagen de rayos X, colocarlas luego en unas cajas de hierro aisladas con

corcho, y enviarlas a Gibraltar en el primer buque británico con ese destino, dirigidas al «Señor Fisher», a la atención del ANI, Whitehall. En Gibraltar, un agente del MI5, que se presentaría con el santo y señas «vengo de parte de Ronnie», recogería las bombas^[559]. Rothschild hizo hincapié en un punto: las bombas deberían ser enviadas «en la medida de lo posible, intactas y no serradas por la mitad»^[560]. Únicamente un personaje del carácter de Rothschild podía imaginar que alguien quisiera cortar en dos, con una sierra, un trozo de carbón repleto de potentes explosivos.

20

Petardo Mojado

Nadie prestó demasiada atención al marinero noruego con el ojo morado que embarcó en el vuelo vespertino de Lisboa a Madrid y que se sentó en silencio en la parte trasera del avión. Llevaba un pasaporte noruego a nombre de Olaf Christiansson que le acreditaba como un marinero nacido en Oslo. A bordo del mismo avión viajaba otro grupo de noruegos, pero su silencioso compatriota no entabló conversación con ellos. Tampoco hubiera podido, porque no hablaba una sola palabra de noruego.

En el aeropuerto de Madrid, un hombre bajo, rechoncho y de mejillas sonrosadas surgió de entre la multitud que esperaba.

—¿Es usted Fritz?^[561] —le preguntó en voz muy baja.

—Sí —respondió Chapman—, Joli Albert.

En el hotel Florida, Chapman cenó un asado de cerdo, se bebió una botella de robusto y dulzón vino español y durmió doce horas. Los siguientes cinco días transcurrieron bastante borrosos. Chapman perdió la cuenta de los anónimos visitantes alemanes que iban y venían haciéndole las mismas preguntas, o ligeramente diferentes. En ocasiones, los interrogatorios tenían lugar en su habitación de hotel, o en el salón, o en algún café cercano. El alemán de mejillas sonrosadas le entregó tres mil pesetas y le dijo que tal vez deseara comprar ropa, té, café y «otros artículos difíciles de conseguir en la Europa ocupada»^[562]. Así pues, iba a regresar a Francia. Por las calles de Madrid, una pequeña sombra sonriente seguía a Chapman con discreción.

El hombre que lo había entrevistado la primera vez en Lisboa, identificado más tarde por el MI5 como el oficial de la Abwehr, Konrad Weisner, reapareció en el hotel Florida y le anunció que acompañaría a Chapman a París. En el tren, en un compartimiento de camas privado, Chapman permaneció despierto viendo pasar las estaciones a toda velocidad en la oscuridad: San Sebastián, Irún, Hendaya y Burdeos. Al amanecer del día 28 de marzo, el tren entraba en el Quai d'Orsay: esperándole en el andén

estaba Albert Schael, el compañero de borracheras de Chapman, el de la cara redonda y el Joli Albert original, y también el primer rostro familiar que veía. Se abrazaron como si fueran antiguos amigos y, mientras se dirigían en coche al piso de la Abwehr de la calle Luynes, Chapman preguntó por el paradero del doctor Graumann. Albert, en voz muy baja para que el conductor no pudiera oírle, le susurró que había «caído en desgracia» y había sido enviado al frente oriental^[563].

El motivo del destierro de Von Gröning es confuso. Chapman se enteraría más tarde de que su superior había discutido con el director de la sección de París acerca de un asunto de «política», y la prodigiosa cantidad de alcohol que ingería Von Gröning había sido utilizada como excusa para apartarlo de su puesto. Von Gröning afirmaría más tarde que había querido enviar un *U-boot* a recoger a Chapman y que alguien había dado una contraorden, lo que había ocasionado un furioso desacuerdo. También es igualmente posible que, igual que otros miembros de la Abwehr, la lealtad de Von Gröning hacia Hitler hubiera sido cuestionada. Cualquiera que fuera la causa, Von Gröning había sido relevado de su puesto en Nantes y recibido la orden de incorporarse a su antigua unidad, el *Heeresgruppe Mitte* (Grupo de Ejércitos Centro) en Rusia.

Chapman consideraba al doctor Graumann un «viejo amigo»^[564], sin embargo, más que eso, Graumann era su protector y su mecenas. Si alguien podía proteger a Chapman de la Gestapo, ése era el doctor Graumann y su desaparición significó un golpe muy duro. Los interrogatorios continuaron. El coronel de la Luftwaffe que le había despedido en el aeropuerto de Le Bourget y el piloto, el teniente Gartenfeld, le sometieron a un intenso interrogatorio sobre su salto en paracaídas y su aterrizaje. A ellos les siguió un oficial del ejército, sin nombre y muy poco amistoso, y luego un civil que le recitó toda una serie de «alrededor de cincuenta» preguntas técnicas sobre instalaciones y armamento británicos de las que Chapman no pudo responder a ninguna^[565]. Cada vez que Chapman preguntaba por el doctor Graumann recibía «respuestas muy vagas» en el sentido que se encontraba «en algún lugar del frente del este». Por fin, Chapman se armó de valor y anunció que quería ver al doctor Graumann inmediatamente y que «no le daría su historia ni su trabajo a nadie más». La exigencia, acompañada por el correspondiente resentimiento, fue ignorada, o al menos eso parecía.

El tono general de las preguntas era afable, aunque insistente. Permitieron que Chapman saliera a «distraerse» por las noches, pero siempre acompañado por Albert y, al menos, otro guardia. Su petición de un «adelanto del dinero

alemán» que se le debía fue rechazada de plano^[566]. Tras una airada protesta, le entregaron diez mil francos para gastos, una cantidad que más tarde se incrementó, con una reticencia evidente, a veinte mil. Ésta no era la recepción de héroe y las riquezas que había esperado, una discrepancia que le dejó a Chapman una visible sensación de incomodidad.

Chapman memorizó los rostros de sus interrogadores, y los pocos nombres que pudo averiguar. Sin embargo, la mayor parte de su energía mental la dedicó a explicar una y otra vez la historia, medio verdad medio ficción, que había sido grabada en su memoria en el transcurso de los días y las semanas pasados en Crespigny Road. La historia nunca se modificó y Chapman nunca vaciló, aunque puso un gran cuidado en proporcionar horas y fechas imprecisas, teniendo siempre muy presente la advertencia de Tar Robertson: «El tiempo es el factor esencial a ocultar, la historia de la tapadera no debe ser demasiado precisa»^[567]. Se sabía tan bien la versión que, en ocasiones, incluso llegó a creérsela. Conocemos la historia porque ha sobrevivido una transcripción literal:

Aterricé alrededor de las dos y media de la madrugada en un campo cultivado. Al principio quedé un poco aturdido por mi descenso pero, tras recuperar el sentido, enterré el paracaídas bajo unos arbustos junto a un pequeño arroyo que corría junto al borde del campo. Abrí la mochila que llevaba ceñida a la espalda, y cogí el transmisor y me metí los detonadores en el bolsillo. Podía ver un pequeño granero no demasiado lejos y, tras acercarme cautelosamente, me di cuenta de que estaba desierto; entré por una ventana y me encaramé al altillo donde dormí hasta el amanecer. No podía saber a qué hora me había despertado porque mi reloj se había parado. Aparentemente, se había roto durante el descenso. Salí del granero y eché a andar por un camino que me llevó hasta la carretera principal, viajando en dirección al sur, hasta que vi una señal en la carretera que indicaba Wisbech. Al estudiar el mapa, supe que debía estar en algún lugar cerca de Littleport, y cuando llegué al pueblo, vi el nombre en la estación de ferrocarril. Una inspección de los horarios de los trenes a Londres me informó de que salía uno a las diez y quince minutos. Cogí este tren y llegué a la calle Liverpool cuando debía de ser alrededor de la una menos cuarto. Entré en la cafetería de la estación, me tomé

una copa y compré algunos cigarrillos y, después de algunos minutos, fui hasta la cabina telefónica de la estación y llamé a Jimmy Hunt al club de los obreros de Hammersmith. La persona que contestó el teléfono me dijo que Jimmy llegaría alrededor de las seis de la tarde, así que tomé el metro hacia el West End y me fui al cine New Gallery donde vi la película Sangre, sudor y lágrimas. Se me ocurrió que sería mejor no pasearme demasiado por el West End a plena luz del día tan poco tiempo después de mi llegada.

Me quedé en el cine hasta la hora del apagón y entonces llamé de nuevo a Jimmy al club. Se sorprendió mucho al escuchar mi voz, pero organizamos un encuentro en la estación de metro de Hyde Park. Cuando llegó, fuimos a un bar cercano y le dije a Jimmy que había conseguido escaparme de Jersey y que tenía tantas cosas de las que hablar que sería mejor si pudiéramos ir a un sitio más tranquilo. Yo estaba especialmente preocupado de que la policía se enterara de que había regresado al país, de modo que Jimmy propuso que sería mejor refugiarnos en uno de sus pisos francos en Sackville Street, donde estaba viviendo con una chica. Le dije que no quería que nadie más me viera, así que telefoneó a la chica y le dijo que saliera un rato porque tenía unos asuntos que tratar con un amigo que había venido a verle. Ella estaba acostumbrada a desaparecer cuando Jimmy tenía que hacer transacciones «turbias», y por eso no le pareció demasiado extraordinario. Al llegar al piso de Sackville Street, se lo expliqué todo a Jimmy. Le dije que, mientras estaba encarcelado en Jersey, había decidido trabajar para los servicios de inteligencia alemana; que me habían tratado muy bien y que me habían prometido una importante cantidad de dinero si llevaba a cabo una misión en Gran Bretaña. Había llevado mil libras conmigo y me habían prometido otras quince mil si conseguía sabotear la factoría De Havilland. Se trataba de una gran oportunidad para Jimmy de obtener bastante dinero y la protección del gobierno alemán para sacarle del país. Le mostré el radiotransmisor que había llevado conmigo y le dije que necesitaba un lugar donde poder utilizarlo. Jimmy me dijo que hacía bastante tiempo que la policía le buscaba y

que había pensado alquilar una casa en Hendon. Entretanto, y por si acaso, sería más aconsejable que me quedara en el piso de Sackville y que fuera muy discreto.

El sábado siguiente fui a la casa de Hendon, y desde ahí transmití por primera vez el domingo por la mañana.

Le expliqué a Jimmy lo muy necesario que era para mí empezar a trabajar lo antes posible y conseguir el material necesario para el atentado en De Havilland. Nos pusimos de acuerdo en que no sería prudente que yo saliera demasiado, en caso de que la policía me siguiera la pista, pero Jimmy dijo que en Saint Luke's Mews quedaba algo de la gelignita que habíamos utilizado en nuestros trabajos antes de la guerra.

Un día, alrededor de Año Nuevo, Jimmy y yo fuimos a la factoría De Havilland e inspeccionamos toda la zona desde la carretera cercana. Vimos tres lugares que pensamos que podrían ser nuestros objetivos principales. Decidimos hacer un reconocimiento durante la noche y entramos por una puerta que no estaba vigilada, y protegida sólo por un poco de alambrada de espino. Cerca del edificio de las calderas, vimos seis grandes transformadores eléctricos en un patio a los que se podía acceder trepando por una pared, y caímos en la cuenta de que una carga explosiva bajo uno, o tal vez dos de los transformadores, destruiría por completo la central de producción eléctrica de toda la factoría. Seguimos buscando y descubrimos otra central eléctrica subsidiaria, rodeada por una alta valla, que estaba junto a una piscina y que contenía dos transformadores más que, evidentemente, manejaban una gran cantidad de electricidad. Decidimos que necesitaríamos colocar alrededor de catorce kilos de explosivo bajo cada transformador, y pensamos que podíamos meter estos explosivos en dos maletas.

La noche acordada, alrededor de las siete de la tarde, fuimos a la factoría y dejamos el coche tras un garaje frente a la planta. Tomamos un café en un bar cercano y luego atravesamos sigilosamente el jardín de una casa situada detrás del Comet, nos deslizamos a través de la alambrada de espinos por la puerta que no estaba vigilada. Jimmy se dirigió hacia los transformadores cerca de la piscina y yo me concentré en el

transformador cerca de la central eléctrica. Pusimos una hora de retraso en los detonadores de cada una de nuestras mezclas explosivas y detuvimos el coche en el paso elevado que hay a unos cuatro kilómetros de la factoría De Havilland. Cincuenta y cinco minutos más tarde, oímos dos enormes explosiones, a un intervalo de unos treinta segundos y regresamos de inmediato a Londres.

El día después del sabotaje, yo tenía una cita en el bar The Hendon Way con una chica llamada Wendy Hammond que trabajaba en una empresa filial de De Havilland. Me dijo que se había montado un follón terrible y que la gente de la factoría estaba intentando acallar los rumores y explicaba que no había ocurrido nada. Estaba claro que los daños habían sido considerables, y que había habido algunos heridos, pero nadie quería reconocerlo.

Jimmy solía hacerme compañía en mi habitación mientras transmitía, y mostró un gran interés por los mensajes radiotelegráficos que recibíamos. Estaba especialmente interesado en saber si había alguna posibilidad de recibir sus quince mil libras, y cuando ustedes enviaron un mensaje diciendo que era imposible recogerme con un submarino, se puso bastante violento, porque estaba convencido de que la posibilidad de cobrar el dinero era bastante remota. Me dijo que regresaría conmigo a Lisboa para asegurarse de cobrar. Por desgracia, como ustedes ya saben, fue detenido bajo sospecha de poseer gelignita y, más tarde, la policía hizo una redada en el Hammersmith Club en busca de cómplices suyos. Fue liberado por la policía después de permanecer detenido una semana, pero después de eso ya no tuve demasiado contacto con él. Debido a su arresto, Jimmy no pudo acompañarme; hubiera sido mucho más complicado obtener documentos para dos personas para salir del país, así que, por supuesto, tuve que regresar solo^[568].

Ajustarse a las líneas generales de la historia de su tapadera resultaba bastante fácil, ahora bien, el reto consistía en permanecer alerta y al mismo tiempo parecer relajado, mantener la coherencia, anticipar el ataque del agente que le interrogaba e ir siempre una pregunta por delante. ¿Qué era lo que Robertson había dicho? Hable despacio, sea impreciso, no explique nunca una mentira

innecesaria. Esas normas estaban muy bien en el salón de Crespigny Road, pero bajo el implacable interrogatorio de los expertos agentes de la Abwehr, Chapman podía sentir que se le escapaba la calma a medida que la verdad y la mentira se confundían. El erudito Masterman le había advertido: «La vida de un agente secreto ya es bastante peligrosa, pero la vida de un agente doble es infinitamente más precaria. Si hay alguna persona que camina en la cuerda floja, ése es el agente doble, y un único patinazo le puede hacer caer hacia su destrucción»^[569]. Nadie podía balancearse para siempre sobre la cuerda floja cuando tantas manos tiraban de ella.

Después de diez penosos y agotadores días en París, Chapman fue informado de que viajaría a Berlín, un viaje que le llevaría hasta el corazón del nazismo, aunque algo le hizo sospechar que «le acercaría a Graumann»^[570], una sospecha que quedó confirmada cuando Albert le llevó a un rincón y le insinuó que, ocurriera lo que ocurriese en Berlín, debía «reservar los detalles más interesantes de sus experiencias en Inglaterra para el momento en el que se reuniera con Graumann»^[571]. El obsequioso Albert le pidió a Chapman que intercediera en su favor ante el doctor Graumann.

El tren a Berlín iba abarrotado de soldados, pero a Chapman y a su nuevo guardián, un oficial a quien conocía con el nombre de Wolf, les habían reservado un compartimiento de primera clase. Cuando un comandante del ejército insistió en instalarse en el vagón reservado, Wolf llamó a la policía del tren, que expulsó al furioso oficial, quien anunció a voz en grito que informaría de la ofensa al mismísimo Hitler.

Desde la estación de Berlín, fue llevado a un pequeño hotel, La Petite Stephanie, cerca del Kurfürstendamm, donde se reanudaron los interrogatorios. Chapman empezaba a cansarse y la ansiedad empezaba a minar su confianza. Patinó. Un entrevistador, aparentemente del cuartel general de la Abwehr, le pidió, como sin querer darle ninguna importancia, que describiera cómo había construido la maleta-bomba utilizada en el atentado a De Havilland. Chapman explicó de nuevo que habían utilizado cinta adhesiva para acoplar unas pilas de linterna a un detonador colocado en la parte derecha de la maleta. El hombre saltó: en entrevistas anteriores en París y Madrid, Chapman había especificado que había colocado las baterías a la izquierda. Chapman se obligó a sí mismo a pensar a toda velocidad y a responder despacio, recordando lo que le había enseñado Tar: «Tenía dos maletas, un juego de baterías estaba fijado a la derecha y el otro a la izquierda»^[572]. Por un momento, lo había tenido muy difícil.

Al día siguiente, un oficial de la marina alto y esbelto apareció en La Petite Stephanie, se presentó como Müller y le entregó a Chapman un pasaporte alemán totalmente nuevo a nombre de «Fritz Graumann», nacido en Nueva York y nombre del padre, Stephan Graumann. Se trataba del indicio más sólido que indicaba que su antiguo superior estaba de regreso. Müller le dijo a Chapman que hiciera las maletas y que se preparara a marcharse en una hora: se iban a Noruega.

En Bletchley, los criptógrafos seguían la sinuosa ruta de Zigzag mientras cruzaba Europa de sur a norte: informaron de los nuevos nombres en los pasaportes de Chapman, el noruego y el alemán, y observaron que el supuesto sabotaje del *City of Lancaster* había «sin duda aumentado su prestigio» ante sus jefes alemanes^[573].

Tan sólo había un pequeño inconveniente: las bombas no habían estallado, y aunque los alemanes no parecían sospechar de Chapman, se estaban impacientando, «los alemanes han mostrado un gran interés por el *City of Lancaster* y, como es natural, están ansiosos por comprobar que el sabotaje, realmente, ha tenido lugar»^[574], advertía Masterman. Anita, la prostituta del bar George, informó que dos alemanes habían interpelado a Jack, un indigente negro vagabundo que vivía bajo un puente cercano, y le habían ofrecido dos mil escudos para que les proporcionara información sobre los marineros del buque británico. La Abwehr había quebrantado todas las normas para introducir en secreto las bombas a bordo del *City of Lancaster* y, pese a todo ello, el buque seguía intacto: Canaris quería resultados. Ewen Montagu, el representante de la marina en el Comité Veinte lanzó una advertencia: «Tiene que haber una explosión, o sino Zigzag saltará»^[575].

Debían organizar algún incidente a bordo del buque: acababa de nacer la Operación Petardo Mojado.

Victor, lord Rothschild, quedó un poco decepcionado cuando le informaron de que no podía hacer volar un «buque mercante en perfectas condiciones»^[576], sin embargo, se conformó con «el mayor petardazo posible, uno que produjera un montón de humo»^[577]. La perspectiva de una explosión, aunque fuera una moderada, a bordo del *City of Lancaster* hizo bullir su sangre azul: «Una buena y sonora explosión sería una idea bastante aceptable. Ignoro hasta qué punto podemos provocar una deflagración que no cause demasiados daños, supongo que depende del lugar en el que se produzca»^[578].

Rothschild y Reed prepararon un complicado guión. Cuando el buque llegara a puerto en el Reino Unido, Reed subiría a bordo, disfrazado de agente

de aduanas y acompañado por otro agente en un disfraz similar que llevaría un artefacto explosivo en el interior de un maletín. Ese agente, «que previamente, habrá pasado por el cuartel general del MI5 para ser instruido en la manipulación de esa bomba»^[579], debía fingir buscar contrabando, colocaría la bomba en el pañol del carbón, activaría el detonador y saldría a toda prisa. Al oír la explosión, el agente «se dejaría caer y fingiría haber recibido una herida en el brazo, que el capitán le curaría y vendaría». Explicaría a continuación que estaba «buscando entre el carbón cuando, de repente oyó un silbido, seguido por una explosión cuya onda expansiva le arrojó al suelo». La tripulación sería interrogada y la Radio Macuto de los marineros haría el resto. «La historia del sabotaje llegará a oídos del enemigo a través de algún miembro de la tripulación», predijo Reed^[580].

La operación exigía una bomba especial que hiciera mucho ruido y produjera una gran cantidad de humo sin matar al agente del MI5 que la activara, sin incendiar el carbón y sin hundir el barco. Rothschild se fue a ver a su amigo, otro apasionado de los explosivos, el teniente coronel Leslie Wood de la War Office Experimental Station (departamento de investigación del Ministerio de la Guerra), que produjo un artefacto que garantizaba un «fuerte estallido, acompañado por una columna de humo rojizo, aproximadamente tres minutos después de la ignición»^[581]. Wood le envió un paquete a Rothschild a través de un mensajero: «Aquí tienes tus tres juguetes: uno para que lo pruebes tú mismo, ¡dentro de casa, no!, y los otros dos para que tu amigo se divierta»^[582].

La Operación Petardo Mojado era un plan bastante absurdo. Era complicado, arriesgado, e implicaba demasiada actuación («curar una herida ficticia puede introducir de manera fortuita “elementos” innecesarios y peligrosos», advirtió Masterman)^[583]. Se prohibió la Operación Petardo Mojado, ante la gran irritación de Rothschild, que dio rienda suelta a su frustración haciendo estallar él solito los tres juguetes.

En lugar del plan Petardo Mojado, la bomba tendría que ser «descubierta» a la llegada del buque a Glasgow; una vez amarrado en el muelle, todas las personas que viajaban a bordo serían interrogadas a conciencia: «Cuando, en su próximo viaje, el *City of Lancaster* haga escala en Lisboa, los agentes alemanes contactarán sin duda con los miembros de la tripulación y recibirán la impresión (seguramente, en la mayoría de los casos, de algún marinero intoxicado) de que en el curso del viaje anterior ocurrió alguna cosa extraña porque, al regreso del buque al Reino Unido, se llevó a cabo una formidable investigación. Eso es todo lo que hace falta para apoyar a Zigzag»^[584].

El buque arribó a los muelles de Rothesay el 25 de abril, donde le esperaba un pequeño ejército de la policía de los servicios de inteligencia que se precipitó a bordo y empezó a hurgar en la carbonera, arrojando el carbón por la borda, en dirección hacia el muelle, pieza a pieza. La tripulación asistió boquiabierta, al espectáculo de los policías que, «cada vez que arrojaban un trozo de carbón al muelle, se tiraban todos cuerpo a tierra»^[585]. Finalmente, al cabo de unas cinco horas, uno de los agentes, «muy sucio y tizado de carbonilla», emergió del pañol del carbón, «sosteniendo en la mano, triunfante, un objeto que parecía un trozo de carbón»^[586]. A continuación, interrogaron a todos los miembros de la tripulación, poniendo un énfasis especial en el viaje a Lisboa y en la desaparición del ayudante de camarero Hugh Anson.

La magia de la autosugestión funcionó a las mil maravillas: los marineros que no habían notado nada fuera de lo corriente en el antiguo tripulante, declararon ahora que habían sospechado que Anson era un espía alemán a partir del mismo momento en que llegó a bordo. Recordaron su pitillera de oro, sus fajos de billetes y su manera de fanfarronear, su incompetencia marinera en todos los sentidos, sus buenos modales, su aparente educación y «los aires de superioridad» que se daba^[587]. Durante los interrogatorios, salieron a la luz todo tipo de detalles siniestros: cómo alardeó de sus crímenes, pagó la ronda a todo el mundo, y se escabulló del bar de George. ¡Vaya!, si incluso escribía poesía y leía libros en francés. Uno de los tripulantes enarboló el poema de Chapman como la prueba concluyente de la diabólica brillantez del individuo. «El nivel poético no está a la altura de la adulación halagadora de la tripulación»^[588], observó, con humor cargado de ironía, uno de los agentes que interrogaban a la tripulación, aunque, para los hombres del *Lancaster*, las pruebas acumuladas apuntaban a una sola conclusión: Anson era un espía nazi muy bien educado y políglota que había intentado asesinarlos a todos con una «máquina infernal» oculta en el pañol del carbón^[589].

A fin de «estimular los rumores», los agentes hicieron jurar a toda la tripulación que guardarían el secreto más solemne^[590]. Los rumores se extendieron como las llamas por los muelles de Glasgow, ante el placer de Reed: «Alrededor de unas cincuenta personas consideran ahora a Zigzag un agente enemigo y están enteradas del asunto de la bomba y, a medida que se vaya explicando, el rumor crecerá, precisamente el resultado que deseamos obtener»^[591]. El rumor se difundió entre otros marineros y, a partir de ahí, y a través de una multitud de bares, se extendió a diferentes buques y por todos

los mares. Incluso llegó a oídos del armador del *City of Lancaster*, que se quedó lívido: «No tiene ninguna objeción en contribuir llevando agentes a bordo, pero opina que, cuando éstos dejan explosivos por el barco, resulta algo excesivo»^[592].

Desde los peores tugurios de Europa, la historia del mejor espía alemán que intentó sabotear un buque británico llegó hasta el alto mando alemán, el FBI, y hasta las jerarquías más altas del gobierno británico. Duff Cooper, el ministro de Información, recibió una copia del expediente Zigzag, y se la hizo llegar a Winston Churchill. Cooper informó que «había hablado de Zigzag largo y tendido con el primer ministro, quien ha mostrado un considerable interés por el caso»^[593]. El MI5 recibió instrucciones de concederle al caso la máxima prioridad y de informar a Churchill de inmediato «cuando se restablezca el contacto con Zigzag, si es que se restablece»^[594].

J. Edgar Hoover, el director del FBI, también le seguía la pista a Zigzag. A través de John A. Cimperman, el oficial de enlace del FBI en la embajada de Estados Unidos en Londres, Reed y Rothschild canalizaron hacia el gobierno estadounidense «informes exhaustivos» sobre el caso Chapman^[595]. «Le prometí al señor Hoover que le dejaría ver los informes del sabotaje, a cambio de su cooperación»^[596], escribió Rothschild. Chapman se estaba convirtiendo con gran rapidez en una estrella secreta conocida en todo el mundo: en Washington y Whitehall, en Berlín y en París, se hablaba de sus hazañas, reales o ficticias, que provocaban admiración y daban que pensar.

Fue en este momento cuando Zigzag-Fritz, el espía más secreto de las fuentes ultrasecretas, desapareció de las ondas de radio, de forma abrupta y total.

El frente de hielo

Stephan Von Gröning nunca habló de los horrores que presencié durante su segunda temporada en el frente del este, pero quedó profundamente afectado por la experiencia^[597]. Recordaba un único episodio: una ocasión en la que le enviaron a una pequeña población conquistada por los alemanes a abrir de nuevo una iglesia que había sido cerrada por los comunistas. Recordaba a los habitantes del pueblo entrar en el templo y caer de rodillas. Von Gröning no era un hombre religioso, pero aquella expresión de profunda piedad en medio de una guerra despiadada le había emocionado. En los últimos pocos meses había envejecido varios años. Su cabello había encanecido, y tenía el rostro más cetrino y marchito. Sus manos temblaban hasta que no se tomaba la primera copa de la mañana y buena parte de su libertina altanería se había disipado en los gélidos vientos de Rusia. A la edad de cuarenta y cinco años, Von Gröning ya empezaba a parecer un anciano.

Pese a ello, el personaje erguido, vestido con abrigo militar que le esperaba tras la barrera del aeropuerto de Oslo era reconocible al instante. «Gracias a Dios que está usted de regreso»^[598] le saludó Von Gröning. «Parecía realmente emocionado». En cuanto a Chapman, el placer de volver a ver «al viejo»^[599], era genuino y los meses que había pasado traicionándole, y su intención de seguir haciéndolo, no habían disminuido el afecto que sentía hacia él. Von Gröning le presentó al hombre calvo y bajo, con uniforme de la marina, que esperaba junto a él, el capitán Johnny Holst, por una vez, un nombre auténtico. El hombre sonrió y le dio la bienvenida a Chapman a Noruega en un inglés espantoso.

Mientras se dirigían en coche hacia la ciudad, Von Groning le explicó a Chapman que pronto sería libre de «disfrutar de unas bien merecidas vacaciones»^[600], pero antes de eso, debía interrogarle una última vez, y enviar un informe definitivo y completo a Berlín.

Von Groning había llegado apenas unos pocos días antes e instalado su residencia en un elegante «pisito de soltero» en el número 8 de Granngate, cerca del palacio presidencial; nada más llegar, abrió una botella de aquavit noruego para celebrar el regreso de Chapman, sano y salvo. Y empezó la fiesta. Una joven atractiva, Molli, fue la primera de las invitadas en llegar, después, un alemán de aspecto astuto llamado Peter Hiller y, por último, Max, un polaco de largo cabello que lucía joyas ostentosas. A Chapman le quedó poca cosa en la memoria de su primera noche en Oslo, pero recordó que los invitados parecían «encantados de verle y que manifestaron un gran entusiasmo por sus éxitos en Inglaterra» y Von Groning más que ninguno de ellos. Cuando Chapman preguntó por el resto del equipo de Nantes, el alemán se mostró esquivo. Walter estaba en Berlín, y no tardaría en viajar a Oslo para reanudar sus deberes como «el compañero» de Chapman^[601], quien se quejó para sus adentros: el joven nazi apasionado por el baile popular inglés era una compañía tan seria y deprimente... El «bebedor de Holst», que en aquel momento se estaba derritiendo en el sofá al compás de una canción alemana de borrachera, parecía un colega bastante más jovial. Al cabo de un rato, Holst y Hiller se enzarzaron en una pelea por los encantos de Molli, y Chapman perdió el conocimiento.

El interrogatorio empezó a la mañana siguiente, a pesar de la monumental resaca de entrevistador y entrevistado. Von Groning era un inquisidor de gran maestría y conocía a su sujeto íntimamente, y el mejor modo de alimentar su vanidad, encender su cólera y picar su orgullo. A veces, parecía dormitar tras los pesados párpados, pero entonces, lanzaba alguna pregunta que superaba la guardia de Chapman y le ponía en una situación difícil. El interrogatorio se prolongó dos semanas durante las cuales Molli Stirl, la mujer de la fiesta, y la secretaria de la estación de la Abwehr en Oslo, registró y transcribió todas y cada una de sus palabras. Von Groning era incansable y meticuloso, aunque había algo diferente en el modo en que interrogaba a Chapman, algo muy alejado de la intensidad agresiva de los interrogadores en España, Francia y Berlín. Von Groning quería que Chapman lo hiciera bien: si cometía algún error, de cronología o de hechos, le dirigía con gentileza de regreso al buen camino, le ayudaba a eliminar la incoherencia, y volvía a empezar. Von Groning estaba del lado de Chapman, deseaba que tuviera éxito, por el bien de Chapman, pero también por el suyo propio.

Chapman sintió el cambio en su relación. En Nantes, había dependido de la buena voluntad de Von Groning, deseaba escuchar sus alabanzas, y le halagaba su atención. Ahora, en cambio, los papeles no habían sido del todo

invertidos, sino equiparados. Chapman necesitaba que Von Gröning le creyera, y Von Gröning necesitaba que Chapman tuviera éxito, relación que forjó una extraña complicidad. En ocasiones, el hombre de más edad parecía sentir «un agradecimiento [casi] patético»^[602] hacia Chapman, sin el cual seguiría, arrastrándose por el lodo y la sangre del frente oriental. Von Gröning se «enorgullecía de su protegido»^[603] y, sin embargo, también dependía de él, una situación, reflexionó Chapman, que constituía su «mejor seguridad»^[604]. El estatus de Von Gröning había caído en picado cuando Chapman desapareció y su regreso había vuelto a elevar el prestigio de Von Gröning en la Abwehr. Chapman era algo más que simplemente otro espía: era una inversión de carrera, el «hombre que le había “hecho” en el servicio secreto alemán»^[605], y ambos lo sabían.

La dependencia mutua del espía y de su jefe no era algo exclusivo de Chapman y Von Gröning, sino que constituía el defecto característico y principal del servicio secreto alemán. La estructura descentralizada de la Abwehr permitía que oficiales individuales controlaran sus propias redes de espías. Wilhelm Canaris tomaba las decisiones por encima de todos ellos, pero las diferentes secciones, e incluso los oficiales individuales en el seno de la misma sección, operaban con una gran independencia y competían entre ellos. En los servicios secretos británicos, los oficiales de supervisión compartían responsabilidades, puesto que un responsable de sección cuyo interés personal estuviera ligado al éxito de su propio agente nunca podría ver a ese agente con claridad. «La integridad personal absoluta y la exclusión de cualquier consideración personal constituyen la primera, y fundamental, condición del éxito»^[606], insistía Masterman. En la Abwehr, por el contrario, cada jefe de sección tenía ambiciones para su propio espía hasta tal punto, que podía llegar a suprimir sus propias sospechas e insistir en la lealtad y la eficacia de un agente, pese a la evidencia en sentido contrario. Incluso cuando un espía resultaba inútil o algo aún peor, su supervisor se mostraba muy poco dispuesto a admitir su fracaso fundamentándose en el supuesto, lógico pero letal, de que era «mejor, por motivos egoístas, tener a agentes corruptos o desleales que no tener ningún agente»^[607].

¿Pudo Von Groning ver a Chapman a través de esos desvaídos ojos azules? Chapman se percató en diversas ocasiones de su expresión «vigilante»^[608] y se preguntó si ese hombre que le conocía mejor que nadie no le habría descubierto. Uno de los colaboradores de Von Groning lo explicaría así: «Stephan se construyó sus propias opiniones, era secretista, y no le decía a la gente lo que pensaba a menos que le preguntaran»^[609]. Si Von

Groning sospechaba que le estaban engañando, que toda la crónica del sabotaje, de heroísmo y de huida constituía un fabuloso montaje, nunca dijo nada, y aquellos pesados ojos prefirieron no verlo.

Chapman estaba instalado en Forbunds, un amplio y confortable hotel, construido en madera, situado en el centro de la ciudad de Oslo y que había sido requisado por la Abwehr y por la Luftwaffe. Von Groning le entregó quinientas coronas como dinero de bolsillo y le dijo que podía tener más «siempre que lo necesitara»^[610]. Recibiría su recompensa cuando el informe estuviera terminado, fuera llevado a Berlín y lo hubieran aprobado.

Por primera vez, Chapman se encontró frente a frente con la guerra de ocupación. En Francia, se había codeado con un puñado de furcias, colaboracionistas y estraperlistas, pero había tenido muy poco contacto con otros ciudadanos franceses. En Londres, las conversaciones con personas ajenas a los servicios de seguridad habían sido pocas y rígidamente supervisadas. Ahora, tenía la ocasión de ver el gobierno de los nazis desde una cercanía próxima y desagradable.

La invasión de Noruega, en abril de 1940, rápida y devastadora, había decapitado a la nación y el rey Haakon había huido y se había refugiado en el exilio de Londres. Los nazis noruegos, liderados por Vidkun Quisling, asumieron el poder de un gobierno marioneta controlado por los alemanes. Hitler tenía unas ambiciones muy sencillas respecto a Noruega: defenderla de la esperada contrainvasión británica, sangrar al país hasta dejarlo seco, y convertirlo al nazismo. El pueblo noruego, sin embargo, se negó a dejarse intimidar y a aceptar a la fuerza el fascismo, y las presiones y las amenazas dejaron paso a la coacción descarada. En la primavera de 1942, Goebbels declaró con respecto a los recalcitrantes noruegos: «Si no aprenden a querernos, entonces deberán aprender, al menos, a temernos»^[611]. Muchos de ellos aprendieron a temer a los nazis en el subsiguiente terror conducido por la Gestapo, y muchos otros aprendieron a odiarlos. Unos pocos colaboraron, como siempre hacen algunos; los más ambiciosos o radicales se unieron al partido nazi noruego o se alistaron voluntarios en el «regimiento vikingo», la legión noruega desplegada por Hitler en el frente oriental. Quisling, impreciso, ineficaz y fanático, se ganó la rara distinción de estar tan íntimamente asociado a una única característica, la traición, que se creó un sustantivo a partir de su nombre. En el polo moral opuesto, un movimiento noruego de resistencia organizaba protestas, huelgas, sabotajes e incluso asesinatos.

Entre los dos extremos, la colaboración y la resistencia, la mayoría de los noruegos mantenía una actitud de odio hosco e insolente hacia los invasores alemanes. Muchos de ellos lucían un clip de papel, la marca de su oposición. El clip de papel es un invento noruego: el pequeño trozo de metal retorcido se convirtió en el símbolo de la unidad, el de una sociedad unida frente a la opresión. Su fría cólera se manifestaba en forma de pequeñas rebeliones e insumisión cívica. Los camareros en los restaurantes siempre servían primero a sus conciudadanos; los noruegos cruzaban la calle para evitar cualquier contacto visual con los alemanes y hablaban solamente en noruego; en los autobuses nadie se sentaba junto a un alemán, aun cuando el vehículo estuviera abarrotado, una forma de desobediencia pasiva que enfurecía tanto a los ocupantes alemanes que ilegalizaron permanecer de pie en un autobús si había un asiento libre. Los colaboracionistas eran evitados por sus antiguos amigos, vecinos o familiares, y aunque no solían hacerles reproches abiertamente, los condenaban al ostracismo. Los grupos de resistencia denominaban a esto el «frente de hielo», el desprecio colectivo de la sociedad noruega con la intención de congelar al enemigo.

Los alemanes y los colaboracionistas noruegos intentaban refugiarse de esta hostilidad en unos pocos lugares donde podían socializar, como por ejemplo el hotel Ritz y el restaurante rebautizado Löwenbräu, que sólo admitía a alemanes y a colaboracionistas. No obstante, incluso en aquellos lugares, recordaría Chapman, aislados por completo del resto de Noruega, «reinaba un ambiente incómodo»^[612]. Los noruegos dieron por sentado que Chapman era alemán y le evitaban. Le respondían en monosílabos o le observaban con un desdén que no ocultaban tras lo que él llamaba un «muro de odio»^[613]. En Francia, nunca había experimentado tal antagonismo. Chapman, un hombre sociable por naturaleza, estaba aprendiendo lo que se siente al ser odiado.

El malestar de Chapman se veía exacerbado por la sensación de que sus supervisores alemanes también sentían una cierta desconfianza hacia él. El sonriente Johnny Holst le acompañaba a todas partes, amistoso pero vigilante. Los oficiales alemanes que iban y venían al hotel Forbunds «parecían albergar ciertas sospechas y no se mostraban comunicativos»^[614]. A sus poco sinceras y escasas preguntas acerca de las operaciones de inteligencia le respondían con el silencio. Von Groning le había prometido «total libertad»^[615], aunque ambos sabían que la libertad de Chapman distaba mucho de ser total. Los oficiales de la Abwehr que había conocido nunca le dieron sus nombres y no cruzó ni una sola vez la puerta del cuartel general de la Abwehr, un gran

edificio de pisos en Klingenberggate. Von Groning le dio instrucciones de relajarse y «no trabajar»^[616]. Había supuesto que se trataba de una recompensa, pero gradualmente fue dándose cuenta de que este ocio reforzado no era más que una precaución de seguridad, una manera de tenerlo controlado.

Le dijeron que llevara una pistola, que informara si creía que le seguían, y que se asegurara de que nunca le hacían una fotografía. Los agentes británicos, sin duda, estarían vigilándole, le advirtió Von Groning, incluso era posible que le convirtieran en objetivo. Sin embargo, también le vigilaban los alemanes, y los noruegos.

Chapman llevaba en Oslo algunos días, cuando Praetorius, el hombre al que conocía con el alias de «Walter Thomas», llegó por fin, sucio y desaliñado tras un viaje de tres días a través de Suecia, y más gruñón que de costumbre. Praetorius, recién casado con Friederike, su amiga de la infancia, había asistido en Berlín a un curso para oficiales destinados al frente oriental, y llegaba furioso porque le habían ordenado que, en lugar de ello, hiciera de niñera de Chapman. A diferencia de Von Groning, encantado de escapar de la carnicería, Praetorius se veía a sí mismo como un caballero guerrero al estilo antiguo: un ardiente nazi y anticomunista, ansiaba, dijo, entablar «batalla contra los rojos»^[617] y estaba decidido a ganarse la Cruz de Hierro. (Chapman llegó a la conclusión que Thomas padecía «complejo de héroe»)^[618]. Por otra parte, Praetorius, chorreando propaganda nazi y practicando los pasos de baile de las danzas tradicionales inglesas, se convirtió de nuevo en una presencia constante, excéntrica, carente de humor e irritante en grado sumo. Después de apenas unos pocos días, Chapman le suplicó a Von Gröning que le hiciera marchar, pero su jefe, a quien Praetorius le resultaba igual de irritante, respondió que no tenía elección: Berlín había ordenado específicamente que el joven nazi asistiera a los interrogatorios y que fuera el «compañero» de Chapman^[619]. Ambos ignoraban que Praetorius estaba escribiendo su propio informe.

Tras dos semanas ininterrumpidas de interrogatorios, Von Gröning tomó el avión a Berlín llevando en su maletín la versión final de la historia de Chapman, minuciosamente mecanografiada por Molli Stirl. Chapman pudo por fin relajarse, ajeno al furioso debate sobre su destino que se desarrollaba en el cuartel general de la Abwehr en Berlín, donde un sector del servicio secreto alemán quería que se le recompensara, y otro sector quería su eliminación. La discusión puede ser reconstruida en parte a partir de los interrogatorios realizados al personal de la Abwehr una vez finalizada la

guerra. Von Gröning, quién si no, lideraba el club de los seguidores de Chapman, señalando que el inglés había conseguido «el único sabotaje con éxito jamás llevado a cabo»^[620] por la sección de sabotajes de la Abwehr de París. Su opositor más feroz era otro oficial recién nombrado para dirigir la estación de París, Von Eschwege, que insistía que Fritz estaba, o bien «controlado por los británicos», o bien que constituía un fraude, un individuo que, lejos de llevar a cabo una misión con éxito, «cuando marchó a Inglaterra, no hizo nada y mintió acerca de sus actividades».

Una guerra interna de influencias y un conflicto de personalidades complicaron aún más la discusión. Según un oficial de la Abwehr, testigo de todo este debate, Von Eschwege «al parecer, tenía la opinión, que a ninguno de nosotros nos resulta desconocida, de que nada de lo que se había hecho antes tenía algún valor». Von Gröning, por otra parte, fue descrito como «uno de esos tipos de “no-me-digas-lo-que-tengo-que-hacer”»^[621]. El airado debate se prolongó cinco días antes de que, finalmente, alguien tomara una decisión, suponemos que el mismo Canaris. La Abwehr necesitaba un éxito, nada demostraba que Chapman era un agente doble, y existían muchas pruebas, entre otras las noticias publicadas en los periódicos británicos, que apoyaban su versión. Fritz había demostrado una valentía ejemplar al servicio de Alemania y debía ser recompensado, felicitado, mimado y vigilado muy de cerca.

Von Gröning regresó a Oslo «muy complacido»^[622]. Anunció que la Abwehr había decidido recompensar a Chapman con la suma de ciento diez mil marcos alemanes: cien mil por el «excelente trabajo realizado en Inglaterra»^[623], y diez mil marcos adicionales en muestra de agradecimiento por el sabotaje del *City of Lancaster*. Esta suma representaba alrededor del 27 por 100 menos de los 150 000 marcos que le habían prometido en el contrato original, pero no dejaba de ser una cantidad importante, y el reflejo preciso de las circunstancias: la Abwehr tan sólo estaba segura al 73 por 100 de que Chapman decía la verdad. Igual que cualquier experto criminal que trabaja por contrato, Chapman pidió que le pagaran «al contado», pero Von Gröning le aclaró que el dinero quedaría a su disposición «en forma de crédito» en el cuartel general de la Abwehr en Oslo, y que podría «sacar lo que le hiciera falta, cuando le fuera necesario»^[624]. No tuvo ninguna necesidad de añadir que, de este modo, Chapman tendría menos tentaciones de desaparecer con el dinero. Asimismo recibiría un salario mensual de cuatrocientas coronas. Chapman firmó un recibo, que también firmó Von Gröning, que ahora no sólo era su superior, sino además su banquero privado.

La escena que siguió marcó tal vez el momento más extraño de toda la saga. Según Chapman, Von Gröning se puso en pie, «solemne», y le entregó una pequeña caja de cuero que contenía en su interior, sobre una franja de tela roja, blanca y negra, una Cruz de Hierro, *das Eiserne Kreuz*, el mayor galardón al valor. Concedido por primera vez en el año 1813 a las tropas prusianas durante las guerras napoleónicas, la Cruz de Hierro fue resucitada por el káiser en la primera guerra mundial, y al llegar la segunda, se había convertido en el elemento central de la iconografía nazi, el símbolo más puro del valor ario. El propio Hitler lucía orgullosamente su Cruz de Hierro, un galardón que le fue concedido en el año 1914, cuando era un cabo. Göring se había ganado dos, una en cada guerra. La mística de la cruz era tal, que se habían impreso postales de sus galardonados más famosos, postales que niños y adultos coleccionaban con avidez. La condecoración, le anunció Von Gröning, se le concedía a Chapman en reconocimiento a su «éxito sobresaliente y a su entusiasmo». Ningún otro ciudadano británico ha sido nunca galardonado con la Cruz de Hierro.

Chapman estaba asombrado y, en su fuero interno, divertido por esta presentación extraordinaria. Reflexionó irónicamente para sí mismo: «Si me quedo bastante tiempo junto a esta gente, aún acabarán haciéndome Reichsmarschall...»^[625].

A medida que la ocupación nazi en Noruega iba endureciéndose, Chapman, obedeciendo las órdenes de divertirse, vivía una vida de placeres: «Es usted libre de explorar el interior del país^[626] —le dijo Von Gröning—. Paséese en barco y vaya a nadar». Chapman siguió las instrucciones. Durante el día le permitían explorar su nuevo hogar, siempre acompañado por Johnny Holst o Walter Praetorius. Por las noches, salían a tomar copas al Löwenbräu o al Ritz. Le insinuaron que su siguiente misión podía involucrar una travesía marítima, de modo que Holst «fue puesto a su disposición para enseñarle a navegar siempre que le necesitara». Holst, pese a ser instructor de radiotelegrafía, estaba disponible para salir a navegar o a beber con un corto aviso, «posponiendo las clases siempre que lo viera conveniente». El nuevo compañero de Chapman era un hombre extraño, culto y refinado en muchos aspectos, pero muy ordinario en otros. Hablaba danés y noruego, y le apasionaban la música y el mar. Cuando estaba muy borracho (la mayor parte del tiempo) se ponía muy agresivo y de mal humor; cuando sólo estaba un poco bebido (el resto del tiempo) se ponía sentimental y lacrimógeno. Padecía *delirium tremens* agudo y sus manos temblaban violentamente. Holst tenía una aventura amorosa con otra de las secretarias de la Abwehr, una alemana

llamada Irene Merkl, una antigua quintacolumnista en Noruega antes de la invasión. «Si algún día los británicos llegaran a Noruega, la fusilarían», solía decir Holst, no sin un cierto orgullo.

Von Gröning, consciente de la predisposición de Chapman a aburrirse, le aconsejó «practicar y perfeccionar su Morse», así que, una mañana, llegó escoltado a la escuela de formación de radiotelegrafistas, alojada en una gran casa del centro de Oslo cuyas habitaciones del piso superior habían sido divididas en cubículos que tenían cada uno de ellos una puerta cerrada con llave. Los espías en formación llegaban en momentos diferentes, y se les encerraba en los cubículos, para garantizar que nunca se vieran los unos a los otros. Se puso a prueba la telegrafía de Chapman que fue declarada buena, «aunque algo oxidada» y, a continuación, «le hicieron salir a toda prisa». Estaba claro que desconfiaban de él y no se atrevían a dejarle a solas junto a una radio.

La vida en Oslo transcurría tranquila y agradable. A tenor de las apariencias, nadie se esperaba que Chapman aprendiera o hiciera gran cosa. Le enviaron a un fotógrafo llamado Rotkagel, el antiguo gerente de una factoría de Leica, a enseñarle fotografía, y le entregaron su propia cámara y carretes. A Chapman le parecía extraño que le «consideraran un experto»; de vez en cuando le consultaban en cuestiones de sabotaje, «como resultado de sus hazañas, le pedían consejo» y le presentaban con orgullo a los dignatarios alemanes que visitaban la ciudad como «el hombre que ya ha estado allí por nosotros».

Un día, Chapman le declaró medio en broma a Von Gröning que quería «comprarse un barco»^[627] y el alemán, ni corto ni perezoso, en lugar de rechazar la idea, apareció con un fajo de billetes. Con la ayuda y los consejos de Holst, Chapman compró un velero sueco de un palo en los astilleros Evanson, un pequeño y elegante balandro con una pequeña cabina, ideal para navegar por los fiordos. Según avanzaban los días, el régimen de vigilancia pareció relajarse; Holst y Thomas ya no seguían de cerca todos y cada uno de sus pasos y le permitieron incluso salir a navegar solo, una decisión de consecuencias casi desastrosas: un día, salió a solas del fiordo de Oslo, pese a la recomendación de Holst, perdió las velas en una tormenta y tuvo que regresar a remolque al puerto. En lugar de burlarse de él por su imprudencia, esta escapada pareció «realzar su reputación» entre los alemanes^[628].

Chapman era festejado, un cautivo libre, rico y ocioso, y eso hubiera tenido que hacerle feliz, pero el frente de hielo le había enfriado. Las miradas glaciales de los noruegos y el sentido de irrealidad, sumados a su condición

de agente doble, habían provocado un cambio en él. En Nantes se había sentido satisfecho de aprovecharse de la situación, pero ahora, viviendo una vida de falsa tranquilidad y lujo robado junto a sus compañeros alemanes, le afectaba el opresivo desprecio de los noruegos, «un pueblo realmente valeroso y patriótico»^[629].

El hotel Ritz, un edificio de fachada clásica pintada de color crema a la que asomaban balcones de hierro forjado, y situado en el exclusivo barrio de Skillebekk, había sido antiguamente el reducto exclusivo de los ciudadanos ricos de Oslo; ahora, se había convertido en el lugar preferido de una élite diferente compuesta por los ocupantes y los colaboracionistas. Cada tarde, los oficiales de las SS, de la Gestapo y de la Abwehr se codeaban con los integrantes del regimiento vikingo y los miembros del gobierno de Quisling.

Una noche, a finales de abril, en la que Chapman estaba tomando una copa en el bar de caoba del hotel Ritz, vio a dos jóvenes y risueñas mujeres sentadas a una mesa en el rincón. Cuando una de ellas sacó un cigarrillo, Chapman se precipitó a ofrecerle fuego. «*Bitteschón*»^[630], la joven negó con la cabeza, le lanzó una mirada de áspero desdén y se encendió ella misma su cigarrillo. Chapman observó que, de cerca, era «muy atractiva»^[631], tenía las facciones delicadas y unos grandes ojos de pupilas prácticamente incoloras. Chapman, impertérrito, acercó una silla. Era francés, mintió, un periodista que estaba escribiendo un artículo para un periódico de París. Pagó una ronda de copas, e hizo reír a las chicas. Holst se unió al grupo y empezó a charlar en noruego con la otra joven, cuyo nombre era Mary Larsen, mientras Chapman se dedicaba a intentar seducir a su amiga rubia, en francés y en inglés. Por fin, la joven aceptó decirle su nombre, Dagmar, y despacio, casi de forma imperceptible, el hielo empezó a fundirse. Chapman la invitó a cenar, ella rechazó de plano, Chapman insistió y ella acabó cediendo.

No sería hasta mucho tiempo después cuando Chapman se detendría a preguntarse por qué una hermosa joven que odiaba a los alemanes decidía sentarse a tomar unas copas en un local conocido por ser el reducto preferido de los nazis.

La chica del Ritz

Dagmar Mohne Hansen Lahlum había nacido en Eidsvoll, la pequeña población en el sudeste de Noruega donde se firmó la Constitución del año 1814. Hija de un zapatero, Dagmar distaba mucho de ser una puritana, y ya desde una edad temprana, las cotillas locales la consideraban, en conjunto, demasiado bonita y obstinada para su respetable ciudad. Los vecinos murmuraban que se daba aires elegantes y que no llegaría a nada bueno. Dagmar odiaba vivir en Eidsvoll y afirmaba, no sin cierta razón, que nada interesante había ocurrido en ese lugar desde 1814. Leía las revistas que le enviaba una tía suya de Oslo y, armada de su aguja e hilo, intentaba reproducir la última moda mientras soñaba con escapar: «Era joven, quería explorar el mundo, aprender inglés y bailar»^[632].

Poco tiempo antes del estallido de la guerra, a los diecisiete años, Dagmar metió sus escasas pertenencias en una maleta, se marchó a la ciudad y encontró trabajo como recepcionista en un hotel de la capital. Se apuntó a clases nocturnas de modelo y aprendió a caminar contoneando las caderas. Asistió, horrorizada y un poco emocionada, al desfile de las apretadas filas de tropas alemanas invasoras a su paso por Karl Johann Gate, aunque al principio, la ocupación apenas le afectó. Por la noche, en su pequeño piso de Frydenlundsgate, leía libros de arte y poesía y dibujaba complicados modelos de ropa. «Quería mejorar». Ella, lo mismo que Chapman, «deseaba aventura»^[633].

De su primera aventura, no tardó en arrepentirse. Conoció a un hombre mucho mayor que ella, llamado Johanssen, que parecía sofisticado y elegante, y se casó con él aportando una dote de veinte mil coronas concedida por su padre. Johanssen esperaba que Dagmar cocinara y limpiara como una obediente Hausfrau, y eso no era en absoluto lo que Dagmar tenía en mente. Le dejó y le exigió la devolución de su dote; Johanssen se negó a ello. La noche que conoció a Chapman, Dagmar estaba celebrando su vigésimo primer

cumpleaños junto a Mary, su mejor amiga, y brindando por el inicio del proceso del divorcio.

Dagmar sería la gran pasión de la guerra de Chapman, sin embargo, pocos romances pueden empezar bajo unos auspicios peores. Dagmar creía que Chapman era un invasor enemigo, aunque reconoció que era encantador. Él imaginó que ella, fumando sus cigarrillos Craven A con su larga boquilla de ébano, sus altos tacones y sus vestidos a la moda y algo descarados, era simplemente una chica de vida alegre. Ambos no podían estar más equivocados. Dagmar Lahlum, modelo y modista, también trabajaba en secreto como agente del Milorg, la red en expansión de la resistencia Noruega. Ninguno de los dos lo sabía, pero Eddie Chapman y su nueva «hermosa y adorable» amante luchaban en el mismo bando^[634].

Chapman, en poco tiempo, se había enamorado. Ajustó su mentira, dejó caer la pretensión de ser un periodista francés y confesó que era alemán, nacido y criado en Estados Unidos. Invitó a cenar a Dagmar, le ofreció buenos vinos y cualquier lujo otro lujo que pudiera ofrecer la ciudad ocupada de Oslo. Ella ya no se cosía sus propios vestidos, porque él le compraba cualquier cosa que ella deseara. La llevó a navegar por los fiordos, nadaron desnudos en el agua helada e hicieron el amor en los bosques. Como siempre, el amor y la lealtad de Chapman se movían con la marea cambiante de su humor: era leal al Reino Unido, pero le hacía feliz que le cortejaran los nazis, era leal a sus superiores del MI5, pero consideraba que su amigo más auténtico era Von Gröning, el hombre a quien estaba traicionando; se había prometido a Freda, pero estaba enamorado de Dagmar. Von Gröning observó, aprobador, su floreciente romance. Un espía enamorado era un espía que podía ser manipulado, y Dagmar, de quien nadie sospechaba, podría constituir una moneda de cambio muy útil. Precisamente el mismo tipo de cálculo que el MI5 había hecho con respecto a Freda.

Aunque Dagmar parecía enamorada, Chapman sentía en ella tensión y algo de temor, alguna cosa privada y vigilante. Dagmar no creyó en ningún momento que él fuera norteamericano alemán como le había dicho, y a menudo le preguntaba de dónde había sacado un acento tan extraño. Se negaba a acompañarle a los restaurantes frecuentados por los noruegos; en la calle, sus conciudadanos les miraban fijamente, una chica noruega caminando de la mano de un alemán, y ella se ruborizaba. Los cotillas observaron con acritud que Dagmar fumaba cigarrillos americanos del mercado negro y que lucía un nuevo y caro guardarropa. «Tenía ropa bonita, y por eso todo el mundo suponía que era una nazi. Ésa era la regla: si tenías dinero, tenías que

ser un colaboracionista»^[635]. Chapman vio cómo sus compatriotas despreciaban de forma sutil a Dagmar; sintió su dolor y su vergüenza, y se enfurecía por ella. Una noche, en el Löwenbräu, un legionario del regimiento vikingo hizo una observación ofensiva acerca de Dagmar que llegó a oídos de la pareja. En menos de un segundo, el noruego se encontró tendido en el suelo, recibiendo una soberana paliza de Chapman en castigo por ese «imaginario desprecio»^[636] y Johnny Holst tuvo que apartarle a la fuerza. Los comentarios de Dagmar evidenciaban que era «anti Quisling»^[637], pero él sabía que, a sus espaldas, los noruegos la calificaban de «furcia de los nazis»^[638]. Atrapado en su maraña de mentiras, Chapman deseaba decirle la verdad, aunque se retenía, sabiendo que esa verdad podía llevarles a ambos a la muerte.

La precariedad de la situación quedó subrayada una tarde que Von Gröning convocó a Chapman a su piso y le presentó a un hombre alto y de cabello gris, vestido con un caro traje inglés. Se presentó a sí mismo como el «Doktor König», en un inglés excelente con acento norteamericano, y parecía conocer la historia de Chapman tan bien, que resultaba alarmante. Había algo en él, en su intensa frialdad y su mirada de halcón, que resultaba profundamente inquietante^[639]. Chapman concluyó que debía de ser «una especie de psicólogo»^[640]. König, sin ningún preámbulo, inició un interrogatorio minucioso, preparado «para poner a prueba su fiabilidad», eso estaba claro^[641]. Iban a la caza de Chapman.

König: —¿Dónde dejaría usted un paquete valioso, en seguridad, en Londres?

Chapman: —En el Eagle Club, en el Soho.

—¿A quién se lo dejaría usted?

—A Milly Blackwood —respondió Chapman, cuya mente trabajaba a toda velocidad. Milly había sido la propietaria del Eagle, pero Chapman sabía que ahora estaba muerta, con toda seguridad.

—¿Dónde escondería usted un mensaje secreto para otro agente?

—En una cabina telefónica o en un baño público.

—¿Dónde dejó usted su radiotransmisor?

—Tengo la dirección de una casa en la que enterré el transmisor bajo un árbol determinado del jardín.

El interrogador hizo una pausa y fijó la mirada en Chapman durante un largo rato:

—Soy responsable de un agente que dentro de poco llegará a Inglaterra en una misión, y es posible que necesite esa radio^[642].

De súbito, convulso, Chapman percibió la trampa. El radiotransmisor, por supuesto, estaba almacenado en un armario en Whitehall, y no tenía ningún medio de contactar con sus supervisores británicos para que lo enterraran. Podría inventarse una dirección, pero si los alemanes enviaban a un agente a encontrarlo y éste descubría que no había nada, podrían desentrañar toda su historia. Nadie en el MI5 había visto este punto flaco en su historia, ni siquiera tampoco Von Gröning, o quizá había decidido pasarlo por alto. ¿Se trataba de un farol? ¿Se atrevería él a contraatacar con otro farol? Al principio fue impreciso, y después, petulante, protestó por la «injusticia» de entregarle su radio a otro agente.

—Yo también espero regresar a Inglaterra algún día —fanfarroneó^[643]. El argumento no era de lo más convincente, ya que la Abwehr podía proporcionarle otro transmisor sin ningún problema. El interrogador de cabello gris le lanzó una gélida mirada. Fue, explicaría Chapman en una descomunal muestra del típico comedimiento británico, un «momento un tanto incómodo»^[644].

Aquella noche, el hombre de cabello canoso invitó a Chapman a un restaurante tranquilo donde el alemán no dejó de ofrecerle coñac, al mismo tiempo que «periódicamente le hacía embarazosas preguntas»^[645]. Chapman se emborrachó, pero no tanto como dejó ver. Al final de la noche, también el hombre del rostro de halcón arrastraba las palabras y parecía más «benigno»^[646], sin embargo, cuando Chapman se puso en pie tambaleándose, el hombre le clavó la vista sin parpadear.

—No es usted completamente sincero^[647] —le dijo.

Chapman sostuvo su mirada durante un segundo y entonces, esbozando una sonrisa sardónica, contestó:

—Lo sé, no lo soy^[648].

A la mañana siguiente, cuando Chapman regresó al piso en Gronnegate el visitante de cabello gris había desaparecido y Von Gröning estaba de un humor excelente.

—*Herr Doktor* quedó bastante satisfecho con sus respuestas y la información que le dio —le dijo, risueño—. Ha aprobado usted el examen^[649].

No sería el último. Unas noches más tarde, Chapman esperaba a Dagmar sentado a solas en el Löwenbräu, y una mujer noruega de unos cuarenta y cinco años se sentó junto a él y se presentó como Anne. Empezaron a charlar en alemán, Anne le hizo una observación sobre su acento y Chapman replicó que se había educado en Estados Unidos. Pasaron a hablar en inglés, un

idioma que ella hablaba a la perfección. En voz baja, empezó a quejarse de la ocupación, de la escasez de comida y de los arrogantes soldados alemanes mientras Chapman escuchaba sin decir ni una palabra. Anne le invitó a cenar y él rechazó cortésmente la invitación. Tan pronto como llegó Dagmar, Chapman se levantó y anunció que se marchaban. Unas noches más tarde, vio de nuevo a Anne en el Löwenbräu, y ella estaba muy borracha. Chapman desvió la mirada pero ella le vio y, tambaleante, exclamó entre dientes: «¡Creo que usted es un espía británico!»^[650], en voz tan alta que pudieron oírla en la mesa contigua. Chapman informó del incidente a Von Gröning, y el alemán se limitó a decir: «Déjemelo a mí»^[651]. Chapman pensó que esta Anne tal vez fuera un *agent provocateur*^[652] de los alemanes, aunque quizá se tratara de un miembro auténtico de la resistencia que estaba poniendo a prueba sus lealtades y que él había desenmascarado. Nunca la volvió a ver.

La guerra clandestina proseguía con violencia. Una tarde, mientras Chapman y Dagmar tomaban el té en la habitación de Eddie, una explosión atronadora sacudió el hotel. Chapman, a toda prisa, introdujo sus escasas pertenencias en una maleta y él y Dagmar se apresuraron a bajar las escaleras y a unirse a la multitud apiñada en la calle, que miraba fascinada cómo ardía el piso superior del hotel. Los bomberos noruegos llegaron y empezaron a apagar el fuego, con la mayor lentitud e ineficacia posibles, esparciendo agua por todas partes al son de los abucheos y de los vítores de los noruegos. A Chapman le pareció que la escena parecía sacada de una película de los hermanos Marx. Cuando por fin, y sin ninguna prisa, los bomberos terminaron su trabajo, el hotel Forbunds estaba en ruinas. Dagmar desapareció y regresó junto a Chapman al cabo de pocos momentos: «Ha sido obra de los británicos», le susurró^[653].

Chapman y sus guardianes se trasladaron a una nueva residencia, en el número 5 de Kapelveien, una casa en el barrio residencial de Graftsin, al norte de la ciudad, que se convertiría en el equivalente en Oslo de Crespigny Road, con Holst y Praetorius desempeñando el papel de Backwelly Tooth. Chapman instó a Dagmar a que también se instalara a vivir allí, un reflejo de los arreglos domésticos con Freda. Al principio se resistió. Sus conciudadanos la despreciarían todavía más, una «mujer mantenida», y ¿quién pagaría el alquiler? Chapman se echó a reír y le explicó que había «dinero suficiente para ambos»^[654]. Dagmar se instaló en la casa.

El dinero, en efecto, circulaba a raudales, sin embargo, no era inacabable, y Chapman se lo estaba gastando a una velocidad prodigiosa. Von Gröning se sentía más que feliz de entregárselo a medida que lo iba pidiendo, y alentaba a

Chapman a gastar tanto como le fuera posible, a organizar fiestas, y a comprarle a Dagmar cualquier cosa que ella quisiera. Tras este despilfarro por poderes de Von Gröning había un método. Una vez que Chapman hubiera gastado todo su dinero, necesitaría volver al trabajo. Un espía en bancarrota, igual que un espía enamorado, era más fácil de manejar.

Chapman, según era habitual en él, no tenía ni idea de cuánto dinero le quedaba, ahora bien, tampoco era tan descuidado como para no ver otro aspecto de los arreglos económicos de Von Gröning: el alemán se servía su parte. Si Chapman pedía, por ejemplo, diez mil coronas, Von Gröning aceptaba, le hacía firmar un recibo, y a continuación le entregaba, quizá, la mitad de esa suma. Cualquier cantidad que pidiera Chapman, Von Gröning siempre le daba menos y se «embolsaba el cambio»^[655]. Las especulaciones de Von Gröning en el mercado de valores habían acabado en desastre, pero en Chapman había descubierto una inversión que le proporcionaba unos beneficios sustanciales, y no solamente en cuanto al desarrollo de su carrera. Hasta aquel momento, Chapman había visto en Von Gröning a su mentor, íntegro, aristocrático e inalcanzable. Ahora, demostraba que también podía ser un desfalcador, aunque a Chapman no le importaba dejar que su superior en el espionaje alemán «se sirviera»^[656]. Ninguno de los dos mencionó nunca lo que el otro sabía que estaba ocurriendo, puesto que esta comprensión tácita configuraba otro aspecto de su red de complicidad.

El número 15 de Kapelveien parecía una ilustración de libro de cuentos de hadas nórdico: una gran casa de madera, con rosales trepando por el tejado, algo apartada del camino en medio de un gran jardín adornado con árboles frutales y arbustos de diferentes bayas. «Un lugar encantador», opinaría Chapman^[657]. En la puerta, una placa llevaba un nombre: «Feltman». Igual que La Bretonnière, su nueva casa había pertenecido antes a unos propietarios judíos. Chapman se preguntó de pasada qué les habría ocurrido.

En la década de 1920, Joshua y Rachel Feltman habían emigrado desde Rusia a Noruega, donde abrieron una barbería y, más tarde, una tienda de ropa, dos negocios que les fueron muy bien. Joshua compró la casa en Grafsin en 1927. Rachel, al no poder tener hijos propios, adoptó a un sobrino, Herman, y lo educó como si fuera su propio hijo. Los vecinos les acogieron con los brazos abiertos. Y después, llegó el horror.

Igual que los demás, los Feltman fueron testigos de la invasión con incredulidad y temor crecientes. Joshua, un hombre grande y plácido, siempre veía lo mejor en todo el mundo. Los nazis también eran humanos, afirmó. Al principio, parecía que los hechos le daban la razón, pero entonces, a

principios de 1942, los Feltman recibieron la orden sumaria de abandonar su casa y se trasladaron a un piso encima de la tienda. Herman en aquel momento tenía veinticuatro años e instó a sus padres a refugiarse en Suecia, un país neutral: los alemanes estaban empezando a acorralar a los judíos y, desde Europa, llegaban historias que hablaban de terroríficas atrocidades. Joshua dudó, y Herman decidió marcharse solo y prepararles el camino a su madre y a su padre. Él y un amigo judío se embarcaron en un tren en dirección a Estocolmo. Al acercarse a la frontera, los soldados nazis subieron a bordo y empezaron a pedir documentación, y la de Herman le identificaba como judío. Saltó del tren en marcha, se rompió un brazo y se fracturó la espina dorsal. Todavía estaba en el hospital cuando los alemanes lo detuvieron y lo enviaron a Polonia.

Ignorando lo que le había ocurrido a su hijo, Joshua y Rachel seguían indecisos, pero cuando los nazis empezaron a acorralar a la pequeña comunidad de judíos noruegos, se decidieron, por fin, a huir. Milorg ofreció ayudarles a llegar a escondidas hasta Suecia: un grupo de partisanos les acompañaría a pie hasta la frontera y se asegurarían de que llegaban sanos y salvos. Joshua cargó sus posesiones a la espalda y se pusieron en marcha. Nadie sabe exactamente lo que sucedió después. Quizá los partisanos deseaban hacerse con los pocos enseres que Joshua llevaba en el saco a su espalda, quizá sus guías fuesen colaboracionistas encubiertos. Poco tiempo después de que Chapman y Dagmar se instalaran en el número 15 de Kapelveien, los cadáveres de los Feltman fueron descubiertos en unos bosques cercanos a la frontera sueca. Unas pocas semanas más tarde, su único hijo Herman moría en la cámara de gas y era incinerado en Auschwitz.

Leife Myhre, de diecisiete años y residente del número 13, observó la llegada de los nuevos vecinos. Los sábados por la mañana, solía hacerle recados a Joshua Feltman, y Rachel acostumbraba a regalarle galletas. Los Feltman le caían bien, «eran personas justas, que trabajaban duro, y muy correctas»^[658], y odiaba a los alemanes. Al principio, en el número 15 se habían instalado algunos oficiales alemanes, pero ahora acababan de llegar unos nuevos vecinos. Vestían de paisano y les oía hablar en inglés al otro lado de la valla. Organizaban grandes fiestas, y después alineaban las botellas y les disparaban una por una. A veces cazaban ratas con armas de fuego en el jardín. «Estaban en una condición física excelente. Un día sonó el teléfono y vi a uno de ellos cruzar corriendo el jardín y entrar de un salto por una ventana abierta para contestarlo». Muy a su pesar, Leife estaba impresionado. Nunca habló con nadie en la casa, excepto en una ocasión, después de la

llegada de la mujer noruega. «Era muy atractiva y no mucho mayor que yo. En una ocasión, me crucé con ella en la calle, la detuve y le dije:

»—No debería usted mezclarse con los alemanes, ¿no cree? —Ella miró a su alrededor, se sonrojó y entonces me susurró:

»—No estoy trabajando para ellos, ¿sabe?»^[659].

La expresión de su rostro reflejaba alguna cosa, vergüenza, desafío o temor, que Leife nunca olvidaría.

Chapman, su amante y sus guardianes se instalaron felices en la linda casa robada a los Feltman asesinados. Chapman tomó fotografías al atardecer de la escena doméstica: Dagmar cosiéndole un botón de su chaqueta, desviando la mirada con timidez, o quizá a propósito, Holst tirado en el sofá inconsciente por el alcohol, con una mano reposando sobre sus pantalones y esbozando una sonrisa de estupor. Chapman solía vencer en las competiciones de tiro que organizaban en el jardín trasero porque Holst no podía sostener derecha un arma a causa de los *delirium tremens*. Mientras tanto, Praetorius practicaba sus pasos de baile tradicional inglés en el porche trasero. En ocasiones, Von Gröning iba a cenar, y Chapman le explicó a Dagmar que el rechoncho visitante era un periodista belga.

Una mañana, Von Gröning apareció en la casa y le anunció a Chapman que se iban a Berlín en unas pocas horas, «a ver a ciertas personas vinculadas a una organización de sabotaje que habían mostrado interés en su historia»^[660]. Aquella tarde, se registraron en el hotel Alexandria en Mittelstrasse y, a continuación, un automóvil les condujo hasta un piso donde les esperaban tres hombres: un *Hauptmann*, sargento, en uniforme de la Wehrmacht, un teniente coronel de la Luftwaffe y un oficial de las SS de paisano, visiblemente borracho y que «se dedicó a servirse generosamente de una botella de coñac» durante toda la reunión. Le hicieron a Chapman algunas vagas preguntas referentes a la factoría de De Havilland y a otros posibles objetivos de sabotaje en el Reino Unido, en especial la localización de «maquinaria vital que necesitara ser sustituida desde Estados Unidos». Chapman indicó, con gran sensatez, que una fábrica de material militar de este tipo estaría muy vigilada. Mientras el grupo absorbía esta información y reflexionaba sobre ella, alguien abrió otra botella de *brandy*, y cuando ésta estuvo vacía, acabó la reunión.

Von Gröning salió lívido de esta reunión, y afirmó sentirse «asqueado por todo este asunto»^[661]. El coronel era un estúpido, y el oficial de las SS estaba como una cuba, dijo. A Chapman, en cierto modo, también le desconcertó este extraño encuentro, pero la reunión le había proporcionado información

muy útil: era evidente que las altas jerarquías planeaban enviarlo en otra misión al Reino Unido, en cuyo caso, necesitaría algo que entregarle al MI5 a su regreso.

Chapman no había estado del todo ocioso en aquellos días tranquilos en los fiordos; en el curso de sus paseos por Oslo y sus alrededores, había ido completando poco a poco y en silencio el cuestionario que llevaba en la cabeza. Anotó posibles objetivos de la RAF, almacenes de municiones, los grandes depósitos de combustible de la Luftwaffe en el istmo de Eckberg, los puertos de amarre de los submarinos y dónde cargaban combustible. Memorizó los rostros de los oficiales que había conocido, los nombres que había conseguido averiguar, las direcciones de los edificios clave de la administración alemana y las descripciones de los informantes y colaboracionistas que pululaban por los bares. Ya se lo había dicho Rothschild, «todo depende de las oportunidades que se le presenten»^[662]. Poco a poco y subrepticamente, Chapman dibujó un mapa mental de la ocupación alemana de Oslo.

Una tarde, tras su regreso de Berlín, Chapman y Dagmar soltaron las amarras del pequeño velero, abandonaron el muelle y se hicieron a la mar, deslizándose bajo la sombra del castillo de Akershus rumbo al amplio fiordo de Oslo. Chapman se puso a la caña y pasaron junto a los astilleros de Aker en dirección a la península de Bygdoy, el brazo de tierra que se curva hacia el interior de la bahía de Oslo dibujando un punto de interrogación. A una milla marina del puerto, Chapman dejó caer el ancla y la pareja vadeó hasta una pequeña playa de guijarros vacía, salvo por algunas casetas de pescadores desiertas.

Bygdoy era uno de los lugares más privilegiados de Noruega, un enclave vigilado y vallado, dividido en diversas propiedades, entre las se contaba una que pertenecía a la corona, y en la que Vidkun Quisling había instalado su nuevo hogar. La pareja ascendió por un terreno cubierto de una densa arboleda y encontró un camino que conducía a la cumbre de una colina, sobre la que se alzaba una enorme mansión de piedra, la antigua casa de un millonario noruego, y ahora, la fortaleza privada y sede administrativa de Quisling. Le había dado el nombre de Gimli, en alusión al gran salón de la mitología nórdica donde residen eternamente las almas inmortales de las personas honradas. Llevando a Dagmar de la mano, Chapman rodeó la finca, sin salir del bosque, hasta que llegaron a un punto desde el que podían ver una torre de ametralladoras que vigilaba la puerta de entrada. Al otro lado de la puerta, una avenida bordeada por limoneros del Caribe conducía hasta la

mansión; calculó las medidas de las vallas de alambrada de espino y contó los guardias armados.

De regreso al velero, Chapman abrió una botella de coñac, levó anclas y, mientras el velero surcaba ligeras olas, le entregó el timón a Dagmar y se dedicó a dibujar un mapa de la propiedad de Quisling y de sus defensas; a Tar Robertson le interesaría mucho esta información. Chapman nunca supo explicar cuándo, ni siquiera tampoco por qué, decidió confesarle su auténtica identidad a Dagmar. Tal vez ya no podía soportar seguir mintiendo. Más tarde, negaría haber estado «bajo la influencia del alcohol en aquel momento»^[663], una afirmación que sugiere que, cuando menos, algo habría bebido. Indudablemente, el frente de hielo tuvo algo que ver. Dagmar había sido rechazada por su propio pueblo, que la había calificado de «puta nazi»^[664], y aunque ella, Chapman, y un pequeño grupo de otras personas en el seno de la resistencia noruega sabían que no era así, lo cierto es que él podía ver el efecto que eso tenía sobre ella. Chapman sabía que se arriesgaba a perderla si seguía haciéndose pasar por un alemán^[665], y mantener a Dagmar a su lado le parecía más importante que cualquier otra cosa.

Un poco más allá, siguiendo la costa, Chapman fondeó el pequeño velero. Al anochecer, y sosteniendo a Dagmar entre sus brazos, le hizo su declaración: le explicó que era un espía británico, que los alemanes creían que era un agente alemán, y que en poco tiempo regresaría al Reino Unido en una misión. Dagmar estaba fascinada: siempre había sospechado que Eddie no era alemán. Por encima de todo, se sintió aliviada, puesto que este descubrimiento le permitió aclarar sus propios motivos y sentimientos. Se había dejado seducir por un hombre que ella creía alemán porque pensó que tal vez tendría información útil para la resistencia, pero también porque ese hombre era atractivo, encantador y generoso. Ahora, una vez descubierta su identidad real, podía quererle sin sentir vergüenza. Le picaba la curiosidad por conocer los «detalles del trabajo de Chapman para los británicos», pero Chapman insistió en que ella debía saber lo menos posible, y le hizo jurar que guardaría silencio. Lo hizo, y Dagmar se llevó el secreto de Eddie Chapman a la tumba.

Así fue como Dagmar Lahlum se incorporó de forma no oficial al servicio secreto británico. «Podrías sernos útil», le dijo Chapman. A Von Gröning parecía gustarle Dagmar, y ella debería aprovechar cualquier oportunidad para quedarse «a solas con él» y hacerle hablar libremente; también podía contribuir reuniendo información referente a los otros miembros de la Abwehr de Oslo.

La confesión de Chapman representaba un acto de fe, y una apuesta muy arriesgada. El odio que Dagmar sentía hacia los alemanes parecía tan genuino como sus sentimientos hacia él; si bien Eddie no creía que los alemanes la hubieran colocado en el Ritz como una dulce trampa, no podía estar seguro. Le preparó una pequeña prueba: debía localizar el cuartel general de la Abwehr en Oslo, cuya ubicación Chapman ya conocía. Si lo encontraba, su compromiso quedaría demostrado, y si no lo conseguía, ¡pues bueno!, en ese caso, lo más probable era que pronto acabara en una prisión de la Gestapo, o muerto. Dagmar aceptó el desafío entusiasmada.

Los días siguientes transcurrieron en medio de la ansiedad. Chapman, deliberadamente, dejaba a solas a Dagmar en compañía de Praetorius, Holst o Von Gröning y, a continuación, estudiaba sus rostros con gran atención a fin de detectar «cualquier cambio de actitud» que pudiera indicar la delación. No detectó la más mínima sombra de sospecha. Dos días después de su confesión, Dagmar le susurró que había descubierto la información que quería: el cuartel general de la Abwehr estaba en Klingenberggate 8, y el director de la central era un oficial de la marina que llevaba bordados cuatro anillos en la manga. Chapman empezó a respirar algo más aliviado. Dagmar, en apariencia, no sólo era leal, sino que además podía llegar a ser un agente de primera clase, una formidable nueva sección del agente Zigzag.

Dagmar parecía estar enterada de todo tipo de información interesante y, por añadidura, constituía un puntal fundamental. Un hombre tomando fotografías de una instalación militar despertaría sospechas, pero ¿había algo más natural que un hombre joven tomando fotos de su novia noruega? El día que Chapman cumplió veintinueve años, Von Gröning organizó una fiesta en su piso: Thomas le regaló una radio, Holst un cenicero de marfil, y Von Gröning, un grabado de Van Gogh. Dagmar hizo un pastel y tomó un montón de fotografías de los asistentes, como recuerdo. Aquella noche, Chapman subió al ático de Kapelveien 5, arrancó la hoja metálica que protegía la viga de madera junto a la chimenea y ocultó el carrete en su interior: ahí tenía un completo registro fotográfico del equipo de la Abwehr de Oslo, «obtenido con gran discreción» por una joven noruega hermosa e imprecisa de quien nadie podría nunca sospechar que estuviera espiando.

La colaboración de espionaje entre Eddie Chapman y Dagmar Lahlum también constituía una distante alianza entre los servicios secretos británicos y el movimiento clandestino noruego. Dagmar había aludido a sus vínculos con el movimiento de resistencia, que quedaron confirmados por los acontecimientos posteriores. Una tarde que paseaban cerca de la universidad,

se cruzaron con una manifestación de estudiantes que protestaban por el último intento de «nazificar» el sistema educativo. La policía se lanzó a la carga, sin previo aviso, y empezó a detener violentamente a los dirigentes estudiantiles. Dagmar señaló a un joven que la policía se estaba llevando, y le susurró al oído que se trataba de un miembro de Jossings, un grupo de resistencia clandestino. Chapman intervino blandiendo su pase de las SS, y «obtuvo la liberación inmediata del joven amigo de Dagmar», no sin mantener antes una fuerte «discusión en la calle con un soldado y un oficial alemanes».

El 10 de julio de 1943, caminaban cogidos del brazo por las calles de Oslo y, en un momento dado, Dagmar le dijo a Chapman que esperara en la calle, entró en un estanco y cuando regresó a los pocos minutos, excitada y con las manos vacías, le informó en voz baja de las últimas noticias: «Los Aliados han invadido Sicilia». La radio noruega no había difundido las noticias de la invasión, y Dagmar sólo pudo haber obtenido esta información a través del movimiento clandestino. A las preguntas de Chapman, «confesó, sin revelar los nombres de ninguno de sus contactos, que esta información procedía de los patriotas del movimiento Jossings»^[666].

No por última vez, Chapman se preguntó quién había captado la mirada de quién en el bar del Ritz.

Asesor en sabotaje

A finales del verano del año 1943, cuando el primer frío empezaba a instalarse en los fiordos, Von Gröning convocó a Chapman a su residencia y le presentó un contrato para «un nuevo trabajo de sabotaje» en el Reino Unido^[667]. Chapman debía firmar en la línea de puntos, le dijo el alemán, al tiempo que le pasaba una hoja de papel desde el otro lado del escritorio y destapaba su pluma de plata. El contrato era similar al primero, y prometía la misma recompensa económica. Chapman lo leyó con detenimiento y se lo devolvió, observando con mucha cortesía que «no consideraba que la propuesta tuviera la suficiente importancia» y que ya disfrutaba de bastante dinero.

Von Gröning, de entrada, se quedó atónito, y después se enfadó. Se enzarzaron en una furiosa discusión, en la que el alemán le hizo notar con acritud que sin su apoyo Chapman todavía se estaría pudriendo en la prisión de Romainville, o bien estaría muerto. Chapman no cedió ni un ápice, argumentando que el trabajo era demasiado impreciso, que el mero sabotaje era una tarea poco digna y que el dinero no bastaba. La negativa constituía, en parte, una estratagema para ganar tiempo y retrasar la separación de Dagmar, pero también una tentativa de que le encargaran una misión más explícita que pudiera ofrecerles a sus superiores británicos a su regreso. Las instrucciones de Robertson habían sido claras: descubra lo que quieren los alemanes y sabremos lo que les falta. Su dependencia de Chapman había comprometido la autoridad de Von Gröning, algo inevitable, y este momento marcó un punto crítico en la relación entre protector y protegido. Von Gröning necesitaba ahora a su espía mucho más de lo que Chapman necesitaba a su instructor, y se enfureció y farfulló amenazas y todo tipo de castigos, tan indignado que, en un momento dado, su rostro se enrojeció, adquirió un alarmante tono escarlata y las venas del cuello parecían querer estallar. Finalmente, despidió a Chapman, informándole que su asignación quedaría reducida. Chapman se

encogió de hombros: si le disminuían su asignación, entonces también Von Gröning iría escaso de dinero.

El «punto muerto» duró una semana. Uno por uno, los otros miembros de la estación, Praetorius, Holst, e incluso las secretarias, acudieron a Chapman a explicarle la furia de Von Gröning y las tremendas consecuencias de su negativa a firmar el contrato. Chapman aguantó, insistiendo que quería «algún trabajo mejor y más importante y que no aceptaría nada tan vago». Cuando Von Gröning le cerró el grifo económico, Chapman reaccionó enviándole una airada carta en la que decía que si persistía, en ese caso, estaba dispuesto a regresar a Romainville y enfrentarse a su destino.

Von Gröning cedió, como Chapman sabía que haría. El alemán se marchó en avión a Berlín y regresó al día siguiente de «un humor excelente». Los dirigentes de la Abwehr habían decidido destinar a Chapman a una nueva e importante misión de espionaje, por la que «recibiría una generosa recompensa». Chapman regresaría al Reino Unido para descubrir por qué el enemigo estaba ganando la guerra bajo el agua.

En los tres años que llevaban de conflicto, los submarinos alemanes habían causado estragos entre el tráfico marítimo aliado y logrado un éxito brutal. Merodeando en «manadas de lobos», los *U-booten* atacaban con una eficacia aterradora, algo que Chapman conocía por experiencia propia, antes de alejarse sigilosos y sin ser vistos, y a menudo indemnes. Sin embargo, desde hacía poco tiempo, el equilibrio del conflicto se había alterado, y los submarinos alemanes eran objeto de ataques y se iban a pique a un ritmo alarmante. Los alemanes seguían ignorando que el código Enigma había sido descifrado y en Berlín llegaron a la conclusión de que los británicos habían desarrollado algún sofisticado sistema de detección de submarinos que les permitía seguirles la pista desde la superficie antes de pasar a la acción, fuera evasiva o agresiva. La misión de Chapman consistía en identificar este detector de submarinos, descubrir cómo funcionaba, fotografiarlo, robarlo si era posible y, por último, traerlo de regreso. Por este trabajo se le pagaría una suma de seiscientos mil marcos, doscientos mil marcos adicionales, convertidos en la divisa de su elección, y se le concedería su propio mando de la Abwehr en la Europa ocupada.

A Chapman le ofrecían una fortuna casi increíble, un premio por una misión prácticamente inalcanzable, y una vehemente afirmación de la fe que los alemanes habían depositado en la habilidad y la lealtad de Chapman. En un primer momento dudó, indicando que no conocía los aspectos técnicos involucrados en la misión y que necesitaría «formación a fin de saber lo que

tenía que buscar». Todo eso se podía organizar, respondió Von Gröning, con la complacencia de quien sabe que su inversión estaba a punto de producirle unos estupendos dividendos.

Si querían que Chapman descubriera esta arma legendaria, necesitaban mostrarle los secretos más profundos de la guerra submarina de Alemania. Desde Berlín enviaron un documento que contenía toda la información «conocida o supuesta» acerca de ese hipotético detector de submarinos. Unos días más tarde, Holst y Von Gröning escoltaron al agente Fritz hasta el puerto noruego de Trondheim, donde tres oficiales de la Abwehr naval, no sin dejar entrever las intensas sospechas que albergaban, describieron lo poco que sabían de esta capacidad del Reino Unido de detectar submarinos. Explicaron que los británicos parecían estar utilizando algún tipo de reflector parabólico que lanzaba un «rayo que rebotaba» y que detectaba los submarinos; los detonadores utilizados en las cargas de profundidad británicas también parecían estar equipados de un aparato que evaluaba la distancia al objetivo y, de ese modo, estallaban consiguiendo la máxima destrucción. Exactamente cómo funcionaba el asdic británico (más tarde sonar) constituía un misterio para ellos: quizá, especulaban, utilizaban «un instrumento de infrarrojos», o televisión, o alguna técnica que les permitía detectar y medir el calor que producía el tubo de escape de un *U-boot*.

Chapman salió de ahí con la «impresión de que esta gente sabía muy poco acerca de nuestros sistemas de detección de submarinos», y que esta arma secreta, capaz de detectar un submarino, de día o de noche, a una distancia de «hasta doscientas millas marinas», les «preocupaba una barbaridad». En una ocasión, le explicaron, los británicos habían atacado a un submarino «en mal tiempo y una espesa niebla», algo que, hasta el momento, se había juzgado imposible. Las bajas en la flota de submarinos eran «muy altas», e iban en constante aumento^[668]. Los oficiales reconocieron que no tenían ni la más remota idea de dónde procedía el aparato en cuestión, pero indicaron «la dirección de un almacén de maquinaria en Kensington que tal vez lo estuviera fabricando»^[669]. A lo largo de toda la entrevista, mientras Chapman tomaba notas, el alto oficial de inteligencia naval «no dejó de mirarle fijamente y dijo haberle visto antes en algún lugar»^[670].

De regreso a Oslo, el *Kapitan-zur-See*, Reimar von Bonin, el director de la Abwehr en la Noruega ocupada, exigió ver a Chapman, el primer y único encuentro entre los dos hombres. En el transcurso de un almuerzo en la lujosa residencia de Von Gröning en Munthesgate, el oficial alemán, algo calvo, vestido del uniforme de la marina con las cuatro barras doradas en la manga,

explicó que el dispositivo antisubmarinos británico era tan sensible que podía detectar un *U-boot* reposando en el fondo del mar con los motores apagados, y supuso que los británicos debían de estar utilizando «algún tipo de aparato de rayos X»^[671].

La misión quedó programada para el mes de marzo del año 1944. Igual que la vez anterior, Chapman se lanzaría en paracaídas sobre una remota zona del Reino Unido con todo el equipo necesario. Cuando hubiera identificado o, mejor aún, obtenido el dispositivo, debería robar un pequeño barco de pesca en la costa del sur de Inglaterra y navegar diez millas rumbo a alta mar donde «cinco hidroaviones» se reunirían con él y «le escoltarían hasta la costa europea»^[672]. A tenor de las apariencias, la *Abwehr* creía que Chapman sería capaz, así, sin más, en plena guerra, de robar un barco y hacerse a la mar: se trataba de un indicador de la magnitud de su ignorancia, o de la fe depositada en los talentos criminales de Chapman, o quizá ambas cosas. Le acompañaron a Bergen, donde el capitán dedicó tres días a enseñarle a «utilizar el compás de un pequeño barco pesquero»^[673].

Los preparativos para lanzar a Chapman en medio de la guerra marítima fueron interrumpidos, no obstante, por un estallido de hostilidades ligeramente diferente: otra guerra de influencias, en esta ocasión en el seno del alto mando alemán. En diciembre, un oficial superior de la fuerza aérea alemana llegó desde Berlín declarando que «Chapman era exactamente el tipo de persona que la *Luftwaffe* estaba buscando para encargarle una misión». La *Luftwaffe* tenía sus propios planes para el famoso espía británico, y su propia paranoia.

Le revelaron una segunda misión, rival de la primera: igual que los submarinos alemanes estaban sufriendo las consecuencias de algún nuevo tipo de sistema de detección, también los cazas nocturnos británicos parecían estar ganando la guerra aérea gracias a alguna nueva tecnología secreta. Los alemanes habían derribado aviones británicos equipados con un sistema de radar desconocido hasta el momento, y del cual no había sobrevivido el suficiente material que les permitiera reconstruir el dispositivo, pero lo que tenían bastaba para alertar a la *Luftwaffe* de que se estaban enfrentando a una nueva arma muy peligrosa. La tecnología en cuestión podría haber sido el sistema de radar, diseñado por los estadounidenses y conocido con el nombre de AI10 (*Airborne Interceptor Mark10*), que utilizaban los bombarderos y los cazas británicos y, sobre todo, el *Mosquito* desde finales del año 1943. «Cualquier recompensa sería poca si pudiera usted obtener unas fotografías o los planos de este dispositivo», le dijeron a Chapman.

No hacía demasiado tiempo, apenas unos pocos meses, Chapman había sido objeto de las sospechas más profundas, y ahora, cuando la Alemania nazi se había visto obligada a ponerse a la defensiva, parecía el chico de oro de la Abwehr, cortejado por la marina y por la fuerza aérea y «cada uno de ellos exigiendo que su parte de la misión gozara de la máxima prioridad»^[674]. Von Gröning intervino en la pelea interna: la misión naval tendría preferencia (y la marina pagaría por la operación) y el radar de los cazas nocturnos constituiría un objetivo secundario.

Los alemanes decidieron darle una utilidad práctica a las habilidades de Chapman: como si de algún profesor emérito en espionaje se tratara, impartía seminarios, una «especie de consultor honorario en métodos de sabotaje», a un selecto público de espías, exponiendo el ataque ficticio a la factoría De Havilland como un caso clásico de libro de texto^[675]. En el reciente pasado le habían mantenido alejado de las operaciones de radiotransmisiones y, sin embargo, ahora le pidieron que enseñara telegrafía a dos jóvenes islandeses, Hjalti Bjornsson y Sigurdur Nordmann Juliusson. Alemania creía que Islandia podía convertirse en la rampa de lanzamiento de una invasión aliada del continente y, en consecuencia, la Abwehr había empezado a construir una red de espionaje islandés. Bjornsson y Juliusson habían sido reclutados en Dinamarca por un tal Gubrandur Hlidar, un veterinario islandés un tanto peculiar «más interesado en la práctica de la inseminación artificial, materia de la que era un especialista, que en el espionaje, materia en la que, indudablemente, no lo era»^[676]. Que Hlidar reclutara a Bjornsson y Juliusson sugiere que hubiera sido mejor que se dedicara a sus tubos de ensayo, porque esos dos no eran, ni de lejos, el espía ideal: pese a su extraordinaria buena disposición, también eran muy obtusos. Necesitaron varias semanas de formación intensiva antes de conseguir dominar las técnicas telegráficas más básicas.

Los últimos restos de la pandilla de La Bretonnière empezaron a dispersarse. La relación entre Von Gröning y Praetorius, que nunca fue amistosa, se deterioraba a ojos vista, y Praetorius, neurótico y susceptible acusó a Von Gröning de mantenerle en Oslo para negarle el heroico futuro militar que ansiaba. Por fin, y tras ejercer una gran presión sobre las jerarquías superiores, consiguió sus deseos y le concedieron el traslado. Praetorius quedó encantado con su nuevo destino, si bien es cierto que esta nueva posición no se suele asociar con la temible máquina bélica nazi, y aún menos con los antiguos héroes teutónicos: hacía mucho tiempo que Praetorius estaba convencido de los efectos terapéuticos, físicos y culturales del baile

tradicional inglés. De algún modo, había conseguido convencer de ello a las autoridades alemanas y, en consecuencia, fue debidamente nombrado instructor de baile de la Wehrmacht.

Cuando Chapman preguntó adonde había ido el joven nazi, Von Gröning contestó, expresando un profundo asco en su mirada, que se dedicaba «a viajar por Alemania instruyendo a los soldados alemanes en los saltos y piruetas de los bailes de espada, *reels* y otras danzas tradicionales aprendidas en el transcurso de su estancia en Inglaterra»^[677]. A Von Gröning le hizo gracia aunque también le dejó estupefacto: la decisión de destinar a su ayudante a una pista de baile no era más que otra prueba de que el alto mando alemán se hallaba en manos de unos imbéciles. Unas semanas más tarde, Praetorius envió una fotografía suya impartiendo una clase de baile a las tropas (esta foto, por desgracia, no ha sobrevivido). El hombre que Chapman conocía con el nombre de Thomas había sido un compañero irritante y pedante, aunque también una fuente de excentricidades muy divertida. El día en que el bailarín nazi metió su traje blanco y sus zapatos de baile en la maleta y salió para siempre de la vida de Chapman con una pirueta, éste sintió un pequeño destello de tristeza.

Solos por las noches, Chapman y Von Gröning hacían planes de futuro; planes ajenos al espionaje, el tipo de planes que los viejos amigos hacen juntos para subirse la moral cuando corren malos tiempos. Acordaron que abrirían juntos un club o un bar en París: Chapman lo dirigiría y Dagmar se haría cargo de las relaciones públicas. Este tipo de establecimientos, insinuó Von Gröning, constituiría un «telón de fondo útil para llevar a cabo sus actividades después de la guerra»^[678]. Ninguno de los dos ignoraba que se trataba de falsas esperanzas. Una vez Praetorius se hubo marchado, Von Gröning se relajó y hablaba con una mayor franqueza. Ya no parecía sentirse obligado a proclamar un patriotismo que no sentía, ni tampoco a ocultar sus opiniones sobre el nazismo: «Hitler ya no dirige las operaciones militares —le dijo—, sino que es el estado mayor alemán quien las controla por completo, y en las órdenes del ejército ya no se puede leer “Yo Hitler, ordeno...”». Le confesó a Chapman que siempre había admirado a Churchill y que, cada noche, al irse a la cama, escuchaba la BBC en secreto. Cuando la radio británica informó de la ejecución de unos militares ingleses en Stalag 3, expresó abiertamente «su disgusto». Incluso llegó a «airear en público su punto de vista contrario a Hitler»^[679], y le describió a Chapman la revulsión que le provocaban las ejecuciones masivas de los judíos europeos. Su

hermana Dorotea, le confesó, había adoptado recientemente a una niña judía para salvarla de la cámara de gas.

Von Gröning era un patriota alemán al viejo estilo, comprometido con la victoria pero igualmente determinado a oponerse a los horrores del nazismo. Este tipo de puntos de vista no constituía ninguna excepción en el seno de la Abwehr. Wilhelm Canaris se había asegurado de rodearse de hombres que le fueran leales a él y no al partido nazi, y existen pruebas que demuestran que ya desde el principio, él y otros miembros de la Abwehr conspiraban de forma activa contra Hitler. Canaris había empleado a judíos en la Abwehr, ayudado a otros a escapar, y se cree que les proporcionó información a los Aliados que revelaba las intenciones de los alemanes. La intensa rivalidad entre la Abwehr y las SS había ido creciendo de forma constante, entre acusaciones de que Canaris era un derrotista, cuando no un auténtico traidor. Hitler destituyó al director de la Abwehr, quien no tardaría en enemistarse con los nazis de un modo muy espectacular.

A medida que se acercaba el día de su marcha, Chapman y Dagmar también hacían planes. Desde el momento que Chapman le hizo su confesión en el barco, Dagmar «sabía que un día se marcharía y la dejaría para regresar a Inglaterra»^[680]. Ellos también construyeron fantasías de futuro, imaginando el club que regentarían en París, los hijos que tendrían y los lugares que visitarían una vez finalizada la guerra. Dagmar debía seguir actuando como su agente después de su marcha, le dijo Chapman. Debía mantener contacto con los diversos miembros de la Abwehr y, en general, «mantener sus ojos y oídos abiertos a la información que, tal vez más tarde, podría resultar interesante»^[681]. Organizaría que los británicos se pusieran en contacto con ella tan pronto como fuera seguro, pero no debería «fiarse de nadie a menos que la persona que se le acercara pronunciara la contraseña, su nombre completo, Dagmar Mohne Hansen Lahlum»^[682]. Y puesto que trabajaría como una agente británica, Chapman le anunció en tono grandioso que se le pagaría.

Igual que había dejado instrucciones con el MI5 para que se ocuparan de Freda, Chapman se puso manos a la obra para asegurarle apoyo económico a Dagmar quien, a través de Von Gröning y hasta nueva orden, cobraría una asignación mensual de seiscientas coronas procedentes de su cuenta. También le proporcionarían un lugar en el que vivir. Von Gröning aceptó sin problemas: si Dagmar quedaba bajo la protección alemana, entonces tendría asegurada la lealtad de Chapman. Le encargaron a Holst que encontrara una residencia adecuada, y Dagmar fue alojada confortablemente en un piso en el

número 4 de Tulensgate. Chapman tenía ahora dos mujeres diferentes, bajo la protección de dos servicios secretos diferentes y en lados opuestos de la guerra.

El 8 de marzo del año 1944, once meses después de su llegada a Noruega, Chapman se embarcó en un avión rumbo a Berlín, la primera etapa de su ruta a París e Inglaterra. Separarse de Dagmar le resultó muy doloroso. Chapman tenía por delante un futuro incierto, y dejaba a Dagmar amenazada por múltiples peligros, trabajando en secreto y de forma no oficial al servicio de los británicos, quienes le pagaban un sueldo, pese a estar públicamente «mantenida» por la Abwehr. Si se descubría la traición de Chapman, entonces ella también caería bajo las sospechas de los alemanes. Si Alemania perdía la guerra, corría el riesgo de ser objeto de las represalias de sus conciudadanos por «fraternización». Dagmar lloró, pero insistió en que no tenía miedo. Si los noruegos se burlaban de ella, les diría que «se ocuparan de sus propios asuntos»; si las «señoras cotillas»^[683], allá en Eidsvoll, querían cacarear y murmurar en sus cocinas, pues que lo hicieran. Se intercambiaron promesas: ella mantendría su palabra y él regresaría a buscarla algún día.

En el transcurso de su rápido viaje a Berlín, Von Gröning y Chapman repasaron los detalles de la misión. Su código, igual que antes, consistiría en el «tipo de operación de doble transposición»^[684] basado en la palabra clave ANTICHURCHDISESTABLISHMENTARIANISM^[685] (Chapman no era persona que quisiera facilitarles la vida a los operadores alemanes que recibían las transmisiones). Los días y las horas de transmisión se establecerían utilizando una fórmula basada en un fragmento de un verso de la popular canción de la primera guerra mundial «Take Me Back to Dear Old Blighty» (Llévame de regreso a casa): «Liverpool, Leeds o Birmingham, no me importa...»^[686]. Todo lo que quedaba por hacer consistía en establecer un código de control, una palabra o una frase que indicara que estaba operando en libertad. Chapman ya la había elegido. Los mensajes en libertad contendrían siempre la palabra «Dagmar», el equivalente al código de cinco efes utilizado en su primera misión. Von Gröning informó debidamente a París y a Berlín: «Si el mensaje no contiene la palabra “Dagmar”, el agente está operando bajo control»^[687].

Codificada en la señal de control de Chapman había una advertencia a sus supervisores alemanes: si le ocurría cualquier cosa a Dagmar, entonces se anulaban las apuestas.

Almuerzo en el Lutétia

Zigzag había desaparecido y se le suponía muerto. El día que las fuentes ultrasecretas informaron que la estación de la Abwehr en Lisboa había recibido una petición según la cual «Berlín solicitaba que le proporcionaran a Fritzchen una dirección segura», un breve destello de luz iluminó las esperanzas de los británicos^[688]. Sin embargo, nunca se le dio continuación a esta solicitud y no se hizo ninguna otra referencia a Fritzchen. Los radioescuchas y criptógrafos de Bletchley siguieron surcando las ondas de radio en busca de cualquier rastro del agente. Incluso Churchill exigió ser informado cuando reapareciera, si es que lo hacía, pero, no hubo nada: nada del propio Chapman, ninguna señal en las fuentes ultrasecretas que indicara que el agente alemán «Fritz» seguía operativo, y la red de espías del SOE repartida por todo el territorio ocupado francés no informó haberle visto. La estación de Nantes parecía haber sido clausurada y el nombre de Von Gröning ya no aparecía en el tráfico telegráfico de la Abwehr. Cabía la posibilidad de que Chapman no hubiera soportado los interrogatorios, quizá que el *City of Lancaster* no saltara por los aires había levantado las sospechas sobre él, o tal vez algún topo británico le había traicionado. Masterman y Robertson no eran personas que se conmovieran con facilidad, aun así, imaginar lo que Chapman podría haber tenido que soportar antes de ser ejecutado les dio que pensar.

Una gélida mañana de primavera en la rocosa costa de Islandia, un cazador de focas avistó a tres hombres «cuyo aspecto y actividades le parecieron sospechosos»^[689]: no parecían cazadores de focas, ni tampoco estaban cazando focas, y a ninguna otra persona en su sano juicio se le ocurriría salir a pasear por el nevado amanecer a una temperatura de diez grados bajo cero. El cazador informó al jefe de policía local quien, a su vez, avisó al comandante estadounidense estacionado en las cercanías, el cual envió una expedición «al helado desierto» a investigar^[690]. Encontraron rápidamente a los tres hombres, por suerte para ellos, puesto que se habían

quedado congelados y se hallaban al borde de la muerte. El líder del desventurado pequeño grupo era alemán, y los otros dos, islandeses; estos últimos reconocieron, tras algunas «guturales protestas de inocencia», llamarse Bjornsson y Juliusson^[691].

El alemán, Ernst Christoph Fresnius, declaró estar recogiendo información meteorológica para un instituto marino alemán, sin embargo, los norteamericanos no tardaron demasiado tiempo en persuadir al bovino Bjornsson de confesar que habían ocultado un radiotransmisor y un generador eléctrico a pedales en una cueva cercana. Los tres fueron enviados al Camp 020 en Londres, donde Stephens supo extraerles la verdad en poco tiempo, enfrentando a Fresnius a sus «poco perspicaces asistentes»^[692]. Se trataba únicamente de una cuestión de horas antes de que Stephens averiguara que el trío había sido enviado a observar los movimientos de tropas e informar de ellos, confirmando así que los alemanes seguían «muy preocupados por la posible utilización de Islandia como el punto de partida de una invasión continental»^[693].

Hasta aquel momento, el caso parecía predecible, ahora bien, cuando Bjornsson y Juliusson empezaron a describir la formación que habían recibido en una escuela de espías en Noruega, Stephens se irguió de repente y empezó a prestar más atención. El instructor de telegrafía en Oslo, le explicaron, era un «misterioso personaje que hablaba mal alemán en un tono de voz bastante fuerte y agudo, vestido de un traje de verano jaspeado en tonos grises, y que exhibía dos dientes de oro y gozaba de los placeres de un yate privado»^[694]. Sólo había una única persona en el mundo que combinara este trabajo dental y un gusto así en materia de vestuario. Les enseñaron fotografías de Chapman, y Bjornsson y Juliusson identificaron sin asomo de duda a su instructor de radio de Oslo. El equipo de contraespionaje no cabía en sí de alegría. Incluso el seco y duro John Masterman, desde su celda monacal en el Reform Club, celebró el regreso de «un antiguo amigo»^[695]. Zigzag había reaparecido de repente en los radares del MI5. Pero ¿qué se traía entre manos, con su traje nuevo y su yate privado?

Desde el último viaje de Chapman a Berlín, la capital alemana había quedado devastada, castigada por los feroces bombardeos aéreos. Desde el coche en el que cruzaban las calles reventadas de la ciudad, entre «montañas de escombros» malolientes por el hedor de las fugas de gas, el humo y la putrefacción, Von Gröning y él apenas si podían reconocerla. «Toda la ciudad apestaba a fuego, parecían las ruinas de Pompeya», observó Chapman, y

podía leerse la «resignación y la desgracia»^[696] en los rostros de los berlineses.

Chapman y Von Gröning se registraron en el hotel Metropol en Friedrichstrasse y, tras un magro almuerzo de carne enlatada, fueron conducidos, más allá de las ruinas del Banco de Berlín y del hotel Kaiserhof, destruidos por los bombardeos, hasta el cuartel general de la Luftwaffe, un edificio en Leipzigerstrasse que parecía un enorme monolito de hormigón. En el quinto piso, un capitán de la Luftwaffe les mostró los fragmentos de los instrumentos electrónicos recuperados de los aviones británicos, entre ellos una pantalla montada en el salpicadero con la cual, explicó, el enemigo podía, aparentemente, «localizar nuestros cazas y bombarderos nocturnos con una gran facilidad»^[697]. El oficial de inteligencia sólo tenía una vaga idea de dónde podían encontrarse estas máquinas, y le sugirió a Chapman que probara con «Cossors of Hammersmith», el fabricante de material militar; la alternativa consistía en localizar una base de cazas en Inglaterra y obtener el artefacto, robándolo o utilizando el soborno.

Una vez más, a Chapman le sorprendió la fe que tenían en su talento criminal: «Los alemanes dejaron el asunto en manos de mi habilidad para entrar en los sitios con la ayuda de mis antiguos compinches». Es más, con cada nuevo oficial con el que se reunía, se ampliaba el alcance de su misión en Inglaterra. Le presentaron a otro militar que le explicó que el mando de la Luftwaffe creía que a los bombarderos de determinados aeródromos británicos se les asignaba el bombardeo de ciudades alemanas específicas. Le asignó la misión secundaria a Chapman, o a algún miembro de su banda, de espiar en las bases aéreas del condado de Cambridge e intentar descubrir la planificación de los bombardeos. Un civil llamado Weiss le impartió a continuación una clase magistral de cuatro horas sobre «cohetes dirigidos por radiocontrol y bombas volantes». Se trataba de la primera vez que Chapman oía hablar de estas terroríficas bombas sin piloto cuyos ataques tenían el firme propósito de conseguir la sumisión final del Reino Unido. Todos los países rivalizaban para desarrollar estas armas, le explicó Weiss, lo que iba a significar un final feroz de la guerra. El cometido de Chapman consistiría en descubrir si el Reino Unido ya había producido bombas volantes, y cuándo tenía la intención de utilizarlas.

Aquella noche, en su hotel de Friedrichstrasse, Chapman y Von Gröning miraban distraídamente a través de los cristales de la ventana el Metro, el único edificio que todavía permanecía en pie al otro lado de la calle, «una isla en un mar de cascotes». Al observar los rostros extenuados de los berlineses,

la espantosa destrucción de la ciudad y las fantásticas esperanzas depositadas en la misión de Chapman, ambos hombres habían llegado a la misma conclusión: Alemania se enfrentaba a la derrota e intentaba desesperadamente cambiar su destino frente a la inminente invasión del continente. Von Gröning «ya no ocultaba que suponía que Alemania perdería la guerra»^[698], y le confesó que había empezado a «convertir buena parte de su dinero en artículos de valor»^[699], activos que, en el incierto período de posguerra que seguiría a la derrota, podían ser trasladados fácilmente y los había almacenado en su mansión en Bremen. Las bombas volantes representaban un último e insensato intento, dijo Von Gröning, pero la maquinaria propagandística nazi seguía anunciando la victoria total. «Si sus armas no la consiguen —añadió con serenidad—, la reacción puede ser formidable».

Chapman y Von Gröning recibieron órdenes de dirigirse a París y esperar instrucciones: Chapman fue alojado, una vez más, en el Grand Hotel, mientras que Von Gröning lo hacía en el Lutétia, el cuartel general de las SS en el Boulevard Raspail, y a partir de aquel momento, se inició un suspense angustioso. El retraso, explicó el frustrado Von Gröning, se debía «a la incapacidad, o a la reticencia, de la Luftwaffe de encontrar un avión». Chapman, paseando por las calles de París, descubrió una ciudad cuya moral y espíritu habían quebrado. Los franceses sentían un resentimiento creciente hacia los ataques de los bombarderos aliados, que mataban alemanes y civiles corrientes de forma indiscriminada, al que se sumaba un escaso entusiasmo por la previsible invasión. En los cafés, la gente murmuraba: «Es mejor vivir bajo el dominio de los alemanes que quedarse sin casa»^[700].

A mediados de abril, les anunciaron que Chapman despegaría de Bruselas. Eddie y Von Gröning llegaron a Bélgica en tren, tan sólo para descubrir que el vuelo había sido cancelado «debido al riesgo de intercepción por los cazas nocturnos»^[701], y regresaron desconsolados a París. En mayo, en medio de un nuevo estallido de actividad, informaron a Chapman que le dejarían caer cerca de Plymouth durante una incursión de bombarderos alemanes pero, una vez más, le dieron plantón. La invasión aliada podía iniciarse cualquier día, le explicó Von Gröning, y «si aterrizaba en Inglaterra antes de que se iniciara, su primera y más importante misión consistiría en descubrir el día y el lugar del ataque». Pese a que Von Gröning imaginaba que Alemania acabaría perdiendo la guerra, él, igual que muchos alemanes en la Francia ocupada, seguía confiando alegremente en que las defensas alemanas del Canal podrían «rechazar cualquier ataque».

Para empeorar las cosas, a Chapman le habían asignado una nueva «sombra», un hombre joven y de constitución delgada, procedente del Lutétia, conocido por el nombre de Kraus, o Krausner. Von Gröning le advirtió a Chapman que Kraus, un homosexual que frecuentaba el submundo de París, gozaba de la fama de cazador de espías y había atrapado a más agentes enemigos que cualquier otro en el ámbito del contraespionaje alemán, y era «muy astuto planteando preguntas que parecían no tener demasiada importancia»^[702]. Lo mismo que cualquier otro oficial alemán, tenía una tarea que encomendarle a Chapman, la de entregarle una cámara y dinero a un agente ya establecido en el Reino Unido.

Una noche, después de cenar, Kraus le preguntó a Chapman, así, sin darle demasiado importancia, si conocía a Dennis Wheatley, el escritor de novela negra británico. Chapman respondió que una ocasión había estado con él.

—¿Trabaja para la inteligencia británica? —le preguntó Kraus^[703].

Chapman fingió sentirse indignado:

—¿Cómo diablos quiere usted que yo sepa eso?^[704]

Chapman ignoraba, igual que Kraus, que Wheatley se había convertido en un puntal fundamental de la London Controlling Section (sección de vigilancia de Londres), el centro neurálgico ultrasecreto que planificaba las mentiras estratégicas bajo la dirección del teniente coronel John Bevan.

Un domingo por la mañana, en la plaza Pigalle, Chapman reconoció a un antiguo rehén, igual que él prisionero en Romainville, un joven argelino llamado Amalou. Aquella noche, en el café Le Refuge del Quartier Latin, Amalou explicó que había sido liberado poco después que Chapman, y no sabía por qué, igual que también ignoraba el motivo por el que le habían detenido antes. Chapman le pidió noticias de Anthony Faramus y Amalou se encogió de hombros con tristeza: a Faramus se lo habían llevado de la prisión pocos meses después de la salida de Chapman y nadie sabía si estaba vivo o muerto.

En aquel momento, Faramus estaba en el campo de concentración de Mauthausen. En Buchenwald, casi había muerto de hambre, le había faltado muy poco para morir congelado, cubierto por el sucedáneo de ropa y de zapatos, de suela de madera, que llevaba, había recibido soberanas palizas y le habían obligado a trabajar en los equipos de esclavos hasta caer exhausto. «El día que muera, si es que llego a morir —reflexionó—, arrastrarán mis restos por el lodo y los arrojarán en algún lugar donde, más tarde, los vendrá a recoger el vagón de la incineradora»^[705]. Faramus calculaba que quizá le quedaran «unos seis meses de vida natural»^[706], cuando, por algún motivo

que nunca pudo descubrir, lo cargaron en otro tren y lo trasladaron a Mauthausen, el inmenso campo de trabajos forzados en el norte de Austria.

En aquel lugar las condiciones, si cabe, eran peores que en Buchenwald, puesto que éste era realmente, en palabras de Faramus, «un campo de exterminación, un cementerio»^[707]. Los campos de concentración que configuraban el complejo Mauthausen-Gusen habían sido construidos con la intención de ser los más espeluznantes de todos: aquí «los enemigos del Reich», los intelectuales y otros podían ser exterminados obligándoles a trabajar hasta morir y la enfermedad, la violencia, la brutalidad y las cámaras de gas mataban sin piedad. En Buchenwald murieron más de 56 000 personas y hasta 300 000 podrían haber muerto en Mauthausen. Algunos trabajadores buscaban la muerte: los esclavos que trabajaban en las canteras de Mauthausen, puros esqueletos con piel, esperaban a que sus guardianes estuvieran distraídos, buscaban la roca más pesada que pudieran levantar y se lanzaban hacia abajo por las laderas. Otros, igual que Tony Faramus, cuya pierna estaba ulcerada y envenenada y su cuerpo, mortificado por las enfermedades, esperaban indiferentes a que les llegara la muerte. Mientras Chapman se preguntaba qué le habría ocurrido a su amigo, a Faramus también le atormentaban las preguntas: «Todo el tiempo me preguntaba a mí mismo, ¿por qué? ¿Por qué tanta bestialidad? ¿Cuál era el propósito de todo ello?»^[708].

Unos días después de su encuentro con Amalou, Kraus le comentó a Chapman, de pasada, que le gustaría visitar Le Refuge en el Quartier Latin, pillando por sorpresa a Chapman, a quien la mente se le puso a trabajar «a toda velocidad»^[709]. ¿Le habían seguido al café? ¿Le había dicho alguna cosa Amalou que pudiera desenmascararle? ¿Se había puesto él, o a Faramus, en un peligro aún mayor al preguntar por su amigo? ¿Acaso Amalou era un informador? Chapman le sugirió que fueran al Lido mejor que a Le Refuge, y Kraus esbozó una sonrisa «de complicidad» muy desagradable^[710].

Poco tiempo después, llegó una carta de Dagmar en la que explicaba que «se lo estaba pasando bien y que había conocido a un cierto Sturmbannführer»^[711], la contraseña convenida que indicaba que le seguían abonando su asignación y que se hallaba libre de sospechas. Chapman reparó en que la carta había sido abierta.

El 6 de junio, los Aliados invadieron el norte de Francia, la mayor invasión desde el mar jamás lanzada. La Operación Overlord (señor feudal) estaba apoyada por la Operación Entereza, el engaño pergeñado y ejecutado por el equipo de contraespionaje. Durante meses, los agentes dobles del B1A

habían estado suministrando desinformación a los alemanes, en el sentido que la invasión se iniciaría en la región de Pas-de-Calais. Las tropas aliadas desembarcaron en masa en Normandía, colocando al enemigo en una posición muy desfavorable, en una de las operaciones de superchería bélica con más éxito jamás conseguida.

El día D lo cambió todo, incluyendo la misión de Chapman. El MI5 había acabado por creer que Chapman podría conseguir «lo increíble», y en determinados sectores de la Abwehr parecía existir la convicción, cada vez mayor, de que podía obrar milagros. En los agitados días posteriores a la invasión, los directores del espionaje alemán llegaron incluso a hablar de infiltrar a Fritz en la cabeza de playa de Normandía con la misión de trabajar las líneas enemigas, con «cualquier uniforme que deseara (se sugirió el de capellán castrense), todo el dinero que quisiera y la ayuda de otros agentes»^[712]. Berlín envió instrucciones según las cuales debía descubrir el código utilizado en las transmisiones marítimas «referentes a los bombardeos de las ciudades costeras que realizaba la marina en apoyo de las tropas terrestres»^[713]. El plan se vino abajo cuando alguien observó que incluso a un espía con los recursos de Chapman le resultaría muy difícil nadar hasta un barco, en medio de un conflicto sangriento, disfrazado de capellán militar, y robar códigos ultrasecretos.

Se decidió entonces que Chapman, en lugar de ello, debería entrenar a un equipo de quintacolumnistas que permanecerían en París tras la retirada de los alemanes. Se puso manos a la obra para enseñarles Morse a dos voluntarias, totalmente inadecuadas para la tarea: una, una impulsiva bailarina italiana llamada Mónica, y la otra, una antigua mecanógrafa llamada Gisella. Chapman admiró los «hoyuelos» de Mónica^[714], pero empezó a sospechar que se había quedado atascado en medio de la frenética burocracia militar alemana.

Von Gröning también estaba deprimido. Le comentó a Chapman que estaba convencido de que «nunca se marcharía»^[715], aunque tenía otros motivos de preocupación: la Abwehr había dejado de existir. Tras obtener más pruebas que vinculaban a los oficiales de la Abwehr a actividades antinazis, Hitler se les había echado encima. Convocó a Canaris y le acusó de permitir que el servicio secreto «hubiera caído a pedazos»^[716]. Canaris le respondió en el acto que eso no resultaba nada sorprendente puesto que Alemania estaba perdiendo la guerra. Hitler destituyó a Canaris con efecto inmediato y lo trasladó a un puesto sin importancia. La Abwehr quedó abolida y sus operaciones, absorbidas por la RSHA, la *Reichssicherheitshauptamt*

(oficina principal de seguridad del Reich), controlada por las SS de Himmler. Von Gröning descubrió que ya no trabajaba bajo el mando del liberal Canaris sino bajo la autoridad de Walter Schellenberg, el director del servicio de inteligencia extranjero de las SS.

Von Gröning, muy abatido, llegó incluso a contemplar la posibilidad de montar su propia misión de espionaje, y sugirió la posibilidad de presentarse voluntario para permanecer en la retaguardia, en caso de una retirada alemana, y, adoptando la tapadera de un anticuario francés, coordinar la quinta columna. Chapman atribuyó este plan a «un exceso de *brandy*»^[717] e intentó animarle; el día de su cumpleaños, le regaló una estatuilla de marfil grabada en recuerdo de su estancia en París.

En junio, Alemania inició el temido contraataque y lanzó sobre Londres la primera de sus «bombas volantes», la V-1 (la V significaba *Vergeltungswaffe*, «arma de revancha»), «Esta bomba causará una terrible devastación —predijo Von Gröning—, puesto que nada podía sobrevivir a la explosión en un radio de cuatro kilómetros»^[718]. La destrucción sería tal que si Chapman llegaba algún día al Reino Unido le resultaría imposible utilizar su radio ya que todas las centrales eléctricas habrían quedado pulverizadas. El día 13, el primer día del ataque con bombas volantes a gran escala, el alemán y el inglés sintonizaron la BBC para escuchar los informes de los daños. Von Gröning se quedó lívido: el bombardeo era la última de las noticias, y la BBC hizo referencia a la nueva arma de Hitler en tono «ligero», incluso desenfadado, y anunciando «pocas bajas»^[719]. El locutor estaba mintiendo (más de 6000 civiles morirían a consecuencia de los ataques de las V-1 en los siguientes nueve meses) sin embargo, se trataba de un excelente trabajo de propaganda. Von Gröning lo descartó como tal, aunque admitió que las bombas volantes constituirían «un fracaso», a menos que su eficacia pudiera ser evaluada correctamente^[720].

Chapman había acabado por convencerse a sí mismo de que Alemania iba a perder la guerra sin su ayuda cuando, una vez más, los directores de los servicios de espionajes se lanzaron inesperadamente a la acción; en un mensaje desde Berlín, los nuevos jefes anunciaron que habían puesto un avión «a disposición de Chapman»^[721] y que despegaría de Holanda el 27 de junio. El motivo de esta repentina actividad había que buscarlo en la campaña de bombas volantes. Inseguros de los efectos de su poderoso bombardeo, debido a la espesa niebla de propaganda británica, Alemania necesitaba ojos y oídos fiables sobre el terreno: la nueva misión de Chapman consistía en evaluar la destrucción causada por las V-1 y enviar detalles, además de enviar informes

meteorológicos y lecturas barométricas. Actuaría como un observador de objetivos y asesor de daños a fin de permitirles a los cañoneros de las plataformas de lanzamiento del norte de Francia apuntar sus bombas volantes con una mayor precisión.

Rodeado por el esplendor del hotel Lutétia y sus magníficos paneles, Von Gröning repasó la misión de Chapman. En orden de prioridad, sus tareas eran las siguientes: obtener detalles de los aparatos de detección de submarinos británicos; localizar y robar el mecanismo utilizado por los cazas nocturnos; informar de los efectos de la V-1 y de los daños resultantes, proporcionando horas precisas; proporcionar informes meteorológicos; localizar las diversas bases estadounidenses en el Reino Unido; identificar las ciudades alemanas objetivo de cada base aérea, y emplear a otro miembro de su banda que las vigilara e informara, utilizando una segunda radio.

La manifiesta complejidad de la misión múltiple de Chapman reflejaba la desesperación creciente que reinaba en los servicios de inteligencia alemanes y su percepción de que sólo una acción realmente espectacular podría modificar el curso de la guerra. Los alemanes ignoraban que toda su red de espionaje había sido vuelta en su contra y creían tener varios agentes en activo en Gran Bretaña, algunos de los cuales eran tenidos en alta estima. Nunca se le había pedido a ninguno de ellos llevar a cabo una misión de una dificultad y peligro de ese calibre. Fritz había logrado alcanzar un estatus casi mítico, y en algún lugar en los escalafones superiores del alto mando alemán se tenía la convicción, una triunfal manifestación de ilusión y esperanza, de que este espía británico solitario podría contribuir a que Alemania ganara la guerra.

A fin de lograr este elevado propósito, los alemanes le entregaron a Chapman el mejor equipo de espionaje que Alemania podía proveer, y que incluía una cámara Leica en miniatura (que debía entregarle al anónimo espía en el Reino Unido), un telémetro Leitz, un fotómetro y seis rollos de película. Nadie hablaba ya de desenterrar la vieja radio de Chapman en el Reino Unido: ahora tenía dos aparatos completamente nuevos, completos con antenas, auriculares, cinco cristales, y un interruptor de código Morse de baquelita. Para defenderse a sí mismo y, en caso necesario, acudir a una posible autodestrucción, se le entregaron a Chapman un revólver Colt con siete balas, un vial de aluminio que contenía un líquido blanco y varias píldoras, veneno de efecto instantáneo que «podría resultar útil, si alguna cosa se torcía». Por último, le entregaron una gruesa bolsa de lona que contenía 6001 libras en billetes usados de diversas denominaciones (el equivalente a

casi doscientas mil libras de hoy en día, algo más de 250 000 euros), separados en sobres, la mayor cantidad de dinero que Chapman había visto junta desde sus atracos en la década de 1930. Como parte de su tapadera, llevaba asimismo dos cartas falsas, una de ellas dirigida al señor James Hunt de Saint Luke's Mew, en Londres, y la otra firmada por «Betty», y repleta de «palabrería inofensiva»^[722].

La Abwehr había sido desmantelada, una organización fracasada en muchos aspectos, ahora bien, nadie podía reprocharles a sus oficiales y funcionarios falta de hospitalidad y sentido de la ocasión. Von Gröning anunció la celebración de un almuerzo de despedida en el hotel Lutétia en honor de Fritz, el espía número V-6523. Con cada hora que pasaba, los Aliados se acercaban cada vez más a París, pero en el universo fraternal de Von Gröning, siempre quedaba tiempo para una fiesta.

Y así, el 25 de junio de 1944, un famoso espía alemán y agente doble británico ocupaba el lugar del invitado de honor en un almuerzo celebrado en el cuartel general de las SS del París ocupado. Los asistentes eran Von Gröning, el siniestro Kraus, dos atractivas secretarias del equipo de mecanógrafas y un oficial de inteligencia de Bremen amigo de Von Gröning. En un comedor privado, cuyas paredes estaban cubiertas de soberbios paneles de madera, alrededor de una mesa rebosante de comida y vinos, los invitados bebieron a la salud de Chapman y le desearon buena suerte. Incluso al mismo Chapman le pareció que la ocasión era «irreal»^[723]. Mientras estaban dando buena cuenta del plato principal, sonó el teléfono y le pasaron el receptor: se trataba de un oficial superior de las SS que quería hacerle partícipe personalmente de sus mejores deseos y que le enviaba «dos botellas de coñac y cigarrillos para la fiesta»^[724]. Von Gröning, algo afectado por el alcohol, se puso en pie y pronunció un discurso de despedida, alabando las hazañas de Chapman y prediciendo que su misión tendría «un profundo efecto sobre la guerra»^[725]. ¿Había, quizá, algún minúsculo destello de ironía en la voz de Von Gröning cuando levantó su vaso para brindar por el «futuro triunfo» de Chapman?^[726] Chapman observó que, todo el rato que Von Gröning estuvo hablando, Kraus no abandonó su inquietante «media sonrisa»^[727].

La dipsómana fiesta de despedida salió a la calle del Boulevard Raspail, y Von Gröning, Chapman, y una gran maleta de cuero que contenía todo su material embarcaron a bordo del coche que les esperaba. «Lo último que pude ver de los responsables del espionaje alemán en el Lutétia fue a todos ellos, en pie y en grupo, saludando con la mano desde los escalones de la puerta principal del hotel mientras nos alejábamos»^[728].

El delincuente pródigo

En el tempestuoso amanecer que despuntaba sobre el condado de Cambridge el 29 de junio, tres semanas después del día D, un hombre vestido de paisano caminaba tambaleándose por la carretera de Six Mile Bottom llevando una gran maleta de cuero sobre la cabeza y lanzando maldiciones para sus adentros. Chapman estaba de un humor de mil demonios. En las últimas veinticuatro horas le habían hecho comer y beber, le habían disparado y le habían arrojado desde un avión a una altura de alrededor de mil doscientos metros; había vomitado sobre su mono de salto y se había golpeado la cabeza al caer sobre una dura carretera de Anglia Oriental. Y hacía apenas unos pocos momentos, la esposa de un granjero le había echado a gritos y amenazado con azuzar los perros contra él.

Unas pocas horas antes, tras estrecharle la mano a Von Gröning, Chapman se había ceñido un arnés y se había instalado en la popa de un Junkers 88 alemán en el aeródromo de Soesterberg, cerca de Utrecht, en Holanda. El piloto del bombardero era un joven barbilampiño de unos de veintiún años. Al parecer, Gartenfeld, el piloto de su vuelo anterior, había sido derribado a bordo de su «invisible» Focke-Wulf, una noticia que no le inspiraba demasiada confianza. Poco después de la medianoche, el bombardero se había elevado hacia el cielo, cruzado el mar del Norte a una altitud de apenas quince metros, y a continuación, volado paralelo a la costa, manteniéndose «alejado de la luz directa de la luna naciente»^[729].

Una vez sobre la costa, los cazas nocturnos y las baterías antiaéreas habían atacado al Junkers. El piloto realizó una acción evasiva en un rugir de motores, subiendo en espiral hasta los mil doscientos metros, y descendiendo después, de nuevo y en picado; el estómago de Chapman se revolvía con cada violento giro del avión y las tripas se le removieron de nuevo cuando el fuego antiaéreo alcanzó la cola del avión.

Una vez llegados a la zona de salto, Chapman cayó dando volteretas por la trampilla en dirección a la oscuridad, y bajó en dirección a la tierra durante alrededor de algo más de diez aterradores minutos, zarandeado por un violento viento e intentando desesperadamente sostener una gran maleta repleta de material fotográfico y de radio. En algún lugar sobre el condado de Cambridge, aferrado a su voluminoso equipaje, había vomitado los restos del banquete del hotel Lutétia.

El segundo aterrizaje de Chapman había sido aún peor que el primero. Balanceándose sin control en el viento, había esquivado por muy poco un seto y, al aterrizar por fin en una carretera comarcal entre Cambridge y Newmarket, se dio un golpe en la cabeza contra el asfalto que le dejó inconsciente. Permaneció conmocionado en el suelo unos quince minutos antes de levantarse, tambaleante. Todavía mareado, se liberó de la mochila y envolvió el mono, los guantes, las rodilleras, el cinturón y la pala en el paracaídas y ocultó el paquete bajo un seto. Algo aturdido aún, llamó a la puerta de una pequeña casa cercana y le explicó a la mujer que le abrió la puerta que acababa de hacer un aterrizaje forzoso. La mujer miró la ropa civil que llevaba, aulló aterrorizada y cerró la puerta de un portazo. Chapman se marchó tan aprisa como le podían llevar sus piernas gelatinosas, temiendo recibir un tiro de escopeta en la espalda. Éste no era el recibimiento que se había imaginado.

Al llegar a una pequeña granja, Chapman reunió el valor para volverlo a intentar y, en esta ocasión, la recepción fue algo más cordial. Telefonó a la comisaría de policía más cercana y consiguió hablar con el agente de guardia que se empeñó, con una precisión irritante, en tomarle «los datos»: nombre, lugar de nacimiento, fecha de nacimiento, estado civil...

—Cabreado. —Y Chapman le ordenó bruscamente al agente que contactara de inmediato con el jefe de policía y le informara de que acababa de aterrizar un agente doble^[730].

—Déjese de bobadas —le contestó el policía al otro lado de la línea—, y váyase a dormir^[731].

Enfurecido, Chapman, le increpó:

—¡Eso es exactamente lo que me dijeron la última vez! Haga el favor de telefonar a la comisaría en Wisbech, allá se acordarán de mí^[732].

Finalmente, el timbre del teléfono sacó de su cama a un dormido Ronnie Reed.

—Soy Eddie —le dijo una voz familiar de tono agudo— y he vuelto con una nueva misión^[733].

Dos horas más tarde, Chapman se encontró de nuevo en Camp 020, observando el reflejo de su propia imagen en el reluciente monóculo de Stephens Ojo de Metal. Dos semanas antes, las fuentes ultrasecretas habían interceptado un mensaje entre París y Berlín, firmado por Von Gröning, preguntando «si la operación era posible»^[734]. El B1A fue alertado: si Von Gröning estaba de nuevo en funciones, entonces quizá Zigzag también reaparecería muy pronto. Un agente en París informó haber visto a un británico en el hotel Lutétia que respondía a la descripción de Chapman, «un tipo enjuto y fuerte, un aventurero puro»^[735].

Y aquí, ante la gran alegría de Stephens, tenían ahora al mismísimo granuja en persona, «afable en su vanidad»^[736], narrando una historia de supervivencia casi imposible y explicando que en la Noruega ocupada había pasado «una temporada soberbia»^[737]. «El valeroso e implacable Chapman les había dado satisfacción a sus no menos despiadados patrones alemanes — escribió Stephens—. Ha sobrevivido a Dios sabe cuántas pruebas y parece ser que fue capaz de competir con sus mejores bebedores sin tirar de la manta, y de llevar una vida igual de dura que cualquiera de ellos»^[738].

Tras una hora de conversación, Chapman estaba «cansado más allá del límite en el cual podía resultarle útil a la investigación», pero incluso este primer y somero interrogatorio ya sugería que «tendrá una gran cantidad de información de primera clase que transmitirnos»^[739]. Llevaron a Chapman a dormir a un piso franco en Hill Street, en Mayfair, donde cayó en un sueño exhausto. Stephens, no obstante, permanecía despierto, reflexionando y haciéndose preguntas. Ojo de Metal era, sin lugar a dudas, el oficial menos propenso a conmovirse de todos los servicios secretos, y Chapman tenía una puntuación muy alta en las tres categorías de seres humanos a los que más despreciaba: espía, chanchullero y «degenerado moral»^[740]. Aun así, ese extraño joven le había impresionado, incluso emocionado: «La característica más sobresaliente de este caso es el valor de Chapman. Ahora bien, tras esta historia hay algo más, puesto que Chapman se ha enfrentado a las investigaciones del servicio secreto alemán con infinitos recursos. Le ha rendido a su patria un gran servicio, y todavía podría seguir rindiéndole muchos más. Por eso, a cambio, Chapman se merece, y mucho, la admiración de su país, y el indulto por sus crímenes»^[741]. Se envió una circular a todos los oficiales del MI5 relacionados con el caso que contenía instrucciones, según las cuales, Zigzag debería ser recibido «como un amigo que ha regresado y a quien le debemos mucho, y que no se halla bajo ningún tipo de sospecha ni supervisión»^[742].

A la mañana siguiente, Chapman fue conducido al club militar y naval donde celebró su reencuentro con Tar Robertson y Ronnie Reed con un copioso desayuno. El calor de su recibimiento no podía haber sido más sincero. Reed estaba especialmente encantado de ver a su amigo «de regreso, a salvo, y rugiendo como un león»^[743]. Por segunda vez en dos años, Chapman se sacó un gran peso de encima ante sus superiores del espionaje británico. Sin embargo, en esta ocasión, su historia no era el torrente incoherente de hechos medio recordados que había traído de La Bretonnière, sino el informe detallado, preciso y riguroso de un agente bien entrenado. Les entregó un carrete fotográfico sin revelar que contenía fotos de oficiales de la Abwehr, un pedazo de papel de arroz en el que había anotado la palabra clave utilizada por el tráfico de radio de Oslo, PRESSEMOTTAGELSETRONDHEIMSVEIEN, y diversos cristales de frecuencia. Describió con todo detalle a las personas que había conocido, los lugares que había visto, y las diversas instalaciones estratégicas que había identificado como objetivo potencial de un bombardeo. Sus observaciones fueron igual de meticulosas y de precisas como vagos y confusos sus informes anteriores, y ofreció una imagen completa del ejército de ocupación alemán: la ubicación de los cuarteles generales de las SS, de la Luftwaffe, y de la Abwehr en Oslo, de las fábricas de tanques, centros de seguimiento de submarinos, bases aéreas de aprovisionamiento, astilleros, indicadores de división alemanes y defensas y baterías antiaéreas. De memoria, dibujó un mapa situando la mansión de Vidkun Quisling en Bygdoy y explicó que había «desembarcado a propósito en aquel lugar, en una de sus salidas en barco, para ver la casa»^[744].

Después del desayuno, el doctor Harold Dearden, el psiquiatra del Camp 020, le realizó un examen médico y declaró que «su estado mental era excelente aunque estaba físicamente cansado»^[745]. Al principio, quienes le escuchaban se sintieron inclinados a creer que estaba exagerando la verdad pero, a medida que la información fluía de Chapman, se evaporó cualquier rastro de escepticismo. «Todas las pruebas parecen demostrar su completa inocencia de forma afirmativa y concluyente —escribió Stephens—. No se puede concebir que, si hubiera revelado cualquier parte de la verdad relacionada con sus aventuras en este país en su anterior visita, los alemanes le concedieran la libertad de la que había gozado, y aún menos que le hubieran recompensado con las importantes sumas de dinero que le pagaron, y todavía menos, que le hubieran enviado aquí de regreso una vez más»^[746].

Existía un método muy sencillo de comprobar que estaba diciendo toda la verdad. El MI5 sabía que había participado en la formación de Bjornsson y de

Juliusson, pero Chapman ignoraba por completo que los dos estúpidos espías islandeses habían sido capturados. Si informaba voluntariamente acerca de los islandeses sin que nadie le preguntara, escribió Stephens, «constituiría una prueba de primera clase de su buena fe»^[747]. Y eso es precisamente lo que hizo Chapman, ofrecer un informe detallado de los espías, de su aspecto físico y de su formación, que encajaba a la perfección con lo que sus interrogadores ya sabían. «Creo que eso indica con bastante seguridad que Chapman está jugando limpio»^[748], consignó Stephens en su informe. Chapman era sincero; incluso las pociones suicidas que había llevado consigo eran auténticas: cianuro potásico en píldoras y también en forma líquida fabricado por Laroche de París: «La única manera segura de deshacerse de eso consiste en arrojarlo al váter y tirar la cadena»^[749], concluyó el departamento científico del MI5.

La revelación de que la cámara Leica y las mil libras, a sacar del fondo que Chapman llevaba, estaban destinadas a otro espía alemán en Gran Bretaña, «un hombre al que sin duda consideran uno de los agentes más valiosos que tienen operando en este país»^[750], constituía otro indicador de la buena fe de Chapman. Sus controladores alemanes se habían tomado enormes molestias para garantizar que Chapman no descubriera el nombre de ese otro espía, pero el MI5 lo conocía: su nombre era Brutus.

Román Garby-Czerniawsky, alias «Armand Valenty», era un piloto de caza polaco que había dirigido un grupo secreto antinazi en Francia hasta que los alemanes lo capturaron en el año 1941. Después de ocho meses en prisión, los alemanes creían haberle convencido de trabajar para ellos y le permitieron «escapar» a fin de construir una quinta columna polonesa en el Reino Unido^[751]. Garby-Czerniawsky se había entregado a los británicos, y ahora estaba siendo maniobrado con gran éxito como el agente doble «Brutus».

Los controladores alemanes de Garby-Czerniawsky llevaban algún tiempo prometiéndole hacerle llegar más dinero y un equipo fotográfico. Poco antes del aterrizaje de Chapman, las fuentes ultrasecretas habían interceptado un mensaje de la Abwehr entre París y Wiesbaden según el cual le habían entregado a Fritz «dinero y una Leica» con instrucciones de hacérselos llegar a «Hubert», el nombre clave alemán de Brutus^[752]. Chapman, al anunciar su misión de correo, no hacía sino confirmar lo que el MI5 ya sabía.

Ahí tenían nuevas pruebas de que Chapman era «seguro». Sin embargo, la entrega a Brutus del material que Zigzag tenía para él podría plantear un gran quebradero de cabeza: por una parte, necesitarían orquestar y ordenar, no una, sino dos corrientes diferentes de falsa información y, por la otra, a partir de

aquel momento, los dos agentes ya no podrían operar de forma independiente. «A Zigzag se le darán, y tendrá que simular que las obedece, instrucciones que vincularán a Zigzag y Brutus. No nos conviene que estos dos agentes queden vinculados, pero va a ser muy difícil evitarlo»^[753].

Aunque la extraordinaria amplitud de la misión de Chapman permitía un gran campo de acción para engañar una vez más a los alemanes, el MI5 era cauteloso. «Pese a que nadie cree, en ningún momento, que Chapman pudiera estar engañándonos, si hemos de utilizarle para algún tipo de superchería, es incuestionable que debemos clarificar su honestidad más allá de cualquier posible duda»^[754].

Dos únicos aspectos de la historia de Chapman preocupaban al meticuloso Stephens: la lealtad de Chapman hacia su supervisor alemán, Von Gröning, el hombre a quien él llamaba Doctor Graumann, y la relación amorosa entre Chapman y Dagmar Lahlum.

La amistad entre Chapman y Von Gröning se había intensificado en los meses transcurridos, una relación que tal vez pudiera temperar la lealtad de Chapman hacia Gran Bretaña. «Debemos tener muy presente que su relación con Graumann siempre ha sido muy próxima y que le tiene en muy alta consideración»^[755] —escribió Stephens—. Desde su punto de vista, lo considera un antinazi y un liberal». Chapman se apresuró a defender a Graumann, insistiendo en que era «un hombre muy capaz, cauteloso y de grandes recursos, pero que estaba limitado por la poca calidad del material, en cuanto a personal se refiere, que tenía a su disposición»^[756], y añadió que la hermana de su controlador alemán había adoptado a una niña judía; no obstante, las mentes más cínicas en el MI5 se preguntaron si, en caso que fuera cierto, no se trataría simplemente de «un tipo de póliza de seguro de cara al futuro»^[757].

Stephens tenía que contemplar la posibilidad de que Von Gröning y Chapman estuvieran aliados. No había que olvidar que el carácter de Chapman contenía algún elemento desconocido y voluble. El oportunista y el hombre de principios eran uno, puesto que, en observación de Stephens: «Chapman es un sujeto difícil y un porcentaje de sus lealtades se dirigen todavía a Alemania. Uno no puede evitar pensar que, si Alemania estuviera ganando la guerra, Chapman podría perfectamente haberse quedado en el extranjero. En Inglaterra no tiene categoría social, y en Alemania lo aceptan entre los matones. No es fácil juzgar cómo trabaja la mente de Chapman: no puede evitar comparar la vida lujosa que ha llevado entre los alemanes, donde poco le falta para dictar sus propias leyes, y el tratamiento que recibe aquí,

donde todavía teme que le caiga encima el peso de la ley»^[758]. Len Burt, director de la sección especial de la policía y el oficial superior que ejercía las tareas de enlace con el MI5, compartía esas dudas y, sobre la base del historial pasado de Chapman, seguía «bastante convencido de que Zigzag es un hombre que carece de escrúpulos, que chantajeará a quien sea si cree que merece la pena, y que no se detendrá ni siquiera ante la posibilidad de venderse a la oposición, si opina que puede ganar algo con eso»^[759].

El enigma no podía ser resuelto de inmediato. Chapman debía ser observado, y su relación con Von Gröning, investigada: deberían tratarle con guantes de seda, y aunque el MI5 no podía igualar la generosidad de los controladores alemanes de Fritz, al menos, podían intentarlo: «No proponemos, ni tampoco podemos hacerlo, proporcionarle champán para sus comidas, ahora bien, éste es el tipo de cosas con el que vamos a tener que competir»^[760].

La relación amorosa entre Chapman y Dagmar Lahlum, «la inevitable novia»^[761], según la descripción, entre suspiros, de un funcionario del MI5, preocupaba todavía más. Desde el punto de vista de Stephens, Zigzag, al confiarse a esa mujer que no había sido probada, había «metido la pata hasta el fondo»^[762]. Podía traicionarle en cualquier momento y las consecuencias podían ser desastrosas: si Von Gröning caía en la cuenta de que estaba siendo engañado, cualquier información que Chapman enviara a Alemania sería interpretada, correctamente, como contraria a la verdad y, por lo tanto, Zigzag estaría entonces proporcionándole al enemigo información auténtica y no falsa.

Chapman insistía, en voz alta y reiteradamente, que Dagmar no sólo le era leal a él, sino que además era una espía diligente por derecho propio y profundamente antialemana. Explicó cómo la había cortejado, y cómo había debatido contra sí mismo durante meses antes de confesarle la verdad.

—No es una chica «fácil» —protestó—, y estoy bastante convencido de que no fue «plantada» por los alemanes en el café el día que la conocí^[763].

Si le hubiera denunciado, «habría observado de inmediato un cambio de actitud hacia él». Si los alemanes hubieran sospechado de Dagmar, o de él, no habrían aceptado proporcionarle un piso gratis y una asignación mensual. Dagmar gozaba de su «plena confianza». Sin embargo, los supervisores británicos de Chapman opinaban que «la introducción no oficial de esta joven al servicio del gobierno británico» añadía una complicación inesperada y mal acogida.

Los agentes que interrogaban a Chapman constataron su empeño en «hablar de Dagmar Lahlum con cualquier excusa». Regresaba a ese tema una y otra vez, insistiendo en que le había prometido «garantizarle estabilidad económica», y limpiar su nombre después de la guerra: «Uno de sus objetivos será reincorporarla entre sus compatriotas, explicando su trabajo de agente doble en contra de los alemanes»^[764]. La pasión de Chapman parecía lo bastante genuina, pero el MI5 no había olvidado a Freda Stevenson, a quien los servicios secretos británicos seguían manteniendo. «Existía una especie de acuerdo, del que Zigzag, sin duda, ahora se arrepentía, en virtud del cual, si alguna vez regresaba, se casaría con Freda»^[765], apuntaba uno de los agentes, escéptico.

Chapman tenía un triunfo en la mano: relató el modo en el que Dagmar se había enterado del desembarco en Sicilia a través del movimiento clandestino noruego, y añadió que estaba vinculada al movimiento de resistencia. ¿Qué mejor prueba de su buena fe que ésta? El MI5 no lo veía exactamente así. Los servicios de inteligencia británicos mantenían contacto con Milorg, el principal grupo de resistencia noruego, pero juzgaban a la organización de ineficaz y difícil de manejar, y opinaban que tenía una cierta tendencia a filtrar información. Que Dagmar, aparentemente, formara parte de Milorg, y que pudiera haberles revelado la auténtica identidad de Chapman, tan sólo sirvió para enturbiar aún más las aguas. Dagmar estaba trabajando para una organización secreta, asociada a una segunda, y una tercera le pagaba un sueldo: desde el punto de vista británico, la dama tenía demasiados pretendientes. «Dagmar está en contacto con el movimiento clandestino noruego, al mismo tiempo que goza de la confianza de un agente del servicio secreto británico y, en este momento, está siendo mantenida por el servicio secreto alemán»^[766].

La fe de Stephens en Chapman no disminuía, pero instó a la precaución: «No deseo que se me acuse de falta de admiración hacia un hombre valiente, pero me siento en la obligación de advertirles acerca de su extraño carácter. En Inglaterra se le busca por sus crímenes, en Alemania le admiran y el servicio secreto alemán le trata a cuerpo de rey. Resulta natural, por lo tanto, que, a lo largo de los años, haya llegado a sentir desagrado hacia los ingleses en muchos aspectos, y a admirar a los alemanes. No cabe duda de que el afecto auténtico que siente hacia su controlador alemán Graumann sobrepasa la mera admiración. Su ambición actual consiste en instalarse con Dagmar Lahlum en París al final de la guerra. ¿Hacia dónde se dirigen las lealtades de

Chapman? Personalmente, soy de la opinión de que mantienen un equilibrio muy delicado»^[767].

Los seguidores de Chapman, incluyendo a Tar Robertson, señalaron que Zigzag ya había demostrado con creces su lealtad, sin embargo, y frente a eso, estaba su pasado criminal, su afecto hacia Von Gröning y ahora el problema de otro vínculo romántico, uno más. Tras largos debates, las jerarquías del espionaje se pusieron de acuerdo. Se haría una última entrega de «uno de los capítulos más fascinantes de la historia del contraespionaje en la guerra»^[768]. Le darían a Chapman otra oportunidad de demostrar su valía.

El 30 de junio, dos días después de aterrizar, Chapman envió su primer mensaje de radio a Von Gröning, mientras Reed le observaba con aprobación: «ATERRIZAJE DURO PERO TODO OK. ESTOY BUSCANDO UN LUGAR MEJOR. TRANSMITIRÉ DE NUEVO EL JUEVES. DAGMAR»^[769].

Bombas volantes

Gran Bretaña, vapuleada y golpeada durante tanto tiempo, se había preparado para las bombas volantes de Hitler. La propaganda nazi había advertido de antemano de la construcción de una nueva arma con la que Hitler descargaría su venganza por el bombardeo de la Madre Patria y aplastaría finalmente la resistencia británica.

A principios del año 1944, los alemanes enviaron nuevas instrucciones a sus agentes que les ordenaban abandonar Londres lo antes posible, por su propia seguridad. Las primeras bombas robots, propulsadas por un motor de reacción y dirigidas por un sistema de navegación muy rudimentario, empezaron a silbar sobre la ciudad en la noche del 13 de junio. Cada una de ellas llevaba una carga de explosivos que superaba los ochocientos kilos, volaba a alrededor de seiscientos cincuenta kilómetros por hora produciendo un zumbido sordo, parecido al de un insecto venenoso, que se detenía abruptamente al acabarse el combustible y, mientras la bomba caía en picado hacia la tierra, dejaba un silencio fantasmagórico y vacío al que seguía una explosión.

Al principio, las bombas volantes llegaban de una en una o de dos en dos, y después lo hicieron en enjambres. La noche del 15 de junio, doscientos diecisiete misiles cayeron sobre el Reino Unido y cuarenta y cinco de ellos lo hicieron sobre el centro de Londres. Impredecibles y muy difíciles de derribar, las V-1 añadieron una nueva y pavorosa incertidumbre a la vida civil. La gente en tierra se detenía a escuchar con ansiedad el sonido del motor en las alturas, a la espera del repentino silencio. Los británicos, como suelen hacer ellos, a fin de mitigar su pánico a estas nuevas armas atroces, les pusieron un apodo humorístico, *doodlebugs*^[770].

Las bombas volaban a ciegas; ésa era su fortaleza y, al mismo tiempo, su punto débil. No había nadie que informara dónde había caído la carga, y no había manera de dirigirlas a su objetivo con seguridad. En Londres se pudo

observar un patrón: los cañoneros alemanes parecían estar apuntando al centro de la ciudad, pero la mayoría de las bombas caían a tres o cuatro kilómetros de Trafalgar Square. John Masterman llegó a la deducción más evidente: «Estaba claro que los alemanes sólo podían corregir el tiro y garantizar resultados mediante ajustes apoyados en la experiencia, y que los datos debían fundarse, por regla general, en informes emitidos desde este país»^[771]. Si estos informes pudieran ser manipulados, entonces las V-1 podrían ser desviadas hacia otros lugares donde causarían un daño menor.

Cuando Chapman llegó al Reino Unido con órdenes de informar sobre las bombas volantes, la superchería, aunque todavía en pañales, ya se había puesto en marcha. Si los informes de los agentes dobles hinchaban el número de bombas caídas al norte y al oeste de Londres, minimizando al mismo tiempo las que lo habían hecho en el sur y en el este, los alemanes que manejaban las rampas de lanzamiento supondrían, lógicamente, que estaban apuntando demasiado alto y reducirían el alcance. Las bombas volantes ya se quedaban cortas, y mediante un estudiado caudal de falsos informes se podría conseguir que se dirigieran más al sur y al este, alejándolas de las áreas más densamente pobladas del centro de Londres, e incluso hacia las zonas rurales donde caerían sobre campos y bosques. Era indudable que este tipo de engaño tenía sus límites: «Si una bomba caía sobre la catedral de Saint Paul, resultaba inútil, e incluso perjudicial, informar que había caído sobre un cine en Islington»^[772], puesto que los alemanes no tardarían en descubrir la verdad y la credibilidad del agente doble se vería comprometida. Masterman decidió que el Comité 020 debía «decidir hasta qué punto el engaño era posible sin descubrir a los agentes»^[773].

A los obstinados hombres de la inteligencia militar, el plan les parecía claro y lógico, ahora bien, convencer al gobierno británico de que les autorizara a utilizar una estratagema que salvaría a algunos londinenses, pero que sin duda condenaría a otros a la muerte, resultó mucho más difícil. Los políticos adujeron, un argumento, cuando menos, algo peculiar, que dirigir las bombas volantes hacia zonas del país que todavía no habían sido bombardeadas, y que hasta el momento permanecían indemnes, perjudicaría la moral de los ciudadanos, puesto que los residentes del centro de Londres afectados por las bombas ya habían «aprendido a vivir»^[774] (y a morir) con la devastación y eran quienes estaban mejor preparados para enfrentarse a los nuevos bombardeos. Los ministros se mostraron reacios a asumir «la terrible responsabilidad... de dirigir el ataque contra cualquier sector de Londres». Pese a sus escrúpulos, la estratagema se llevó a cabo.

Los bombardeos se intensificaron. A finales de junio alrededor de seiscientos sesenta V-1 habían caído sobre Londres. Los alemanes parecían estar apuntando a la zona de Charing Cross, pero se calculó que el punto medio de impacto era la estación Dulwich, en el sur de Londres. Juan Pujol, el famoso agente doble español a quien los británicos dieron el nombre clave de «Garbo», había propuesto a sus supervisores alemanes proporcionarles información precisa de los puntos de impacto de las bombas: «Podría hacer observaciones diarias... y enviarles por radio un informe exacto de los objetivos alcanzados que le permita a ustedes corregir cualquier posible error de tiro». Garbo adornó sus informes con característicos estallidos de fervor nazi: «No me cabe ninguna duda de que serán ustedes capaces de aterrorizar a este pueblo pusilánime, siempre incapaz de admitir la derrota»^[775].

Los alemanes estaban sedientos de más, y la llegada de Zigzag, con instrucciones específicas de supervisar los daños causados por las bombas constituía el más claro indicador de que los alemanes carecían de suficiente información precisa y que, por lo tanto, eran vulnerables. Chapman también trajo consigo pruebas de la fe depositada por Berlín en un arma de la que «los dirigentes del espionaje alemán estaban convencidos de que había reducido a escombros Londres y la costa del sur del país»^[776].

El 1 de julio, Chapman envió su primer informe, desfigurando la ubicación, la hora y los daños infligidos por las bombas. Siguió transmitiendo un caudal importante de desinformación durante un mes. Los datos tenían que ser meticulosamente coordinados de modo que los agentes dobles involucrados, en especial Zigzag y Garbo, «informaran de incidentes auténticos en el noroeste de Londres, pero proporcionaran como hora de estos incidentes las horas reales de los incidentes del sudeste de Londres. Si lo hacemos bien, esperamos que el enemigo identifique la bomba que cayó en el sudeste de Londres con el incidente en el noroeste de Londres, y que lo marque en ese lugar»^[777]. Tenían que convencer a los alemanes de que siempre apuntaban demasiado alto. En palabras del doctor Reginald Jones, el brillante físico asignado a la inteligencia aérea, «podríamos darles los puntos de impactos correctos de las bombas cuyo alcance supere al habitual, emparejando estos puntos de impacto con la hora de caída de las bombas que, de hecho, se hayan quedado cortas»^[778]. Cuando el enemigo corrigiera el ángulo de tiro, reducirían por lo tanto «el alcance medio»^[779]. La desinformación resultante debía ser entonces cuidadosamente revisada antes que Zigzag la enviara por medio de su radiotransmisor. Todo eso llevaba tiempo. «Resulta esencial —escribió el supervisor de Chapman—, que los

alemanes no perciban la constante presencia de un importante desfase»^[780]. La apuesta era muy fuerte. Si descubrían el juego de Chapman, entonces, en lugar de tomar sus informes como buenos, los alemanes lo interpretarían por lo que eran en realidad, el reverso de la verdad, y en lugar de disminuir el ángulo de tiro, lo aumentarían. En lugar de alejar las bombas del objetivo, Zigzag podría, por inadvertencia, conducir las a él.

Para aumentar la credibilidad de Chapman, se tomaron fotografías de los daños causados por las bombas volantes en diversos puntos alrededor de Londres, para que pudiera enviárselas a los alemanes vía Lisboa. Sin embargo, los servicios de inteligencia aérea vetaron la operación: «Me temo que no podemos aprobar el envío de estas fotos, puesto que, por una parte, podrían tener un valor considerable para el enemigo y, por la otra, es indudable que si no tuvieran valor tampoco le serían demasiado útiles a Zigzag»^[781]. Ahí radicaba el dilema fundamental de operar un agente doble: cómo enviar información que pareciera exacta sin perjudicar al agente.

Los alemanes le habían ordenado a Chapman que les proporcionara informes meteorológicos diarios y lecturas barométricas. El MI5 le preguntó al Comité Veinte si podían enviar estos informes sin comprometer la seguridad. Al fin y al cabo, a Chapman le habían proporcionado dinero más que suficiente con el que comprar un barómetro y, por lo tanto, no tenía ninguna excusa para no enviar las lecturas a sus superiores alemanes. Las autoridades aceptaron, no sin grandes reticencias. Chapman podía enviar las lecturas barométricas pero «introduciendo pequeños errores»^[782].

De los mensajes engañosos de Chapman sólo han sobrevivido algunos fragmentos. El MI5 tomó la precaución de destruir este tráfico, consciente de sus posibles repercusiones si los habitantes del sur de Londres descubrían que estaban siendo sacrificados a fin de proteger el centro de la ciudad. Los servicios de inteligencia alemanes en Oslo recibían los mensajes codificados de Chapman cada mañana, y París lo hacía por las tardes. Al principio, la recepción era mala y fragmentada, pero mejoró después de que Chapman enviara una andanada de insultos. «El tráfico saliente, aparte de las quejas por un servicio lamentable, ha consistido casi en su totalidad en informes sobre el punto y la hora del impacto de las bombas volantes»^[783], informaba el supervisor de Chapman. En las fuentes ultrasecretas no se advertía ninguna pista referente a posibles sospechas levantadas por los informes de Chapman sobre las bombas. Sus controladores británicos estaban encantados: «El canal Zigzag se consideraba indispensable en la superchería de los daños causados por las bombas»^[784].

Aún se sigue debatiendo si este plan sirvió de algo. Como poco, los alemanes nunca corrigieron sus ángulos de tiro y las bombas seguían quedándose cortas antes de caer en los suburbios y en las zonas rurales donde mataron y destruyeron, de eso no cabe ninguna duda, aunque en menor escala. Chapman «no ha perdido la confianza de los alemanes»^[785], escribía John Masterman. Masterman sabía lo que era sufrir un bombardeo. Había permanecido despierto, tendido en el suelo de la barbería del Reform Club, escuchando a las V-1 que sobrevolaban la ciudad, y preguntándose, en el repentino silencio, si la siguiente le destruiría a él. «Los bombardeos me aterraban igual que a cualquiera»^[786], reconoció. Sin embargo, «los añicos» anunciados por la propaganda alemana no se habían materializado. La catedral de Saint Paul, el Reform Club y Masterman sobrevivieron todos a los violentos ataques de las bombas volantes, y le debían su supervivencia, en cierta medida, a un agente doble que tecleaba mentiras en código Morse en un transmisor alemán. Masterman no cabía en sí de felicidad: «El engaño fue un auténtico triunfo... y salvó muchos miles de vidas».

El 25 de julio, el plan de engaño de los bombardeos se suspendió. Los periódicos vespertinos habían empezado a publicar mapas que mostraban los puntos de impacto de las bombas, algo que representaba una amenaza en potencia para la superchería. De todas maneras, las baterías antiaéreas controladas por radar de Estados Unidos habían empezado a derribar a las V-1 en grandes cantidades, y un mes más tarde la amenaza había sido efectivamente neutralizada, aunque las bombas habían conseguido matar a 6184 personas. Chapman informó a sus supervisores alemanes que se iba en busca del «material secreto por el que le habían prometido una importante recompensa»^[787]. Todos conocían el bajo umbral de aburrimiento de Chapman, y también su volubilidad: no parece que su anuncio de ir en busca de objetivos de espionaje más lucrativos hubiera levantado las sospechas de los alemanes.

Chapman había pasado un mes en su piso franco, tecleando obedientemente «los mensajes que el Ministerio del Aire deseaba enviar»^[788], pero se estaba poniendo nervioso: «Si este estado de cosas continúa así, se volverá contra nosotros —escribió su supervisor—. Dedicará su tortuosa mente a imaginar planes para hacer más dinero, lo que sin duda atraerá la atención de la policía. Sería extremadamente embarazoso para nosotros que le arrestaran mientras todavía sigue en nuestras manos»^[789]. Como siempre, la libido de Chapman necesitaba ejercicio constante. Una noche, Reed le acompañó a un conocido bar de alterne en Cork Street y le entregó un billete

de veinte libras: «¡Elige la que quieras! Pero procura estar de regreso en media hora»^[790].

Chapman seguía sin poder pasear a solas por las calles de la ciudad por temor a ser arrestado, puesto que Scotland Yard tenía una excelente memoria. El MI5 se preguntó si no habría llegado el momento de borrar esta memoria. «Creo que sus hazañas hasta la fecha le han hecho ampliamente merecedor de un indulto por los diversos delitos que se le imputan», escribió John Marriott, uno de los abogados del MI5 y ayudante de Robertson. «Estoy de acuerdo»^[791] —escribió Tar—. Bajo la ley constitucional, nadie puede ser indultado por un crimen a menos que haya sido juzgado y condenado. En lugar de ello, desde la sección especial, se informó a las fuerzas de la policía de todo el país que tuvieran algún interés en perseguir a Eddie Chapman que el secretario del interior deseaba que no se llevara a cabo este tipo de procedimiento»^[792]. Se trataba, de hecho, de un indulto, aunque no con ese nombre. «No se debe emprender ninguna acción contra él, al menos no sin habernos consultado de antemano», insistía el MI5^[793]. Sin embargo, nadie le dijo a Chapman que su historial había sido borrado: la amenaza de llevarle a juicio seguía constituyendo un útil medio de presión.

Los responsables del espionaje empezaron a estudiar a continuación el mejor medio de utilizar a Zigzag. El propio Chapman se presentó voluntario para regresar a Francia, afirmando que podría contribuir a «desmantelar cualquier movimiento clandestino alemán que hubiera podido quedar atrás»^[794]. La propuesta fue vetada: el agente doble Chapman tenía más valor en el Reino Unido, alimentando de mentiras al enemigo. «En este punto de la guerra, no se puede aceptar ninguna propuesta que implique el regreso de Zigzag junto a los alemanes»^[795], decidieron sus controladores. Ronnie Reed le invitó a comer en el club RAC, y quedó maravillado por sus contradicciones internas, carentes de cualquier sentimiento de culpabilidad. Chapman le explicó el amor que sentía hacia Dagmar y, acto seguido, proclamó que sentía «grandes deseos de escribir a Freda y comunicarle que había regresado a Londres»^[796]. Reed aceptó transmitir el mensaje, pero le aconsejó a Chapman que le dijera que estaba «muy ocupado y que se comunicaría con ella en unos pocos días»^[797]. Más preocupante aún, Chapman habló de escribir sus aventuras en una «autobiografía»^[798], una iniciativa que el MI5 sofocó de inmediato, señalando que «hasta que no terminase la guerra y, con toda seguridad, durante mucho tiempo después de su fin», le sería «imposible revelar cualquier cosa acerca de su trabajo para los alemanes o para nosotros»^[799]. Chapman respondió malhumorado que,

aun así, quería escribir una crónica «mientras todavía tenía frescas sus hazañas en la memoria»^[800]. Prometió limitar sus recuerdos a sus «antiguas actividades delictivas»^[801], pero el MI5 no quedó nada convencido.

Chapman había proporcionado muchas pruebas de la preocupación de los alemanes por la vulnerabilidad de su flota de submarinos. Tar llegó a la conclusión de que la mejor manera de «estimular el interés de Zigzag»^[802], y de desconcertar al enemigo, consistiría en aprovecharse de estos temores, enviando «material engañoso referente a los detectores de submarinos»^[803]. Elaboraron un nuevo plan: Chapman enviaría un mensaje a sus controladores explicándoles que había localizado la factoría en el norte de Inglaterra donde se fabricaba un nuevo sistema de detección de submarinos, pero que no había podido obtener el dispositivo porque la factoría «funcionaba constantemente»^[804]. Más tarde, anunciaría que había conseguido «robar un documento y fotografías en un despacho del edificio»^[805]: podía transcribir y enviar el documento por radio, y hacerles llegar las fotografías vía Lisboa. Resulta innecesario aclarar que ambos serían falsos.

Gracias a las fuentes ultrasecretas y al espionaje tradicional, los británicos sabían que la marina alemana estaba alarmada por el creciente número de bajas entre sus submarinos, y que sospechaba que el enemigo disponía de algún tipo nuevo de arma. De hecho, los alemanes se equivocaban. Como observó Ewen Montagu, de la inteligencia naval, «el aumento del número de hundimientos de *U-boot* se debía a otros dispositivos, en especial a la mina Mark XXIV, y a Ultra, que interceptaba y descodificaba las transmisiones de los submarinos»^[806]. La única arma, y la más significativa, utilizada por los británicos en la guerra submarina consistía en la capacidad de detectar y leer las radiotransmisiones de los submarinos. No obstante, si los alemanes creían que se estaba utilizando algún otro tipo de potente nueva arma submarina, ese temor debía ser alentado y ampliado. Como siempre que se dedicaban a los engaños, el MI5 permaneció lo más cerca posible de la verdad, al mismo tiempo que colocaba sus mentiras.

Los destructores, fragatas y corbetas británicos habían sido equipados en el reciente pasado con un dispositivo llamado «Erizo», una bomba de mortero que estallaba al impactar contra un submarino. Las fuentes ultrasecretas revelaron que la inteligencia alemana había descubierto el Erizo gracias a «conversaciones descuidadas con los marinos mercantes»^[807]. Los alemanes ya sabían alguna cosa acerca de las armas, lo que permitía incluir una gran cantidad de desinformación en una poca información: «No deberíamos revelar detalles de su diseño y construcción, pero sí que podríamos aumentar sus

hipotéticos alcance y efecto explosivo y, más importante aún, intentar convencer [a los alemanes] de que están equipados con detonadores de proximidad que estallan cerca del objetivo sin que en realidad, hayan impactado»^[808]. Este «detonador de proximidad» activaría, supuestamente, otras cargas de profundidad una vez localizado el submarino. El dispositivo en cuestión, por supuesto, no existía, sin embargo, al convertir al humilde Erizo en una bestia de ferocidad aterradora, la inteligencia naval confiaba socavar todavía más la moral de los alemanes, y hacer que la flota de submarinos extremara la cautela antes de atacar a los convoyes. Más importante aún, si los comandantes de los submarinos temían que la Royal Navy dispusiera de un dispositivo propulsado por un cohete que podía cazarlos en el fondo del océano, disminuía la probabilidad de que se sumergieran a gran profundidad: cerca de la superficie resultaban más fáciles de destruir.

Chapman, disciplinado, envió un mensaje en el que explicaba que había oído hablar de este «detonador de proximidad», de un tamaño algo menor que una carga de profundidad normal, desarrollado por Cossor's, que permitía atacar a los submarinos sumergidos a gran profundidad. La reacción fue alentadora: «Tras pasarle la información a la marina alemana, la Abwehr le respondió a Zigzag exigiéndole con insistencia, y entre grandes alabanzas, que consiguiera más detalles»^[809]. Chapman informó (incorrectamente) que «toda la producción secreta de Cossor's se está ahora fabricando en Saint Helens»^[810], y anunció que se dirigía al norte a fin de intentar recabar más información. Se había montado el escenario de la Operación Calamar.

Mientras el almirantazgo repasaba los detalles, alentaron a Chapman a salir a divertirse. Todavía valía la pena «mantener contento» al agente Zigzag^[811], aunque, entre bastidores había empezado a introducirse una amargura evidente en la relación entre Chapman y los servicios secretos británicos cuyos motivos tenían muy poco que ver con la guerra y todo que ver con el carácter de las personas, el elemento central que configura la intriga y la trama del espionaje.

El papel de Ronnie Reed en el caso Zigzag tocó repentinamente a su fin cuando le destinaron al ejército norteamericano a ocupar el puesto de oficial de enlace de inteligencia en Francia. En los dos últimos años, el prestigio de Reed (y también su bigote) no había dejado de crecer y aceptó entusiasmado la «maravillosa experiencia» de visitar Francia por primera vez^[812]. Para Chapman, sin embargo, la marcha de Reed constituyó un golpe muy duro. Los dos hombres se habían tomado un gran afecto mutuo, tras los muchos

momentos de ansiedad compartidos inclinados sobre el radiotransmisor. El día de la marcha de Reed, en el momento de despedirse, Chapman le entregó a su supervisor un pequeño paquete envuelto en papel de seda en cuyo interior, y todavía en su estuche de cuero, se hallaba la Cruz de Hierro de Chapman. Se trataba de un gesto espontáneo, algo muy habitual en él, de admiración y de amistad que conmovió profundamente a Reed.

Para sustituir a Reed en el puesto de controlador de Zigzag, Tar Robertson nombró a un hombre que no podría haber sido más diferente, o menos del gusto de Chapman, un extraño y calamitoso error de juicio.

El comandante Michael Ryde era un oficial seco y aferrado al reglamento, cuyo sentido de rectitud moral estaba tan excesivamente desarrollado como poco desarrollado estaba su sentido del humor, y que tenía un problema con el alcohol. Hijo y nieto de tasadores colegiados de la propiedad, Ryde se había casado con la única hija de *sir* Joseph Ball, un conocido chanchullero político y director de la sección de investigación del MI5. Justo antes del estallido de la guerra, Ball había impulsado el ingreso de su yerno en los servicios de



seguridad; durante tres años, Ryde había llevado a cabo un trabajo de despacho excepcionalmente aburrido ejerciendo tareas de oficial de enlace de la seguridad nacional en Reading y había sido ascendido hacía poco tiempo al B1A. Ryde era inteligente, quisquilloso y moralizador; cuando estaba sobrio podía ser encantador, pero era muy desagradable cuando estaba borracho. Entre él y Chapman, fue odio mutuo a primera vista. En la maraña de las lealtades de Chapman, acababa de aparecer una irónica simetría. Se veía en la obligación de traicionar a su mejor amigo, un alto funcionario del espionaje alemán, en nombre del deber hacia su patria, pero el hombre que tendría que haber sido su aliado en esta empresa se convertiría muy pronto en su peor y más acérrimo enemigo.

Ryde opinaba que su vulgar nuevo pupilo constituía un estorbo y una vergüenza, y ya muy pocas horas después de aceptar el puesto, se había marcado la meta personal de expulsar a Chapman del servicio secreto británico a la primera oportunidad posible.

27

A los perros

Mientras la guerra se acercaba vacilante a su apoteosis final, los servicios secretos británicos miraban hacia el futuro y empezaban a ver sus redes de espionaje bajo una nueva luz. El espionaje en tiempos de guerra era un negocio sucio, y Chapman no fue, en absoluto, la única persona de carácter dudoso que encontraría un hogar en el MI5. Sin embargo, y ante la posibilidad de la victoria, un individuo perteneciente a la jerarquía de los servicios de inteligencia se preguntaba a sí mismo si podría haber, o mejor, si debería haber, un lugar en el servicio para un sinvergüenza como Eddie Chapman.

El nuevo supervisor de Chapman, el comandante Ryde, su nuevo y constante compañero, constituía una tortura para ambos, puesto que pocas parejas pueden resultar más inadecuadas que la formada por el jaranero delincuente y su patricia sombra. Chapman insistía en salir, aprovechando cualquier oportunidad, con cargo al MI5. Las ochenta libras de dinero de bolsillo y los cincuenta cupones de ropa que le habían entregado a su llegada se habían evaporado a los pocos días. Chapman pidió más, recordando que el día que descendió en paracaídas el mes anterior, traía consigo seis mil y una libras en su maleta. Ryde le informó con aspereza que los billetes de diez libras estaban caducados y eran inutilizables. Chapman, aunque «muy desagradablemente sorprendido»^[813] no se inmuto, y exigió que le permitieran quedarse con el resto del dinero que había llevado. El MI5, «no sin una cierta aprensión»^[814], vio cómo el dinero pasaba a manos de diversos propietarios de casinos del Soho, y de algunos camareros.

Ryde le iba detrás, resentido. «He pasado bastante tiempo junto a Zigzag, a costa de un cierto grado de aburrimiento y de una cierta cantidad de dinero gastada en distraerle»^[815], se lamentó. Ryde no tenía nada contra beber en exceso, antes bien, todo lo contrario. Lo que no quería era tener que beber en compañía de individuos de la calaña de Eddie Chapman.

A principios de agosto, Ryde solicitó una reunión con Tar Robertson para hablar del caso Zigzag y, en la medida de lo posible, cerrarlo. Ryde informó que Chapman, «en aquel momento» parecía «muy descontento»^[816], salía caro, era propenso a los cambios de humor, y gozaba de una mala reputación manifiesta. «Se le ha visto en malas compañías, la de algunos boxeadores profesionales con quienes ha visitado los lugares más en boga» y «siempre en compañía de hermosas mujeres»^[817], una ofensa que sugiere que Ryde sentía más envidia que desaprobación. El controlador de Zigzag escribió un informe que concluía así: «El caso Zigzag debe ser cerrado lo antes posible»^[818]. Los superiores de Ryde le llamaron de inmediato al orden. John Masterman insistió en que la palabra «antes» fuera sustituida por «más tarde»; Tar, de acuerdo con Masterman, recalcó que el caso debería cerrarse sólo cuando fuera «conveniente» hacerlo, y no antes. Dolido, Ryde se echó atrás, sin embargo, ahora tenía a Chapman en su punto de mira y empezó a acaparar toda la munición que pudiera encontrar.

Robertson invitó a Chapman a comer en su club y le encontró muy resentido y furioso contra Ryde, quejándose amargamente «por el modo en que se estaba llevando su caso»^[819]. Tar le preguntó por sus planes de futuro, y aunque Chapman «no parecía tener las ideas demasiado claras sobre ese tema»^[820], habló en términos muy vagos de abrir un club nocturno, o de dirigir un bar, o de trabajar para el MI5 después de la guerra. «Es evidente que está bastante agitado y es muy posible que permanezca así mientras le sigamos pidiendo que lleve a cabo la bastante monótona tarea de teclear sobre un interruptor al son de nuestras instrucciones»^[821].

Las relaciones entre Chapman y Ryde parecían estar alcanzando el punto de máxima crisis, no obstante, en otros aspectos, el caso Zigzag iba avanzando de forma satisfactoria. Los alemanes parecían confiar en él con la misma devoción que siempre. A principios de agosto, Von Gröning había enviado un mensaje en el que, por una parte, le pedía a Chapman que sugiriera un método para entregarle la cámara y el dinero al otro espía alemán y, por la otra, le daba instrucciones de encontrar «una persona adecuada, que pudiera observar y controlar las formaciones de bombarderos en los aeródromos de Anglia Oriental»^[822]. El Ministerio del Aire había vetado cualquier simulación en este campo y, en consecuencia, Chapman se quedó atascado; respondió que seguía buscando un colaborador, puesto que «los amigos en quienes había confiado poder utilizar para este propósito están en prisión, o no están disponibles»^[823].

La Operación Calamar, el plan que tenía por objeto convencer a los alemanes de que el Reino Unido poseía un arma nueva y devastadora capaz de detectar y de destruir submarinos, pasó a la siguiente fase. El engaño tomaría dos formas. La primera consistía en hacerles llegar a los alemanes, en secreto y vía Lisboa, una fotografía «robada» que supuestamente mostraba un «detector de proximidad» antisubmarinos sumergible que, por supuesto, no existía. En la fotografía, aparecía una auténtica carga de profundidad Erizo junto a la que se había colocado una regla de cuarenta y cinco centímetros de largo, trucada de modo que pareciera tener sólo quince centímetros de longitud, y que le daba a la carga de profundidad el aspecto de ser la tercera parte de su tamaño real. Chapman les explicaría a los alemanes que había sobornado al tripulante de un buque mercante que se dirigía a Lisboa; el marinero, tras ser convencido de que estaba pasando drogas de contrabando, transportaría la foto, que viajaría escondida «en un condón introducido en el interior de una lata de Sales Epsom»^[824] (sulfato de magnesio, un tipo de purgante). En realidad, el MI6 en Lisboa fue quien actuó de «correo», y uno de sus agentes, disfrazado de marinero, les entregó la fotografía trucada enlatada a los alemanes, que reaccionaron exactamente según lo esperado: «Después de haber recibido la foto, la Abwehr estaba ansiosa por tener todos los detalles del detonador», escribiría Ewes Montagu^[825].

Zigzag, siempre voluntarioso, se prestó a complacerles. Con la ayuda del profesor Geoffrey J. Gollin, el brillante asesor científico de la división de inteligencia naval, Montagu escribió una falsa carta del profesor A. B. Wood, un experto en acústica submarina del laboratorio de investigación del almirantazgo en Teddington, dirigida a un científico en la factoría de municiones en Cossor's llamado Fleming. En esa carta alababa las virtudes de un nuevo dispositivo antisubmarinos ultrasecreto. Chapman les reveló a sus controladores alemanes que había descubierto la carta en las oficinas de Cossor's en Manchester y que la había copiado. A continuación envió la falsa carta por radio, transcrita al pie de la letra:

Estimado Fleming.

Estoy seguro de que se sentirá tan complacido como yo al enterarse de los resultados de las últimas pruebas del Calamar.

Una desviación estándar de más o menos cinco metros constituye una fantástica mejora del antiguo método de averiguar la profundidad, y mi única queja es que nuestro objetivo actual sea incapaz de alcanzar una mayor velocidad.

Indudablemente, trece nudos es la máxima velocidad que el enemigo será capaz de alcanzar en esta guerra, pero debemos siempre mantenernos un «paso» adelante, y ¡mejor aún, dos pasos!

He pensado que le gustaría ver las fotos del dispositivo remoto del detonador de carga de profundidad que se acopla directamente al controlador del indicador Mk J del Calamar (siguiendo la propuesta del fallecido capitán Walker).

Espero poder visitar Manchester de nuevo en un futuro cercano y mantener otra de nuestras charlas, que tan fructíferas han demostrado ser a lo largo de los tres últimos años.

*Atentamente
Profesor A. B. Wood^[826]*

El capitán Walker no existía, ni tampoco el «controlador del indicador Mk J» ni, desde luego, tampoco ninguna carga de profundidad capaz de detectar un submarino a una distancia de cinco metros y, a continuación, de perseguirlo a una velocidad de trece nudos. Sin embargo, sí que existía un Fleming, Ian Fleming, el futuro creador de James Bond, que, en aquel momento, trabajaba al servicio de la inteligencia naval. Es posible que Fleming participara en este subterfugio diseñado para alimentar al máximo la ansiedad entre los comandantes de los submarinos alemanes y mantenerlos lo más cerca posible de la superficie. Ewen Montagu proclamó que la operación había constituido un triunfo. «Nunca descubrimos qué análisis habían hecho los servicios de inteligencia alemanes de esta información, pero la reacción de la Abwehr parecía indicar que había sido muy favorable»^[827].

Pese al excelente resultado de la Operación Calamar, Ryde siguió haciendo todo lo que pudo para minimizar ese éxito. «Dudo que exista la más mínima oportunidad de que estas fotos lleguen a Berlín —escribió—. A menos que el almirantazgo insista en que sigamos adelante con el caso, estoy convencido de que deberíamos cerrarlo y separarnos de Zigzag lo antes posible, recompensándole con la prima económica, si es que se le entrega alguna, que creamos que se merece...»^[828]. Ryde parecía más determinado que nunca a expulsar a Chapman, y los preparativos de la entrega de la cámara a Brutus ofrecían esta oportunidad. Se decidió que Zigzag buscaría el medio de dejar el dinero y la cámara en un paquete marcado en la consigna de una estación de ferrocarril, pero mientras se organizaba la entrega, los

alemanes enviaron un mensaje por radio insinuando sus dudas acerca de la lealtad de Chapman. El controlador alemán de Brutus escribía que no deseaba que su agente estableciera contacto directo con Fritz, puesto que este último no era, en su opinión, «demasiado fiable»^[829]; el contenido de este mensaje podría no haber reflejado más que rivalidad interna, un director de departamento cuestionando la dependencia de otro director de departamento de su agente, pero a Ryde le bastó para declarar que los alemanes «dudaban de la integridad de Zigzag»^[830].

Las sospechas alemanas, escribió Ryde, podían haber sido alimentadas, además, por las declaraciones, ampliamente difundidas, respecto a la V-1 realizadas en el Parlamento por Duncan Sandys, el ministro que presidía el comité de bombas volantes del gabinete de la guerra. Sandys había dejado escapar determinados detalles esenciales referentes a las zonas de Londres afectadas por los bombardeos. «Si se comparan en detalle los mensajes enviados por Zigzag con el reciente discurso pronunciado por Duncan Sandys en el Parlamento, se pueden apreciar discrepancias muy serias que podrían hacer saltar el caso por los aires»^[831]. Por otra parte, también estaba la cuestión de Dagmar. «La novia que dejó atrás en Oslo podría representar un peligro para Zigzag»^[832], escribió Ryde, debilitando lenta pero implacablemente la credibilidad de su propio agente. Cuando se sugirió la posibilidad de que Chapman continuara trabajando para el MI5 después de la guerra, Ryde escribiría, muy despectivo: «Parece poco probable que sea capaz de llevar una vida privada adecuada a un empleo en el MI5»^[833]. También señaló que el valor de Chapman dependía de su relación con Von Gröning y que, al acabar la guerra, este vínculo perdería todo su valor.

Chapman, ajeno a las maquinaciones de Ryde, había descubierto una nueva y lucrativa distracción. Gracias a algunos de sus antiguos contactos criminales, se había enterado de que las carreras de galgos en el sur de Londres estaban siendo «amañadas». En connivencia con sus propietarios, algunos de los perros eran alimentados con unas albóndigas que contenían Luminal, una droga antiepiléptica. El Luminal, un débil hipnótico, no tenía ningún efecto visible hasta que el animal, en general el favorito, había corrido una cierta distancia, entonces perdía velocidad. A cambio de algún favor, a Chapman le informaban de las carreras en las que algún galgo había sido dopado y entonces apostaba grandes sumas al segundo favorito, lo que le solía reportar un sustancioso beneficio que se repartía con su informante.

Una tarde del mes de agosto de 1944, Chapman regresó a su piso franco con varias horas de retraso sobre su hora establecida para transmitir a

Alemania, y explicó, sin darle demasiada importancia, que volvía del canódromo. «Zigzag se está buscando su propia ruina»^[834], su oficial del caso resopló. Chapman, informó Ryde, «estaba ganando considerables sumas de dinero apostando a los ganadores de unas carreras amañadas de antemano»^[835], informó su supervisor, hinchado por la alegría que le proporcionaba el poder disponer de otro argumento más, y de uno que le permitía, además, una ironía así de conveniente. Al recriminarle este hecho, Chapman recalcó, encolerizado, que lo único que hacía era sacarle beneficios a la información obtenida de sus contactos, una técnica no demasiado diferente de la del espionaje. Ryde, por supuesto, no lo entendió así. «Aprovecharse del trabajo sucio de otras personas para desplumar a los corredores de apuestas no puede ser considerado una ocupación deseable», respondió, altanero y despectivo^[836].

Masterman y Robertson, muy reticentes y bajo una intensa presión, reconocieron que, tal vez, Chapman ya hubiera «cumplido su cometido»^[837]. Aun así, se resistieron a dejarlo marchar. Tar insistió en que Chapman había «realizado un trabajo excelente y que había demostrado una gran valentía»^[838], y que si el caso se cerraba, entonces, deberían tratarle de un modo adecuado, «recompensándole con una cantidad de dinero bastante significativa»^[839]. Robertson, de acuerdo al paternalismo que siempre había demostrado, se preguntó si tal vez podía dirigir a Chapman por el correcto camino mediante un trabajo legal. Le explicaron a Chapman que «si pudiera proponer algún negocio firme, tal vez no sería del todo imposible que pudiéramos ayudarle con el capital necesario»^[840]. Eddie pareció reaccionar entusiasmado, y sugirió abrir un club nocturno en el West End, o un hotel en el Southend (el hotel de Ship Hope estaba a la venta, dijo) a fin de poder estar cerca de Freda y Diane. Ryde señaló que permitir que alguien con un historial delictivo tan largo pudiera abrir y regentar un negocio autorizado para la venta de bebidas alcohólicas sería «tirar el dinero», puesto que la policía se limitaría a «cerrarlo en el mismo instante en el que se enteraran que Chapman participaba en el negocio». El único sistema de instalar a Chapman como hotelero consistía en alertar al jefe de la policía local y explicarle la situación: «Si este último, pese al historial pasado de Zigzag, parece dispuesto a proporcionarle a la empresa de Chapman una oportunidad justa, siempre y cuando el hotel sea regentado de forma correcta, entonces, tal vez, valga la pena seguir adelante con la propuesta de Zigzag». Ryde dudaba que cualquier jefe de policía aceptara esta proposición, o que Chapman pudiera evitar

meterse en líos: «Resulta evidente que no podemos ayudarle económicamente si su concepto de negocio consiste en trabajarse a los perros»^[841].

Según había predicho Ryde, Chapman rondaba de nuevo sus antiguas guaridas, el Club Shim-Sham y el Nite Lite, y estaba recuperando sus antiguas costumbres. El tirón de la hermandad de delincuentes se hacía cada vez más fuerte, aunque sus años de agente secreto le habían cambiado: su principal lealtad se dirigía al Reino Unido y a la otra fraternidad secreta de la que ahora formaba parte. En una ocasión en la que Ryde le insinuó a Chapman que sus días de agente secreto podían estar contados, éste respondió ofendido que «si ya no necesitan mis servicios» iría a «buscar a los norteamericanos»^[842].

Chapman, ya a salvo de la persecución de la justicia gracias al «indulto» no oficial concedido por el ministro del Interior, fue autorizado a moverse por Londres con algo más de libertad, aunque Ryde le siguiera a una cierta distancia, observando, chasqueando la lengua en desaprobación y acumulando pruebas. El gestor de espías espía ahora, diligente, a su propio espía: «He visto a Zigzag dirigirse a un noruego y hablarle en noruego, lo he visto en compañía de individuos muy indeseables, hablando con una judía alemana en alemán, y en francés con un francés; le he oído hablar con un hombre que tiene un conocido historial criminal en París en un tono que dejaba translucir sin lugar a dudas que Zigzag había visitado esa ciudad en los últimos meses»^[843]. Chapman, informó Ryde a sus superiores, deseaba escribir unas memorias de sus hazañas: ¿cuánto tiempo pasaría antes que su fanfarronería natural se impusiera en él y empezara a alardear de ellas ante sus amistades?, especuló. «Cuando estoy presente, puedo poner freno a estas indiscreciones», «pero no hay manera de conocer el contenido de sus conversaciones en mi ausencia»^[844].

Una vez más, los superiores de Ryde rechazaron su propuesta. Cualquiera que fuera su comportamiento personal, Chapman seguía siendo una persona en quien confiaban: «La guerra puede terminar en cualquier momento, y entonces, se perderá cualquier contacto con los alemanes y su caso morirá de una muerte natural»^[845]. Si eso ocurriera, deberían dejar marchar a Chapman con tacto y generosidad, y deberían explicarle que «la necesidad de cerrar el caso no significaría desaprobación, sino que la situación bélica nos obliga a tomar esa decisión»^[846].

Ryde refunfuñaba y urdía nuevos planes: «En mi opinión, cada vez está más claro que existen ciertas amenazas graves a la seguridad que, en el caso de un individuo como Zigzag, resultan imposibles de evitar»^[847]. A Ryde le

estaba costando más de lo previsto acabar con Zigzag: cada vez que creía tener a Chapman al borde del abismo, éste recuperaba el equilibrio con otra demostración de su valía. Von Gröning seguía enviando mensajes de apoyo, y exigiendo siempre más información: «Intente conseguir las últimas ediciones de los informes mensuales antisubmarinos publicados por la división de guerra submarina del almirantazgo... muy importante»^[848]. Von Gröning felicitó a Fritz por su actuación en repetidas ocasiones: «El informe general es de gran interés»^[849].

El 8 de septiembre, Alemania lanzaba su primer ataque de bombas V-2 contra París y Londres. La V-2 era una criatura muy diferente a su predecesora: uno de los primeros misiles balísticos propulsados por oxígeno líquido y alcohol, esta bomba-cohete tenía un alcance de más de trescientos cincuenta kilómetros, volaba a una velocidad diez veces mayor que la V-1 y su cabeza cónica iba cargada de unas dos toneladas de potentes explosivos. Chapman había oído hablar de esta bomba en Francia, y había advertido a los servicios de inteligencia británicos de la existencia de un «cohete radiocontrolado que será de mayor tamaño, muy caro en combustible, y de construcción muy costosa»^[850]. Von Gröning le dio instrucciones a Chapman de localizar, una vez más, los objetivos de las nuevas bombas. «Siga enviando datos informando de los lugares y las horas de las explosiones. ¿Son ahora más frecuentes?»^[851]. Los ataques de las V-2 solían ser devastadores, la explosión de una única bomba que cayó sobre los grandes almacenes Woolworth's mató a ciento sesenta personas; Chapman, sin embargo, en su respuesta, minimizaba los efectos: «He oído muchos rumores de explosiones de gas y de transformadores, pero ninguna información sobre las causas. Sigo investigando»^[852].

En el transcurso de su visita al cuartel general de la Luftwaffe en Berlín, le habían mostrado a Chapman fragmentos del equipamiento de radar de los cazas nocturnos británicos, y éste había observado que los fragmentos llevaban grabados unos números de serie. Le pidió a Von Gröning que le transmitiera una lista completa de estos números de serie, y así poder, en teoría, robar el dispositivo correcto; de hecho, se trataba sobre todo de que el Ministerio del Aire se hiciera una idea clara de qué era exactamente lo que habían recuperado los alemanes. Desde el MI5 se decidió además que una demostración de petulancia mantendría el interés de Von Gröning. Chapman transmitió un mensaje en tono encolerizado en el que se lamentaba de no recibir el apoyo suficiente, y en el que informaba que necesitaba más dinero

con urgencia. También preguntó, sin rodeos, si el servicio secreto alemán tenía la intención de mantenerle económicamente una vez finalizada la guerra.

Chapman no podía saberlo, pero durante su ausencia, Hitler había destruido lo que quedaba de la Abwehr. El 20 de julio, el oficial alemán Claus von Stauffenberg intentó asesinar a Hitler introduciendo un maletín-bomba en la sala de conferencias de Wolfsschanze, «la guarida del lobo», el puesto de mando del frente oriental en Rastenburg, Prusia; un intento que acabó en fracaso. El artefacto estalló contra la pesada pata de una mesa de roble que probablemente protegió al Führer de toda la fuerza de la explosión. Chapman no hubiera cometido un error tan elemental. Cinco mil militares alemanes fueron arrestados a consecuencia del fracasado complot del 20 de julio, incluyendo a Canaris y a su ayudante, Hans Oster, quienes fueron juzgados, acusados de traición, condenados y colgados. No parece que Von Gröning hubiera participado en el complot pero, sin duda, su condición de oficial de la Abwehr de la antigua escuela y sus opiniones antinazis, le habrían puesto bajo sospecha.

La reacción de Von Gröning a la queja de Chapman llegó tras varios días de espera, un mensaje insólito, y extrañamente conmovedor, el de un hombre orgulloso cuyo mundo se derrumbaba a su alrededor:

LA SITUACIÓN DE LA GUERRA NO TIENE POR QUÉ AFECTAR A SU REGRESO, Y NO LO HARÁ. HAGA SUS PROPUESTAS CUANDO LO CREA NECESARIO Y RECIBIRÁ USTED TODO NUESTRO APOYO OCURRA LO QUE OCURRA. MI CASA FUE DESTRUIDA POR LAS BOMBAS MIENTRAS YO ESTABA EN SU INTERIOR, DE LO CONTRARIO, HUBIERA CONTESTADO ANTES^[853].

La residencia familiar de los Von Gröning en Bremen, todo un símbolo de cinco plantas de prestigio aristocrático, había sido destruida por los bombarderos aliados. La casa, en aquel momento, estaba vacía: hacía ya mucho tiempo que la cocinera, el chófer, el mayordomo, el jardinero, las doncellas y el resto de los sirvientes habían sido despedidos. El carruaje dorado había sido robado y los automóviles de la familia, requisados. Los cuadros, antigüedades, porcelanas, plata y otros valiosos *objets d'art*^[854] de Von Gröning, los restos de su gran herencia, habían estado almacenados en el ático, y todo ello había quedado destruido. El único objeto de valor recuperado de entre los escombros era una placa plateada grabada con los nombres de sus camaradas caídos de los Dragones Blancos.

28

Caso cerrado

Chapman se imaginó a su viejo amigo, sentado sobre las ruinas de su vida privilegiada destruida por las bombas, bebiendo para olvidar. Le conmovió la grave situación en la que se encontraba Von Gröning:

LAMENTO MALAS NOTICIAS, NO BEBA DEMASIADO. ME VOY A MANCHESTER A HACER EL TRABAJO. ¿ES POSIBLE RECOGIDA EN COSTA NE? ¿PUEDE DARME DIRECCIÓN SEGURA EN FRANCIA? ENVÍE POR RADIO POSIBILIDAD PARA JIMMY O PARA MÍ DE IR A FRANCIA. TAMBIÉN NECESITO DINERO FRANCÉS.

DAGMAR^[855].

El mensaje de Von Gröning había insinuado la existencia de un plan de seguir trabajando en operaciones de espionaje con Chapman, «ocurriera lo que ocurriese». Los Aliados eran profundamente conscientes del riesgo de aparición de grupos de resistencia nazi en Alemania que siguieran la lucha después de la guerra. A instigación de Himmler, unos nazis intransigentes y fanáticos de las SS ya estaban creando un grupo partisano, una organización llamada Werewolf, «Hombre Lobo», que, en caso de ocupación, tenían la intención de prolongar la guerra mediante una campaña de guerrillas en Alemania. Ryde reconoció de mala gana que el mensaje de Von Gröning arrojaba una nueva luz sobre el caso Zigzag, puesto que constituía la prueba de que el controlador alemán de Zigzag «tiene en mente un plan de posguerra y, en este momento, existe un motivo real que justifica mantener el caso operativo»: descubrir «si Graumann tiene la intención de continuar trabajando tras la derrota final y completa de los alemanes». Si Chapman podía «conseguir que los alemanes montaran una expedición para ir a recogerle en algún lugar del mar del Norte»^[856], informaba Ryde, entonces podrían organizar una emboscada.

Von Gröning cumplió su promesa y, al día siguiente, envió una lista completa de todos los números de serie grabados en el material recuperado de los aviones británicos derribados, «una colección de palabras, figuras, puntos y barras»^[857], que no hacía sino sumarse a la excelente información obtenida antes. El Ministerio del Aire se puso manos a la obra para identificar los diversos fragmentos de maquinarias. Montagu, de la inteligencia naval, no cabía en sí de alegría: «Los alemanes le han proporcionado al agente una información ultrasecreta que revela su nivel de conocimiento... por otra parte, ignorábamos que los alemanes conocieran algunos de los puntos contenidos en esa lista, pese a la información obtenida a partir de las fuentes ultrasecretas»^[858]. Se rechazó una nueva propuesta de lanzar otro plan de engaño basado en la información de los cazas nocturnos, sobre la base de que «lo que saben los alemanes raya la indecencia e intentar manipular la información en este punto es demasiado arriesgado»^[859].

Ryde echaba chispas. Chapman se le había escapado de nuevo y, para empeorar las cosas, Robertson le había dado instrucciones de negociar una compensación con este desagradable joven y decidir si «deberíamos complementar, de nuestros propios fondos, lo que Zigzag ha recibido de los alemanes»^[860]. El dinero estaba desapareciendo a ojos vista. «Insisto en que tenemos la obligación de llegar a un acuerdo justo con Zigzag —escribía Tar—, puesto que ha prestado un inmenso servicio a su patria»^[861]. Se propuso la suma de cinco mil libras, «como el medio de saldar nuestra deuda hacia él y de hacerle comprender a Zigzag que nosotros le damos al trabajo que ha hecho a nuestro servicio el mismo valor que le dan los alemanes al trabajo que ha hecho para ellos»^[862].

Una noche, en una tensa conversación con Ryde, Chapman observó que esperaba «un tratamiento justo» por parte de los servicios secretos.

—¿Podría darme alguna idea aproximada de lo que tiene usted en mente? —le preguntó Ryde, entre dientes.

—Bueno, el día que regresé aquí, los alemanes me entregaron seis mil libras —respondió Chapman.

Ryde replicó que «de las seis mil libras que había llevado consigo, mil estaban destinadas a otra persona y, en consecuencia, había recibido cinco mil libras de los alemanes».

Ryde apenas podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo, que él tuviera que regatear con un individuo así. Le recordó a Chapman que también se había quedado el dinero de su primera misión, y que debería estar agradecido. «El argumento no pareció inmutar a Zigzag», quien señaló secamente que,

hasta el momento, todo su caso «sólo le había costado al gobierno británico alrededor de doscientas libras».

—Creo que, sobre este punto, debería usted sentirse satisfecho^[863], —le dijo Ryde, aplicando toda la pomposidad, muy considerable, de la que era capaz y que, sin embargo, no consiguió «impresionar lo más mínimo» a Chapman; la discusión terminó en un punto muerto, en acritud, e incluso en una mayor antipatía mutua.

A tenor de las apariencias, los alemanes se sentían mucho más generosos. Chapman había enviado un mensaje exigiendo, «al menos, seis mil libras que le debían ser entregadas por paracaídas»^[864]. Los alemanes respondieron que preferían enviar el dinero vía Lisboa, tal vez por medio del «marinero fiable» que había entregado las fotografías^[865], pero, en caso de que no fuera posible, prometían entonces dejar caer el dinero desde el aire. «Este tipo de promesas suelen estar vacías»^[866], insistía Ryde, olfateando al mismo tiempo una nueva oportunidad de acabar con su agente.

La Abwehr, en el pasado, solía entregarles a sus agentes billetes británicos falsificados, una medida de ahorro, aunque bastante estúpida, puesto que varios espías nazis fueron descubiertos al intentar utilizar ese dinero falsificado. «Creo que, si queremos cerrar el caso Zigzag, sería importante destruir su fe en los alemanes —escribió Ryde—. El único interés que tiene Zigzag en este caso es el dinero que puede sacar de ello; si pudiéramos conseguir el dinero y, a continuación, demostrarle que es falso, habríamos avanzado un camino considerable en la destrucción de la alta estima en que indudablemente tiene a Graumann y a otros... Si el dinero resulta ser falsificado, Zigzag seguramente enviará un mensaje, en unos términos que la educación no nos permitirá reproducir, y cerrará él mismo su caso»^[867].

Entretanto, Chapman envió un mensaje a Von Gröning informándole que se iba a los muelles de Liverpool a intentar encontrar un correo que le trajera el dinero.

Ryde quería despachar a Chapman sin pagarle un céntimo. Quería verle salir del MI5 en unas condiciones tales que jamás pudiera regresar, ni exigirles nada más a los servicios de inteligencia, y nunca jamás volver a ejercer el oficio de espía. Para conseguirlo, necesitaba destruir por completo su credibilidad, y para derribar a Chapman le bastaba sólo un grave error. Al final, Ryde descubrió dos, proporcionados por los aliados más próximos a Chapman: Von Gröning, el aristócrata que acababa de convertirse en un sin techo, y Jimmy Hunt, un convicto recién liberado.

A Ryde le fascinaba la estrecha relación entre Chapman y Von Gröning: «Zigzag siempre se ha referido a Graumann en los mejores términos y ha expresado un sentimiento hacia “el viejo” que se parece mucho al afecto»^[868]. Sin embargo, en este caso, había algo más que la admiración mutua, y Ryde intuía que Chapman se callaba alguna cosa relacionada con Von Gröning. Ryde era un mojigato y un *snob*, pero también era un espía de talento y tenía la capacidad intuitiva de detectar una mentira.

Una mañana, en el piso franco, una vez finalizada la transmisión matutina de Chapman a Alemania, Ryde condujo hábilmente la conversación hacia «el doctor Graumann» y se preguntó a sí mismo y en voz alta «si los alemanes sospechaban tal vez que Fritz estaba trabajando bajo control». Antes que Chapman pudiera responder, Ryde continuó, como si estuviera pensando en voz alta: «Si Graumann sospechara algo así, no parece probable que revelara sus sospechas puesto que tiene un interés personal en mantener el caso funcionando el mayor tiempo posible». Chapman asintió, «sin dudarlo ni un momento».

—Graumann es mi mejor garantía —añadió.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Ryde.

—Ha ganado mucho dinero gracias a este caso. Por ejemplo, cuando pido seis mil libras, Graumann probablemente consigue doce mil y se embolsa la diferencia.

A Ryde se le abrió el cielo: Chapman se había colocado él mismo la soga al cuello.

Si Chapman y Von Gröning estaban compinchados para desfalcarles dinero a los dirigentes alemanes, entonces también cabía la posibilidad de que Chapman le hubiera confesado que trabajaba para los británicos, en cuyo caso, entonces, Von Gröning, movido por la codicia y la ambición, estaba traicionando a su propia patria con un agente que sabía que era falso. Esta prueba de connivencia económica, escribió Ryde, «no hace sino aumentar mis sospechas de que Zigzag pueda haberle explicado, al menos a Graumann, su controlador alemán, su conexión con los servicios secretos de este país».

Chapman, al ver la expresión en el rostro de Ryde, cambió de tema. «Tengo la impresión de que Zigzag sabía perfectamente lo que me estaba pasando por la mente en aquel momento, pero él no estaba dispuesto a reconocerlo, y mis primeras sospechas se reforzaron».

Ryde admitió que los posibles riesgos a los que les expondría una connivencia entre Zigzag y su jefe alemán podrían limitarse, puesto que el interés personal de Von Gröning garantizaría sin duda su silencio sobre el

secreto de Chapman. «Si es cierto que Graumann conoce la posición de Zigzag en este país, entonces es muy poco probable que alguien más lo sepa, aparte de Graumann, así que, por el momento, el riesgo que corremos es mínimo». Sin embargo, y más importante aún para la campaña de Ryde, si Chapman se había descubierto de verdad ante su controlador alemán y no se lo había dicho a los británicos, en ese caso, constituía una violación muy grave de la seguridad, la prueba de que había mentido. Ryde no cabía en sí de gozo: «Podría demostrarse que Zigzag nos ha ocultado esta información trascendental, y contradice nuestros principios tener un caso abierto con un agente de quien hayamos descubierto que no ha sido absolutamente sincero con nosotros».

Si Chapman le había confesado a Von Gröning que estaba trabajando para los servicios secretos británicos, entonces, ¿a quién más se lo podría haber explicado? No tardaron en descubrir la respuesta a esta pregunta.

Ryde seguía deliberando acerca del mejor modo de utilizar estas nuevas pruebas de la poca fiabilidad de Chapman, cuando Jimmy Hunt le administró accidentalmente el *coup de grâce*^[869]. Una tarde de finales de octubre, el ayudante de Ryde, un agente del MI5 llamado Reisen, visitó, sin avisar, a Chapman en su piso y descubrió una escena degenerada. Chapman estaba celebrando una fiesta, y el salón se hallaba repleto de individuos procedentes de su sórdido pasado, y de su cada vez más dudoso presente, en estados varios de ebriedad, entre ellos, el boxeador George Walker, un periodista que trabajaba a destajo llamado Frank Owens, y diversos residentes del submundo del Soho. Cuando Reisen entró en el salón, un personaje alto que llevaba en el rostro la palidez de un encarcelamiento muy largo, se puso en pie tambaleándose. Ni más ni menos que Jimmy Hunt, el ladrón de cajas de caudales que había desempeñado un papel tan crucial a principios de la vida delictiva de Chapman, y que lo haría también después en la segunda carrera de éste como espía, en forma de producto de la imaginación del MI5.

—Supongo que ha venido usted a buscar a Eddie para hacer un trabajo — le dijo Hunt, con una sonrisa de complicidad.

Reisen contestó alguna banalidad, decidido a no traicionar su sorpresa «en presencia de tanta otra gente». El significado de la observación de Hunt no dejaba lugar a dudas, y Reisen estaba «bastante seguro de que Hunt conocía la naturaleza del trabajo al que había hecho referencia». Chapman no se había limitado a descubrir el pastel, sino que lo había descubierto ante un convicto recientemente liberado y muy borracho y, al hacerlo, le había servido su cabeza en bandeja a Ryde.

Ryde, encantado y rencoroso, puso en orden todas sus pruebas y entró a matar, con la misma falta de remordimientos que hubiera mostrado al acabar con un espía enemigo. Chapman, en el pasado, se las había tenido que ver con muchos inquisidores: Stephens Ojo de Metal, Praetorius, Von Gröning, Dernbach y una hermosa mujer que llevaba un abrigo de alta costura en la cárcel de Romainville; había sobrevivido a los interrogatorios de la Gestapo, de la Abwehr y del MI5; un *agent provocateur* en un bar de Oslo, un inquisidor cazador de espías de las SS en París, y unos cuantos agentes que fingían ser espías habían intentado confundirle. No obstante, sería un cicatero contable de Whitehall quien le haría, por fin, caer en una trampa.

La denuncia de Ryde constituía una auténtica obra maestra del género. «Hace tiempo que sospecho que Zigzag no siente ningún respeto hacia la necesidad de guardar un absoluto silencio sobre la conexión que existe entre él y el MI5», escribió; al confiarle su secreto a Hunt, Chapman había «quebrantado la más elemental de las reglas de seguridad». Ryde, con la mayor premeditación y alevosía, presentó metódicamente la acusación: Chapman ya le había confesado antes su secreto a un individuo no autorizado, Dagmar Lahlum, y cabía la posibilidad de que estuviera en connivencia con su controlador alemán; había intentado extraerle dinero al MI5, había apostado en carreras de galgos amañadas, y se le había visto en compañía de delincuentes profesionales; había amenazado irse a trabajar para un servicio secreto rival, y su manutención a base de champán y de mujeres fáciles le estaba costando al estado una pequeña fortuna. Dejando de lado a Von Gröning, quien tenía un interés personal manifiesto en su éxito, los alemanes dudaban de la lealtad de su espía y, de cualquier modo, el discurso de Duncan Sandys había socavado, sin duda, su credibilidad. Por último, y para rematar, había alardeado ante un conocido criminal de su trabajo para los servicios secretos británicos. «Este comportamiento de Zigzag proporciona, sin lugar a dudas, una excusa de primera clase para cerrar el caso poniéndole en evidencia, y administrarle una severa reprimenda», escribía un regocijado Ryde. «Habida cuenta de la situación incendiaria provocada por las indiscreciones de Zigzag a su muy dudoso amigo... en mi opinión, deberíamos despedirle, explicándole que no ha respetado su parte del acuerdo y que, a partir de ahora, no debe esperar ninguna ayuda de nuestra parte en ningún problema en el que se pueda ver mezclado en el futuro».

Tampoco se le debería permitir trabajar como agente de inteligencia al servicio de otras agencias: «Deberíamos dejarle muy claro a Zigzag que consideraríamos la mayor de las ofensas cualquier acercamiento que se sienta

inclinado a hacerles a los norteamericanos, o a los franceses, o cualquier otro gobierno». Desde el punto de vista de Ryde, a Chapman no se le debería entregar ni un solo penique más: «Me opongo rotundamente a que se le pague más dinero, puesto que, a partir del momento que lo hagamos, nos exponemos a que vuelva a pedirnos más... Le podemos ahora anunciar a Zigzag que no debe esperar más ayuda, ni económica ni legal, ya que hemos conseguido que la policía limpie su historial, que dispone de una gran suma de dinero que, sin ayuda, nunca hubiera podido conseguir y que nos ha defraudado en todos los sentidos».

Ryde desaconsejó proseguir el radiográfico entre Zigzag y Alemania sin el propio Chapman, argumentando que cualquier intento de imitar su técnica de radio plantearía «un riesgo considerable, puesto que Zigzag tiene un estilo muy particular». El caso debería simplemente ser cerrado por las buenas, dejándoles creer a los alemanes que Zigzag había sido capturado: «En lo que respecta a los alemanes, Zigzag se ha marchado a buscar un correo. Si nunca vuelve a reaparecer en las ondas, supondrán que ha sido arrestado»^[870].

A los directores del MI5, ante el condenatorio informe de Ryde, no les quedó más opción que aceptar. El almirantazgo, con mucha reticencia, se doblegó, pese a que la Operación Calamar seguía abierta. «Me parece — escribió Masterman —, que deberíamos cerrar este caso ahora, que no deberíamos pagarle nada a Zigzag, y que deberíamos informar a Scotland Yard»^[871]. Tar Robertson no opuso ninguna objeción: «Deberíamos cerrarlo ahora»^[872]. El 2 de noviembre de 1944, le presentaron a Chapman una copia de la ley de secretos oficiales y éste, ignorando lo que se le estaba viniendo encima, firmó un documento en el que declaraba: «Por este acto, entiendo que cualquier revelación que yo haga, durante o después de la guerra actual, acerca de los hechos relacionados con las tareas realizadas, o que me he comprometido a realizar... constituirá una ofensa penalizada con la cárcel»^[873]. Tras haber amordazado a Chapman, se deshizo de él.

Ryde fue autorizado a despedir a Chapman, y lo hizo «de la forma más contundente»^[874], echándole con cajas destempladas del piso de Hill Street después de administrarle un feroz rapapolvo en el que le echó en cara todos sus errores, y advirtiéndole que si se atrevía a revelar lo que había hecho durante la guerra sería perseguido por la justicia. Ryde no cabía en sí de gozo y no se sentía en absoluto generoso en la victoria, y, con un gesto triunfal, lavó las manos del MI5 de todo lo referente a Chapman profiriendo una amenaza: «Zigzag debe comprender que ahora debe valerse por sí mismo y que, si en algún momento se le ocurre acudir a nosotros, nosotros, el servicio,

nos plantearemos la opción de internarlo o bien de deshacernos de él de algún otro modo»^[875].

Chapman había arriesgado su vida en numerosas ocasiones al servicio de la inteligencia británica, había proporcionado información muy valiosa para el esfuerzo bélico de los Aliados, había penetrado en las altas jerarquías de los servicios secretos alemanes y había contribuido a alterar los ataques de las bombas V sobre el centro de Londres; incluso ahora, los oficiales de inteligencia alemanes seguían examinando los documentos proporcionados por Zigzag que describían un arma submarina inexistente; había extraído 7000 libras de la hacienda nazi, el equivalente a 260 000 libras actuales (algo más de 325 000 euros), y al gobierno británico no le había costado casi nada. No obstante, también era un delincuente del que se podía prescindir y, en opinión de algunos, un tipo de persona muy poco adecuado para recibir los vítores de un héroe. Éste era el hombre de quien el MI5 se iba «a deshacer», si tenía la osadía de molestarlos de nuevo.

El caso Zigzag se cerró y, a la edad de treinta años, la carrera de agente secreto de Chapman terminó abrupta y permanentemente. Aquella noche, cenando en su club con algunos de sus colegas del MI5, el comandante Ryde analizaba la caída de Eddie Chapman, embargado por una plácida autosatisfacción, y concluía: «Zigzag debería estarnos agradecidos de que no le encerremos»^[876].

Stephens Ojo de Metal, sin embargo, veía a Zigzag de un modo diferente: Chapman era el peor de los hombres a quien la guerra había extraído lo mejor de él. Años más tarde, Stephens escribiría: «La ficción nunca ha producido, y sin duda nunca lo hará, una historia de espionaje igual de fascinante e igual de improbable que la auténtica historia de Edward Chapman; sólo la guerra pudo investir de virtud a este hombre, y eso, solamente, mientras duró»^[877]. En Alemania, Stephan Von Gröning esperó en vano algún mensaje de su agente y amigo. Cuando los nazis se retiraron, siguió escuchando y esperando, y mientras el régimen de Hitler se derrumbaba a su alrededor, Von Gröning seguía a la escucha.

Uno hubiera esperado de Chapman, por derecho e inclinación, que reaccionara con indignación a su expulsión de los servicios de inteligencia. Ahora bien, en realidad, la desagradecida despedida del MI5 le había liberado, por fin. Ya no estaba esclavizado por los servicios secretos alemanes o británicos. Disponía de dinero, de los primeros, había conseguido dinero y una condecoración, y de los últimos, un indulto informal: ningún otro agente secreto podría nunca reivindicar haber sido recompensado de ese modo por

ambos lados. El MI5 le había amenazado con terribles represalias si revelaba su historia, pero él sabía que algún día sería explicada.

Chapman regresó a lo que mejor sabía hacer, puesto que, al acabar la guerra, el Reino Unido se había convertido en un cuerno de la abundancia criminal. A través de sus antiguas redes, conoció a Billy Hill, el propietario de un club nocturno y cabecilla del hampa que se había autoproclamado «rey del Soho». Hill había pasado la guerra operando un mercado negro muy provechoso y una red de chantaje de protección. En opinión de Chapman, era un «personaje duro que tenía una considerable energía y una facilidad de palabra aún mayor»^[878], y era asimismo el aliado ideal. Hacer dinero drogando a galgos de carreras no pasaba de ser un pasatiempo. Otras nuevas formas de hacer dinero le estaban llamando, y Chapman y Hill se asociaron.

Su cese del servicio a su país le dejó a Chapman, además, la libertad de dedicarse a los asuntos del corazón de nuevo, y ahora tenía un nuevo proyecto romántico. En esta ocasión el objetivo no era Dagmar (que esperaba en Oslo), ni Freda (que seguía recibiendo su asignación del MI5), ni tampoco su exesposa Vera, ni Anita, la prostituta portuguesa del bar George. Chapman estaba ahora determinado a encontrar a Betty Farmer, la joven que abandonó en el Hotel de la Plage seis años atrás. Quizá hubiera fallecido; quizá se hubiera casado, o se hubiera ido a vivir a otro sitio. Sin embargo, Chapman sabía que si podía encontrar a Betty, y si ella se lo permitía, podía compensarla.

Chapman se puso en contacto con Paul Backwell y Allan Tooth, sus dos antiguos guardianes y expolicías, y les pidió su ayuda. También contrató a un detective privado, Joey Baker. La búsqueda empezó a obsesionar a Chapman, y dejó de lado cualquier otro pensamiento, y a cualquier otra mujer: «Lo que dominaba mi mente era el deseo de encontrar a Betty, mi chica, a la que había visto por última vez cuando salté por la ventana de un hotel antes de mi arresto»^[879]. Backwell y Tooth no pudieron seguirle la pista a Betty más allá de un hotel en la isla de Man en el año 1943. Su familia creía que estaba trabajando en una fábrica en algún lugar cerca de Londres, y una amiga de Betty les explicó que había salido de la factoría del brazo de un piloto de Spitfire que fue derribado sobre el mar frente a la costa de Margate.

Chapman organizó una reunión en la cumbre para tratar el tema de la búsqueda de Betty Farmer. Mientras almorzaban en el elegante hotel Berkeley (Chapman seguía tan despilfarrador y generoso como siempre), los expolicías le explicaron que buscar a una mujer sola en el caos que reinaba en el país en tiempos de guerra no era una tarea fácil, y más, sin una fotografía:

—¿Hay alguien aquí que se parezca a ella?^[880]

Chapman miró a su alrededor en el comedor, cuya clientela a aquella hora estaba formada por jóvenes debutantes y miembros de la guardia, banqueros y delincuentes. Señaló a una mujer delgada y rubia sentada de espaldas a la sala en una esquina.

—Aquella chica —dijo— de espaldas, es exactamente igual que ella^[881].

En aquel momento, la mujer se dio la vuelta.

—¡Santo Dios! —exclamó Chapman—. *Es Betty.* Perdónenme caballeros^[882].

Backwell y Tooth, siempre muy discretos, se escabulleron al mismo tiempo que un camarero recogía los restos de la taza de café que se le había caído de las manos a la asombrada Betty Farmer cuando un hombre que había visto por última vez en un tribunal de Jersey le dio un golpecito en la espalda. Chapman acercó una silla.

—Debo irme —le había dicho, en aquellos remotos días de antes de la guerra—, pero siempre volveré^[883].

Epílogo

Una vez acabada la guerra, la organización de contraespionaje y agentes dobles fue desmantelada, una operación rodeada de la máxima discreción. Pasarían décadas antes de que nadie que no hubiera pertenecido a este círculo ultrasecreto supiera que había existido. Unos pocos acabarían surgiendo desde las sombras del mundo de la inteligencia británica para explicar su historia y cosechar algo de gloria pero, la mayoría de sus miembros se abstuvieron de hacerlo.

Tommy «Tar» Robertson se retiró del mundo del espionaje y dedicó el resto de su vida a la cría de ovejas en el condado de Worcester. El «auténtico genio»^[884] de la operación de agentes dobles fue condecorado por Harry Truman con la Legión al Mérito de Estados Unidos, el rey Pedro II le otorgó la Real Orden de la corona yugoslava en una extraña y peculiar ceremonia en el Claridge, y recibió la Excelentísima Orden del Imperio Británico, OBE, en reconocimiento a un trabajo tan secreto que no podía ser explicado. John Masterman, un hombre muy ligado al deber, opinó que la retirada anticipada de Tar constituía «una de las mayores pérdidas jamás sufridas por el MI5»^[885], pero Robertson era completamente feliz ocupándose de sus ovejas. Y aunque abandonara sus pantalones a cuadros escoceses, nunca dejó de hablar con extraños individuos en los bares. Tras la muerte de Tar, en el año 1954, alguien le dedicó un pequeño poema, un epitafio al magistral espía que nunca perdió la habilidad de escuchar:

*Benditos los que sonrían risueños
y se detienen a charlar un rato.
Benditos los que nunca dicen:
«Eso ya me lo has explicado hoy dos veces»*^[886].

A John Cecil Masterman, que prefería hablar a escuchar, le nombraron caballero del Imperio, le rindieron honores y le concedieron una OBE. Regresó a Oxford, a sus clubes, a su *cricket* y a sus novelas policíacas. Ocupó

el cargo de rector en la Universidad de Worcestershire, y de vicerrector en la de Oxford. En el año 1957 publicó otra novela policíaca, *The Case of the Four Friends*, protagonizada por un personaje llamado Chapman, en la que analizaba la naturaleza de la mente criminal: «Imaginar el crimen antes de cometerlo, prever su organización, y entonces ¡impedirlo! Todo un triunfo sin duda»^[887]. Ocupó sillones en consejos de administración de empresas industriales y aceptó formar parte de los consejos de las universidades privadas más prestigiosas, un miembro incondicional de la élite de los virtuosos. «El origen de todo lo bueno en este mundo curioso se debe siempre a las personas privilegiadas»^[888], sostenía.

No obstante, en el año 1970, y por primera vez en su vida, Masterman rompió filas con la clase dirigente y publicó un libro que trataba de la organización de agentes dobles y contraespionaje. La crónica la había escrito inmediatamente después de finalizada la guerra, destinada al estricto uso interno del MI5, pero, en secreto, había conservado una copia. Los escándalos de los servicios de inteligencia de la década de 1960 habían hecho añicos la moral de la comunidad del espionaje británico, y Masterman estaba determinado a restaurar su confianza narrando esta historia de éxito en estado puro, pero Roger Hollis, el director del MI5, y Alee Douglas-Home, el primer ministro, se negaron a autorizar su publicación. Masterman publicó *The Double Cross System in the War of 1939-45* en Estados Unidos, donde la ley de secretos oficiales no podía impedirlo, escandalizando a diversos personajes de la clase dirigente, entre ellos, algunos de los antiguos colegas de Masterman en el MI5; John Marriott nunca volvió a dirigirle la palabra. En el año 1972, el gobierno británico cedió y el libro fue publicado, previa eliminación de un determinado número de pasajes conflictivos. «Resultaba muy extraño —escribiría Masterman—, que yo, que toda mi vida había apoyado a la clase dirigente, me convirtiera a los ochenta años en un rebelde de éxito»^[889].

Otros le siguieron los pasos: Ewen Montagu publicó su crónica de la Operación Carne Picada, la superchería que había logrado convencer a los alemanes de que los Aliados tenían la intención de invadir los Balcanes y Cerdeña en lugar de Sicilia. Montagu, que en aquel momento ocupaba el cargo de *Judge Advocate of the Fleet* (juez supremo de la marina), incluso llegó a participar en la película de 1956 *El hombre que nunca existió*, en la que hizo un carneo.

Paul Backwell, el guardián de Chapman en tiempos de guerra, alcanzó el rango de capitán en el cuerpo de inteligencia, y Allan Tooth permaneció en la

policía del servicio de la inteligencia, con el rango de oficial superior.

Ronnie Reed, después de la guerra, aceptó un puesto de asesor técnico superior de los servicios de seguridad en el MI5. Entre 1951 y 1957, dirigió la sección de contraespionaje responsable de investigar los topes soviéticos en el Reino Unido, entre ellos los casos de Burgess, McLean y Philby. Reed se jubiló oficialmente en el año 1977, pero fue invitado a permanecer en el MI5 en calidad de asesor. Más tarde escribiría la monografía definitiva sobre radiotransmisiones en tiempos de guerra, publicada en forma de apéndice a la crónica oficial de los servicios de inteligencia británica en la segunda guerra mundial. Reed era demasiado discreto para poner su nombre en ella. Murió en 1995, a la edad de setenta y ocho años. La Cruz de Hierro que Von Gröning le había concedido a Chapman, por los servicios prestados al Tercer Reich y que luego éste le había regalado a Reed en recuerdo de su amistad, sigue en posesión de la familia Reed.

Victor, lord Rothschild, recibió la medalla George por su trabajo con explosivos en tiempos de guerra, se incorporó al departamento de zoología de la Universidad de Cambridge y ocupó el cargo de asesor de seguridad de Margaret Thatcher. Su afiliación estudiantil a los Apóstoles de Cambridge y sus vínculos con los espías del KGB, Guy Burgess y Anthony Blunt, hicieron recaer sobre él las sospechas de ser «el quinto hombre» en el círculo de espías de Cambridge^[890]. Negó vehementemente los cargos y, en el año 1986, publicó una carta abierta en los periódicos británicos en la que afirmaba: «No soy, y nunca he sido, un agente soviético»^[891].

Michael Ryde, el último controlador de Chapman, abandonó el MI5 poco tiempo después de terminar la guerra y se incorporó a la empresa familiar de auditores contables. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en quedarse sin trabajo a causa de la bebida e inició un lamentable descenso hacia el alcoholismo. Su primer matrimonio se desintegró y abandonó el segundo, dejando dos niños. En el bar, y ante la incredulidad general de los parroquianos, Ryde solía jactarse de su papel en el caso de Eddie Chapman, un hombre a quien había despreciado.

Terence Young sobrevivió a la batalla de Arnhem, se convirtió en un cineasta de éxito y dirigió las dos primeras películas de James Bond, *Dr. No* y *Desde Rusia con amor* (en la que un espía ruso urde un plan para matar a Bond y robar una máquina de encriptación). El personaje del agente secreto más famoso del mundo se basó con toda probabilidad en el propio Young, y algunos de los miembros del reparto observaron que «Sean Connery simplemente está representando a Terence Young»^[892].

Jasper Maskelyne el prestidigitador, después de la guerra se desvaneció virtualmente, ante su inmensa irritación. No recibió ninguna condecoración, ni agradecimiento formal por sus planes de engaño, y las crónicas oficiales de la campaña del norte de África apenas lo mencionan. El público que asistía a sus espectáculos de magia fue disminuyendo, igual que la categoría de los locales en los que actuaba. Amargado, abandonó la magia, emigró a Kenia, donde montó una autoescuela que funcionó de maravilla, participó en la campaña contra los rebeldes Mau Mau y murió en el año 1973.

Reginald Kearon, el capitán del *City of Lancaster*, asumió el mando de otros cinco buques mercantes en el transcurso de la guerra. Se le concedió un OBE por los servicios prestados durante la guerra y la empresa aseguradora marítima Lloyd's le concedió su Lloyd's War Medal, la medalla al valor en el mar en época de guerra. El mar no dejó de intentar llevárselo, y no dejó de fracasar: en el año 1948, el insumergible Reg Kearon se embarcó en solitario en una navegación de placer por el Mediterráneo y lo encontraron más tarde, «navegando a la deriva a bordo de los restos de un naufragio en la bahía de Haifa»^[893]. Se jubiló en el año 1954, el mismo año que el *City of Lancaster* (rebautizado *Lancastrian*) era llevado al desguace.

A partir del año 1945, Robin Ojo de Metal Stephens dirigió Bad Nenndorf, el centro de interrogatorios de los servicios combinados del Ministerio de la Guerra, el ejército y los servicios de inteligencia británicos (CSDIC) cerca de Hanover, una prisión secreta creada después de la ocupación británica del noroeste de Alemania. Se trataba de la versión alemana del Camp 020, donde Ojo de Metal se encargaba de extraerles la verdad a los numerosos oficiales de inteligencia y espías que los Aliados iban recogiendo a medida que avanzaban por Alemania, entre ellos al ayudante de Himmler, Walter Schellenberg, y Ernst Kaltenbrunner, el sucesor de Heydrich como el director de la RSHA, *Reichssicherheitshauptamt*, la oficina principal de seguridad del Reich (un «maléfico gigante»^[894] en opinión de Stephens). Ojo de Metal fue acusado de utilizar métodos brutales para extraer confesiones, pero fue absuelto de todos los cargos después de maldecir a sus acusadores y calificarlos de «degenerados y mentirosos patológicos la mayor parte de los cuales padece enfermedades venéreas»^[895].

Stephan Von Gröning fue detenido por soldados norteamericanos y encerrado en un campo de prisioneros en las afueras de Bremen. El día que llegaron los soldados, y al haberse quedado sin casa, vivía en la de su hermana Dorothea y su hija adoptiva judía. Los estadounidenses se perdieron mientras lo conducían a la prisión, y el medio norteamericano Von Gröning

les enseñó el camino, en un perfecto inglés con acento de la clase alta. Se le permitió enviar una tarjeta postal al mes a sus familiares. El hombre que siempre había tenido sirvientes que le plancharan la ropa, se encontró ahora mendigando pañuelos y pasta de dientes. Fue liberado después de seis meses y descubrió, para su intensa irritación, que si quería obtener una cartilla de racionamiento y, por lo tanto, comer, tenía que conseguir un trabajo. A través de un amigo de la familia encontró un empleo simbólico en el museo de Bremen, y en muy raras ocasiones aparecía por su puesto de trabajo.

Todo su dinero había desaparecido, pero Von Gröning, «leal a su clase»^[896], vivió de su nombre hasta el final. Se casó con una mujer mucho más joven, llamada Ingeborg, y aunque ella trabajaba, él no lo hacía. Se pasaba el día echado en el sofá leyendo libros prestados. Von Gröning en muy raras ocasiones habló de la guerra. Estaba convencido de que Eddie Chapman había sido capturado, desenmascarado y ejecutado, y conservaba una fotografía de La Bretonnière en su cartera.

Walter Praetorius, alias «Thomas», el nazi apasionado por el baile tradicional inglés, fue arrestado, trasladado a Bad Nenndorf e interrogado por Ojo de Metal Stephens. Stephens opinaba que los residentes del campo eran «invariablemente repugnantes»^[897], sin embargo, Praetorius le causó buena impresión, tal vez porque su anglomanía encajaba muy bien con el crudo patriotismo de Ojo de Metal. Praetorius fue liberado tras varios meses de interrogatorios, con el veredicto de haber poseído «una larga y sin duda encomiable hoja de servicios en su puesto de funcionario permanente del servicio secreto alemán»^[898]. Praetorius se instaló en Goslar, Alemania Occidental, donde volvió a ejercer la enseñanza y el baile.

El 5 de mayo de 1945, las tropas del 41.^{er} regimiento de caballería estadounidense liberaban el campo de concentración de Mauthausen-Gusen, y descubrieron un auténtico infierno: esqueletos humanos dando traspies por la abandonada factoría de la muerte, fantasmas demacrados entre los que se encontraba Anthony Faramus. Había perdido un pulmón y siete costillas, su cuerpo había quedado devastado por la escarlatina, la gangrena y la disentería, pero, Dios sabe cómo, el frágil chico de Jersey que se ruborizaba tan fácilmente había logrado sobrevivir. De regreso en el Reino Unido, ingresó y recibió tratamiento en un hospital de la RAF, y después, fue dado de alta con dieciséis libras en metálico y una asignación semanal de dos libras. Faramus concertó una entrevista con Eddie Chapman a través del periodista Frank Owens, quien asistió a su «incómoda»^[899] reunión:

—Pensé que habías muerto^[900] —dijo Chapman.

—Yo también lo creí, a veces.

—¿Qué tal te fue?

—No demasiado bien.

—Me preocupaba lo que estarías haciendo.

—A mí también me preocupaba a menudo qué estarías haciendo, Eddie, y me preguntaba si estarías a la altura. El juego al que estabas jugando era muy peligroso.

Se instaló un embarazoso silencio.

—¿Dónde fuiste? —preguntó Chapman.

—A muchos lugares tan espantosos que a veces sentía la tentación de confesarles a los *Jerries* lo que estabas haciendo. En cualquier caso, antes que hacerles un favor a esos cerdos, preferí callarme.

Se hizo otra larga pausa antes de que Chapman dijera:

—Sabes, Tony, si no hubiera sido por mí, no habrías tenido que pasar por todo eso.

Faramus nunca había traicionado a Chapman, y Chapman siempre conservó la confianza de los alemanes, porque creía, en parte, que así protegía a Faramus. Se acercaron a un bar cercano y bebieron hasta emborracharse.

—Millones de personas murieron sin poder decir ni una palabra — Chapman le comentó a su amigo—. Nosotros, al menos, hemos vivido para explicar nuestra historia^[901].

Faramus escribió unas memorias espeluznantes y consiguió trabajo de figurante en una película. En una dolorosa ironía del destino, representó el papel de un prisionero de guerra en la película *Colditz*; los residentes de Colditz sufrieron, de eso no cabe ninguna duda, pero nunca tanto como había sufrido él.

Faramus emigró a Hollywood y acabó trabajando de mayordomo de Clark Gable.

Dagmar Lahlum esperó en vano el regreso de Chapman, mientras Noruega saldaba unas duras cuentas. Vidkun Quisling fue arrestado en su mansión de Gimli, acusado de traición, juzgado y ejecutado por un pelotón de fusilamiento. Dos miembros de la resistencia noruega fueron juzgados, y absueltos, por el asesinato de los Feltman. Los vecinos de Dagmar en Eidsvoll murmuraban a sus espaldas, y la llamaban «la furcia de los alemanes»^[902], pero ella no les hacía ningún caso. Nunca les dijo a sus vecinos ni a su familia que había colaborado con el servicio secreto británico durante la guerra. Para alejarse de «las señoras cotillas»^[903], aceptó un trabajo de auxiliar de enfermería a bordo del crucero *Stvanger Fjord*, que hacía la ruta entre Oslo,

Nueva York y Nueva Escocia. Ella y Chapman habían aprendido a amar el mar e, igual que él, «nunca paraba quieta»^[904]. Trabajó en una librería, después como peluquera y, por último, como contable. Dagmar siguió vistiendo la ropa más elegante y fumando cigarrillos Craven «A». Nunca se casó, nunca tuvo hijos, y nunca perdió su buen aspecto. Ya anciana, seguía utilizando maquillaje y se ponía sombreros de piel de leopardo, y en una ocasión su sobrina la descubrió bailando sola frente al espejo. Tras la muerte de Dagmar a consecuencia del Parkinson en el año 1999, su sobrina descubrió una caja llena de cartas, cuidadosamente escritas en inglés en hoja tras hoja de papel de avión, dirigidas a Eddie Chapman, ninguna de las cuales había sido jamás enviada. La sobrina de Dagmar las quemó todas.

Freda Stevenson no vio la necesidad de esperar, e hizo bien. Aprendió taquimecanografía y en el año 1949 se casó con un empleado de banco que tenía cinco años menos que ella. Cuatro años más tarde, estaba trabajando en el despacho de una agencia de noticias, se había divorciado de su primer marido, y se había casado con un rico propietario de garaje llamado Abercrombie. Pese a que los servicios de seguridad tuvieron la precaución de destruir el acuerdo en virtud del cual a Freda le iban a pagar cinco libras mensuales hasta nueva orden, y eliminaron cualquier referencia a ello de los archivos, parece ser que Freda siguió recibiendo los cheques de la Sociedad Cooperativa de Londres, el fruto del acuerdo entre Chapman y el MI5, hasta el día de su muerte. Igual que Faramus, Freda era una superviviente.

En el hotel Berkeley, Eddie Chapman y Betty Farmer se pasaron horas hablando y, poco tiempo después, se casaron. Fue un matrimonio feliz y duradero aunque a Chapman se le fueran los ojos, de una forma más o menos constante, a lo largo de los siguientes cincuenta años. Se marchó a menudo pero siempre regresó. En octubre de 1954 nació su hija Suzane.

Zigzag nunca llevó una vida honrada. Después de la guerra, regresó al mundo de las mujeres mundanas del West End londinense, donde los calaveras le acogieron con los brazos abiertos. En la década de 1950 se dedicó al contrabando de oro por el Mediterráneo. Tras comprar una participación en el yate de motor del Billy Hill, *The Flamingo*, un antiguo dragaminas transformado, Chapman y una tripulación de ideas afines a las suyas navegaron hasta Marruecos, donde participaron en un absurdo plan de introducir de contrabando ochocientos cincuenta mil paquetes de tabaco y secuestrar al sultán derrocado. El plan se vino abajo cuando la tripulación, unos tipos de muy mala catadura, se metió en una reyerta en los muelles; tras ser expulsados de Tánger, un reportero del *Sunday Chronicle* les siguió muy

de cerca; Chapman y la tripulación le invitaron a bordo y luego le encerraron en su camarote. El *Flamingo* se incendió en el puerto de Toulon, un accidente seguramente relacionado con el cobro de una póliza de seguro, lo que hizo sospechar que Chapman no había perdido sus habilidades en materia de sabotaje. Poco tiempo después, la banda de Hill asaltó un furgón de correos y escapó con un botín de doscientas cincuenta mil libras. En la década de 1960, Eddie y Betty Chapman se trasladaron a la Costa Dorada^[905] de África donde Chapman participó en un negocio inmobiliario muy complejo. El negocio fue objeto de una investigación por corrupción aunque, para entonces, los Chapman ya habían regresado a casa.

Stephens Ojo de Metal se había preguntado a sí mismo «qué ocurrirá cuando Chapman, metido de nuevo en el mundo de la delincuencia, algo inevitable, se presente ante un tribunal de justicia y solicite clemencia argumentando los servicios muy secretos prestados en tiempos de guerra»^[906]. No tardó en descubrirlo. Chapman apareció ante los tribunales de justicia en varias ocasiones a lo largo de los siguientes veinte años, pero nunca regresó a prisión. En el año 1948, acusado de distribuir billetes falsificados, le enseñó al juez un informe redactado por un anónimo «alto funcionario del Ministerio de la Guerra^[907]» en el que se declaraba que Chapman era «uno de los hombres más valientes que había servido en la guerra»^[908]. El autor de la referencia fue, casi sin ninguna duda, Ronnie Reed. El MI5 no se había lavado las manos del todo. En el año 1964, fue declarado, de nuevo, no culpable de la acusación de atacar a un hombre y golpearle en la cabeza con un vaso durante un baile en el Watersplash Hotel, en New Forest. El motivo de la pelea: una joven llamada Theresa Chin. Chapman declaró ante el tribunal: «Para mis actividades en tiempo de guerra, fui entrenado en combate cuerpo a cuerpo y sin armas, y nunca he necesitado un vaso para defenderme a mí mismo en una pelea de bar. Le hubiera podido matar con mis propias manos»^[909]. Una vez que el tribunal le hubo absuelto, invitó a todo el jurado a tomar una copa.

Chapman siguió frecuentando a chantajistas, apostadores de altos vuelos y ladrones de poca monta. Conducía un Rolls Royce y llevaba abrigos con cuello de piel. Los periódicos le adoraban, «Eddie Chapman, el caballero delincuente». Llegó incluso a ser durante un tiempo, «el corresponsal honorífico en el mundo del hampa» del *Sunday Telegraph*, «y, ni corto ni perezoso, se dedicó a poner en guardia a sus lectores sobre los peligros de las atenciones procedentes de gente como él»^[910]. En 1960, un periodista le preguntó si echaba de menos sus viejos tiempos de delincuencia. «Un poco —

respondió, con una cierta añoranza—. No me arrepiento de nada. No tengo mala conciencia por nada de lo que he hecho. Me gusta pensar que fui un villano honrado»^[911].

John Masterman escribió en una ocasión: «A veces, en la vida, uno siente que hay algo que uno *debe* hacer, y que para ello, uno debe fiarse de su propio juicio y no del juicio de otras personas. Hay quien lo llama conciencia, y otros lo llaman simple terquedad. En fin, elijan ustedes mismo»^[912]. La guerra, por un breve tiempo, había hecho aflorar en Chapman una conciencia terca. Sus vicios eran tan extremos como sus virtudes, y hasta el fin de sus días, nunca quedó claro si estaba del lado de los ángeles o si estaba del lado del demonio, si engañó a los mentirosos o si había hecho un pacto con su maestro de espías alemán. Falleció en 1997, a la edad de ochenta y tres años: quizá ascendió en dirección al cielo, o quizá cayó en picado en dirección opuesta. Seguramente todavía anda por ahí, zigzagueando.

Chapman intentó publicar la crónica de sus hazañas bélicas, sin embargo, el MI5 se lo impidió, igual que había intentado impedirselo a John Masterman. Escribió una versión expurgada de los acontecimientos que apareció primero en un periódico francés, *L'Etoile*, y después en el semanario dominical sensacionalista *News of the World*, en el año 1953, ahora bien, cuando Chapman empezó a introducirse en el campo de los secretos oficiales, entraron en acción los abogados del gobierno. Le multaron con cincuenta libras y una edición completa del periódico tuvo que ser destruida. El gobierno frustró un segundo intento de publicar sus memorias, al amparo de la ley de secretos oficiales. Finalmente, en 1954, aparecieron unas memorias noveladas y escritas por un negro, *The Eddie Chapman Story*, que describían el tiempo que había pasado en Alemania, pero no el trabajo realizado al servicio del MI5. «¿Cuál es la verdad sobre Eddie Chapman? —exigió saber un periódico—. Si estas sorprendentes afirmaciones son ciertas, ¿por qué no fue arrestado y condenado por traición a su patria?»^[913].

Por fin, en el año 1966, Chapman fue autorizado a publicar otra versión, *The Real Eddie Chapman Story*, que hacía referencia, aunque sin entrar en detalles, a su trabajo para el MI5. Este libro proporcionó la base para una película bastante mala, *Triple Cross*, dirigida por Terence Young y protagonizada por Christopher Plummer en el papel de Chapman. La película tiene un parecido muy remoto a la verdad y Chapman quedó muy decepcionado al verla. Nunca recibió el reconocimiento que creía merecerse; ahora bien, posiblemente la única manera en la que Chapman hubiera podido alcanzar ese nivel de reconocimiento hubiera sido asesinando a Hitler. De un

modo u otro adquirió una considerable fortuna y durante una temporada fue propietario de un castillo en Irlanda y de un balneario en Hertfordshire, no demasiado lejos de la fábrica de aviones Mosquito de De Havilland.

En el año 1974, en un bar de Londres, Chapman se tropezó con Leo Kreusch, el desdentado boxeador alemán que le había enseñado a disparar en La Bretonnière. Leo le reveló a Chapman el auténtico nombre del hombre a quien siempre había conocido como Graumann, y le explicó que había sobrevivido a la guerra y que, en la actualidad, vivía en Bremen. Chapman escribió a Von Gröning una carta en la que recordaba con afecto el tiempo que habían pasado juntos en Nantes, París y Oslo^[914]. Le preguntaba a su antiguo amigo si sabía qué había sido del pequeño velero sueco que había comprado en Noruega con el dinero de su recompensa, y si se acordaba de Dagmar Lahlum. «Supongo que ahora ella ya debe estar casada», pensó con nostalgia. Chapman le describió sus propiedades, le adjuntó una fotografía del antiguo castillo irlandés que había comprado e invitó a Von Gröning a que fuera a visitarle y se quedara algún tiempo: «Cuántos gratos recuerdos podríamos intercambiar... me acuerdo de lo mucho que le solían a usted gustar los castillos».

Sin duda así planteada, la propuesta no demostraba demasiado tacto, pero Eddie Chapman no podía saber de ningún modo que Von Gröning ya no era un hombre rico.

Suzanne Chapman celebró su matrimonio en el año 1969 en Shenley Lodge, el hotel-balneario de treinta y dos habitaciones propiedad de Eddie y Betty. Entre los invitados a la boda aquel día se hallaba un anciano caballero alemán corto de vista que divirtió a los niños recitándoles antiguas canciones infantiles y de cuna inglesas. Al acercarse el final de la fiesta, Eddie Chapman y Stephan Von Gröning salieron a pasear por el jardín cogidos del brazo y muy enfrascados en sus recuerdos. A Betty le sorprendió y le conmovió el imperecedero vínculo entre el espía y su maestro: «Parecían hermanos»^[915]. Cuando los últimos invitados a la boda se marchaban, desde el jardín llegaban risas y cantos: los apagados compases de «Lili Marlene».

Epílogo a la edición inglesa en rústica

Unas semanas después de la publicación de *El agente Zigzag*, recibí una llamada telefónica del embajador alemán en Londres, Wolfgang Ischinger. «Acabo de terminar su libro», me dijo. «Usted explica cómo Eddie Chapman fue llevado a través del Canal por la Luftwaffe y luego se lanzó en paracaídas en Inglaterra. Creo que le interesará saber que el hombre que comandaba ese vuelo era mi padre. Él y el piloto, Fritz Schlichting, viven todavía».



El lugarteniente Fritz Schlichting, el joven piloto que llevó a Chapman a Inglaterra en 1942.

Schlichting era el piloto alto y tímido con la Cruz de Hierro a los controles del avión de reconocimiento Focke-Wulf en 1942, mientras que Karl *Charlie* Ischinger era el oficial de comando y copiloto, descrito por Chapman como «pequeño y rechoncho joven de veintiocho años, de seguros ojos azules». El mismo Chapman pensaba que ambos estaban muertos. «Toda la tripulación había sido abatida y asesinada por toda Inglaterra en su decimosexta salida», había escrito.

El descubrimiento de que el piloto y el copiloto no sólo habían sobrevivido a la guerra, sino que todavía estaban vivos, llevó a un encuentro con Fritz Schlichting en su casa de Detmold, en Alemania. De ochenta y cuatro años, amable y hospitalario, el antiguo piloto recordaba el día en que había despegado desde el aeródromo de Le Bourget como si, en vez de mucho tiempo, sólo hubiera pasado una semana.

«Éramos el escuadrón de reconocimiento número 123 de la Luftwaffe estacionado en el castillo de Buc, a las afueras de Versalles. Hacíamos vuelos nocturnos sobre Inglaterra, fotografiando los efectos de los bombardeos e identificando objetivos. Era un trabajo peligroso.



Karl *Charlie* Ischinger, comandante del avión de la Luftwaffe que llevó a Chapman a Inglaterra en 1942, informando al comandante Armin Göbel, jefe del escuadrón de reconocimiento número 123.

Perdí a más de ochenta compañeros. La media de vuelos antes de ser abatido era de unos cuarenta. Yo volé ochenta y siete veces en total.

Un día, mi comandante jefe, Gobin, nos dijo a Charlie [Ischinger] y a mí que habíamos sido escogidos para una misión especial. Nos dijo que nos vistiéramos de civiles y que fuéramos a París. Nos encontramos con el espía inglés y sus ayudantes para cenar en un restaurante: nos dijo que su nombre era *Fritz*, como yo. Mucho más tarde descubrí su nombre real. Era un compañero excelente y agradable. Congeniamos muy bien.

Nos encontramos una semana más tarde en el aeródromo de Le Bourget, y le enseñé el avión. Chapman parecía tranquilo, pero hizo muchas preguntas. En el viaje hacia el canal cantábamos canciones. Pasamos un mal rato cuando

Chapman se estaba preparando para saltar y se dio cuenta de que la cuerda de su paracaídas no estaba atada correctamente. Si hubiera saltado así, hubiera muerto. Charlie dio la señal, y Chapman abrió la escotilla. Llevaba un gran paquete en la espalda —sólo Dios sabe lo que llevaba dentro—, y cuando saltó se quedó trabado. Luchaba con fuerza, pero como no podía moverse Charlie se levantó y le empujó.

Era la última vez que vimos a Chapman en cuatro meses, pero oímos que la misión había sido un éxito. Todo el mundo estaba muy satisfecho con él. A nadie se le ocurrió que podía estar trabajando para los ingleses. Nos volvimos a encontrar con él en París. Chapman nos dio a Charlie y a mí una gran caja de chocolate y una libra de café que había comprado en Madrid a su regreso. Era café auténtico, no lo que nosotros tomábamos, así que nos hizo mucha ilusión.

Después de la misión de Chapman, como recompensa, nos obsequiaron con una copa de plata grabada. Siempre la he guardado como un tesoro. Charlie es todavía mi mejor amigo. Ahora tiene noventa y siete años y su salud no es buena, pero todavía nos reunimos para recordar el día en que dejamos caer al espía inglés en Inglaterra».

El piloto de la Luftwaffe fue uno de tantas personas que emergieron del pasado de Chapman, añadiendo mitos y recuerdos frescos, algunos afectuosos; otros, no tanto. Una voz femenina, madura y refinada, sonó al teléfono en la redacción de *The Times* y, sin decir su nombre, dijo malhumoradamente: «Era una mierda absoluta. El hombre más atractivo que he conocido nunca, pero una gran mierda». Y dicho esto colgó. En Noruega, otra de las mujeres a las que Chapman engañó ganó reconocimiento por su heroísmo. Los medios de comunicación de Noruega recuperaron la historia de Chapman, y el diario de ámbito nacional *Aftenposten* tituló en primera página: «Mató a un colaborador alemán, pero ella era realmente una espía británica». Se supo que Dagmar fue llevada ante un tribunal militar tras la guerra y encarcelada durante seis meses, y que estuvo de acuerdo en reconocer su culpa para evitar una condena mayor. Injuriada y marginada por las mujeres de su país, Dagmar mantuvo la promesa que le había hecho a Chapman, y nunca reveló sus vínculos con los servicios secretos británicos en tiempo de guerra.

John Williams, un amigo de Chapman, recordaba la primera vez que se habían encontrado, cuando Shenley Lodge era un club de campo con barra y ruleta antes de su reencarnación como centro de salud: «Llegué a la impresionante entrada principal de Shenley tan sólo para escuchar los

espantosos ruidos que provenían del tejado de la mansión. Fue allí donde conocí a Eddie, pertrechado con una ametralladora Vickers y disparando a una sábana atada entre dos robles a medio kilómetro de distancia». Otra persona que le conoció, el periodista Peter Kinsley, escribió una carta a *The Times* después de que *El agente Zigzag* fuese publicado: «A Eddie le hubiera encantado la fama. Sus viejos amigos dicen que hubiera llevado una camiseta con la inscripción “Soy un espía del MI5”. La última vez que le vi me explicó cómo había perdido una fortuna en pieles de armiño (que iban a ser utilizadas en la ceremonia de coronación) durante un robo porque pensó que se trataba de pieles de conejo. También me contó cómo convenció a una chica *aupair* alemana de que era un operario de la compañía telefónica para robar la caja fuerte de la casa. Un día también recibió la visita de un inspector de impuestos, a quien enseñó un certificado médico que aseguraba que tenía problemas de corazón y que no se le podía “provocar estrés”. Diez minutos más tarde, al volante de un Rolls-Royce, pasó por delante del inspector, que esperaba el autobús bajo la lluvia, y le saludó».

Recibí una carta afligida de Brian Simpson, un coleccionista de medallas de guerra que había vivido cerca de Shenley Lodge en la década de 1980. Simpson había oído hablar de las aventuras de Chapman a través de un amigo mutuo, y le preguntó si podía comprarle una Cruz de Hierro. Unas semanas después, Chapman se presentó con una medalla alemana; de hecho, le dio dos, asegurando que la segunda se la había proporcionado el mismo Hitler. Se hizo el trato: Eddie Chapman cogió el dinero, y un deleitado Simpson cogió las medallas. Dos décadas más tarde, al leer este libro, el coleccionista se dio cuenta de que había sido timado. Chapman, por supuesto, había dado su propia Cruz de Hierro a Ronnie Reed algunos años antes. Las que tenía Simpson eran simplemente réplicas. «Su libro fue como un *shock* para mí», escribió Simpson. «Ahora parece que Eddie fue quien rió el último. También ofreció a mi mujer una daga con joyas incrustadas que aseguraba haber recibido de manos de Hermann Göring. Pero ella no quiso aceptarla». No hace falta decir que Chapman jamás había visto a Göring.

Uno tras otro, antiguos socios, amantes y víctimas de Chapman emergieron del pasado, para aportar sus historias. Algunas ciertas; otras, el legado de la automitificación de Chapman. Pero después, para mi asombro, apareció una persona que conocía realmente la verdad sobre Eddie Chapman: el mismo Eddie Chapman.



Tommy *Tar* Robertson, jefe de la sección B1A, vistiendo los característicos pantalones a cuadros de los Seaforth Highlanders que le hicieron ganarle el sobrenombre de «calzoncillos de pasión».

John Dixon, un director de cine independiente, me llamó para decirme que tenía seis horas de rodaje de Chapman hablando sobre su vida, ni un segundo de las cuales había sido jamás emitida. Dixon había filmado la película en 1996, el año antes de la muerte de Chapman, con la idea de hacer un documental que nunca se llegó a hacer. Había guardado la cinta, pensando que algún día la historia de Chapman vería la luz. Ahora me lo ofrecía para que pudiera verlo.

Estar sentado en una pequeña sala de proyección en el Soho, viendo a Chapman después de su muerte, fue una de las experiencias más extrañas de mi vida. Cuando se rodó la película Chapman ya era viejo, pero tenía un aspecto vital. Exhibía un encanto animal, reclinado en un sillón, recordando, fumando, riendo entre dientes, guiñando el ojo y flirteando con la cámara. En las imágenes, explicaba su incursión en paracaídas en Inglaterra, su relación con Von Gröning, el bombardeo falso de la factoría De Havilland, y su vida en Jersey, Francia, Lisboa y Oslo. Recordaba sus hazañas criminales con un aire orgulloso.

Pero había un tono solemne en sus palabras: se trataba del último testamento de un hombre hablando para la posteridad, dejando las cosas claras. Porque, a la edad de ochenta y dos años, Chapman era todavía un mentiroso. En un pasaje, por ejemplo, describía cómo fue llevado hasta

Winston Churchill en el año 1943 y cómo compartió con él una botella de *brandy* mientras el primer ministro estaba sentado en la cama vestido con su batín. Una historia espléndida. Y completamente falsa.

Chapman nunca hubiera imaginado que el MI5 decidiría hacer públicos sus documentos, y que la verdad sobre su servicio en tiempo de guerra sería revelada. En las imágenes, su muerte era inminente, pero en ellas se veía a un Chapman jugando su propio juego: un villano sonriente, que inventa historias, te mira directamente a los ojos, y te roba la cartera.

BEN MACINTYRE

Abril de 2007



Eddie Chapman con sus ayudantes del MI5 en el Savoy, en octubre de 1980. Chapman está en la fila de detrás, el tercero por la derecha; Tommy *Tar* Robertson, en la fila de detrás, tercero por la izquierda, Román Garby-Czerniawaki, el agente doble Brutus, en la fila de delante, el tercero por la izquierda.

Apéndice

El código de Chapman

Ésta es una copia exacta del código de Chapman que se encuentra en los archivos del MI5 (KV2/455)^[916]:

CÓDIGO DE MULTIPLICACIÓN entregado a un paracaidista inglés

Este código se basa en la palabra «CONSTANTINOPLE» que se decide antes de la partida del agente. A continuación se le da a Constantinople su posición numérica en el alfabeto del siguiente modo y se multiplica por la fecha en la que tiene lugar la transmisión. En este caso, se ha elegido el día 8:

```
CON STANTINOPLE
2 9 6 12 13 1 7 14 4 8 10 11 5 3
x
8
```

```
23 6 8 97 05 3 7 15 8 4 80 92 2 4
```

El siguiente paso:

Escribir el alfabeto completo, dándole a cada letra su posición numérica.

```
a b c d e f g h i j k l m
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13
n o p q r s t u v w x y z
14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26
```

A continuación, se escribe el resultado de la multiplicación y el mensaje que se desea transmitir, en este caso:

I HAVE ARRIVED AND IN GOOD HEALTH (He llegado y tengo buena salud)

se escribe debajo.

Nótese que las primeras cinco letras son efes. Se trata del santo y seña convenido entre el agente y su controlador alemán que indica que está operando en libertad. Si se viera obligado a transmitir, la omisión de las cinco efes revelaría de inmediato al Control Alemán que había sido capturado.

El método de codificación:

Añadir «f» (la sexta letra) al 2 que se encuentra sobre ella, lo que suma 8 y selecciona la octava letra del alfabeto, «h».

En la segunda posición, «f» otra vez (la sexta letra del alfabeto), sumado a 3, hace un total de 9, que corresponde a la letra «I».

Este método continúa en todo el mensaje, incluyendo la firma «FRITZ».

```
2 3 6 8 9 7 0 5 3 7 1 5 8 4 8 0 9 2 2 4
f f f f f I H A V E x A R R I V E D A N
h i l n o p h f y f y f z v q v n f c r
D I N G O O D H E A L T H x F R I T Z x
f l t o x v d m h h m y p b n r r v b b
```

Los grupos de 5:

se leen a continuación en sentido horizontal en lugar de en sentido vertical como ocurre en otros casos.

Por lo tanto:

HILNO PHFYL YFZVQ VNFCR FLTOX VDMHH MYPBN RRVBB

Nota: Es necesario incluir siempre el número exacto de letras del código antes de iniciar los grupos de cinco codificados.

Nota

La serie KV2 se encuentra en el archivo nacional, The National Archives, Kew.

A menos que se especifique otra cosa, todos los interrogatorios son los realizados a Chapman por el agente del MI5 que se especifica.

Los extractos de los periódicos reproducidos en el texto han sido modificados.

IMÁGENES



Eddie Chapman, 16 de diciembre de 1942, fotografiado en Camp 020, el centro de interrogatorio secreto del MI5 durante la guerra, en las horas posteriores a su aterrizaje en paracaídas sobre el condado de Cambridge.



Chapman en Camp 020, con el rostro sucio de barro, tras aterrizar en un campo de apios húmedo.



Chapman disfrutando de la cena de Navidad en el año 1942 en el piso franco del MIS en el número 35 de Crespigny Road. La fotografía fue tomada por Allan Tooth, el policía que le vigilaba.



Mientras que la fotografía anterior muestra a Chapman sonriendo con aire de felicidad, esta otra revela al espía con un aspecto más taciturno, un reflejo, tal vez, de sus violentos cambios de humor.

Page 2

Page 3



Page 4

Occupation *Electrical Engineer*

Place of Birth *Newbridge Co. Kildare*

Date of Birth *15th Nov. 1914*

Home Address *55 Upper Rathminn Road
Dublin*




Signature of Name *Morgan D. Bryan*

EXPLANATION

Name	Age	Sex	State	Age	Sex

TRAVELLING TO

EXPIRES



Documento de identidad irlandés creado por los falsificadores nazis, uno de los dos falsos documentos de identidad que llevaba con él en 1942. La fotografía, tomada en un estudio de Nantes, muestra a Chapman en una pose típica de galán de película de cine de barrio.

<p>2 Particulars</p> <p>(1) Surname, <u>ANSON</u> (BLOCK CAPITALS)</p> <p>(2) Christian or First Names, <u>HUGH</u></p> <p>(3) Date of Birth, <u>5/9/1912</u></p> <p>(4) Place of Birth, <u>Glasgow</u></p> <p>(5) Colour of (a) eyes, <u>Light Blue</u> (b) hair, <u>Dark Brown</u></p> <p>(6) Complexion, <u>Fair</u></p> <p>(7) Height, <u>5</u> ft. <u>11</u> ins.</p> <p>(8) Distinguishing Marks, <u>None</u></p> <p>(9) Nationality—see Panel 7.</p>	<p>3 Photograph of Holder</p> <p>C.R.S.53</p> <p>M.M.O. Embossing Stamp</p>  <p>Signature of Holder, <u>Hugh Anson</u></p>	<p>4 Particulars—continued</p> <p>(10) Dis. A. No., <u>R267997</u> (To be entered in all cases)</p> <p>(11) Certificates held— Grade, <u>None</u> No. <u>-</u> (Including E.D.H., Ship's Cook, Lifesaver, etc.)</p> <p>(12) Rank or Rating if not a certificated Officer of A.B. Sea (to verify and initial), <u>None</u></p> <p>(13) National Service Registration No., <u>R.M. 6/12/1-64729</u></p> <p>(14) Is holder an Armed Forces Reservist? <u>Yes</u> (Reservists include R.N.S.R. and H.M.S. "Gordon.")</p>
<p>LEFT-HAND FINGERPRINTS (Plain Impressions of four fingers)</p>	<p>THUMBS—PLAIN IMPRESSIONS LEFT RIGHT</p>	<p>RIGHT-HAND FINGERPRINTS (Plain Impressions of four fingers)</p>
		

Pase de la marina mercante falsificado para Chapman por el MI5 a nombre de Hugh Anson, un antiguo miembro de su banda criminal.



Jersey ocupado por los alemanes: un sargento de la policía británica recibe órdenes de un oficial nazi.



Noruega ocupada por los alemanes: Vidkun Quisling, el principal colaboracionista y marioneta de los nazis, inspecciona el «Regimiento vikingo», formado por voluntarios nazis noruegos.



La entrada, al Fort de Romainville, la fortaleza parisina del siglo XIX transformada en campo de concentración nazi.



Faramus (a la derecha), a los veintitrés años de edad, en el campo de la muerte de Mauthausen-Gusen.



Anthony Charles Faramus representando el papel de un prisionero de guerra en la película del año 1955 *The Colditz Story*.



Bombarderos Mosquito en proceso de montaje en la factoría aeronáutica de De Havilland en Hatfield, condado de Hertford.



Unos soldados preparan un Mosquito, la «maravilla de madera», para una misión de bombardeo en Alemania.



La factoría aeronáutica De Havilland, y los aviones Mosquito en el aeródromo. Los dos hombres apoyados en la pared podrían ser Allan Tooth y Paul Blackwell, los vigilantes de Chapman del MI5.



El falso sabotaje en la planta de montaje de De Havilland: lonas pintadas cubren los edificios, simulando los daños causados por una explosión, al mismo tiempo que se han esparcido restos y escombros alrededor de la zona.



El *City of Lancaster*, el buque mercante de 3000 toneladas a cuyo mando se encontraba el capitán Reginald Kearon, que llevó a Chapman a Lisboa.



La bomba de carbón construida por los ingenieros nazis en Lisboa y que Chapman aceptó introducir a bordo del *City of Lancaster*.



Radiografía de la bomba de carbón, que muestra un bloque de explosivo con un detonador cilíndrico cubierto por plástico moldeado y pintado para hacerlo parecer un trozo de carbón galés.



La fotografía trucada enviada a Lisboa en el año 1944 que formaba parte del engaño de la Operación Calamar. La regla mide 46 cm aunque parece que mida 15, lo que hace que la carga de profundidad parezca un tercio de su tamaño real.



Rittmeister (capitán de caballería) Stephan Von Gröning (alias Doktor Graumann), el aristocrático director del centro de espionaje alemán de Nantes.



El joven oficial de caballería de los Dragones Blancos, Stephan Von Gröning, c. 1914.



Oberleutnant (teniente de primera clase) Walter Praetorius (alias Thomas), el principal guardián alemán de Chapman, un fanático nazi a quien le gustaban las danzas folklóricas inglesas.



Franz Stoetzner (alias Franz Schmidt), el agente alemán con acento *cockney* que actuó como espía en Gran Bretaña antes de la guerra mientras trabajaba de camarero en Londres.



Karl Barton (alias Hermann Wojch), el principal instructor de sabotaje en La Bretonnière.



Coronel Robin «Ojo de Metal» Stephens, comandante de Camp 020: interrogador, fanático de la disciplina y un intuitivo psicólogo aficionado.



John Cecil Masterman: profesor universitario en Oxford, escritor de novelas de misterio, deportista y director y cerebro de la organización de agentes dobles y contraespionaje «Double Cross».



Victor, lord Rothschild: noble, millonario, científico y director de la sección del MI5 de sabotaje y explosivos durante la guerra. Rothschild y Chapman descubrieron una pasión común por hacer saltar cosas por los aires.



Jasper Maskelyne, el prestidigitador profesional empleado por el Ministerio de la Guerra para desconcertar y engañar a los alemanes.



El comandante Ronnie Reed, un discreto y brillante técnico de transmisiones de la BBC que se convirtió en el primer agente supervisor de Chapman.



Reed manipulando el equipo de transmisiones alemán de Chapman.



Dagmar Lahlum, la novia noruega de Chapman y reclutada de forma no oficial por Chapman para trabajar para el MI5.



Freda Stevenson, fotografiada aquí con la pequeña Diane, la hija de Chapman. Quizá fuera ésta la imagen que le envió a Chapman a la cárcel de Jersey.



Betty Farmer, la mujer que Chapman abandonó en el Hotel de la Plage en 1938. «Debo irme, pero siempre volveré».



Pintadas en el ático de La Bretonnière, la escuela alemana de espías en Nantes, entre las que se encuentra este dibujo que parece recordar a Betty Farmer, la novia de Chapman, posiblemente dibujado por el propio aprendiz de espía.



Hitler caricaturizado en forma de zanahoria en el ático de La Bretonnière: una prueba de que Von Gröning podría haber alentado activamente una actitud poco respetuosa hacia el Führer.



La Bretonnière. Esta fotografía, tomada por Stephan Von Gröning en el año 1942, permaneció en su cartera durante el resto de su vida.



Chapman tras su regreso a Gran Bretaña en el año 1944.



Chapman fotografiado en un bar del West End junto a Billy Hill, un señor del crimen y autotitulado «rey del Soho», y el boxeador George Walker (a la derecha).



Chapman protesta, en el año 1953, después de que sus intentos de publicar sus memorias por entregas en un periódico fueran bloqueados por el gobierno, al amparo de la Ley de Secretos Oficiales.



Chapman poniendo el toque melodramático ante las cámaras con el uniforme completo de las SS, un uniforme que nunca utilizó en la vida real.



La Cruz de Hierro concedida a Eddie Chapman por un Führer agradecido por su «extraordinario éxito». Ningún otro ciudadano británico ha recibido nunca esta condecoración.



Chapman, todo pompa, posando junto a su Rolls-Royce. Desde su puesto de corresponsal honorífico del mundo del crimen para el *Sunday Telegraph*, Chapman se especializó en advertir a sus lectores, aconsejándoles mantenerse alejados de personajes como él.

Bibliografía

Archivos:

National Archives, Kew
National Maritime Museum, Greenwich
Bundesarchiv-Militärarchiv, Freiburg
National Archives, Washington DC
British Library Newspaper Archive, Colindale
Jersey Historical Archives
Jersey Newspaper Archives, St Helier
Jersey Judicial Archives

Fuentes impresas:

Andrew, C., Secret Service: The Making of the British Intelligence Community, *Londres, 1985.*
Bennett, R., Behind the Battle: Intelligence in the War with Germany 1939-45, *Londres, 1999.*
Cárter, Vi., Anthony Blunt: His Lives, *Londres, 2001.*
Chapman, Edward, *The Eddie Chapman Story*, prólogo de Frank Owens *Londres, 1953.*
—, Free Agent: The Fuster Adventures of Eddie Chapman, *Londres, 1955.*
—, The Real Eddie Chapman Story, *Londres, 1966.*
Curry, J., The Security Service 1908-1945: The Oficial History, *Londres, 1999.*
Farago, Ladislas, The Game of the Foxes: The Untold Story of Germán Espionage in the US and Great Britain During World War Two, *Nueva York, Londres, 1972.*
Faramus, Anthony Charles, *The Faramus Story*, (no se especifica edición ni año).

- , *Journey into Darkness: A True Story of Human Endurance*, Londres, 1990.
- Foot, M. R. D., *SOE: The Special Operations Executive 1940-1946*, Londres, 1999.
- Harris, Tomas, *Garbo: The Spy Who Saved D-Day; Introducción de Mark Seaman*, Londres, 2004.
- Haufler, Hervie, *The Spies Who Never Were: The True Stories of the Nazi Spies Who Were Actually Double Agents*, Nueva York, 2006.
- Hesketh, R., *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999.
- Hinsley, F. H., *British Intelligence in the Second World War: Its influence on Strategy and Operations*, Londres, 1979, vol 1.
- Hinsley, F. H. y Simkins, C. A. G., *British Intelligence in the Second World War: Security and Counter-Intelligence*, vol. iv Londres, 1990.
- Holt, Thaddeus, *The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War*, Londres, 2004.
- Michael Howard, *Strategic Deception in the Second World War*, Londres 1995.
- Kahn, David, *Hitler 's Spies: Germán Military Intelligence in World War II*, Nueva York, 2000.
- Knightley, Philip, *The Second Oldest Profession*, Londres, 1986.
- Liddell, G., *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, vols I y II (ed. Nigel West), Londres, 2005.
- Macksey, Kenneth, *The Searchers: Radio Intercept in Two World Wars*, Londres, 2003.
- Masterman, J. C., *The Double Cross System in the War 1939-1945*, Londres, 1972.
- , *On the Chariot Wheel: An Autobiography*, Oxford 1975.
- Miller, Russell, *Codename Tricycle: The True Story of the Second World War's Most Extraordinary Double Agent*, Londres, 2005.
- Montagu, Ewen, *Beyond Top Secret Ultra*, Londres 1977.
- , *The Man Who Never Was*, Oxford, 1996.
- Paine, Lauran, *The Abwehr: Germán Military Intelligence in World War II*, Londres, 1984.
- Popov, Dusko, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974. [Hay trad. cast.: *Espía y contraespía*, Bruguera, Barcelona, 1974].
- Rose, Kenneth, *Elusive Rothschild: The Life of Víctor, Third Barón*, Londres, 2003.
- Sebag-Montefiore, Hugh, *Enigma: The Battleforthe Code*, Londres, 2000.

Schenk, P., Invasión of England 1940: The Planning of Operation Sealion, *Londres, 1990.*

Stephens, R. 'Tin Eye', Camp 020: MI5 and the Nazi Spies, introducción de Oliver Hoare, *Londres, 2000.*

Stevenson, William, A Man Called Intrepid: the Secret War of 1939-45, *Londres, 1976.*

Waller, John H., The Unseen War in Europe: Espionage and Conspiracy in the Second World War, *Nueva York, Londres, 1996.*

West, Nigel, MI5: British Security Service Operations 1909-45, *Londres, 1981.*

Wilson, Emily Jane, The War in the Dark: The Security Service and the Abwehr 1940-1944, *Ph D thesis, Cambridge, 2003.*

Winterbotham, F. W., The Ultra Secret, *Londres, 1974.*

Créditos de las ilustraciones

Eddie Chapman, 16 de diciembre de 1942. (KV2 462, © the National Archives)

Chapman en Camp 020. (KT/2 462, © the National Archives)

Chapman disfrutando de una cena navideña, 1942. (KV2 462, © the National Archives)

Chapman durante la cena de Navidad, 1942. (KV2 462, © the National Archives)

Documento de identidad irlandés creado por falsificadores nazis. (KV2 462, © the National Archives)

Jersey ocupado por los alemanes (© Popperfoto)

Noruega ocupada por los alemanes (© Fox photos / Getty Images)

La entrada al Fort de Romainville. (Colección de Anthony Faramus, en *Journey into Darkness*, Grafton Books, 1990)

Faramus en el Campo de la muerte de Mauthausen-Gusen. (Colección de Anthony Faramus, en *Journey into Darkness*, Grafton Books, 1990)

Faramus, interpretando un prisionero de guerra en *The Colditz Story*. (Colección de Anthony Faramus, en *Journey into Darkness*, Grafton Books, 1990)

Bombardero Mosquito en construcción en la factoría de aviones De Havilland. (© *The Times*)

Preparación de un Mosquito para un bombardeo sobre Alemania. (© *The Times*)

Planta de montaje de aviones De Havilland. (KV2 457, © the National Archives)

El falso sabotaje de la planta de construcción de aviones De Havilland. (KV2 458, © the National Archives)

El *City of Lancaster*. (© National Maritime Museum)

La bomba de carbón construida por los ingenieros nazis. (KV 461, © the National Archives)

Radiografía de la bomba de carbón (KV2 461, © the National Archives)

Fotografía retocada para el montaje de la Operación Calamar. (KV2 460, © the National Archives)

Rittmeister Stephan Von Gröning (alias «Doktor Graumann»), (Cortesía de Ingeborg Von Gröning)

Stephan Von Gröning cuando era un joven oficial. (Cortesía de Ingeborg Von Gröning)

Oberleutnant Walter Praetorius. (© the National Archives)

Franz Stoetzner (alias «Franz Schmidt»). (Cortesía del MI5)

Karl Barton (alias «Hermann Wojch»). (Cortesía del MI5)

Colonel Robin «Tin Eye» (Ojo de Metal) Stephens. (© BBC)

Victor, lord Rothschild. (© Topfoto)

John Cecil Masterman. (National Portrait Gallery, London)

Jasper Maskelyne. (© British Library, London)

Comandante Ronnie Reed. (Cortesía de Nicholas Reed)

Reed manejando el equipo de transmisiones de Chapman proporcionado por los alemanes. (Cortesía de Nicholas Reed)

Dagmar Lahlum. (Cortesía de Bibbi Roset)

Freda Stevenson con su hija Diane. (KV2 462, © the National Archives)

Betty Farmer. (© News International Syndication)

Pintadas en el ático de La Bretonnière. (Colección del autor)

Hitler caricaturizado como una zanahoria en el ático de La Bretonnière. (Colección del autor)

La Bretonnière, 1942. (Cortesía de Ingeborg Von Gröning)

Chapman tras su regreso a Gran Bretaña en el año 1944. (© News International Syndication)

Chapman en un bar del West End. (© News International Syndication)

Chapman protestando en 1953 después de que sus intentos de publicar sus memorias por entregas en un periódico fueran obstaculizados al amparo de la Ley de Secretos Oficiales. (Topham/AP)

Chapman con el uniforme de las SS. (© Popperfoto.com)

La Cruz de Hierro. (Cortesía de Nicholas Reed, fotografía de Richard Pohle)
Chapman posando junto a su Rolls-Royce. (© *Daily Telegraph*)

Imágenes en el texto

Presunto ladrón de cajas fuertes ante el juez (Cortesía del *Evening Post* de Jersey)

Detenido tras 24 horas de fuga (Cortesía del *Evening Post* de Jersey)

Fotografía de carnet de Chapman (KV2 462, © the National Archives)

Coronel Robin «Ojo de Metal» Stephens (© BBC)

Comandante Michael Ryde (Cortesía de Carolyn Elton)

Lugarteniente Fritz Schlichting (Cortesía de Fritz Schlichting)

Karl Charlie Ischinger (Cortesía de Wolfgang Ischinger)

Tommy Tar Robertson (Cortesía del Juez David McEvoy, QC)

Eddie Chapman con sus ayudantes del MI5 (Cortesía de *sir* James Spooner)

Agradecimientos

Docenas de personas han colaborado generosamente en la redacción de este libro, colaborando en mi investigación, concediendo entrevistas, dándome consejos y permitiéndome el acceso a fotografías, documentos y recuerdos. En el Reino Unido, me siento en deuda con Betty Chapman y Tony Faramus; Howard Davies y Hugh Alexander, de los National Archives; Mary Teviot, por el extraordinario trabajo realizado como detective genealógico; el profesor M. R. D. Foot y Calder Walton por su valiosa experiencia histórica; el comandante A. J. Edwards y el fallecido coronel Tony Williams, del archivo del Museo de Inteligencia Militar; Caroline Lamb, del Liddell Hart Centre, por los archivos militares; Dunia Garcia-Ontiveros, del National Maritime Museum; George Malcolmson, del Royal Navy Submarine Museum; David Capus, de la sección de gestión de archivos de la Policía Metropolitana. Andrea y Edward Ryde, Sophia y Charles Kitson, Margery Barrie, Carolyn Elton, Nicholas Reed y Charles Chilton me ayudaron a construir una imagen más completa de los diversos agentes y oficiales relacionados con el caso Chapman. En Jersey, deseo agradecerles a Steven Guy-Gibbens, director de la prisión de La Moye y a Paul Matthews, vicesecretario judicial, el permitirme el acceso a la prisión y a los archivos judiciales y policiales cerrados; a Linda Romeril y a Stuart Nicolle, del Jersey Historical Archives, y Jan Hadley y John Guegan del *Evening Post* de Jersey. En Noruega, Alf Magnussen de *Aftenposten* constituyó una gran ayuda en la búsqueda de la memoria de Dagmar a través de Bibbi Roset, Leife Myhre y Harald Nasss (quien amablemente me permitió destruir parte de su tejado con una barra de hierro en busca del carrete de fotografías oculto de Chapman). En Estados Unidos, Anne Cameron Berlin llevó a cabo las investigaciones preliminares en los US National Archives. En Alemania, estoy en deuda con Peter Steinkamp por su trabajo en el Bundesarchiv-Militärarchiv en Friburgo, y con Petra e Ingeborg Von Gröning por su hospitalidad y su ayuda. También deseo expresarles mi agradecimiento a Georges y Caroline Benoit, los propietarios de La Bretonnière en Nantes.

Considerando que se trata de una organización secretista, el MI5 ha sido un ejemplo de aperturismo: facilitando no sólo el acceso a archivos hasta ahora clasificados, sino además asistencia en la búsqueda de material adicional. A las otras personas que prefieren no ser nombradas: sabéis quiénes sois y lo agradezco que os estoy.

Robert Thompson, Keith Blackmore, Anne Spackman, Bob Kirwin, Daniel Finkelstein y el resto de mis colegas en *The Times* me han dado su apoyo y han sido tolerantes conmigo, y en ocasiones ambas cosas; Michael Evans mostró su habitual generosidad y me ayudó con su experiencia. Denise Reeves consiguió realizar varios milagros en el campo de la investigación fotográfica.

Michael Fishwick y Trám-Anh Doan de Bloomsbury han sido unos expertos colaboradores de lo más encantador, y el trabajo de Kate Johnson en los manuscritos fue, como es habitual en ella, magnífico, ahorrándome tiempo y una gran cantidad de problemas. Cualquier posible error que todavía pudiera haber se debe únicamente a mi propia intransigencia.

Finalmente, mi agradecimiento y mi amor a Kate Muir, como siempre, por su apoyo, paciencia y buen juicio editorial. Este libro se lo dedico a ella.



BEN MACINTYRE (nacido en 1963) es un autor británico, historiador y columnista-editor en *The Times*, diario para el cual también ha trabajado como corresponsal en Nueva York, París y Washington. Sus columnas van desde temas de actualidad a las controversias históricas. Entre sus libros podemos encontrar uno sobre el caballero criminal Adam Worth, *El Napoleón del Crimen: La vida y los tiempos de Adam Worth, Master Thief*, *El hombre que pudo reinar: el primer americano en Afganistán*, *Los hombres del SAS: Héros y canallas en el cuerpo de operaciones especiales británico*, *Un espía entre amigos: la gran traición de Kim Philby* y *El agente Zigzag: La verdadera historia de Eddie Chapman*

En 2008 MacIntyre escribió un relato informativo ilustrado de Ian Fleming, creador de James Bond, para acompañar la exposición «For Your Eyes Only» del Museo Imperial de Guerra de Londres, que fue parte de las celebraciones del centenario de Fleming.

La BBC a realizado sendos documentales de tres de sus libros: *Operación carne picada* (2010), *Double Agent: La historia de Eddie Chapman* (2011), y *Double Cross, La verdadera historia de los espías del Día D* (2012).

Notas a pie de página

[1] Military Intelligence, Section 5 (sección 5 de la inteligencia militar) es la agencia de contraespionaje y de seguridad interna del Reino Unido; el MI6 (Military Intelligence, Section 6) es la agencia de seguridad y espionaje internacional. (*N. de la t.*) <<

[2] Entrevista con Leonard Maxie, antiguo camarero del Hotel de la Plage, Jersey, en julio del 2006. <<

[3] Entrevista con Betty Chapman, Amersham, 25-11-05 <<

[4] Ibid. <<

[5] Edward Chapman, *The Real Eddie Chapman Story*, Londres 1966, p. 32.
En adelante, Chapman. <<

[6] Robín Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[7] Entrevista con Betty Chapman, 25-11-05 <<

[8] El regimiento destinado a la guardia y protección de, entre otros edificios emblemáticos, la Torre de Londres y el Palacio de Buckingham, y cuyo cambio de guardia constituye una atracción turística. (*N. de la t.*) <<

[9] Chapman, p. 27. <<

[10] Informe de Laurie C. Marshall, 15-1-43; MI5 ref. 133B. Este archivo, hecho público recientemente por el MI5, ha sido ubicado en KV2 457. En adelante, todo el material de este archivo: «KV2 457 (adicional)». <<

[11] Frank Owens, introducción a *ibid.*, p. 9. <<

[12] Ibid., p. 27. <<

[13] Archivos de la policía, KV2 455. <<

[14] Owens, en Chapman, p. 9. <<

[15] R. Stephens, Camp 020: MI5 and the Nazi Spies, Londres 2000, p. 218.
En adelante, Camp 020. <<

[16] Ibid. <<

[17] KV2 457. <<

[18] Chapman, p. 28. <<

[19] Interrogatorio por Ronald Reed, 7-1-43, KV2 457. <<

[20] Entrevista con Terence Young, 22-1-43, KV2 458. <<

[21] *Ib id.* <<

[22] Sunday Telegraph, 23 de marzo de 1963. <<

[23] Informe de Paul Backwell, KV2 456. <<

[24] Jersey Evening Post, 13-2-39. <<

[25] Jersey Evening Post, 14-2-39. <<

[26] Ibid. <<

[27] Anthony Faramus, *The Faramus Story*, Londres, sin fecha, ¿1954?, p. 12.
En adelante, Faramus. <<

[28] Actas del consejo de la prisión de Jersey, Jersey Historical Archive. <<

[29] Falda corta y plisada de cuadros que forma parte del traje tradicional escocés. (*N. de la t.*) <<

[30] Ibid. <<

[31] Pruebas presentadas por el guardia Packer al consejo de la prisión de Jersey, Jersey Historical Archive. <<

[32] Jersey Evening Post, 6-7-39. <<

[33] Ibid. <<

[34] Daily Express, 8-7-39. <<

[35] Jersey Evening Post, 6-7-39. <<

[36] Actas del consejo de la prisión de Jersey, Jersey Historical Archive. <<

[37] Ibid. <<

[38] H. G. Wells, Breve historia del mundo, trad.: Atard y González, Rafael, Ediciones Península S. A., Barcelona 2005. <<

[39] Faramus, pág. 10. <<

[40] Interrogatorio 1-1-43. KV2 456. <<

[41] Interrogatorio 17-12-42. KV2 455. <<

[42] Chapman, pp. 48-49. <<

[43] Faramus, p. 29. <<

[44] Ibid., p. 30. <<

[45] Interrogatorio 17-12-42, KV2 455. <<

[46] Faramus, p. 39 <<

[47] Ibid., p. 36. <<

[48] The Trial of German War Criminals, vol. 6, Londres 1946, p. 40. <<

[49] Faramus, p. 40. <<

[50] En francés en el original. (*N de la t.*) <<

[51] Interrogatorio por E. Goodacre, 18-12-42, KV2 455. <<

[52] Interrogatorio por E. Goodacre, 17-12-42, KV2 455. <<

[53] Faramus, p. 43. <<

[54] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[55] Interrogatorio por Victor Rothschild, 28-1-23, KV2 458. <<

[56] Faramus, p. 48. <<

[57] Ibid., p. 37. <<

[58] Faramus, p. 49. <<

[59] Ibid. <<

[60] Ibid., p. 37. <<

[61] Chapman, p. 37. <<

[62] Ibid., 62. <<

[63] Interrogatorio por Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[64] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[65] Ibid. <<

[66] Faramus, p. 37. <<

[67] Ibid., p. 49. <<

[68] Chapman, p. 64. <<

[69] Ibid., p. 66. <<

[70] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[71] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[72] Ibid. <<

[73] Ibid. <<

[74] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[75] Atribuido a T. A. Robertson, informe del curso de formación del SOE, KV4 172. <<

[76] John Curry, *The Security Service 1908-1945: The Official History*, Londres 1999, KV4 1-3. <<

[77] Citado en Emily Jane Wilson, *The War in the Dark: The Security Service and the Abwehr 1940-1944*, tesis doctoral, Cambridge 2003. <<

[78] Ibid. <<

[79] Evelyn Waugh, citado en *ibid.* <<

[80] Curry, op. cit. <<

[81] El barrio de Londres en el que se encuentra la sede del gobierno británico.
(*N. de la t.*) <<

[82] Carta de Walter Praetorius, 1979, en la página web de la familia Thomas.

<<

[83] Expediente de Walter Praetorius, KV2 524. <<

[84] *Ibíd.* <<

[85] Ibid. <<

[86] Mensaje interceptado por ISOS el 2-2-42, KV2 456. <<

[87] Interrogatorio del 1-1-43, KV2 456. <<

[88] Ibid. <<

[89] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[90] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[91] Interrogatorio 1-1-43, KV2 456. <<

[92] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[93] Interrogatorio por Goodacre, 17-12-42, KV2 455. <<

[94] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[95] Ibid. <<

[96] Interrogatorio por Rothschild 28-1-43, KV2 458. <<

[97] Interrogatorio por Rothschild, 21-43, KV2 456. <<

[98] Ibid. <<

[99] Interrogatorio por Stephens, 3-1-43, KV2 456. <<

[100] Interrogatorio por Reed, 21-12-43, KV2 456. <<

[101] Interrogatorio por Stephens, 3-1-43, KV2 456. <<

[102] Chapman, p. 66. <<

[103] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[104] Entrevista con Ingeborg Von Gröning, Bremen, 22-05-06. <<

[105] Ibid. <<

[106] Gladys Von Gröning, expediente de inmigración, HO 405/16169. <<

[107] Entrevista con Ingeborg Von Gröning, Bremen, 22-05-06. <<

[108] Chapman, p. 73. <<

[109] Ibid., p. 71. <<

[110] Ibid., p. 69. <<

[111] Ibid., p. 72. <<

[112] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[113] Interrogatorio por Stephens, 19-12-42, KV2 455. <<

[114] Ibid. <<

[115] Informe de Reed, 1-1-43, KV2 457. <<

[116] Interrogatorio por Goodacre, 17-12-42, KV2 455. <<

[117] Ibid. <<

[118] *Buttermilk*. suero de leche. (*N. de la t.*) <<

[119] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. <<

[120] Interrogatorio, 1-1-43, KV2 456. <<

[121] Mensaje interceptado por ISOS, 20-10-42, KV2 460. <<

[122] Ibid., 23-10-42. <<

[123] Ibid., 14-10-42. <<

[124] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[125] Nombre familiar que reciben los policías uniformados ingleses. (*N. de la t.*) <<

[126] Mensaje interceptado por ISOS, 13-10-42, KV2 460. <<

[127] Peter Twinn, en F. H. Hinsley y Alan Stripp (eds), Codebreakers: The Inside Story of Bletchley Park, Oxford 2001. <<

[128] Citado en Penelope Fitzgerald, *The Knox Brothers*, Londres 2001, p. 98.

<<

[129] Citado en Wilson, op. citado. <<

[130] J. C. Masterman, *The Double Cross System in the War 1939-1945*, Londres 1972, p. 3. <<

[131] Histórico regimiento escocés de infantería, creado en 1881 y extinguido en 1961. Su último coronel y comandante fue el duque de Windsor, anteriormente rey Eduardo VIII de Inglaterra. (*N. de la t.*) <<

[132] Discurso pronunciado por Christopher Harmer en el funeral por T. A. Robertson, 1909-1904, en Pershore Abbey, contenido en los documentos del teniente coronel T. A. Robertson, cortesía de los miembros del consejo del Liddell Hart Centre for Military Archives, King's College, Londres. <<

[133] J. C. Masterman, *On the Chariot Wheel: an Autobiography*, Oxford 1975, p. 129. <<

[134] Harmer, op. cit. <<

[135] Ibid. <<

[136] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[137] Masterman, On the Chariot Wheel, p. 108. <<

[138] Ibid., p. 114. <<

[139] Citado en Wilson, op. cit. <<

[140] Masterman, On the Chariot Wheel, p. 377. <<

[141] Masterman, The Double Cross System, p. 54. <<

[142] Ibid., p. 1. <<

[143] Ibid., p. 22. <<

[144] Ibid., p. 24. <<

[145] Ibid., p. 25. <<

[146] Masterman, On the Chariot Wheel, p. 219. <<

[147] Ibid. <<

[148] Ewen Montagu, *Beyond Top Secret Ultra*, Londres 1977, p. 134. <<

[149] Notas de Reed sobre los mensajes interceptados de ISOS, 30-642, KV2
456. <<

[150] Ibid., 28-7-42. <<

[151] Informe de Reed, 20-8-41, KV2 455. <<

[152] Informe RSS 19-9-41, KV2 455. <<

[153] Informe, KV2 <<

[154] Ibid. <<

[155] Informe de Reed, 20-8-41, KV2 455. <<

[156] Informe de Reed, 8-2-42, KV2 458. <<

[157] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[158] Interrogatorio por Goodacre, 17-12-42, KV2 455. <<

[159] Ibid. <<

[160] Interrogatorio por el Comandante D. B. «Stimmy» Stimson, 1712-42, KV2 455. <<

[161] Ibid. <<

[162] KV2 457. <<

[163] Informe de Backwell, 30-12-42, KV2 456. <<

[164] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[165] Ibid. <<

[166] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[167] Ibid. <<

[168] Interrogatorio 1-1-43, KV2 456. <<

[169] Ibid. <<

[170] Mensaje interceptado por ISOS, 2-10-42, KV2 460. <<

[171] Notas de Backwell, KV2 456. <<

[172] Interrogatorio por Goodacre, 18-12-42, KV2 455. <<

[173] Ibid. <<

[174] Notas de Backwell, KV2 456. <<

[175] Informe, KV2 456. <<

[176] Véase, A Short History of the DH98 Mosquito, bbc.co.uk <<

[177] Mensaje interceptado por ISOS, 12-10-42, KV2 460. <<

[178] Informe, 24-9-42, KV2 456. <<

[179] Interrogatorio por Goodacre, 17-12-42, KV2 455. <<

[180] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[181] Ibid. <<

[182] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[183] Ibid. <<

[184] Ibid. <<

[185] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[186] Informe, KV2 456. <<

[187] Ibid. <<

[188] Interrogatorio por Stephens, 3-1-43, KV2 456. <<

[189] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[190] Interrogatorio por R. Short, 18-12-42, KV2 455. <<

[191] Ibid. <<

[192] Interrogatorio por Stephens, 3-1-43, KV2 456. <<

[193] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[194] Ibid. <<

[195] Mensaje interceptado por ISOS, 26-9-42, KV2 460. <<

[196] Informe, KV2 456. <<

[197] Ibid. <<

[198] Nota de Reed al mensaje interceptado por ISOS, 7-12-42, KV2 456. <<

[199] Mensaje interceptado por ISOS, 7-12-42, KV2 460. <<

[200] Interrogatorio, 1-1-43, KV2 456. <<

[201] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[202] Chapman, p. 103. <<

[203] Interrogatorio por Goodacre, 18-12-42, KV2 455. <<

[204] Ibid. <<

[205] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[206] Nota de Reed al mensaje interceptado por ISOS, 10-12-42, KV2 456. <<

[207] Interrogatorio por Goodacre, 17-12-42, KV2 455. <<

[208] Declaración de Chapman, 18-12-42, KV2 455. <<

[209] Informe, KV2 455. <<

[210] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[211] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[212] Ibid. <<

[213] Interrogatorio por Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[214] Interrogatorio por Goodacre, 18-12-42, KV2 455. <<

[215] Ibid. <<

[216] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[217] Ibid. <<

[218] Informe de Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[219] Informe de Reed, 1-1-43, KV2 456. <<

[220] Interrogatorio por Goodacre, 18-12-42, KV2 455. <<

[221] Faramus, p. 74. <<

[222] Ibid., p. 78. <<

[223] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[224] Ibid. <<

[225] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[226] Ibid. <<

[227] Interrogatorio por Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[228] Chapman, p. 107. <<

[229] Ibid. <<

[230] Interrogatorio por Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[231] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[232] Interrogatorio por Stimson, 17-12-42, KV2 455. <<

[233] Ibid. <<

[234] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[235] Interrogatorio por Stimson, 17-12-42, KV2 455. <<

[236] *Nightcap*'. 1— gorro de dormir; 2— la última copa antes de irse a dormir. (*N. de la t.*) <<

[237] Informe, KV2 455. <<

[238] Notas de Reed a mensajes interceptados por ISOS, KV2 456. <<

[239] Informe, KV2 455. <<

[240] Informe de RSS, 8-10-42, KV2 455. <<

[241] Informe, KV2 455. <<

[242] Ibid. <<

[243] Informe, 1-10-42, KV2 455. <<

[244] Informe, 4-10-42, KV2 455. <<

[245] Informe de la policía, KV2 455. <<

[246] Nombre aplicado a los soldados alemanes durante la segunda guerra mundial, y por extensión a todo lo procedente de la Alemania nazi. (*N. de la t.*) <<

[247] Ibid. <<

[248] Informe del sargento J. Vail, KV2 455. <<

[249] Ibid. <<

[250] Informe del subjefe de la policía de Ely, KV2 455. <<

[251] Informe de Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[252] Camp 020, p. 107. <<

[253] Ibid. <<

[254] Ibid., p. KV4 14, p. 306. <<

[255] Camp 020, pp. 73, 295 y 40. <<

[256] Ibid., p. 40. <<

[257] Ibid., p. 19 y 71. <<

[258] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[259] Informe de Stephens, 18-12-42, KV2 544. <<

[260] Camp 020, p. 109. <<

[261] Véase, interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[262] Citado en Montagu, op. cit. <<

[263] Camp 020, p. 105. <<

[264] Ibid., p. 58. <<

[265] Informe interno de Reed, 21-12-42, KV2 456. <<

[266] Interrogatorio por Goodacre, 18-12-42, KV2 455. <<

[267] Interrogatorio por Stephens, 17-12-42, KV2 455. <<

[268] Informe interno de Stephens, KV2 455. <<

[269] Camp 020, p. 218. <<

[270] Informe de Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[271] Notas de Reed a mensajes interceptados por ISOS, 28-7-42, KV2 456.
<<

[272] Informe de Robertson, 24-12-42, KV2 456. <<

[273] Declaración de Chapman, 18-12-42, KV2 455. <<

[274] Nombre ofensivo con el que se solía denominar a los alemanes. (*N. de la t.*) <<

[275] Ibid. <<

[276] Ibid. <<

[277] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. <<

[278] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[279] Carta de Chapman a Stephens, 18-12-42, KV2 455. <<

[280] Informe de Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[281] Ibid. <<

[282] Informe de Stephens, 18-12-42 KV2 455. <<

[283] Ibid. <<

[284] Declaración conjunta de los agentes que interrogaron a Chapman, 18-12-42, KV2 455. <<

[285] Informe interno de Robertson, 18-12-42, KV2 455. <<

[286] Transcripción de la entrevista grabada en cinta de vídeo con Ronnie Reed, 1994, cortesía de Nicholas Reed. <<

[287] Entrevista con Charles Chilton, 5-10-06. <<

[288] Informe interno de Reed, 19-12-42, KV2 455. <<

[289] Ibid. <<

[290] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[291] Carta de Chapman a Stephens, 19-12-42, KV2 455. <<

[292] Informe de Reed, 20-12-42, KV2 455. <<

[293] Ibid. <<

[294] Mensajes interceptados por ISOS, 20-9-42, KV2 460. <<

[295] Notas de Reed a mensajes interceptados por ISOS, KV2 456. <<

[296] Notas de Reed, KV2 456, y mensajes interceptados por ISOS, 2112-42, KV2 460. <<

[297] Notas de Reed, KV2 456. <<

[298] Informe de Reed, KV2 456. <<

[299] Memorando, KV2 456. <<

[300] Memorando de Masterman a Robertson, 17-12-42, KV2 455. <<

[301] Informe 19-12-42, KV2 455. <<

[302] Memorando de Robertson, 30-1-43, KV2 458. <<

[303] Informe del Ministerio del Aire, 7-12-43, KV2 458. <<

[304] Informe de Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[305] Sesión informativa de Robertson, 21-12-42, KV2 456. <<

[306] Ibid. <<

[307] Nota, KV2 456. <<

[308] Ibid. <<

[309] Notas de Backwell, KV2 458. <<

[310] Ibid. <<

[311] Notas de Backwell, KV2 456. <<

[312] Notas de Tooth, KV2 456. <<

[313] Ibid. <<

[314] Memorando de Reed, 26-12-42, KV2 456. <<

[315] Masterman, The Double Cross System, p. 90. <<

[316] Masterman, On the Chariot Wheel, p. 212. <<

[317] Ibid. <<

[318] Informe de Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[319] Ibid. <<

[320] Camp 020, p. 105. <<

[321] Informe de Reed, KV2 456. <<

[322] Informe de Reed, 1-1-43, KV2 456. <<

[323] Notas de Backwell, KV2 458. <<

[324] Memorando de Reed, 23-12-42, KV2 456. <<

[325] Informe de Reed, 10-2-42, KV2 458. <<

[326] Informe de Reed, 28-12-42, KV2 456. <<

[327] Harmer, op. cit. <<

[328] Informe de Reed, 28-12-42, KV2 456. <<

[329] Ibid. <<

[330] Mensajes interceptados por ISOS, 27-12-42, KV2 460. <<

[331] Informe de Reed, 28-12-42, KV2 456. <<

[332] Nota sin fechar, KV2 456. <<

[333] Interrogatorio por Marshall, 24-12-42, KV2 456. <<

[334] Ibid. <<

[335] Memorando de Masterman, 26-12-42, KV2 456. <<

[336] Masterman, The Double Cross System, p. 19. <<

[337] Frank Huskell, citado en Short History of the DH98 Mosquito, op. cit. <<

[338] Informe de Backwell, 30-12-42, KV2 456. <<

[339] Narración de cubierta, KV2 459. <<

[340] Memorando, KV2 456. <<

[341] Informe de Reed, 10-2-42, KV2 458. <<

[342] Memorando, 5-1-43, KV2 456. <<

[343] Ibid. <<

[344] Notas de Backwell, KV2 458. <<

[345] Ibid. <<

[346] Notas de Tooth, KV2 456. <<

[347] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. <<

[348] Actas de la reunión del 31-12-42, KV2 456. <<

[349] Informe de Robertson, 11-1-43, KV2 457. <<

[350] Notas de Tooth, KV2 456. <<

[351] Ibid. <<

[352] Informe de Reed, 1-1-43, KV2 456. <<

[353] Ibid. <<

[354] Informe de Backwell, KV2 456. <<

[355] Ibid. <<

[356] Informe de Marshall, 15-1-43, ref. del MI5 133B, KV2 457 (adicional).

<<

[357] Informe de Backwell, KV2 456. <<

[358] Nota manuscrita que acompaña a nota de Backwell del 12-1-43, KV2 457 (adicional). <<

[359] Nota de Backwell, 12-1-43, KV2 457 (adicional). <<

[360] Ibid. <<

[361] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[362] Ibid. <<

[363] Informe de Backwell, KV2 458. <<

[364] Ibid. <<

[365] Ibid. <<

[366] Informe de Marshall, 7-1-43, KV2 457 (adicional). <<

[367] Notas de Tooth, 7-1-43, KV2 457 (adicional). <<

[368] Ibid. <<

[369] Informe de Backwell, KV2 458. <<

[370] Informe de Reed, 7-1-43, KV2 457 (adicional). <<

[371] Memorando de Reed, 13-1-43, KV2 457 (adicional). <<

[372] Informe de Marshall, 15-1-43 KV2 457 (adicional). <<

[373] Informe de Marshall, 23-1-43, KV2 458. <<

[374] Ibid. <<

[375] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[376] Ibid. <<

[377] Ibid. <<

[378] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 459. <<

[379] Notas de Backwell, KV2 458. <<

[380] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[381] Informe de Marshall, 15-1-43 KV2 457 (adicional). <<

[382] Ibid. <<

[383] Nota manuscrita de Reed en Ibid. <<

[384] Informe de Reed, 1-1-43, KV2 456. <<

[385] Notas de Backwell, KV2 458. <<

[386] Ibid. <<

[387] Entrevista con Ronnie Reed, 1994, Nicholas Reed. <<

[388] Notas de Backwell, KV2 458. <<

[389] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[390] Notas de Tooth, 26-143, KV2 458. <<

[391] Notas de Tooth, KV2 456. <<

[392] Ibid. <<

[393] Notas de Tooth, 26-143, KV2 458. <<

[394] Nota manuscrita de Reed en Ibid. <<

[395] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[396] Ibid. <<

[397] Charles Fraser-Smith, *The Secret War of Charles Fraser-Smith*, Londres 1981, p. 121. <<

[398] Nota manuscrita de Masterman en el memorando de Reed, 7-143, KV2
457. <<

[399] Fraser-Smith, op. cit. <<

[400] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. <<

[401] Memorando de Masterman, 27-1-43, KV2 458. <<

[402] Ibid. <<

[403] Memorando de Masterman, 27-1-43, KV2 458. <<

[404] Ibid. <<

[405] Informe de Reed, KV2 458. <<

[406] Memorando del coronel *sir* John Turner, KV2 458. <<

[407] Memorando de Reed, KV2 458. <<

[408] Informe de Reed, 31-1-43, KV2 458. <<

[409] Ibid. <<

[410] Fraser-Smith, op. cit. <<

[411] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[412] Informe de Stephens, 7-1-42, KV2 457. <<

[413] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[414] Memorando de Robertson, 11-1-43, KV2 457. <<

[415] Véase la carpeta KV2/459, documento 254B, párrafo 50, de los *National Archives*. <<

[416] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[417] Ibid. <<

[418] Ibid. <<

[419] Masterman, The Double Cross System, p. 132. <<

[420] Ibid. <<

[421] Informe de Reed, 13-3-43, KV2 459. <<

[422] Informe de Shanks, 6-1-43, KV2 457. <<

[423] Ibid. <<

[424] Informe de Marshall, 15-1-43, ref. MI5 133B, KV2 457 (adicional). <<

[425] «mejor educadas» para referirse a la manera de hablar de la gente con escasa cultura y educación. (*N. de la t.*) <<

[426] Ibid. <<

[427] Nombre coloquial que recibe el barrio de Saint James en el West End de Londres, y en el que se hallan ubicados la mayor parte de los clubes de hombres de la ciudad. (*N. de la t.*) <<

[428] Malcolm Muggeridge, *Chronicles of Wasted Time*, vol. II, Londres 1979, p. 222. <<

[429] Citado en Kenneth Rose, *Elusive Rothschild: The Life of Víctor, Third Barón*, Londres 2003, p. 67. <<

[430] Interrogatorio por Rothschild, 2-1-43, KV2 456. <<

[431] Informe de Robertson, 2-2-43, KV2 458. <<

[432] Camp 020, p. 176. <<

[433] Nota de Reed, KV2 456. <<

[434] Informe de Robertson, 2-2-43, KV2 458. <<

[435] Ibid. <<

[436] Atribuido a Robertson, informe del curso de formación del SOE, KV4
172. <<

[437] Ibid. <<

[438] Ibid. <<

[439] Notas de Reed en los mensajes interceptados por ISOS, KV2 456. <<

[440] Informe de Reed, 13-3-43, KV2 459. <<

[441] Ibid. <<

[442] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[443] Ibid. <<

[444] Informe de Reed, 13-3-43, KV2 459. <<

[445] Memorando de Robertson, KV2 457. <<

[446] Informe de Reed, 13-3-43, KV2 459. <<

[447] Informe de Marshall, 2-2-43, KV2 456. <<

[448] Ibid. <<

[449] Ibid. <<

[450] Notas de Tooth, KV2 456. <<

[451] Masterman, The Double Cross System, p. 18. <<

[452] Informe de Marshall, 2-2-43, KV2 456. <<

[453] Ibid. <<

[454] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[455] Memorando de Reed, 10-2-43, KV2 458. <<

[456] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[457] Memorando de Reed, 10-2-43, KV2 458. <<

[458] Ibid. <<

[459] Evening Standard, 12-2-43. <<

[460] Ibid. <<

[461] News Chronicle, 10-2-43. <<

[462] Memorando de Reed, 10-2-43, KV2 458. <<

[463] Ibid. <<

[464] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[465] Informe de Reed, 8-2-43, KV2 458. <<

[466] Interrogatorio por Rothschild, 28-1-43, KV2 458. <<

[467] Notas de Backwell, KV2 458. <<

[468] Ibid. <<

[469] Notas de Reed, 10-2-43, KV2 458. <<

[470] Memorando de Reed, 10-2-43, KV2 458. <<

[471] Notas de Backwell, KV2 458. <<

[472] Informe de Reed, 8-2-43, KV2 458. <<

[473] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[474] Ibid. <<

[475] Notas de Stephens, KV2 456. <<

[476] Robertson, 11-1-43, KV2 457. <<

[477] Memorando de Reed, 10-2-43, KV2 458. <<

[478] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[479] Ibid. <<

[480] Notas de Robertson, KV2 457. <<

[481] Informe de Backwell, KV2 456. <<

[482] Memorando de Robertson, 11-1-43, KV2 457. <<

[483] Interrogatorio por Rothschild, 28-1-43, KV2 458. <<

[484] Informe de Reed, 13-3-43, KV2 459. <<

[485] Interrogatorio por Rothschild, 28-1-43, KV2 458. <<

[486] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[487] Memorando de Robertson, 11-1-43, KV2 457. <<

[488] Ibid. <<

[489] Informe de Reed, 8-2-43, KV2 458. <<

[490] Ibid. <<

[491] Memorando de Robertson, 11.1.43, KV2 457. <<

[492] Informe de Stephens, 7-1-42, KV3 457. <<

[493] Informe de Reed, 3-3-43, KV2 458. <<

[494] Ibid. <<

[495] Ibid. <<

[496] Memorando de Reed, 10-2-43, KV2 458. <<

[497] Informe de Reed, 3-3-43, KV2 458. <<

[498] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[499] Informe de Reed, 3-3-43, KV2 458. <<

[500] Notas de Reed, KV2 458. <<

[501] Ibid. <<

[502] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[503] Notas de Reed, KV2 458. <<

[504] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[505] Jugada ajedrecística en la que se pretende hacer caer al contrincante en una trampa, una variante del gambito de la dama declinado. (*N. de la t.*) <<

[506] Ibid. <<

[507] Ibid. <<

[508] Nota manuscrita dirigida a Marshall, 3-3-43, KV2 458. <<

[509] Informe de Reed, 3-3-43, KV2 458. <<

[510] Ibid. <<

[511] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[512] Ibid. <<

[513] Informe de Reed, 26-3-43, KV2 459. <<

[514] Ibid. <<

[515] Chapman, p. 137. <<

[516] Informe de Reed, 18-4-43, KV2 459. <<

[517] Informe de Reed, 26-3-43, KV2 459. <<

[518] Informe del comandante R. L. Brown, 26-4-43, KV2 461. <<

[519] Ibid. <<

[520] Informe de Reed, 26-3-43, KV2 459. <<

[521] Ibid. <<

[522] Informe de Brown, 26-4-43, KV2 461. <<

[523] Extractos del diario de a bordo del City of Lancaster, KV2 459. <<

[524] Masterman, *The Case of Four Friends*, Londres 1961, p. 19. <<

[525] Informe del comandante R. L. Brown, 26-4-43, KV2 461. <<

[526] Ibid. <<

[527] Ibid. <<

[528] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[529] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[530] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[531] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[532] Ibid. <<

[533] Ibid. <<

[534] Extractos del diario de a bordo del City of Lancaster, KV2 459. <<

[535] Ibid. <<

[536] Informe de Reed, 26-3-43, KV2 459. <<

[537] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[538] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[539] Mensaje interceptado por ISOS, 27-5-45, KV2 459. <<

[540] Memorando, 23-3-43, KV2 459. <<

[541] Informe de la reunión, 22-3-42, KV2 459. <<

[542] Ibid. <<

[543] Ibid. <<

[544] Ibid. <<

[545] Ibid. <<

[546] Memorando sin fechar, KV2 459. <<

[547] Ibid. <<

[548] Lord Queensberry fue el creador de las normas del boxeo tanto profesional como aficionado. (*N. de la t.*) <<

[549] Extractos del diario de a bordo del City of Lancaster, KV2 459. <<

[550] Ibid. <<

[551] Informe de Reed, 26-3-43, KV2 459. <<

[552] Ibid. <<

[553] Telegrama, KV2 459. <<

[554] Informe de Stephens, 27-6-43, KV2 460. <<

[555] Ibid. <<

[556] Ibid. <<

[557] Informe de Reed, 26-3-43, KV2 459. <<

[558] Ibid. <<

[559] Memorando de Rothschild, 28-3-43, KV2 461. <<

[560] Ibid. <<

[561] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[562] Ibid. <<

[563] Ibid. <<

[564] Informe del comandante Michael Ryde, 24-10-44, KV2 460. <<

[565] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[566] Ibid. <<

[567] Atribuido a Robertson, informe del curso de formación del SOE, KV4
172. <<

[568] Informe de Reed, 15-3-43, KV2 459. Documento 254 B. <<

[569] Masterman, The Double Cross System, p. 32. <<

[570] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[571] Ibid. <<

[572] Chapman, p. 158. <<

[573] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[574] Memorando de Masterman, 18-4-43, KV2 461. <<

[575] Memorando de Montagu, 18-4-43, KV2 461. <<

[576] Memorando de Rothschild, 25-4-43, KV2 461. <<

[577] Ibid. <<

[578] *Ibíd.* <<

[579] Rothschild, «Plan Damp Squib», KV2 461. <<

[580] Ibid. <<

[581] Carta del coronel Leslie Wood a Rothschild, KV2 461. <<

[582] Ibid. <<

[583] Masterman, nota manuscrita adjunta a Rothschild, «Plan Damp Squib», KV2 461. <<

[584] Memorando de Masterman, KV2 461. <<

[585] Informe de Brown, 26-4-43, KV2 461. <<

[586] Ibid. <<

[587] Ibid. <<

[588] Informe de Reed, 26-4-43, KV2 461. <<

[589] *Ibíd.* <<

[590] Rothschild, «Plan Damp Squib», KV2 461. <<

[591] Memorando 26-4-43, KV2 461. <<

[592] Informe de Reed, 26-4-43, KV2 461. <<

[593] Duff Cooper a Dick White, 5-5-43, KV2 459. <<

[594] Ibid. <<

[595] Memorando de Rothschild, 6-12-43, KV2 461. <<

[596] Ibid. <<

[597] Entrevista con Ingeborg Von Gröning, Bremen, 22-05-06. <<

[598] Chapman, p. 161. <<

[599] Informe de Ryde, 24-10-44, KV2 460. <<

[600] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[601] Ibid. <<

[602] Chapman, p. 164. <<

[603] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[604] Informe de Ryde, 24-10-44, KV2 460. <<

[605] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[606] Masterman, The Double Cross System, p. 187. <<

[607] Ibid., p. 72. <<

[608] Entrevista con Ingeborg Von Gröning, Bremen, 22-05-06. <<

[609] Ibid. <<

[610] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[611] Olav Riste and Berit Nókleyby, Norway 1940-1045: The Resístame Movement, Oslo, 2004, p. 51. <<

[612] Chapman, p. 171. <<

[613] Ibid. <<

[614] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[615] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[616] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[617] Chapman, p. 112. <<

[618] Ibid. <<

[619] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[620] Entrevista de Rothschild con el agente JIGGER, (Von Schoenich), París, 8-11-44, KV2 460. <<

[621] Ibid. <<

[622] Chapman, p. 174. <<

[623] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[624] Ibid. <<

[625] Chapman, p. 175. <<

[626] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[627] Ibid. <<

[628] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[629] Chapman, p. 171. <<

[630] Ibid., p. 176. <<

[631] Ibid. <<

[632] Entrevista con Bibbi Roset, Oslo, 15-6-06. <<

[633] Ibid. <<

[634] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[635] Entrevista con Bibbi Roset, Oslo, 15-6-06. <<

[636] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[637] Chapman, p. 177. <<

[638] Entrevista con Bibbi Roset, Oslo, 15-6-06. <<

[639] Chapman, p. 178. <<

[640] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[641] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[642] Ibid. <<

[643] Ibid. <<

[644] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[645] Ibid. <<

[646] Chapman, p. 179. <<

[647] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[648] Ibid. <<

[649] Ibid. <<

[650] Chapman, p. 180. <<

[651] Ibid. <<

[652] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[653] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[654] Ibid. <<

[655] Informe de Ryde, 24-10-44, KV2 460. <<

[656] Ibid. <<

[657] Chapman, p. 196. <<

[658] Entrevista con Leife Myhre, Oslo, 16-6-06. <<

[659] Ibid. <<

[660] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[661] Ibid. <<

[662] Interrogatorio por Rothschild, 28-1-43, KV2 458. <<

[663] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[664] Entrevista con Bibbi Roset, Oslo, 15-6-06. <<

[665] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[666] Ibid. <<

[667] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[668] Ibid. <<

[669] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[670] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[671] Ibid. <<

[672] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[673] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[674] Ibid. <<

[675] Masterman, The Double Cross System, p. 171. <<

[676] Camp 020, p. 350. <<

[677] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[678] Informe de Ryde, 27-7-44, KV2 460. <<

[679] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[680] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[681] Ibid. <<

[682] Ibid. <<

[683] Entrevista con Bibbi Roset, Oslo, 15-6-06. <<

[684] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[685] Compuesto que podría significar algo así como «movimiento de oposición a las tendencias de la Iglesia a separarse del Estado». (*N. de la t.*)
<<

[686] Memorando de Reed, 7-7-44, KV2 459. <<

[687] Ibid. <<

[688] Mensaje interceptado por ISOS, 15-12-44, KV2 459. <<

[689] Camp 020, p. 298. <<

[690] Ibid. <<

[691] Ibid. <<

[692] Ibid., p. 299. <<

[693] Ibid. <<

[694] Masterman, The Double Cross System, p. 171. <<

[695] Ibid. <<

[696] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[697] Ibid. <<

[698] Ibid. <<

[699] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[700] Ibid. <<

[701] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[702] Ibid. <<

[703] News of the World, 25-10-53. <<

[704] Ibid. <<

[705] Faramus, p. 93. <<

[706] Ibid., p. 100. <<

[707] Ibid., p. 136. <<

[708] Ibid., p. 82. <<

[709] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[710] Chapman, p. 241. <<

[711] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[712] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[713] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[714] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[715] Ibid. <<

[716] Citado en la necrológica de Erich Vermehren de Saventhem, redactada por Richard Bassett, Independent, 3-5-05. <<

[717] Chapman, p. 237. <<

[718] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[719] Ibid. <<

[720] Informe, 13-7-44, KV2 460. <<

[721] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[722] Ibid. <<

[723] News of the World, 1-11-53. <<

[724] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[725] News of the World, 1-11-53. <<

[726] Ibid. <<

[727] News of the World, 25-10-53. <<

[728] Chapman, p. 244. <<

[729] News of the World, 1-11-54. <<

[730] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[731] *Ibíd.* <<

[732] News of the World, 1-11-53. <<

[733] Entrevista con Ronnie Reed, 1994, Nicholas Reed. <<

[734] Mensaje interceptado por ISOS, 10-6-44, KV2 459. <<

[735] Memorando, 25-9-44, KV2 460. <<

[736] Camp 020, p. 224. <<

[737] Memorando, 28-6-44, KV2 459. <<

[738] Stephens en el informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[739] Informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[740] Camp 020, p. 218. <<

[741] Stephens en el informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[742] Memorando de Milmo, 29-6-44, KV2 459. <<

[743] Entrevista con Ronnie Reed, 1994, Nicholas Reed. <<

[744] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[745] Dearden, citado en el informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[746] Memorando de Reed, 28-6-44, KV2 459. <<

[747] Stephens en el informe del Camp 020, 11-7-44, KV2 459. <<

[748] Ibid. <<

[749] Memorando, 10-7-44, KV2 459. <<

[750] Memorando de Reed, 28-6-44, KV2 459. <<

[751] Thaddeus Holt, *The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War*, Londres 2004, p. 853. <<

[752] Informe de Reed, 28-6-43, KV2 459. <<

[753] Memorando de Milmo, 1-8-44, KV2 460. <<

[754] Memorando de Milmo, 28-6-44, KV2 459. <<

[755] Memorando, 29-6-44, KV2 459. <<

[756] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[757] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[758] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[759] Ryde, memorando de la reunión, 14-8-44, KV2 460. <<

[760] Memorando de Milmo, 28-6-44, KV2 459. <<

[761] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[762] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[763] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[764] Ibid. <<

[765] Memorando de Marriott, 29-7-43, KV2 459. <<

[766] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[767] Stephens en el informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[768] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[769] Ibid. <<

[770] *Doodlebug* es el nombre general con el que se designa en inglés a un tipo de insectos (en inglés «*bug*») depredadores del orden *neuroptida*, y de la familia *Myrmeleontidae*, más específicamente, a la larva de la hormiga león. La larva de la hormiga león, en su búsqueda del lugar idóneo en el que construir su trampa para atrapar a sus presas, deja un rastro serpenteante y en espiral, como si alguien hubiera trazado garabatos en la arena, unos garabatos que en inglés se denominan «*doodles*». Un rastro similar a las invisibles figuras dibujadas en el cielo por las bombas V-1 al caer en picado hacia la tierra una vez agotado el combustible. (*N. de la t.*) <<

[771] Masterman, The Double Cross System, p. 171. <<

[772] Ibid. <<

[773] Ibid. <<

[774] Michael Howard, *Strategic Deception in the Second World War*, Londres 1995, p. 178. <<

[775] Ibid. <<

[776] Memorando de Reed, 28-6-44, KV2 459. <<

[777] Masterman, The Double Cross System, p. 181. <<

[778] Ibid. <<

[779] Ibid. <<

[780] Memorando, KV2 460. <<

[781] Nota del Ministerio del Aire, 29-8-44, KV2 460. <<

[782] Memorando de J. A. Drew, 11-7-44, KV2 459. <<

[783] Informe de Ryde, 26-7-44, KV2 460. <<

[784] Ryde a Robertson, 13-9-44, KV2 460. <<

[785] Masterman, The Double Cross System, p. 172. <<

[786] Masterman, Chariot Wheel, p. 212. <<

[787] Memorando, 1-8-44, KV2 460. <<

[788] Ryde, memorando de la reunión, 14-8-44, KV2 460. <<

[789] Ibid. <<

[790] Entrevista con Ronnie Reed, 1994, Nicholas Reed. <<

[791] Memorando de Marriott, 29-7-43, KV2 459. <<

[792] Memorando de *sir* Alexander Maxwell, 15-7-44, KV2 460. <<

[793] Nota de D. I. Wilson, en *ibid.* <<

[794] Ryde, memorando de la reunión, 14-8-44, KV2 460. <<

[795] Ibid. <<

[796] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[797] Ibid. <<

[798] Memorando de Ryde, 26-7-44, KV2 460. <<

[799] Memorando de Ryde, 6-8-44, KV2 460. <<

[800] Memorando de Ryde, 26-7-44, KV2 460. <<

[801] Ibid. <<

[802] Ryde, memorando de la reunión, 14-8-44, KV2 460. <<

[803] Memorando, 1-8-44, KV2 460. <<

[804] Ibid. <<

[805] Ibid. <<

[806] Montagu, op. cit., p. 114. <<

[807] Ibid. <<

[808] Ibid., p. 124. <<

[809] Ibid., p. 125. <<

[810] Memorando, 1-8-44, KV2 460. <<

[811] Memorando de Ryde, 6-8-44, KV2 460. <<

[812] Entrevista con Ronnie Reed, 1994, Nicholas Reed. <<

[813] Informe del Camp 020,11-7-44, KV2 459. <<

[814] Ibid. <<

[815] Informe de Ryde, 24-8-44, KV2 460. <<

[816] Memorando de Ryde, 8-8-44, KV2 460. <<

[817] Camp 020, p. 225. <<

[818] Ryde, memorando de la reunión, 14-8-44, KV2 460. <<

[819] Memorando de Robertson, 15-8-44, KV2 460. <<

[820] Ibid. <<

[821] Ibid. <<

[822] Memorando 1-8-44, KV2 460. <<

[823] Ibid. <<

[824] Montagu, op. cit., p. 126. <<

[825] Ibid. <<

[826] Carta falsa de A. B. Wood, KV2 460. <<

[827] Montagu, op. cit., p. 126. <<

[828] Ryde a Robertson, 13-9-44, KV2 460. <<

[829] Mensaje interceptado por ISOS, 25-9-44, KV2 460. <<

[830] Ryde a Robertson, 13-9-44, KV2 460. <<

[831] Ibid. <<

[832] Memorando 1-8-44, KV2 460. <<

[833] Ibid. <<

[834] Memorando de Ryde, 6-8-44, KV2 460. <<

[835] *Ibíd.* <<

[836] Ibid. <<

[837] Memorando de Robertson, 15-8-44, KV2 460. <<

[838] Ibid. <<

[839] Ibid. <<

[840] Memorando de Ryde, 6-8-44, KV2 460. <<

[841] Ibid. <<

[842] Ryde, memorando de la reunión, 14-8-44, KV2 460. <<

[843] Ryde a Robertson, 13-9-44, KV2 460. <<

[844] *Ibíd.* <<

[845] Informe de Ryde, 24-8-44, KV2 460. <<

[846] Ryde, memorando de la reunión, 14-8-44, KV2 460. <<

[847] Ryde a Robertson, 13-9-44, KV2 460. <<

[848] Mensaje interceptado por ISOS, 4-9-44, KV2 460. <<

[849] Ibid. <<

[850] Informe de Stephens, 29-6-44, KV2 459. <<

[851] Mensaje interceptado por ISOS, 4-9-44, KV2 460. <<

[852] Mensaje enviado el 14-9-44, KV2 460. <<

[853] Mensaje interceptado por ISOS, 28-8-44, KV2 460. <<

[854] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[855] Informe de Ryde, 24-8-44, KV2 460. <<

[856] Ibid. <<

[857] Memorando de Montagu, 29-8-44, KV2 460. <<

[858] Ibid. <<

[859] Ibid. <<

[860] Memorando de Ryde, 6-8-44, KV2 460. <<

[861] Ryde, memorando de la reunión, 14-8-44, KV2 460. <<

[862] Ibid. <<

[863] Informe de Ryde, 24-8-44, KV2 460. <<

[864] Ryde a Robertson, 13-9-44, KV2 460. <<

[865] Informe de Ryde, 19-9-44, KV2 460. <<

[866] Ryde a Robertson, 13-9-44, KV2 460. <<

[867] Informe de Ryde, 19-9-44, KV2 460. <<

[868] Informe de Ryde, 24-10-44, KV2 460. <<

[869] En francés en el original. (*N. de la t.*) <<

[870] Ibid. <<

[871] Masterman, nota manuscrita en ibid. <<

[872] Ibid. <<

[873] Copia firmada de la Ley de Secretos Oficiales, 2-11-44, KV2 461. <<

[874] Informe de Ryde, 24-10-44, KV2 460. <<

[875] *Ibíd.* <<

[876] Ibid. <<

[877] Camp 020, p. 217. <<

[878] Sunday Chronicle, 24-7-54. <<

[879] Eddie Chapman, *Free Agent*, p. 11. <<

[880] Entrevista con Betty Chapman, 25-11-05. <<

[881] Eddie Chapman, *Free Agent*, p. 12. <<

[882] Ibid. <<

[883] Entrevista con Betty Chapman, 25-11-05. <<

[884] Citado en Wilson, op. cit. <<

[885] Masterman, On the Chariot Wheel, p. 219. <<

[886] Discurso pronunciado por Christopher Harmer durante el funeral de T. A. Robertson en Pershore Abbey. <<

[887] Masterman, The Case of Four Friends, p. 14. <<

[888] Masterman, On the Chariot Wheel, p. 371. <<

[889] Ibid., p. 361. <<

[890] Cambridge Four (o Cambridge Five): grupo de espías conocidos con este nombre por haber sido alumnos de la Universidad de Cambridge, donde todos coincidieron en la década de 1930. Los espías británicos Kim Philby, Donald Duart Maclean, Guy Burgess y Anthony Blunt fueron acusados de pasar información a la Unión Soviética durante la segunda guerra mundial y la década de 1950. Se cree que a este «círculo de Cambridge» pertenecía también un quinto hombre, que nunca pudo ser descubierto. (*N. de la t.*) <<

[891] Daily Telegraph, 4-12-86. <<

[892] Lois Maxwell (*miss Money Penny*), citada en Wikipedia. <<

[893] Registro de Capitanes de Lloyd's, National Maritime Museum. <<

[894] Camp 020, p. 22. <<

[895] FO 371/70830, documento CG 2290/G, citado por Hoare en Camp 020,
p. 8. <<

[896] Entrevista con Ingeborg Von Gröning, Bremen, 22-05-06. <<

[897] FO 371/70830, documento CG 2290/G. <<

[898] Camp 020, p. 72. <<

[899] Faramus, p. 177. <<

[900] Ibid. <<

[901] Prólogo de Eddie Chapman a *ibid.*, p. 7. <<

[902] Entrevista con Bibbi Roset, Oslo, 15-6-06. <<

[903] Ibid. <<

[904] Ibid. <<

[905] En inglés Gold Coast, nombre con el que se conocía hasta el año 1957, el de su independencia del Imperio británico, a la región que hoy ocupa la república de Ghana. (*N. de la t.*) <<

[906] Camp 020, p. 226. <<

[907] Evening Standard, 13-10-48. <<

[908] Ibid. <<

[909] Daily Telegraph, 10-10-74. <<

[910] The Times, obituario de Eddie Chapman, 21-10-97. <<

[911] Daily Express, «The Sentimental Screwsman», 21-10-60. <<

[912] Masterman, On the Chariot Wheel, p. 361. <<

[913] News of the World, «A Traitor or a Hero?», 10-1-54. <<

[914] Chapman a Von Gröning, 1-11-74, cortesía de Ingeborg Von Gröning.
<<

[915] Entrevista con Betty Chapman, 25-11-05. <<

[916] Debido a su complejidad, no hemos intentado adaptar este código al alfabeto castellano y, por lo tanto, nos limitaremos a dar la traducción castellana cuando ésta sea necesaria. (*N. de la t.*) <<

BEN MACINTYRE

EL

AGENTE

ZIGZAG

EL
AGENTE DOBLE MÁS
CELEBRE DE LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



Lectulandia